



BIBLIOTHECA

IBERO-AMERICANA 141

El viaje y la percepción
del otro: viajeros por la Península
Ibérica y sus descripciones (siglos XVIII y XIX)

RICARDA MUSSER (Ed.)

Ricarda Musser (ed.)

**El viaje y la percepción del otro:
viajeros por la Península Ibérica y sus
descripciones (siglos XVIII y XIX)**



BIBLIOTHECA IBERO-AMERICANA

Publicaciones del Instituto Ibero-Americano

Fundación Patrimonio Cultural Prusiano

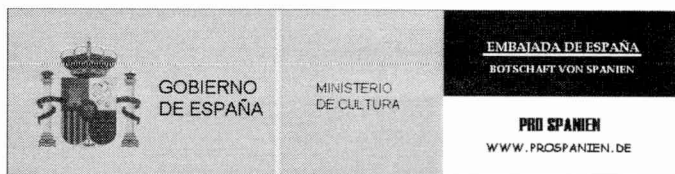
Vol. 141

Ricarda Musser (ed.)

**El viaje y la percepción del otro:
viajeros por la Península Ibérica y
sus descripciones
(siglos XVIII y XIX)**

Iberoamericana · Vervuert

2011



Publicación financiada con ayuda de ProSpanien, el Programa de Cooperación Cultural entre el Ministerio de Cultura de España y Centros de enseñanza superior alemanes.

Reservados todos los derechos

© Iberoamericana, 2011
c/Amor de Dios, 1
E-28014 Madrid

© Vervuert Verlag, 2011
Elisabethenstr. 3-9
D-60594 Frankfurt am Main

info@iberoamericanalibros.com
www.ibero-americana.net

ISSN 0067-8015
ISBN 978-84-8489-517-6 (Iberoamericana)
ISBN 978-3-86527-550-9 (Vervuert)

Depósito legal: SE-6280-2011
Composición: Anneliese Seibt, Instituto Ibero-Americano Berlin
Diseño de la cubierta: Carlos Zamora
Mapa de la cubierta: Colección del Instituto Ibero-Americano, signatura II da 13 / [um 1750].

Este libro está impreso íntegramente en papel ecológico blanqueado sin cloro.

Impreso en España

Printed by Publidisa

Índice

Ricarda Musser

Prefacio 9

Peter J. Brenner

Does Travelling Matter? The Impact of Travel Literature
on European Culture 11

Artistas y científicos como viajeros profesionales

Hannah Lotte Lund

On the Diversity of Human Languages Constructions...
Spain and the Spaniards in the Travel Writings of
Alexander, Wilhelm and Caroline von Humboldt and
their Reflections in the Berlin Republic of Letters
Around 1800 25

Friedrich Wolfzettel

El viaje inglés a Portugal en torno a 1800 o Portugal sin
mito 51

Krisztián Szigetvári

La vida del general húngaro János Czetz
y las actualidades de su viaje a España en 1857-1858
(con motivo del 150 aniversario de su viaje) 65

Irene Prüfer Leske

Cuadros de la naturaleza, la ciencia y la vida cotidiana
de la España del siglo XIX. Emil Adolf Rossmässler
(1806-1867), naturalista, político y viajero por el este de
la Península Ibérica en pleno siglo XIX..... 79

Ulrike Mühlischlegel

De paisajes y palabras: Joseph Baretti, viajero y
lexicógrafo 99

Christoph Müller

Los diarios de viajes y las Bellas Artes. Del dibujo
ilustrador a la obra artística autónoma 109

Espacios públicos como laboratorios para la experiencia de viaje

Ricarda Musser

“There are Public Libraries in Lisbon, Which are by no
Means So Bad as Some Travellers Would Describe
Them.” European Travellers Visiting Portuguese
Libraries from 1760 to 1850 121

Nicolás Ortega Cantero

Viajeros y geógrafos en el descubrimiento del paisaje de
España..... 137

Los prismas de la mirada: género

Ana Vicente

As Mulheres Portugueses vistas por Viajantes
Estrangeiros nos Séculos XVIII e XIX 161

Berta Raposo

Entre el cortejo y la sacristía: la mujer española vista por
viajeros alemanes de la época de Goethe 193

Los prismas de la mirada: región

Kathleen March

La Galicia de los siglos XIX y XX: la mirada anglosajona 209

Jesús Manuel Zulueta

Finales del XIX en España: otra mirada 241

Paul Jordan

- Domingo Faustino Sarmiento's and Hans Christian
Andersen's Visions of Mid-Nineteenth-Century Spain:
"¿el ojo desnudo de todo prisma de partido?" 265

Nieves Paradela Alonso

- El País Real y El País Invisible: la España descrita en los
libros de viaje árabes (siglos XVIII y XIX) 289

- Autoras y autores 307

Ricarda Musser

Prefacio

Las actividades relacionadas con los viajes se intensificaron considerablemente en Europa durante el siglo XVIII. A partir de ese momento, más y más personas de diferentes grupos profesionales y clases sociales empezaron a viajar y escribir informes sobre sus viajes. Paralelamente fue desarrollándose la infraestructura de viajes, como la construcción de calles, el mejoramiento de los carruajes y la fiabilidad de los horarios de los coches. La demanda de informaciones actualizadas sobre países extranjeros aumentó y en el mercado del libro europeo fueron apareciendo cada vez más títulos de literatura de viajes.

Durante el siglo XIX, la red de ferrocarriles y la circulación de buques a vapor se extendió por Europa; la profesionalización de la preparación y realización de viajes hasta las primeras formas del turismo transformó las actividades relacionadas con los viajes en un fenómeno de masas.

En Europa, los destinos preferidos de los viajeros eran Italia, Francia, Inglaterra y Suiza. Por el contrario, la Península Ibérica fue durante mucho tiempo un territorio sin explorar. Por este motivo, los autores de informes de viajes justificaban sus libros afirmando que sin ellos las informaciones sobre la Península Ibérica habrían sido aún más escasas. La guía turística más leída en los países de lengua alemana desde mediados del siglo XIX, el “Baedeker”, presentó un ejemplar sobre España y Portugal recién en 1897. El “Murray”, la guía más importante en el mundo inglés, publicó su *Handbook for travellers in Spain* en 1845; el *Handbook for travellers in Portugal*, en 1855.

Las descripciones y guías de viaje informaban repetidamente sobre las dificultades particulares de los viajes a la Península Ibérica; por ejemplo trataban la falta de transporte público, la escasez de casas de huéspedes y los problemas de comunicación en lengua española y portuguesa.

En la investigación actual sobre literatura de viajes, las modalidades específicas y los problemas de los viajes por España y Portugal han sido analizados hasta ahora sólo como un fenómeno marginal.

El simposio “El viaje y la percepción del otro: viajeros por la Península Ibérica y sus descripciones (siglos XVIII y XIX)”, que se llevó a cabo del 6 al 7 de diciembre de 2007 en el Instituto Ibero-Americano en Berlín, tuvo como objetivo contribuir al conocimiento de las especificidades del viaje por España y Portugal. Desde el punto de vista de diferentes disciplinas, como la literatura, la historia, la historia del arte y la geografía, se discutió sobre la construcción de una imagen de la Península Ibérica en el contexto europeo. Para ello, con la introducción presentada por Peter J. Brenner como orientación, se siguieron cuatro ejes temáticos.

El primer eje temático del simposio se centró en los artistas y científicos como viajeros profesionales, que en los siglos XVIII y XIX, investigaron la Península con los métodos desarrollados y mejorados en el tiempo de la Ilustración.

En segundo lugar, las bibliotecas y el paisaje se tomaron como ejemplos de los espacios públicos que tenían la función de laboratorios para la experiencia de viaje.

A esto le siguió el tema del género como prisma de la mirada del viajero, en concreto en la descripción de las mujeres españolas y portuguesas y su forma de vida, aislada en comparación con la vida de otras mujeres de Europa.

El foco de atención del cuarto eje temático se centró en la discusión relacionada con las regiones específicas visitadas, por ejemplo Galicia, y las regiones de origen de los viajeros, como Hispanoamérica y el mundo árabe.

Gracias a la participación en el simposio de especialistas de Alemania, España, Estados Unidos, Hungría, Portugal, Reino Unido y Suiza, y gracias también a las vivaces discusiones, fue posible transferir la Península Ibérica de la periferia al centro. Es nuestro deseo que la publicación en este tomo de los resultados del simposio sirva de punto de partida para investigaciones posteriores.

Agradecemos a la Fundación Alemana para la Investigación Científica (*Deutsche Forschungsgemeinschaft*) y al Programa de Cooperación Cultural ProSpanien del Ministerio de Cultura de España el generoso apoyo financiero sin el cual no hubiera sido posible hacer del simposio un éxito.

Ricarda Musser
Febrero de 2011

Peter J. Brenner

Does Travelling Matter? The Impact of Travel Literature on European Culture

1. Introduction

Ever since its beginning European culture has been connected to travelling. Some of the most ancient literary texts are texts about travelling.

In order to grasp the significance of the idea of travelling for the European culture of modern times, it is worth looking way back in time. Some fundamental patterns of travelling and travel literature started to develop very early. Naturally travelling has changed as much as the writing about travelling has changed. But it is indeed astounding that the main features of travelling have been maintained over long periods of time. A myth of travelling has emerged which has literally accompanied the development of European culture right from its start and has not lost its fascination or impression until today.

In his *Odyssey* Homer describes the ten years of odyssey of his hero, which finally lead to his happy return home. This motive is taken up time and again: In Latin literature it was Vergil with his *Aeneid*; during the 15th century *The Lusiads* is written in Portugal and becomes the national epic. The German author Hans Jakob Christoffel von Grimmelshausen writes his *Simplicissimus* during the 17th century, whose hero does not only travel Europe but in the last chapter around the world, as it was known back then.

During the European Enlightenment, travel literature gains vast dimensions. It is definitely not wrong to claim that it has become the most important literary genre next to the novel in Western European countries.

It is no coincidence that the motive for travelling and travel literature had been closely connected with the development of European culture over the period of two and a half centuries. This European

culture is a dynamic and expansive culture; and the predominant role of travel literature has its roots in this reality.

2. Some remarks on the prehistory of modern travelling

Even the ancient Greek time was marked by extensive movement. According to latest perceptions of historians, Greek culture has won its immense power due to the fact that it was not laid out in a centralistic but centrifugal way.

It evolved by the establishment of more and more new settlements mainly in the Mediterranean area, which required a corresponding travel culture and travel technique. This will also be a significant feature of European culture in the following centuries.

The Middle Ages are distinguished by an astounding diversity of travelling. If one considers the technical difficulties, social problems and natural threats that had to be overcome in order to go on a journey in those times, the ideological force that was implied in the idea of becomes clear. During the Middle Ages sovereignty was shown by travelling. Kings moved from residence to residence to show their physical appearance to their subjects and thus legitimate their sovereignty.

For the kings of the Middle Ages travelling was a form of exercising power. However, in a much more intense way, travelling among the simple people developed in the Middle Ages as well. Pilgrimage becomes a mass movement and includes a wide range of population strata in medieval Western Europe. During the Middle Ages as well pilgrimage developed as an individual way of travelling. It is hard to explain why this form of mobility was able to attain such popularity. But in spite of all threats and problems that had to be faced during pilgrimage, this form of travelling became a mass movement in the 13th and 14th century. Even though it is definitely not possible to state exact numbers, one can say that it must have been millions of people. The three most important pilgrimage destinations were Rome, Jerusalem and Santiago de Compostela.

Rome and Santiago de Compostela have remained pilgrimage destinations until today. It is quite stunning how popular the medieval *Camino de Santiago* has become with modern pilgrims today. However, looking more closely, one can see the changes that have oc-

curred to travelling. Modern pilgrimages are strongly connected with tourists' motives. The new success of the *Camino de Santiago* may also be due to systematic sponsoring with means of modern marketing.

Medieval travelling has left clear marks in literature. The travelling motif is especially predominant in the epic literature of the Middle Ages. The crusades were the great travel experience of that time; they find their response in the French *Song of Roland*, which had great influence especially on German medieval literature.

In the epics of *Erec* and *Yvain* by Chrétien de Troyes and in Germany by Hartmann von Aue, a model which will have consequences can be seen. Literary travelling is strongly connected with the idea of "probation". The heroes have to fulfill certain duties which are often hard to fulfil. Even at this early stage of travel literature one can see why this genre has such a long tradition in European literature and why it has become more and more important since early modern times: The human being develops itself by confronting itself with reality. This basic pattern can be seen repeatedly in European travel literature.

With the beginning of modern times the constellations of travelling change dramatically. Within short time the great expeditions by Columbus, Amerigo Vespucci and Magellan do not only change the idea of the world. They also give decisive impulses for the economic, political and idealistic development of Europe.

In retrospect the pilgrimages of the Middle Ages and the great maritime expeditions and conquests of the 16th century appear to be the most prominent and most influential phenomena of European travel culture in early modern times. They are supplemented by a third form of travelling which gradually emerges during the 16th and 17th century.

It was the individual journey which essentially served the cause of personal development or gathering information. As it is the case with pilgrimage it was an international movement. European aristocratic families who were able to afford it sent their sons on a journey through Europe, attended by mentors. Final destination of these journeys were mainly the European courts. The young noble men were supposed to not only learn about the behaviour at court in the centres of power – Paris and Madrid – but also to tie a closer network among

European nobility. These journeys were a costly matter and only richer families were able to afford them. During the 18th century the gentlemen journey disappears from the history of travelling not least due to financial reasons.

That is the real situation of the history of travelling in Europe during the beginning of the 18th century.

Three very different movements form the history of pilgrimages, expeditions and gentlemen journeys. It is not hard to see that these different kinds of travelling had most different motives and hardly anything to do with each other. Pilgrimage is motivated by spiritual interest, expeditions have mostly economic reasons in the end and gentlemen journeys serve the purpose of political networking.

These basic patterns of travelling in early modern times are systematically connected with literary texts. Every one of the forms of travelling has brought up literary evidence. There is only rare historical tradition of pilgrimage reports from the 14th century; Columbus himself comments his expeditions in letters and systematic travel diaries were produced during gentlemen journeys as a rule. However, these were normally written down by their mentors. These kinds of texts were only published by coincidence. They were not intended for print and their tradition is therefore incoherent and heterogeneous.

Travelling has a great factual meaning for the development of Europe during the Middle Ages. But in the history of the ideas, the value of travelling is only seen in an ambivalent way. The idea that travelling may have a major share in the development of the world and the development of a personality is not yet very widespread.

However, there has been an early controversial discussion about the benefit of travelling. And in this discussion the advantages and disadvantages are carefully weighed up against one another. It is hard to tell whether sceptics or supporters compose the superior number. One can say, however, that the problem of travelling was a conscious problem in opinion leaders of early modern times. Dante's *Divina Commedia* discusses the thirst for adventure and the curiosity of Homer's Odysseus in a sceptical way; the same problem is seen in a more positive way in Tasso's *La Gerusalemme liberata*. Even until the 18th century the educational theorists John Locke, David Hume and even Rousseau discuss the advantages and disadvantages of travelling for the process of education.

Even during the Enlightenment the scepticism about travelling does not disappear. Nevertheless, the travelling culture develops a new quality during the 18th century. The Age of European Enlightenment is characterized by travelling. Paul Hazard, the French historian of European Enlightenment, has pointed out in his work *La crise de la conscience européenne* the significance that the travelling motif will have for the self-conception of the Enlightenment in his great study on the power of reason. During the first decades of the 18th century some epoch-making literary texts are written in which travelling is made a topic in various ways. In 1719 *Robinson Crusoe* by Daniel Defoe is published. This text shows the ambivalence towards travelling in the thinking of early modern times. *Robinson Crusoe* has become a key text for European thinking.

The European, who ends up on a lonely island and has to fight a hostile nature, is one of the ancient scenes of modern European mythology. But in the long history of this text, it was overseen that actually a different motive underlies. It is not about the assertiveness of the European man but the presumptuousness, the hubris. The fact that Robinson has to stay on a lonely island for 30 years is a punishment. It is the punishment for leaving his home and merchant family without major reason but out of pure curiosity only. The fact that this aspect is completely suppressed in the history of reception of this novel, says a lot about the self-conception of the Enlightenment. While the confrontation with the reality of foreign parts of the world was seen as a necessity rather than a virtue during early modern times in Europe, the unknown becomes an attractive challenge during the 18th century. The ancient contradiction of wilderness and civilization, which can be traced back to ancient Greece, is construed in a different way. Wilderness loses its scare, it is being civilized and colonized by the Europeans.

Rudyard Kipling will find the formula with which the program of colonization is legitimated later on in the 19th century: *The White Man's Burden*. The white European takes on the burden of civilizing the rest of the world.

Another text of the early 18th century picks out a different aspect. Montesquieu's *Lettres persanes* from 1721 confronts Paris, the centre of European civilization, with its own weaknesses, deficiencies and scurrilities. Two Persians, delegates of an exotic advanced civiliza-

tion, view with wonder the strange conventions and customs which have been established in Europe. The foreign view becomes the central characteristic of self-conception during the Enlightenment. This is not very new. During the 16th century Montaigne already published two famous texts in his essays, *De Cannibales* and *Des Coches*. With these texts he intended to not only show the idiosyncrasy of foreign cultures but also their own right.

In its own time and during the 17th century this consideration hardly found an echo. During the 18th century it quickly becomes the normal way of Enlightenment thinking. In the middle of the century, in 1750 and 1755, Rousseau formulates a brilliant self-criticism of the European culture which has an effect up to the present. It was inspired by the experience which the 18th century had gained with the world outside of Europe. It is no longer the Asians, Chinese and Persians with their advanced cultures who become the measure of criticism. Now it is the “wild”, the indigenous people of the South Sea who should serve as models for the Europeans.

All of this is known and well-researched. These phenomena of cultural history have led to the fact that travelling has had an enormous influence on the development of society since the 18th century. In fact there are more indications for the fact that travelling was an instrument of the Enlightenment.

3. Effects of travelling

Travelling naturally has had a great effect on the self-conception of Europe. The ideas of curiosity, thirst for adventure, the global grasp on the world, in which Europe is the centre, have been part of the mental economy of the Europeans since the 18th century or maybe even earlier. Since the 18th century they are completed by the myths of education.

Travelling always has a double effect. It has an effect on the traveller himself, and at the same time it has an effect on the culture – on the culture which is visited as well as on the home culture of the traveller. Since the end of the 18th century at the latest, the idea of travelling as an important means for the education of a person has gained acceptance. A traveller does not only seek information. Everyone who confronts himself with a foreign culture will also see change within

himself. Travelling has therefore been defined as an important instrument for education since the 18th century, at the latest since Laurence Sterne's *A Sentimental Journey* dated 1768.

Especially since Goethe the myth of the "educational journey" has been established in Germany. "Travelling educates", is what the Germans say ever since and they also believe it. If that is really so, is a different question.

In cultural studies it has become questionable whether travelling really played such a decisive role in the constitution of modern Europe in this empathetic sense. Recently, the number of sceptical voices has increased. Travelling culture studies have shown very clearly that travelling has a rather low educational effect.

The traveller sees less of a culture than he thinks. He only sees what he can see and only through his own culture. Individual problems, needs, prejudices and stereotypes have more influence than authentic perception of the unknown.

This insight is not really new. One of the key novels of European modern times describes this experience in an incomparable way – it is *Don Quijote* by Cervantes, dated 1605 and 1615. It deals with the world-famous meandering knight who travelled into the unknown and had to fight against windmills instead of giants. We have got used to reading the novel as a parody – indeed it is a parody on the trivial romances of its own time and it is also a parody on the old medieval knight epics. But the novel is even more.

It marks the beginning of Western European fiction of modern times and one may also read it as very early animadversion on the euphoric myths of travelling that are gradually starting to become established in modern times. The novel also shows that worldly wisdom, travelling, or the confrontation with the unknown, does not necessarily have an illuminative power.

Don Quijote does not learn anything from his journeys. He does not become more intelligent, more informed or more enlightened. At the end of the novel he is the man he was at the beginning: A friendly and harmless knight but also an unrealistic and fatuous one. Don Quijote is a wake-up call for the subsequent travelling culture. It warns against overestimation of the effect of travelling on the individual and shows what will be proven right again and again at a later point: Every

perception of a foreign reality is formed by the patterns of the own culture and the own individuality.

The reality of travelling at a later point confirms this early warning: One should not expect too much of the educational effect of travelling. Whether one really learns something and becomes a different person if he travels, seems quite dubious. Naturally there are prominent examples that this may be so; but in case of the rank and file of travellers of modern times, this effect cannot be observed.

The best evidence for this statement is the development of modern mass tourism. Tourism is one of many forms of travelling in modern times. It has its roots in the idea that one must have seen the world to build a personality. In this respect it is closely connected with the idea of an educational journey.

The first tourists were the English travellers to the Rhine in the later 18th century. They travelled to the “romantic Rhine” hoping for an educational or at least emotional effect.

But in the following two centuries tourism has moved further and further away from this idea. Looking at the tourist as an antetype of the modern traveller, one will not come up with the idea that “travelling” has a useful personal or cultural effect. There is hardly a kind of traveller who compares to the bad image of the one of a tourist. There is a wealth of stereotypes connected with the image of tourists: They are dumb and ugly; they lack respect for foreign cultures, which is very obvious in the selection of their clothing and behaviour; they are not able to appreciate the value of cultural and art monuments without instructions; they harm the environment and destroy indigenous life forms; and at the end of the journey their image of the unknown is reflected in cheesy souvenirs and bad pictures.

Tourism defines public space in many regions of the world like no other sector of economy or culture; but the effect of this characterization is dubious. One might not want to call tourism a contribution to cultural progress.

On the other hand it has brought quite revolutionary effects for the Western world in some respects. During the last decades tourism has become one of the most important economic sectors. One really can state here: Travelling does matter. For some regions in Europe – also in Spain and Portugal – tourism has become the only way of economic survival.

Looking at the reality of cultural heritage, we shall come to the conclusion that the educational power of travelling is more of an illusion. Travelling does not educate the individual person nor does it normally contribute to the cultural progress of societies. Even the confrontation with the “unknown” does not necessarily have to lead to pleasant results. The long centuries of European expansion as well as modern migration have taught us that there are various different forms of cultural contact – and it seems reasonable to assume that the aggressive conflict is much more frequent than the friendly approach.

4. The myths of travelling and the reality of travelling

Has the European travel culture consequently had no influence on the cultural progress in Europe?

Looking at the great documents and monuments of travel literature and comparing them with reality, one will become rather disillusioned. Certainly there are great testimonies of enlightenment and of humanity among them, but they are very rare and limited in their effect.

More recent studies look at the history of travel culture and travel literature through different eyes than ten years ago. The ancient idea that the confrontation with the “unknown” and the writing about it has an educational effect *per se*, has been shelved: It does not comply with the historical reality.

One can say that this insight is the consequence of a different approach into this field of research: More recent studies deal predominantly with historical sources of the history of everyday life. On the contrary old history mainly dealt with canonized literary texts. In this way certain stereotypes on the value of travelling have developed. However, in the meantime we have had to learn that literary journeys do not have anything to do with the reality of travelling – not when the author claims to have written authentic travel reports either. Literary journeys follow ancient myths and create new myths. But the history of everyday life speaks a different language.

The insight in sources of everyday life of cultural testimonies on travelling opens new perspectives for the various forms of cultural encounter and transfer. It has become clear that contact within cultures is a very complex and also a very dynamic historical process. The old

procedures of hermeneutics – research on “the image of the foreign country” – and the research on stereotypes fall short of this insight.

More recent studies on cultural transfer have shown that travelling has played an important role for the development of Europe mainly since the 17th century. But this role is different than was believed so far. Travelling does not have much to do with curiosity and tolerance, with thirst for adventure and the building of a personality.

In fact, the actual significance of travelling in this century can be found where so far no one has really looked for it. The spectacular expeditions and individual educational journeys have not defined the reality of Europe during the 18th and 19th century. This perspective of research is based on an overestimation of the History of Concepts.

Really significant journeys are probably the ones which are hardly noticed: Everyday journeys which were mostly taken out of practical reasons and which have hardly left any historical, let alone literary marks.

European culture of modern times was mostly defined by a network of all kinds of little journeys, which is hard to disentangle, and with various purposes and in various social environments. Europe has been formed by a continuous exchange of knowledge and information since the 17th century. In this process the great expeditions to regions beyond Europe probably did not play the most important role. Journeys within Europe and between individual cultural and economic regions were probably much more important.

The culture during the Enlightenment is characterized by its thirst for information. Its foundations lie in the continuous exchange of knowledge of any kind and quality. Insofar the travelling culture of the time has played a major role for the process of enlightenment. Primarily travelling was a means of search for information, exchange of information and information balance. The intensification of communication has become the most important incentive of enlightenment since the middle of the century.

The fragmentation of the continent plays an important role in this respect. Europe was fragmented in a wealth of geographic, ethnic, cultural, political and confessional units. Travelling had a constitutional function in this fragmentary reality: It creates unity through exchange.

This exchange between regions within Europe was probably the most important way of travelling during the 18th century. Europe's cultural physiognomy was defined by it. One has to look for the real effects of travelling on the European cultural development in these hardly spectacular travel movements. Only when the myths were left behind, travelling received a power able to influence reality.

Travellers of the 18th century were the first ones to realize the untimeliness of European development in the 18th century. In travel reports the backwardness of regions at Europe's borders due to a missing communicative infrastructure was often realized and reported about. Much to their surprise, they found that there were still "wild peoples" which had not yet been enlightened in the far North, Iberian South, and in the Slavic East. It were the same travellers who contributed to the halt of this untimeliness.

This form of communication by travelling was a tiresome business. It is hard to imagine for us modern people to which extent European societies depended on travelling during the 18th and 19th century. In the 21st century we have got used to the fact that we are able to receive any kind of information about any place in the world at any time. It is hard to imagine the efforts that were necessary to get and exchange information during previous centuries.

Modern electronic communication allows a global exchange without great material or financial effort for the individual. This vast disengagement of information of the material carrier has started very late. Only in the middle of the 19th century feasible technical requirements were created for electronic transfer of information.

Before that the infrastructure of cultural exchange was quite different. Knowledge was bound to a material carrier, which had to be moved physically. The exchange of information and culture was no different to the exchange of goods. People had to travel or have someone travel physically to transport information back and forth. Until the end of the 19th century, moving people was the only way of communication. The development of an infrastructure for the exchange of information, communication, trade and traffic went hand in hand for a long time. Only the introduction of the railway in the early 19th century on the one hand, and the first electric data transfer in the later 19th century on the other has brought fundamental change. It is not

until then that journeys by people, transport of goods and information exchange are separated from each other.

But until the middle of the 19th century, the exchange of information uses a technique and infrastructure which hardly changed for centuries. The significance of an organized news and newspaper system was realized very early. European countries of the 18th century had an efficient and well-established post and traffic system to a large extent. However, the road network was developed very differently in European countries. The earliest development of a road network occurred in states with a centralized government from the late 16th century on; France led the way. There the political and technical efforts for the development of an efficient road network in the 18th century were the most intensive and most successful.

Due to this development, it is no coincidence that the fundamental processes of enlightenment took part in the centres of Western Europe, in England, France and later on also in parts of Germany. There was a time delay in the South and East and for a long time also in the North of Europe. As we know, the same applies to Spain and Portugal. This infrastructure became the basis for a culture of pragmatic everyday journeys. These technical conditions certainly explain why the Enlightenment developed very differently in Europe; it occurred much more slowly at the periphery compared to the centres.

Coming back to the initial question: Does travelling matter?

Travelling had played a central role in the development of Europe in modern times. But it is not so much the spectacular journeys and not the works of travel literature which have become very significant. They only contributed to a little extent to the History of Concepts in Europe. However, mass movement in everyday life was really important and connected cultural regions within Europe. This defined the face of Europe and created that unity in the plurality which makes the continent special until today. In this sense one can conclude: Traveling does matter.

Translated by Anja Baldauf

**Artistas y científicos
como viajeros profesionales**

Hannah Lotte Lund

**On the Diversity
of Human Languages Constructions...
Spain and the Spaniards in the Travel Writings
of Alexander, Wilhelm and Caroline von Humboldt
and their Reflections in the Berlin Republic
of Letters Around 1800**

The objects with which we are acquainted only by the animated narratives of travellers, have a particular charm; imagination wanders with delight over what is vague and undefined.

Alexander von Humboldt 1818¹

One must have a special intention or, like me, must be thrown into this country by coincidence, to find this end of the world particularly interesting.

Wilhelm von Humboldt 1799

The starting point for this research were the intellectual networks of 18th century Berlin and especially the Jewish Salons with their multiple inner-German and international connections. Given the often stated renewed interest in Spain among German intellectuals around 1800 and the high level of intellectual exchange in the city of Berlin, which called itself the capital of Enlightenment, one might have assumed, and also my “imagination wandered with delight” over the idea, that quite a number of the members of the Berlin Republic of Letters at that time would have dealt considerably with Spain. In short, they did not. Despite quite a few personal bonds to the Iberian Peninsula, the Berlin intellectual elite around 1800 gave Spain not much of a debate. Among those few who dealt with this part of Europe academically, were Wilhelm, Alexander and Caroline von Humboldt, who went to Spain on different motives around 1800 – years before the War of Independence brought Spain back to the mind

1 All translations in this text are my own – H.L.L.

of the general public. It can be asked therefore whether these undertakings of the Humboldts, who were actively networking agents of Berlin's intellectual circles, influenced the public opinion in their home town. As they were closely related to each other and partially had the same educational background, they also form a promising micro group for research on their motives, on their pre-departure knowledge and on the perception of "the other" in their travel reports and in the minds of their readers.

The central question of this essay is: in what sense did Wilhelm, Alexander and Caroline von Humboldt consider themselves and acted as scientific travellers and how is this concept reflected in their travel reports?

Secondly, I ask: what made Spain their country of interest and how was this destination discussed in the Berlin society?

The term travel report is used here by broadening the definition of Holger Kürbis according to which *Reisebericht* can refer to all text forms that document the course *and the results* of the journey, including journals, diaries, letters and reports (Kürbis 2004: 34). In this sense, all three Humboldts have left travel reports and Alexander von Humboldt not only can be seen as Germany's first independent scientific traveller, but also as the author who set up a new tradition of scientific travel report.

As travelogue to compare to Carl Schwartz was chosen, a hitherto unknown printer who published his autobiography under the title: *Wahre und abenteuerliche Lebensgeschichte eines Berliners, der in den Kriegsjahren 1807 bis 1815 in Spanien, Frankreich und Italien sich befand* (The true and adventurous life story of a Berliner who travelled to Spain, France and Italy during the last war). Though rather a member of the aspiring middle class and not of the well educated elite as the Humboldts, Schwartz becomes interesting, as he grew up literarily in the same streets as the Humboldts and on the first page declares himself proudly a pupil of Frederic the Great (Schwartz 1921: 5). All four lived and worked a considerable life-span in Berlin and all four went to Spain at some stage, and not only to Spain, and they had parts of their experiences published. Schwartz's book is used here as a reminder that academic travelling to regions as distant as Spain around 1800 has to be considered as an elite phenomenon. Preparing for and undertaking such a journey required time and

money, and neither one of the Humboldts could have done so without a rich inheritance which let them plan independently and gave them the leisure for contemplation and scientific analysis.

Theoretically, the characteristics that make a journey scientific can be found 1) in the motive and preparation of a journey, 2) in the observations and methods applied during the travel and 3), of course, in the format and the contents of the outcome, the travel reports. It is not my intention here to give an analysis even of only one of the Humboldtian *oeuvres*, but to compare the four travel reports only according to the characteristics given above and to focus on one geographic phenomenon that has been visited by all travellers, the Montserrat, and one topic very popular around 1800, the National Character.

1. The Spanish Body of Art – Motives

Starting with the motive, it must be said that to all chosen travellers Spain came by coincidence.

Alexander von Humboldt has sometimes been depicted as a born or romantic traveller *par excellence* (Montesinos Sirera/Renn 2004) because of his holistic view of nature, but also because the desire to travel can be traced back to his early youth, as he himself remarks at several points in his works. His writings speak of his “unshakeable conviction to travel” abroad since he was a teenager (to Karl Ludwig Wildenow, 20.12.1796; in: Humboldt 1999: 9) and also of an adventurous spirit: “From my earliest youth I had felt an ardent desire to travel into distant regions, which Europeans had seldom visited” (Humboldt/Bonpland 1972: 3). To this end he had continuously tried to find an expedition or travelling companions to the South and East and had changed his plans according to the political situation. When he finally spent the five months before his departure to Latin America, January to June 1799, in Spain, this stay was only the last of quite a few travel concepts. “Since his youth” he had first planned to go to the West Indies, then to Africa, then he had an offer to go to Egypt, for which he prepared by reading ancient literature. After all this was hindered by the Napoleonic wars, he had set up his mind to join the big French expedition by Captain Baudin. When this was also delayed due to a budgetary veto by the Directoire, he and his companion Aimé Bonpland decided very suddenly to go to Spain and to embark the

next possible ship. "Cruelly deceived in his plans" Humboldt looked for the "speediest means of quitting Europe" (Humboldt/Bonpland 1972: 8).

So, notwithstanding that he was later enthusiastic about the warm welcome and the scientific spirit he met with in Spain, this was not at all a planned starting point of his world tour. While it was not a *travel destination*, it surely became a place for scientific research and *travel preparation*.

The same can be said of his brother Wilhelm and his wife. The elder Humboldt, devoted to the study of the Roman and the Greek, always had wanted to go to Italy, similar to his wife Caroline, née Dacheröden, who was especially interested in painting, and particularly in the Italian masters. Like Alexander, who had been planning to study the Italian volcanoes for years, and finally went to Paris to be close to the scene of political decision, they had chosen Paris as an intermediate place to live. Continuously hindered by the war to follow their dreams to Italy, and probably inspired by the reports of Alexander, they decided to "do Spain" in the second half of 1799. They left Paris in their own carriage in September 1799 and for the next seven months, although they were rather a slow caravan, travelled Spain in an "American tourist way", went to see all the big and small cities on their way from Barcelona to Madrid and Seville, back to Granada and to the coast, and always stayed only a few days.

Fascinated however by the national individuality of the Basques and especially by their language, Wilhelm von Humboldt decided to do a 2nd, rather a research trip on his own, to the French and Spanish Basque regions, which was realized in spring 1801. In his case, Spain became a travel destination while travelling it.

Of course a mercenary, a non free soldier, cannot decide the direction of his wanderings, but the mere possibility to see such a remarkable and exotic country as Spain was one of the most explicit arguments for Carl Schwartz to join the army at all. He had left his hometown on the day of the French occupation and wandered Europe looking for a job. Schwartz gives a kind of naïve but charming resume of his motives to join the anti-French troops:

Neither having money nor the hope to get some, I should make use of the opportunity to visit such a remarkable country as Spain! 6 years of military service is no eternity to a man of 21, and coming back I can always take part in the talk of the town (Schwartz 1921: 31-32).

2. “Collecting Material” – Scientific methods and ways of travelling

There is seemingly no need to discuss the man who initiated the “scientific rediscovery of the New World” as scientific traveller in Spain. In spite of the rich and multidisciplinary research on the world traveller Alexander von Humboldt, his five month stay in Spain remained a blank spot for a long time until Sandra Rebok’s dissertation 2004 filled this gap. Additionally, over the last decade, the traveller who crossed borders between countries and genres with charm and ease, inspired modern researchers to do the same: several interesting exhibition and Internet projects have been launched lately that mirror Humboldt’s interest in international networking and scientific cooperation, also with Spain. Humboldt’s visit to Tenerife has been discussed as a turning point in the history of the reception of the Canary Islands: After Humboldt the islands “cease to be a passing place [...] to become an object of investigation” (Montesinos Sirera/Renn 2004). Still, the question can be asked, how, especially at the beginning of his world trip, Alexander von Humboldt perceived “the other”, also in comparison with his brother Wilhelm and the wife of the latter, with whom he spent much time in Paris shortly before he left for Spain. To what degree would the affinity to a certain science or art influence their perception of the country?

The scientific character of Alexander von Humboldt’s enterprise is already reflected in the quality and the amount of baggage for such an undertaking: Preparing his expedition, until 1799 and especially in Spain he had studied several natural sciences, and exercised the handling of all types of scientific instruments: telescopes, quadrants and sextants, compasses and chronometers, thermometers and barometers, magnetometers and hygrometers, microscopes, electrometers, an eudiometer to measure the purity of the air and even a cyanometer with which to judge the blue coloration of the sky. All these instruments went with him on tour. Later in his life he should admit that he “could not live without experiments” (Montesinos Sirera/Renn 2004). Which

is probably why in his travel report on Spain he dedicated more lines to his instruments than to the books he read in Spain or any other personal impressions. He used his time in Spain practically, to find out which of his instruments appeared to be the most exact and the least subject to break in the carriage, but also enjoyed the museums and botanical gardens, where he learned a lot about the colonies. Not without pride Humboldt later stated: "I employed myself in ascertaining by astronomical methods the position of several important points for the geography of Spain" (Humboldt/Bonpland 1972: 12).

To Humboldt and Bonpland all the places visited became places of experiment: They went from Barcelona via Montserrat, Sagunt and Valencia to Madrid, from there with many little stopovers to Aranjuez und La Coruña. While in every place geographical, geological and climatological measurements took place, he used his stay in Madrid to prepare his journey also diplomatically. As in all the places he visited during his travels, also in Spain he tried to get in contact with the leading scientists of his time, e.g. the chemist Joseph Louis Proust or the mineralogist Christian Herrgen. With the help of the Saxon diplomat Philip von Forell he got in contact with Don Mariano Luis de Urquijo, who presented them to King Charles IV and his wife. It has been suggested that the king wished to regain control over his colonies and was hoping that Humboldt might help him (Pratt 1992: 116.). But there surely was a certain amount of scientific interest or at least curiosity on part of the king. As Humboldt writes to Christian Focke: "The Catholic King was overcome by an enormous curiosity that a traveller from the far north was eager to visit the other part of his kingdom" (26.03.1799, in: Humboldt 1999: 16).

If a scientific traveller can be judged by the seriousness of his endeavour, this was documented in his very passport, in which Humboldt had the king insert a special paragraph describing and authorizing "all operations which I should judge useful for the progress of the sciences" (Humboldt/Bonpland 1972: 15).

Also, to obtain this passport Humboldt had prepared for minister de Urquijo an autobiographical sketch in which he portrayed himself as an experienced interdisciplinary scientist.

On a lower level of travelling one also had to be "diplomatic in paper work". Given that passports were enormously expensive and an ordinary workman could not even afford the passport from Berlin to

Leipzig, the young printer Schwartz made use of his eraser several times, and modified his destination (Schwartz 1921: 25). According to the needs of the day and the wishes of his employees he became a Bavarian, then a Frenchman – he had learnt enough French to pass as French national –, then a Catholic (because only catholic soldiers were allowed in the Swiss army). Yet, the choice of destination never was his own.

In comparison with the scientific journey of the trained mining specialist and scientific traveller Alexander and his companion the botanist Bonpland, the trip of Wilhelm and Caroline von Humboldt during the years 1799 and 1800 has often been said to be a family undertaking. But that would not be the whole truth. Despite their “touristy” attitude, both Wilhelm and Caroline von Humboldt acted as professional travellers with well articulated scientific and artistic interests.

The management of the trip alone had to be professional of some sort: Caroline had to organize six mules and many carriages, cope with two servants, three children of the age of seven, five and two years and a pregnancy that was only discovered while on tour. Yet her trip could also be named scientific in spirit: She was determined to prepare for Goethe nothing less than a complete overview about the “Spanish body of art”, which means she had a wanting and very educated reader in mind, for whom she worked out texts in detail. Goethe had explicitly asked both Wilhelm and Caroline to make it their “business” to write down their impressions of the Spanish art “be it old or modern pieces, so we could get to know what is to be found in Spain and what form the Spanish body of art might have. It would make a nice contribution for the Propyläen” (to Wilhelm von Humboldt, 26.5.1799, in: Bratranek 1876: 76). As her husband reports, in November 1799 Caroline had already worked out 250 (!) articles on what both repeatedly called the “most surprising treasure of wonderful paintings” in Spain – of which, unfortunately, only eleven are known today. She planned to later add biographical information about the artists and then to discuss with Goethe the best format for publication.

The impression the Spanish art collections, especially the royal collection in the Escorial, made on both Humboldts, is reflected also in their letters and diaries.

Wilhelm von Humboldt felt the need to correct the travel books he read by stating that the collection of paintings in this country is “the most important thing about a journey to Spain” (to Johann Wolfgang von Goethe, 28.11.1799, in: Bratranek 1876: 147), and to his friend Christian G. Körner he writes: “The Spanish school, which is here almost as unknown as in our country, has its own beauty [...] but you have to see some pieces yourself to get an idea of it” (to Körner 30.05.1800, quoted in: Noehles-Doerk 1996: 164). As Caroline’s husband wrote to Goethe, it was a very exhausting job, but “her work is dedicated to you, and the idea to do you a favour, enhances her patience and diligence” (28.11.1799, in: Bratranek 1876: 147).

The amount of time invested also speaks of a professional attitude: Caroline did not simply take the opportunity to visit the art collections they came across, she also put lots of effort in getting an overview, spent much money on tips for the owners of private collections and even asked the king for a royal permission to visit a friary to which women were not normally allowed. She got it and, as she reports, “her assiduité to see the pictures made the monks cry” when she left (to Karl Friedrich von Dacheröden, 11.11.1799, in: Hettler 2001: 92).

She literally spent all her time with art collections. For example, when they had to wait for the audience at the Court she spent the ten days solely with the portraits at the Escorial. She, too, had a professional to help her, as she made her childrens’ supervisor, the engraver Georg Christian Gropius, her assistant.

Contrary to his wife, Wilhelm von Humboldt had officially distanced himself from “scientific travelling” and was dealing only with “impressions”. In the letter to Goethe, which was later to become the article about the Montserrat, he contemplated intensively on the role of impressions on a traveller. Thereby he reflected the tension that arises between the expectation of the educated traveller and his wish to act as *tabula rasa* and impartial:

Entering a foreign country a traveller is confronted with many questions that might be relevant in future and he spends his time finding answers to them and my own experience taught me that in doing so one often missed what can’t be redone later. It’s too easily forgotten that travelling – with the exception of scientific travels – is a part of one’s active life dedicated only to watching, strolling around, meeting and talking with people, to living and enjoying and getting impressions and preserving the impressions you got (Humboldt 1981b: 61).

This text has been evaluated as a change of paradigm in the history of the perception of the other: it is no longer asked to understand and explain the qualities of the other, but to contemplate on the limits of one's perception (Zimmermann 1997: 2). Yet it also must be seen in connection with his travel impressions in his diary and his acting as a traveller. Humboldt had left this "business" of describing the arts to his wife, because, as he told Goethe, he considered his own eye less trained, but in his diary lots of impressions about the Spanish arts and architecture can be found containing independent and firm judgments. Wilhelm von Humboldt spent the year between his first and second Spanish journey in the libraries learning Spanish, Basque and working on the history of these peoples, talking to historians and politicians he knew. His eagerness was so intense and seen as weird, that rumours of his interest reached to Spain before he did. When he crossed the border to Spain a second time, he was welcomed with "you are the one who is interested in our language" and as he wrote to Caroline, he was looked at as a *Wundertier*, a miraculous animal.

Humboldt was also serious about the "business" of travelling: On his way to Spain he carried not only Bourgoing's work with him, but also personal recommendations by the author, whom he had met several times in Paris. From his letter to Goethe we know that he at least had read Christian Fischer's travel report and in his diary he makes frequent use of Antonio Ponz.

In some sense the Humboldts had prepared themselves for travelling to Spain also with classical literature. When climbing the Montserrat, Humboldt had Goethe's verse in his mind and Caroline assured Schiller's wife that "Don Carlos" was with them and repeatedly read (to Charlotte von Schiller, 25.11.1799, in Hettler 2001: 94). In other words, both Caroline and Wilhelm von Humboldt's travels to Spain reveal the intense relation between travelling and literature, "mind-travelling", or "reading a country like a book". They maybe unintentionally compared their impressions not only to elder travel literature, but also to literary visions. While the soldier Schwartze was happy about the inexpensive apricots and oranges available everywhere, and Alexander enjoyed the magnificent vegetation, for Wilhelm and Caroline von Humboldt an orange tree immediately associated Goethe's "Wilhelm Meister": Only in Spain, Caroline wrote to Weimar, she understood what Goethe's Mignon's Song really meant: "When I saw

the first orange trees in Cordoba, I started singing: Knows't thou the land [where lemon-trees do bloom// and oranges like gold in leafy gloom]" (to Charlotte von Schiller, 26.3.1800, in: Hettler 2001: 96). It should be remarked at this point that Alexander, too, sometimes refers in his letters to non scientific literature, e.g. when he compares Tenerife to the *glückselige Inseln* (happy islands), a book by Wilhelm Heinse.

It can be said there is a certain ambivalence in Wilhelm von Humboldt's philosophy on travelling: his general contemplative approach to travelling as part of a philosophical life contrasts with his drive for understanding and finding information about a certain people.

From the very beginning Wilhelm von Humboldt was convinced that this first trip to Spain meant the most to him on a personal level, by adding a lot to his knowledge of man or *Menschenansicht* (to Gustav von Brinckmann, 05.12.1799, in Leitzmann 1939: 119). In contrast to that, the second trip was explicitly motivated by his interest in the Basque language. As he stated in the essay published many years later, considering the language of a people their liveliest imprint of its feeling and thinking, he studied proverbs as well as dances, music as well as poetry. During this 2nd stay, one might say, Wilhelm von Humboldt employed methods of oral history; he not only collected manuscripts, but talked to mayors and priests, went from village to village, asked women to sing their songs to write them down by hearing. At the same time, in his diaries, we will find descriptions of the shape of the bodies and the faces of men and women, and characters of all villages, climate notes and historical contemplations and drawings from agricultural specimens. Besides, the elder Humboldt was not only collecting impressions, he was also collecting "material". This was mainly due to his concept of the National Character.

3. Outcome – immediate, filtered and revised impressions, reactions in Berlin and Weimar

Part of the success of Alexander von Humboldt as a networker in science was due to his amazing talents in public relations. While he was still on tour, he not only kept in touch with his friends and partners, but also with the public, who was informed about most of his experiences by some of his correspondents, who sent letters or quotes to

local newspapers. Readers of the *Neue Berliner Monatsschrift* in 1801 for example got to know that Humboldt thought of this people as the “noble Spanish Nation” (excerpt from a letter to Christian Gottlob Kunth, 04.04.1799, in Jahn/Lange 1973: 680). And to his banker and friend David Friedländer he sent this enthusiastic gesture of invitation: “Have a look at this part of the world I will pass through from California to Patagonia, while measuring and dismantling it. What a pleasure in this wonderfully huge and new nature!” (to David Friedländer, 11.04.1799, in Humboldt 1999: 17).

Letters had brought rumours of all Humboldts’ deeds quickly to Berlin, but their friends here could not always understand the impact of the latest news. While Wilhelm von Humboldt laid the foundation to historical analysis of the Basque people, in Berlin he was looked at as weird animal. In Weimar, Goethe literally followed their journey with the finger on a map he had fixed to the door of his study. His asking for the favour to be sent original impressions of Spain was just one example of the growing interest in Spain on behalf of the Weimar elite (Briesemeister/Wentzlaff-Eggebert 2003). In Berlin, Sara Levy, the hostess of a well known salon asked herself: why would one go to Spain? Wilhelm was known for his special taste, but “has this country anything that could interest Caroline? I don’t know why I find it difficult to imagine a journey to this dark and unenlightened country only relatively attractive”.² It cannot be said that the Berlin intellectual society had a dislike for Spain. They simply did not discuss it. This could be astounding, because of the many personal bonds: Henriette Herz, née de Lemos, one of the most famous *salonières*, who had studied languages with Wilhelm and Alexander von Humboldt, came from a Portuguese family and at least read Portuguese and Spanish. Though in later life she spent all her money travelling, she never thought of going to the Iberian Peninsula. Like most of her contemporaries with a favour for the classical period, Italy was her country of desire (Wilhelm von Humboldt however later thought she had Spanish looks and felt himself reminded of her features and black curls in Spain quite often). Similarly, Rahel Levin Varnhagen, life long hostess of the Humboldts, not only had members of the Spanish embassy

2 Sara Levy to Gustav von Brinckmann, 16.04.1799, unpublished letter, Brinkmanska Arkivet, Uppsala.

among her guests, she later was engaged to Don Rafael de Urquijo, nephew of the famous minister of that name. They never discussed, to what we know, his country of origin. Even a few years later, when the personal bonds became stronger, Spain did not become much of a topic for the Berlin society. Though the Spanish embassy is mentioned as regular meeting point in the private correspondence of the diplomats Humboldt, Gentz and Brinckmann, Spanish politics are seemingly not talked about. The love affair between Varnhagen and Urquijo was generally associated to a special temper on both sides, but though his notorious jealousy led to the splitting up, Urquijo was not perceived as “a southerner” or even a foreigner.

Ironically one might say that the German literature owed something to the fact that Spain was considered a place of exile by Prussian diplomats, because when the poet Heinrich von Kleist in 1804 applied to the Government to be used in a state’s mission, and was offered a post as attaché in Spain, he had to refuse (as a matter of fact it would have been an expensive honour, an unpaid position thus far). Instead, he stayed in Germany and wrote the most famous of his dramas. When Peter Gualtieri, however, another salon-member who was appointed to the German embassy in Spain, met with catholic distrust because he was a protestant and died there under tragic circumstances, it did not cause much debate either. The travel books by Esther Gad alias Lucie Domeier, who published her travel report about the Peninsula in 1802, were almost certainly read by her friends in Berlin, especially as her former best friend, Rahel Levin Varnhagen was always supportive of the idea that women writers could excel in all genres men did. Unfortunately there is no record of the reception of this book.

Of course, in later years his Berlin friends went to hear his cosmos-lecture, Alexander von Humboldt was a very well established member of the Berlin society and was friends with Rahel and Karl August Varnhagen. But from what can be gathered from their private letters around 1800, before the Romantic turn and before the idea of Spain as paradise was popularised, Berlin’s society did not know much about Enlightenment in Spain, but rather used it as a metaphor. However, still in the 1820s Henriette Mendelssohn, the daughter of the famous philosopher, was asked: “Even if we now have Enlighten-

ment in Spain, please deal with this letter in Spanish method and – burn it”.³

This lack of information is probably the reason why in a long letter to David Friedländer, Wilhelm von Humboldt talks mostly about philosophy and Enlightenment in Spain. Friedländer was one of the most prominent and central figures of these circles, a successful merchant and influential representative of the Jewish Enlightenment, the *Haskalah*. Humboldt emphasizes how much Enlightenment he found among Spanish scholars, but, at the same time, makes this a relative statement, when he says there are “different stages of Enlightenment” and one cannot expect that Spain, being so influenced by the Inquisition and the religion, jumps to the top level at once. Yet he sees in Spain two symptoms of a beginning Enlightenment, or to use a modern phrase, ‘Enlightenment advanced level’: the hatred for the Inquisition and the independent thinking. Humboldt also excuses himself for writing so much about such a marginal country. “One must have a special intention or, like me, must be thrown into this country by coincidence, to find this end of the world particular interesting” (to David Friedländer, 16.12.1799, Humboldt 1981a: 186-195).

On the other hand it must be said that it was a Berlin Bank belonging to the very David Friedländer, who, in the difficult situation to find a reliable financial partner, helped Alexander von Humboldt out. “Mendelssohn and Friedländer” gave him credit for his trip and sent money to Spain without any deposits. Many years later, in 1844, it would be the partner in this banking enterprise, Joseph Mendelssohn, who bought the house in which Alexander von Humboldt lived, in order to secure his old friend a working place and space for collections. Even though they might not have been particularly excited about the destination, nor as fascinated by the Spanish literature as Weimar was, the Berliners supported the travels as worthy projects and stayed neutral. As Sara Levy finished her letter: “But just convince me of the opposite and the idea to find our friend in a lovely country will make me happy”.⁴

3 Lilla Mendelssohn-Bartholdy to Henriette Mendelssohn, 22.06.1822, unpublished letters, courtesy of Thomas Lackmann, Berlin.

4 Sara Levy to Gustav von Brinckmann, 16.04.1799, unpublished letter, Brinkmanska Arkivet, Uppsala.

4. Enlightenment revisited – Spain in published texts and private letters

4.1 What was published

When talking about the Humboldt's travel reports on Spain or the Image of Spain in their travel reports, one must be aware that in all three cases there are no travel reports in the traditional understanding left, but the travel impressions have to be collected bit by bit from their letters, diaries and published scientific papers.

Although Goethe praised Caroline's work, and showed it to friends, he only published very few articles, much later, and only anonymously in the *Jenaische Allgemeine Zeitung* in 1809. Interestingly enough, Wilhelm von Humboldt spoke up against this procedure, especially against the anonymous print, but nothing changed (Noehles-Doerk 1996: 157). Goethe's preferences were clear, he did not chose from what Caroline had written about the Spanish School, but her texts on the Italian Masters available in Spain. Unfortunately the manuscripts, though nicely bound in leather, later got lost either among Goethe's or Humboldt's papers, and their fate is hitherto unknown. Caroline's most vivid impressions of Spain and the Spanish art can be found in letters to her father and friends.

For different reasons the Spanish impressions of the two men remained unpublished to a larger part. Wilhelm von Humboldt had planned to take the "fruits of the travel" to the press and to write a travel report: "I am seriously thinking about my travel report and looking forward to working on it" (to Gustav von Brinckmann, 20.09.1799, in Leitzmann 1939: 111, 109). The first texts Wilhelm prepared from his letter, on the mountain and cloister Montserrat and the ancient theatre in Sagunt had a small but immediate public in Weimar. The "Montserrat" was published in the Weimar Ephemeriden in 1803, the article on Sagunt appeared only posthumously. Reasons are not given why Humboldt refrained from his original plan to work out a full travelogue. He had enjoyed the idea and his friends took it for granted that it would be printed soon after his return: "He will have his Spanish Journey written and printed, some fragments of it he sent already, which are very readable" (Friedrich Schiller to Christian Körner, 03.09.1800, in Schiller 2004: 529). Interestingly enough Schiller here speaks of a "Spanish Journey" as if in comparison to the

famous Italian Journey of their common friend Goethe. It may well be that the Spanish impressions were overshadowed by Humboldt's next and most influential stay abroad: Rome.

The title of this essay, of course, refers to Humboldt's famous last work "On the Diversity of Human Language Construction and its Influence on the Mental Development of the Human Species" which deals with the Kawi languages, but it also frames Humboldt's main theory that the language of a nation is tied to its character, and this theory was mainly developed by working on the Basque language. One could, therefore, say his journey to Spain accompanied Wilhelm till the end of his life. He prepared several articles on Basque, cautiously naming them "remarks" or "samples" of a peculiar language. He planned a grammar, a history of the people in the form of a travel report and an analysis of the origin of the nation, yet the visualized monograph on the Basque language remained a fragment. His biographers see the main reason for that in his later career. After visiting Spain and Italy he was employed by the Prussian government and laid the foundation for the German University System. Again, Spain was on the margins.

As far as Alexander von Humboldt's travel reports on Spain are concerned, you might say there are none. You will find the only authorized description of his travel on the first pages of the 1st volume of his *Personal Narrative* (Humboldt/Bonpland 1972). For a person who is confronted with Humboldt's work this might be surprising because the whole outcome of his travels 1799-1804 famously consists of at least 29 huge volumes.

Humboldt himself gives two reasons for that, arguing straight as a scientist: his stay was too short and other people would know better: "I shall enter into no detail on the natural history of a country, in which I resided only six month and which has recently been examined by so many well informed travellers" (Humboldt/Bonpland 1972: 13).

The primary motive Humboldt named for publishing was to add facts to the advancement of science, not to become famous as a traveller or travel writer, which he already was before returning to Europe. The one reason why Humboldt does include some personal remarks on his way through Spain was only that an unknown falsifier had published under the name of Humboldt, which was by then famous, and had invented stories. The second and most important reason for his

remarks on Spain is apparently thankfulness. Humboldt always acted as a gentleman when foreign scientific progress was concerned and therefore named all the educated people he met, scientists as well as museum directors or captains, and included their merits. He is especially grateful to the Spanish Court: "Never had so extensive a permission been granted to any traveller, and never had any foreigner been honoured with more confidence on the part of the Spanish government" (Humboldt/Bonpland 1972: 14).

As Sandra Rebok has shown, Humboldt acted diplomatically in travelling and writing about his travel. His image of Spain has to be puzzled together from explicit and implicit statements scattered over his work. Unfiltered impressions can be found in his letters shortly before and after he left La Coruña and, as he kept in touch with many scientist he had met all his life, in later remembrances.

While Wilhelm von Humboldt filled many pages of his diary at least with contemplations about the Spanish society, its intellectual elite and institutions, the landscape as well as architecture and art, Alexander von Humboldt left no such description of his stay in Spain. The original *Spanish Diary*, which has only recently been discovered among his papers in Berlin and was published in 2007, consists mainly of statistics and geological descriptions (Leitner 2007). Humboldt never wrote diaries in the very meaning of the word, but rather collected material for later publications. Ulrike Leitner found that in this diary from the early stage of his travels his working method as "work in progress" is already to be found: a mixture of travel report, tables, drawings, measures and problems to discuss later: e.g. he wondered why "the green of the trees in Spain in general is established only three weeks earlier than in Berlin" (Leitner 2007: 21).

The Spanish diary also shows Spain as a training camp for his methods of measurements, for example, to develop a measurement for distances it was "very important to find a speed in which one walks evenly". He trained himself to walk exactly 120 steps per minute, which equalled 270 Parisian feet (Leitner 2007: 21).

Like his brother, Alexander von Humboldt used parts of his diary word for word for later publication (c. Humboldt 1825). Other parts, especially measurement data, he changed considerably, taking into account the work of colleagues.

4.2 Spain and “the other”

Alexander von Humboldt's few remarks on the nature in Spain, especially in Valencia, are quite enthusiastic. He is amazed by the five harvests a year, lives on oranges, the dreams of palm trees and the variety of plants. On the society and mentality he says, contrary to his brother, very few things, almost all positive, and his famous quote about Spain, “don't worry, I am always amongst educated people” rather plays with the prejudices of his correspondents (to Reinhard and Christine van Haefen, 28.02.1799, in Jahn/Lange 1973: 649). His only complaint is about the uneducated people in the countryside who hinder him from taking measures.

His letters do not only contain pure enthusiasm, but also irony, e.g. about the fact that “apricots here [in Tenerife] are fed to the pigs!”, alluding to whom they are fed to in Berlin... (to Wilhelm von Humboldt, 20.-23.06.1799, in Humboldt 1999: 23).

If we ask ourselves why he dealt considerably more with Tenerife, where he only stayed for six days, it's not only because he was extremely impressed by the Teide, but because Tenerife was where in his opinion “the Exotic” started. “I will be leaving in tears. I would have liked to settle, where I hardly left the European soil” (to Wilhelm von Humboldt, 20.-23.06.1799, in Humboldt 1999: 23). The Canaries to him were Colonies, and the Peninsula was part of the Europe he knew. Therefore he later compared the people of Tenerife with the inhabitants of the American Colonies, not with the Spanish people. Sandra Rebok has stated that, apart from the comments about Spain that can be found in his correspondence and some few short articles, Spain has generally been used in his work as a standard of comparison for natural phenomena in New Spain and the New World.

While Alexander spent many more words on the people of the Canaries – whom he considered honest, modest and religious people, with many talents and a lot of fantasy – than on the inhabitants of the Spanish mainland, Wilhelm was interested precisely in what his brother “neglected”. His letter to Friedländer can be seen as a concise introduction of Humboldts theory of the Spanish National Character; one of his main interests was the question whether the National Character of Spain differed more within the individual provinces than in France, where he saw it structured by centre and periphery.

Peter Berglar puts in the paradox:

Wilhelm von Humboldt was interested in everything, but he could only see what he wanted to find. He had no idea of [...] the greatness of the Spanish medieval monuments or the deep religious feeling (Berglar 1991: 62).

Medieval history to him was a sign of backwardness. As he put it in his letter to Friedländer, there was no better way of time travelling to the Middle Ages than going to Spain (16.12.1799, in Humboldt 1981a: 188). But this is not to be interpreted only negatively: He is positively impressed by the purity of the National Character in Spain. So the backwardness in some points makes Spain an ideal country for his research. While Alexander only compared landscapes, as “the deep vallies of Galicia, which resemble the most picturesque spots of Switzerland and the Tyrol” (Humboldt/Bonpland 1972: 17), Wilhelm contrasts Spain with Germany, if only with the southern, less cultivated or old-fashioned parts of it, and also compares the Spanish and German people.

As many other travellers in the preceding centuries, Humboldt was impressed by the independent and more liberal structures of the Basque regions (Zimmerman 1997: 251; Kürbis 2004: 170). He did not simply add to the image of the “better Spanish”, but wanted to go a step further and give a full portrait of the special characteristics of the Basque people, of their National Character. To this end he set up a series of articles and planned a book on the Basques.

All Humboldts gave credit to Spanish scholars and artists. While Alexander generally acted as a gentleman in science and named every educated person who helped him in his researches individually, such as directors of the botanical garden, scientists, private collectors etc., Wilhelm tended towards generalization. In his diary and letters he promoted the theory that the most educated people in Spain came from the middle class and were self-taught to an impressive degree, because the schools and universities were very limited.

But on the same level he is fascinated by the Castilian people, who could be called the Germans of the South, “in their mixture of Mediterranean vivacity and Nordic carefulness, open-mindedness mixed with sincerity in their work and study” (to David Friedländer, 16.12.1799, in Humboldt 1981a: 187).

Wilhelm von Humboldt called himself an interested observant, a true German, and knew that he did not mix well with others (to David Friedländer, 16.12.1799, in Humboldt 1981a: 194). In later years he should call his brother scandalously non-German, but he himself never gave up his distant position which, however, did not refrain him from passionate Spanish studies.

He, who first approached the country on a rather theoretical way, found himself surprised by its purity, language and talent for solitude (s. below).

His wife also had German experiences as measurement. Though she did not express real prejudices, she complained about the uniform clothes of the women, the seriousness of the faces, the weird way of cooking. When they had to exchange their own carriage for a mule-coach on the Spanish border, she found this way of travelling "extremely boring", but in the same letter she complimented the good roads and wonderful views. She eagerly gives credit to institutions that are "unjustly screamed about in Germany", such as the Spanish guesthouses (to Karl Friedrich von Dacheröden, 11.11.1799, in Hettler 2001: 91). Similarly, Alexander would say in a letter "How easy to forget the miserable streets and guesthouses where you can't even find bread, when you have this plant growth, this indescribable beauty of the human body" (to Karl Ludwig Wildenow, 20.04.1799, in Jahn/Lange 1973: 662).

"With my philosophical approach to food" and a practical attitude, Caroline made her stay as pleasant as possible (to Karl Friedrich von Dacheröden, 11.11.1799, in Hettler 2001: 91). As long as she could convince her servant to cook herself, she would not complain, and she always found clean beds for her family. Only when it came to art she wrote from a more emotional perspective.

Apparently all three Humboldts lowered their expectations of comfort when travelling Spain. Wilhelm von Humboldt describes a lucky situation as such: a table big enough to hold his papers, clean linen and a friendly hostess: "What more can one ask for in the middle of Spain?" (to Caroline von Humboldt, 09.05.1801, in Sydow 1907: 93). On the other hand they seem to be proud that they know and can "handle" such a country. In the letters of his 2nd trip to Spain Wilhelm von Humboldt describes himself as an expert on Spanish matters especially in comparison to his companion, the merchant Wilhelm von

Bokelmann, who cannot cope with the Spanish food or customs. Humboldt proudly reports that he is called Don Guillermo.

4.3 The Montserrat as the bliss of solitude

Unfortunately there is not much evidence on whether or rather on how the two brothers discussed Spanish impressions among themselves. It is highly probable, though, that during their common stay in Paris they discussed the political events and how they influenced their plans for travelling and for personal development. We know from Alexander that Wilhelm approved of his plan to go to Spain and “quit Europe” (Humboldt/Bonpland 1972: 9). Other than that we only have the article on the Montserrat that can be seen as an intertextual dialogue of both authors. In his own letter to Goethe, Wilhelm implemented a letter by his brother describing an incident at the hermitage, which he uses as illustration for his theory on the Spanish attitude towards solitude.

In his travelogue Alexander had only reported that from Barcelona he

made an excursion to Montserrat and the lofty peaks of which are inhabited by hermits, and where the contrast between luxuriant vegetation, and masses of naked and arid rocks, forms a landscape of a peculiar character (Humboldt/Bonpland 1972: 12).

His letters, again, reveal two sides of this traveller: his sense for exactness brings us all measurements – e.g. when he reports to Zach how he brought water to boiling temperature at different heights of the Montserrat (to Franz Xaver von Zach, 12.05.1799, in Jahn/Lange 1973: 674). But he also reports an anecdote of a muleteer and a hermit, which gives his view on wrong religiousness and true devotion:

I was with the hermit of Santiago and was looking for herbs in around his hermitage, [...] when a muleteer broke in crying and breathless. He screamed, his macho (which deriving from masculus means all male animals but preferably mules), his poor, dear macho fell down in the abyss. He cried as a child and prayed to Maria a thousand times. The hermit brought him quickly to his room and gave him his rosary. I was afraid this was all the help the hermit wanted to give, but no [...]. He went down fearless to the place where the mule laid. The muleteer and I could only follow slowly, the mule was hanging dangerously head down and must fall. The muleteer cried and kissed it and appealed to the saints but the hermit shouted at him this would be useless, this would be the moment to act and not to pray. He, completely unafraid of his life being

in danger, turned the mule and pulled it up. His rosary got lost in this operation, but the mule was saved. The hermit then gave the muleteer a severe lecture on his lack of determination and went home to turn himself a new rosary [...] (Humboldt 1981b: 59-93).

Despite this last sentence revealing Alexander's dry sense of humour and critical position towards religion, Wilhelm himself discussed the hermitage as positive symbol of the Spanish interpretation of worshipping.

Wilhelm von Humboldt developed his impressions of Montserrat first in a letter to Goethe, which was published later. Also in his essay one can both note the disciplined reporting of an experienced if not enlightened traveller, giving the hours of the journeys, the height of the mountain and climate notes as well as the history of the church up there, but also the intellectual dedication to Goethe and his works. He saves himself the trouble of describing the landscape in details by referring to the travel report by Fischer. His climb is in itself very romantic, "while ascending one always has the summit of the mountain on one's left and at the same time the abyss on one's right" (Humboldt 1981b: 62-64), but he only gets passionate when describing the inhabitants of the hermit cells. He climbs first to the cloister, then to the hermits and contrasts the religious life in a cloister with the individual devotion of a hermitage, which is not only above the cloister geographically but also in Humboldts mind "in the truest sense of the word floating in the air"; he is impressed by their simple life and especially by the withdrawal from the world, the SOLITUDE (Humboldt 1981b: 90).

He cannot, this being also typical for Wilhelm von Humboldt, refrain from telling some erotic legends related to the Montserrat that, he thinks, would not be found in other travel reports. At this point it must be said that Humboldt, though dealing with enlightenment and religion a lot, does nowhere ridicule Spain as country of Inquisition and Catholicism. He often comments on the exotic beauty of the Spanish women and was only slightly amused about the prudery of the Spanish people: "Imagine, my dearest friend, they even planned to hide away beautiful paintings by Rubens, by Tizian and Guido Reni in dark chambers, because they are considered indecent!" (to Goethe 28.11.1799, in Bratranek 1876: 149).

Confronted with individual hermits, Humboldt could sometimes also not refrain from shock, but still compares the life of hermits to saints as well as primitive wilderness. Here again one finds some remarks on the Spanish human beings, who to him are less cultivated than the northerners, but also less interested in material things, they appear as purer and more sensual beings (Humboldt 1981b: 88).

For our soldier Schwartz, who could just march under the Montserrat, there was only one opportunity to compare Spain with Berlin. The river here was “not as big as our Spree [...]” (Schwartz 1921: 57, fn 1).

Though his description did not become part of a proper travel report, Humboldt’s impressions of the Montserrat made their way into German Classical Canon.

Friedrich Schiller exclaimed that the Montserrat would draw human beings from the outer world into the inner world, and Goethe said “A man can never find peace, only in his inner Montserrat”. The internal Montserrat became a common phrase if not a proverb in Weimar (Humboldt 1981a: 629). It is also said in German literature history that Humboldt’s epistolary essay as it was influenced Goethe when writing the second part of *Faust* (Krumpelmann 1926). The image of this Spanish mountain accompanied Humboldt to the end of his lifetime. Shortly before his death Wilhelm von Humboldt told a friend that whenever he enjoyed solitude he thought of his favourite place, the Montserrat (to Charlotte Diede, 04.11.1833, in Humboldt 1909: 319-320).

5. Conclusion

One might say that to the cosmopolitan Alexander von Humboldt Europe, including Spain, was home. He conversed in Madrid, as he had done in Berlin, scientifically with scholars and diplomatically at the Court. He saw Spain as last “stop” before the New World and his expedition really got started in the Canaries. To him America was “the other” (with Tenerife as borderline), while to Wilhelm “the other” lay right on the other side of the French border and was to be found in the Spanish temperament or National Character. The Spanish National Character, and especially the Basque, seemed to Wilhelm von Hum-

boldt less cultivated than the Italian or the north German, but intriguing for lifelong research.

Wilhelm and Caroline von Humboldt have often been said to act as representatives of a "Weimar attitude", but this is not all there is to say. Comparing Wilhelm's correspondences with different friends, it becomes clear that with each one he discusses his or her favourite topic: Arts with Goethe, lyrics and sociability with Brinckmann and Enlightenment with Friedländer. In all areas he comes to the conclusion that the very backwardness of the Spanish society in some areas makes it a very promising country for studying its *Eigenthümlichkeit* and developing his concept of the National Character.

Wilhelm and Caroline's attitude towards Spain and especially the Spanish art changed while travelling the country. As Gisela Noehles-Doerk has shown, the writings of both Wilhelm and Caroline could have modified the general impression of Spanish arts in Germany quite a bit, but their potential influence was hindered by selective publication and loss of material. This loss is even more regrettable, as we might have learnt how the personal confrontation with the Spanish art modified the concept of a person who grew up with Italian Classics as artistic norm.

Though their interest in the country was mainly developed while travelling, it can be said that with their – compared to contemporaries and friends – relative open-mindedness towards a forgotten country, their interest in its characteristics and treasures and the methods applied all three Humboldts set standards in scientific travelling and in travelling to Spain. Their writings present Spain as the interesting other, neither romanticized nor neglectable.

Travelling to Spain had broadened their view of the world. Although in Paris Wilhelm von Humboldt had called himself a proper German and had always wanted to return to Berlin, the Spanish Journey changed his attitude. When they returned from Spain, they first went to Weimar, then to Tegel and Berlin, but the freshly made cosmopolitans found the city and the German literature rather dull and they decided to go down south again.

Only the brave soldier, returning from nine years abroad, returned for good. And he told his adventures of this exotic country in the bars of Berlin till the end of his life.

Bibliography

- Berglar, Peter (1991): *Wilhelm von Humboldt*. Reinbek: rororo.
- Biermann, Kurt-R. (ed.) (1987): *Alexander von Humboldt. Aus meinem Leben*. Autobiographische Bekenntnisse zusammengestellt und erläutert von Kurt-R. Biermann. Leipzig: Urania.
- Bratranek, Ferdinand Th. (ed.) (1876): *Goethes Briefwechsel mit den Gebrüdern von Humboldt 1795-1832*. Leipzig: Brockhaus.
- Briesemeister, Dietrich/Wentzlaff-Eggebert, Harald (eds.) (2003): *Von Spanien nach Deutschland und Weimar-Jena. Verdichtungen der Kulturbeziehungen in der Goethezeit*. Heidelberg: Universitätsverlag Winter.
- Hettler, Hermann (2001): *Karoline von Humboldt. Ein Lebensbild aus ihren Briefen gestaltet*. Berlin: Koehler & Amelang.
- Humboldt, Alexander von/Bonpland, Aime (1972): *Personal Narrative of Travels to the Equinoctial Regions of the New Continent During the Years 1799-1804*. Translated into English by Helen Maria Williams. London 1818-1829, reprint Amsterdam: Da Capo Press.
- Humboldt, Wilhelm von (1821): *Prüfung der Untersuchungen über die Urbewohner Hispaniens mittels der Vaskischen Sprache*. Berlin: Dümmler.
- (1825): “Über die Gestalt und das Klima des spanischen Hochlandes in der iberischen Halbinsel”. In: *Hertha. Zeitschrift für Erd-, Völker- und Staatenkunde*, pp. 5-23.
- (1909): *Humboldts Briefe an eine Freundin (Charlotte Diede)*. Ed. Albert Leitzmann. Leipzig: Insel.
- (1981a): *Werke in 5 Bänden*. Vol. 5: *Kleine Schriften. Autobiographisches, Dichtungen, Briefe. Kommentare und Anmerkungen zu Bd. 1-5, Anhang*. Ed. Andreas Flitner/Klaus Giel. Stuttgart: Cotta.
- (1981b): “Der Montserrat bei Barcelona”. In: *Werke in 5 Bänden*. Vol. 5: *Kleine Schriften. Autobiographisches, Dichtungen, Briefe*. Ed. Andreas Flitner/Klaus Giel. Stuttgart: Cotta, pp. 59-93.
- (1987): *Ich über mich selbst (Mein Weg zum Naturwissenschaftler und Forschungsreisenden 1769-1799)*. In: Biermann, Kurt-R.: *Alexander von Humboldt. Aus meinem Leben*. Autobiographische Bekenntnisse zusammengestellt und erläutert von Kurt-R. Biermann. Leipzig: Urania, pp. 31-48.
- (1999): *Das Gute und Grosse wollen. Alexander von Humboldts amerikanische Briefe*. Ed. Ulrike Moheit. Berlin: Rohrwall.
- Jahn, Ilse/Lange, Fritz G. (eds.) (1973): *Die Jugendbriefe Alexander von Humboldts 1787-1799*. Berlin: Akademie-Verlag.
- Krumpelmann, John T. (1926): “Goethe’s Faust, 4203-4205”. In: *Modern Language Notes*, 41, 2, pp. 107-114.
- Kürbis, Holger (2004): *Hispania descripta – von der Reise zum Bericht. Deutschsprachige Reiseberichte des 16. und 17. Jahrhunderts über Spanien. Ein Beitrag zur Struktur und Funktion der frühneuzeitlichen Reiseliteratur*. Frankfurt am Main: Peter Lang.

- Leitner, Ulrike (2007): *Alexander von Humboldts spanisches Tagebuch*. Berliner Manuskripte zur Alexander-von-Humboldt-Forschung 28. Berlin: Alexander-von-Humboldt-Forschungsstelle.
- Leitzmann, Albert (1939): *Wilhelm von Humboldt. Briefe an Karl Gustav von Brinkmann*. Leipzig: Hiersemann.
- Montesinos Sirera, José/Renn, Jürgen (2004): "Scientific expeditions to the Canary Islands in the romantic period". In: <http://www.humboldt.mpiwg-berlin.de/10b.monte_en.htm> (20.06.2008).
- Noehles-Doerk, Gisela (1996): "Spanien und Weimar – Caroline und Wilhelm von Humboldt 1799/1800 in Spanien". In: Noehles-Doerk, Gisela (ed.): *Kunst in Spanien im Blick des Fremden. Reiseerfahrungen vom Mittelalter bis in die Gegenwart*. Frankfurt am Main: Vervuert, pp. 153-170.
- Pratt, Mary Louise (1992): *Imperial Eyes. Travel writing and transculturation*. London: Routledge.
- Rebok, Sandra (2004): "Alexander von Humboldt und Spanien im 19. Jahrhundert: Analyse eines reziproken Wahrnehmungsprozesses". In: <<http://deposit.ddb.de/cgi-bin/dokserv?idn=978959086>> (20.06.2008).
- Schiller, Friedrich (2004): *Werke und Briefe in 12 Bänden*. Vol. 12: *Friedrich Schiller Briefe II. 1795-1805*. Ed. Norbert Oellers. Frankfurt am Main: Deutscher Klassiker Verlag.
- Schwartz, Carl (1921): *Wahre und abenteuerliche Lebensgeschichte eines Berliners, der in den Kriegsjahren 1807 bis 1815 in Spanien, Frankreich und Italien sich befand*. Ed. Alexander von Gleichen-Russwurm. München: Drei Masken.
- Sydow, Anna von (ed.) (1907): *Wilhelm und Caroline von Humboldt in ihren Briefen*. Vol 2: *Von der Vermählung bis zu Humboldts Scheiden aus Rom. 1791-1808*. Berlin: Mittler.
- Zimmermann, Christian von (1997): *Reiseberichte und Romanzen. Kulturgeschichtliche Studien zur Perzeption und Rezeption Spaniens im deutschen Sprachraum des 18. Jahrhunderts*. Tübingen: Niemeyer.

Friedrich Wolfzettel

El viaje inglés a Portugal en torno a 1800 o Portugal sin mito

Un texto muy posterior y de poca importancia literaria nos servirá de preámbulo y ejemplo para demostrar la continuidad de la tradición romántica.

En 1887 fue publicado en Berlín el relato de viaje de un tal Otto Rieß (Rieß 1887) bajo el título *Nach Portugal und Spanien*; el subtítulo, *Eine heitere Touristenfahrt*, ya indica el carácter bienhumorado de un libro de circunstancias escrito sin ambición literaria y, por lo tanto, bastante típico de toda una tradición del viaje hispánico en el siglo XIX. Este viaje ibérico, emprendido por vía marítima en el vapor *Portugal*, traza un gran circuito por los lugares más importantes, en primer lugar de Portugal, después, de Andalucía y al final, nuevamente de Portugal, con un rodeo por el norte de Marruecos y Tarifa. Desde el *Voyage pittoresque en Espagne, en Portugal et sur la côte d'Afrique de Tanger à Tétuan* del barón Taylor (Taylor 1826) este itinerario constituye un tipo frecuente del viaje romántico y posromántico a Portugal y España. En el caso del viajero alemán claro está que la pequeña excursión á Tanger sirve así para introducir al viajero en lo que, al final del libro y en la perspectiva nostálgica del regreso al norte, recuerda la esencia casi mítica del sur, “der letzte Freudenrausch im schönen Süden, der letzte Wonneblick inmitten seiner Palmen” (Rieß 1887: 114). Encuadra así simbólicamente Andalucía a través de la ida y vuelta a Portugal o viceversa, mientras que Portugal sirve de preámbulo y de término de un viaje al centro mítico de España, con lo que la ruta del viajero alemán repite una larga tradición que se remonta hasta los inicios del siglo de la Ilustración. Pero esta estructura simétrica no carece de ciertas implicaciones ideológicas, comenzando por la cantidad de páginas consagradas a la descripción de ambos países: veintinueve y quince para cada trayecto, en total cuarenta y cuatro páginas para Portugal, sesenta y tres páginas para Marruecos y el sur de España. Más importante que el aspecto cuantitativo, sin embargo,

parece ser otro aspecto difícil de caracterizar, puesto que no se trata de juicios de valor, más bien al contrario. Desde la llegada a la costa de Oporto hasta la primera despedida de Lisboa el viajero no acaba de enaltecer la hermosura pintoresca de los paisajes y la amenidad de ciertos lugares:

Malerische Bergzüge zu beiden Seiten des Stromes. [Las montañas pintorescas a lo largo del río.] Zur Linken, der See zugekehrt, der langgestreckte Badeort Foz mit seinen hellen, freundlichen Häusern (Rieß 1887: 8),

como nota el recién llegado. Y en seguida: “Oporto hat eine reizend malerische Lage. [La posición pintoresca de Oporto]” (Rieß 1887: 9). Siguen la descripción del paisaje magnífico del Duero (Rieß 1887: 11) y de las horas inolvidables de una excursión en barco (Rieß 1887: 13), del panorama maravilloso (“das wundervolle Panorama”, Rieß 1887: 14) de Lisboa o un buen paseo a caballo en los alrededores de Cintra (“ein herrlicher Ritt”, Rieß 1887: 32). A decir verdad, estos juicios entusiásticos pueden ocultar cierta condescendencia por parte del viajero cuando, por ejemplo, se trata del puente derrumbado de Oporto, una de las recientes obras maestras de esos buenos portugueses, como comenta el autor irónicamente, uno de los “neuesten Baukunststücke der guten Portugiesen, groß in der Anlage – wie die Brücke zu Oporto – schwach in der Ausführung” y del fracaso del “verfehlten Wunderbau(s)” (Rieß 1887: 21) o de la descripción de una fiesta portuguesa en Belém. El autor nota también la hermosura dudosa de las mujeres portuguesas (“Miliz früh alternder Weiblichkeit”, Rieß 1887: 12), el papel problemático de la policía secreta y –claro– el carácter de las corridas de toros portuguesas que, aunque comparadas con las corridas españolas denotan cierto progreso de la mentalidad portuguesa, también parecen ser más aburridas.

Tal vez sea esto una clave de los paralelismos implícitos de los dos países y de las dos mentalidades, ya que la humanización misma de la corrida portuguesa implica también una pérdida de vitalidad (no corre sangre):

Blut darf nicht fließen, es muß alles hübsch trocken bleiben, nicht darf es wie in Spanien den Freudentaumel grenzenlos erhöhen. [...] Der Reiz des ungewissen Ausgangs, der in Spanien das Interesse wach hält und bei jedem Stiergefecht von Neuem durch Blut und Tod belebt wird, geht verloren [...] (Rieß 1887: 183).

Embriaguez de la alegría, la sangre y la muerte, la dramaticidad del espectáculo; en su libro sobre los mitos de la península pentagonal, Mario Praz ha estudiado este aspecto típicamente romántico del mito español (Praz 1928: 92ss.). Para el viajero alemán la verdadera corrida de toros es, pues, sin duda alguna, no la corrida portuguesa, sino la corrida española, que ha conseguido conservar su carácter original y mítico. El progreso de la civilización se ha pagado con la pérdida de la dimensión mítica. Y para ver dónde están las verdaderas simpatías del autor, a pesar de lo problemático según las normas modernas, basta con confrontar las pocas líneas consagradas a las corridas de toros portuguesas con el largo párrafo en el que el autor describirá a continuación las corridas de Sevilla:

Man muß ihn mit Augen sehen, mit Ohren hören diesen Enthusiasmus, der häufig die Schranken weiblicher Schüchternheit selbst der feinsten Damen durchbricht und sie oft zur freigebigsten Liebe gegen den Sieger verleitet, diesen Enthusiasmus, der über den harmlosen Fremden nur Worte verächtlichen Bedauerns findet, wenn er entrückt ob des muthwilligen Spiels mit Leben und Gesundheit angeekelt durch den widerwärtigen Anblick der von den Hörnern des Stiers zerfetzten Pferde [...] seine Empfindungen nicht zu verbergen vermag. [Hay que ver este espectáculo con los propios ojos, hay que vivir este entusiasmo que arrastra hasta las mujeres más tímidas [...] también la náusea y las emociones fuertes a la vista de los caballos despedazados por los toros] (Rieß 1887: 92).

En esta perspectiva la manera de sentir del turista extranjero “ingenuo” se parece más a la de los portugueses que a la virilidad española que arrastra hasta a las mujeres. Pero justamente por eso el espectáculo de Sevilla tiene una fascinación que no existe en Portugal, país sin mito. Casi medio siglo después del Romanticismo, el mito romántico de España y sobre todo de Andalucía no ha perdido aún su vigor. De la misma manera y refiriéndose a Marruecos, pese a ciertas observaciones críticas o irónicas, el autor no puede resistirse a la fascinación por el mundo exótico de los marroquíes altos, esbeltos, con sus ojos fogosos y apasionados: “schlanken, hochgewachsenen Maroccaner(n) mit dunklen, feuerblitzenden Augen” (Rieß 1887: 45), del vino de fuego de la “Gluth des Feuerweins” (Rieß 1887: 51) y el carácter explosivo (“der vulkanische Charakter des Landes mit der Leidenschaft der ewig gährenden Gemüther” (Rieß 1887: 54). España es todavía un país mítico porque es un país de contrastes (“Spanien ist reich an Gegensätzen wie kaum ein anderes Land”, Rieß 1887: 57), un país de

belleza romántica (“Wildheit des Gebirges und üppige Fruchtbarkeit vereinigen sich mit romantischer Schönheit”, Rieß 1887: 60), como nota el autor al acercarse el tren a Granada. Granada misma es descrita en términos románticos como un paraíso terrestre, “die Rose Spaniens voll lieblichster Pracht” (Rieß 1887: 56). Y como lo demuestran tantos relatos de viaje del Romanticismo, el descubrimiento de Granada se parece a una iniciación a la cumbre de la belleza terrestre, “den Höhepunkt irdischer Schönheit” (Rieß 1887: 57) que el autor va a describir sin cansarse en muchas páginas.

Lo dicho antes no demuestra una falta de interés por Portugal en comparación con España, antes todo lo contrario. Lo que quiere sugerir es el hecho de que Portugal no participa en las tendencias a la mitificación del mundo hispánico. Para citar a unos viajeros alemanes, raros son los comentarios tales como el de un profesor de Heidelberg, Wilhelm Wattenbach, que en su libro *Eine Ferienreise nach Spanien und Portugal* escribe que “in Bezug auf Schönheit Portugal gegen Andalusien weit zurücksteht” (Wattenbach 1869: 291). Otros viajeros alemanes insisten en el carácter inolvidable de sus recuerdos portugueses. El príncipe Felix de Lichnowsky escribe en 1842:

Die Landschaft von Lissabon bei Nacht von den Quais aus gesehen, ist ein so magischer Anblick wie wir mit unserem fahlen Monde, unsern blassen Sternen und kalten Nächten es gar nicht träumen können (Lichnowsky 1848: 70).

Alexander Wittich nota en su dedicatoria a Domingo Jozé d’Almeida Lima: “Zu den schönsten Episoden meines Lebens rechne ich unbedenklich den Aufenthalt in Ihrem Vaterlande” (Wittich 1843: s.p.) para hacer en seguida grandes elogios del renacimiento político y social del país amado. En 1868, a su regreso de España, Heinrich Brockhaus, el famoso fundador de la enciclopedia Brockhaus y cuyo viaje ibérico puede ser comparado con el de Otto Rieß, concluye:

Portugal hat übrigens im ganzen einen sehr guten Eindruck auf mich gemacht. Alles, was man sieht, macht den Eindruck des Fertigen und Vollständigen, wie dies nicht immer in gleicher Weise bei uns in Deutschland der Fall ist (Brockhaus 2003: 239-240).

En sus *Wanderungen in Spanien und Portugal*, de 1883, Ernst Barck alabará aún más Coimbra “zum Stand der Schönheit, welche von keiner Stadt übertroffen wird” (Barck 1883: 77), para concluir: “Das Klima und die Schönheit des Landes sind wirklich ganz bezaubernd”

(Barck 1883: 167). Y el austriaco Jacques Jaeger, en 1898: “Wir waren im Erobern des portugiesischen Paradieses nicht klein” (Jaeger 1898: 80). Como ya hemos visto, no se trata de desmentir el carácter luminoso de muchos viajes decimonónicos a Portugal. Lo que importa, desde luego, es romper el círculo mítico de una comunidad ibérica, mito que ha sido reavivado recientemente en la novela utópica *A Jangada* de José Saramago.

Paraíso por la belleza de sus paisajes, pero no país mítico. En ninguna parte el retraso social e histórico constatado por la gran mayoría de los viajeros extranjeros confiere un prestigio arcaizante al país subdesarrollado, antes al contrario. Por lo tanto, Portugal no es un país totalmente desconocido; pero participa en cierta medida en las actividades de los viajeros a la Península Ibérica en el siglo de la Ilustración, sobre todo de los viajeros británicos y de los que viajan en barcos ingleses (Guenero: 1990). No hay que olvidar que, a diferencia de la España romántica, situada en el último extremo de Europa central, Portugal no parece estar lejos de las Islas Británicas y de los grandes puertos de Breda y Hamburgo. Así, a menudo Portugal constituía la entrada natural para los que querían visitar España o simplemente ciertas partes de la Península. Lo demuestran, por ejemplo, las *Lettere familiari* (1762), del enciclopedista italiano Giuseppe Baretti, que había elegido Inglaterra como segunda patria. En su artículo titulado “Durch die Wüste, Lichter tragend ...”, una alusión a la función ilustrada de muchos viajes de la segunda mitad del siglo XVIII, Martin Opitz ha destacado el interés suplementario suscitado por la catástrofe del terremoto de Lisboa (Opitz 1983: 189). En su libro *They went to Portugal*, Rose Macaulay ha estudiado, entre otras, esta nueva fase de actividades viajeras (Macaulay 1946), paralelamente a los viajes a la España de la Ilustración analizados recientemente por Thomas Bodenmüller (2001). Pero lo que importa en este ámbito es que, en lo que se refiere a Portugal, una vez más a diferencia de España, no hay ninguna ruptura de estas actividades. Más bien asistimos a un verdadero desarrollo de los viajes a Portugal en torno a 1800. Martin Opitz ha presentado ciertos autores de relatos de viaje, de Esther Bernhard, Richard Crocker, Heinrich Friedrich Link hasta Wilhelm von Eschwege o Anton Friedrich Buschniz. Y es que Portugal, aliado con Gran Bretaña, aprovechaba en cierto sentido la circunstancias históricas de las guerras napoleónicas y del gran bloqueo continental. Mientras los

viajes a España y por España padecían de una gran pausa forzada por razones políticas, Portugal seguía siendo, más que antes, el lugar de predilección para los viajeros británicos. Pero mientras el levantamiento popular español, el primer ejemplo de este tipo de insurrección, contribuyó sin duda a construir el mito de la España romántica, país también arriesgado el que había conseguido resistir a la Europa moderna, Portugal carecía de atributos similares. Así parece que Portugal tenía poca influencia en el desarrollo de una iconografía romántica tal como la que comenzaba a formarse, por ejemplo, en Francia desde finales de la era napoleónica (Martinencho 1922; Trénard 1962; Brüggemann 1956). En otros términos: si la ruptura de la tradición ilustrada contribuyó a aplanar el cambio de rumbo del viaje a la España romántica, la continuidad misma de los relatos de viaje a Portugal parece haber impedido toda tendencia hasta la mitificación. La formación de una nueva sensibilidad estética por la naturaleza y la valoración del exotismo, el entusiasmo por el encanto del sur y la magia del ambiente, eso sí, pero ni una huella del proceso ideológico que había de hacer de España el símbolo mismo del otro y la puerta del Oriente.

Consideremos tan sólo dos ejemplos bastante característicos, el uno perteneciente a la alta aristocracia inglesa creada en la tradición ilustrada y, tal vez, mediador entre la Ilustración y el joven Romanticismo, el otro perteneciente al movimiento del Romanticismo burgués. El primer ejemplo se refiere a uno de los personajes más interesantes al respecto, William Beckford, considerado en general como uno de los descubridores del mundo ibérico poco antes del Romanticismo. Este representante mismo de la novela gótica, nacido en 1759 o 1760, se detiene en Portugal de marzo a diciembre de 1787, de noviembre de 1793 a octubre de 1795, de diciembre de 1795 a marzo de 1796 y, una vez más, de diciembre de 1798 a julio de 1799. De estas estancias reiteradas consideremos tan sólo *The Journal of William Beckford in Portugal and Spain 1787-1788*.

Como indica el título, esta serie de observaciones contiene también un *Spanish Journal* de diciembre de 1787 hasta enero de 1788, pero en vistas de que esta parte final tiene muy poca importancia, podemos hacer caso omiso de ella. Mencionemos, sin embargo, que el autor se refiere ya en la primeras frases a "Clarke's ponderous account of Spain, and Major Dalrymple's dry, tiresome and splenetic excur-

sion" (Beckford 1984: 285).¹ No hay, pues, ni huella de mitificación, ni siquiera en la descripción de una excursión al Escorial en cuyos alrededores el autor destaca el "wild naked country" así como "the old background of a lofty, irregular mountain" (Beckford 1984: 296). Aquí, como en otras partes, los indicios de una nueva sensibilidad estética parecen demasiado escasos para permitir hablar de un cambio de paradigma. Por lo que concierne a la estancia en Portugal, que se limita a poco más que al centro, con Lisboa, Belém, Cintra y Mafra, Rose Macaulay ha notado sobre todo los rasgos de un temperamento inestable.

A diferencia de sus contemporáneos ilustrados, este rico miembro del "antiguo régimen", vanidoso, presuntuoso, comediente y farsante, pero también sensitivo y sensible a todos los efectos estéticos, elige Portugal menos como un objeto de investigaciones turísticas que como la escena teatral de sus experiencias estéticas y sociales. Rose Macaulay ha visto en Beckford el tipo perfecto de un "curioso imperitante" de la alta sociedad, "ruthless, unscrupulous, malevolent", pero, como dice Macaulay; "he must have had an immense charm; he was brilliant, fascinating, cultivated, mood-ridden, witty, perverse" (Macaulay 1946: 109). "To read Beckford on Portugal", escribe la autora, "is to lose oneself in an extraordinary, many-coloured, fantastic drama (or opera) of fun, beauty, gaudy decor, pomp, luxury, absurdity, vanity, cynicism and wit" (Macaulay 1946: 109). Un "esteta" en búsqueda de emociones y que anuncia ya el esteticismo del fin de siglo, ansioso de ser admitido a la corte y de desempeñar el papel de hijo mimado en la alta sociedad, observador alternativamente curioso y cínico de esta misma sociedad, amante de Portugal y que no titubea en despreciar también el objeto de su amor. Si el deseo de irrealidad puede ser calificado como un rasgo típicamente prerromántico, este matiz nada tiene que ver con los mitos románticos posteriores del mundo ibérico. Portugal, Macaulay nos advierte además, no es nada más biográficamente que un sucedáneo de Jamaica o de Madeira; representa así para el viajero que no consiguió ver estos últimos lugares, un mito exótico, pero no la esencia del otro en términos imagoló-

1 Según el editor, se trata de E. Clarke, *Letters concerning the Spanish Nation* de 1763 y de Major W. Dalrymple, *Travels through Spain and Portugal in 1774*, de 1777.

gicos. Beckford anduvo una y otra vez por este país que representaba el exotismo puro y cuyos elementos exóticos fueron transplantados al lujoso domicilio inglés de Fonthill. El hecho de que las *Sketches* que Beckford había deseado publicar ya en 1818 no vieses la luz antes de 1833 parece denotar, además, el carácter privado y poco representativo de una colección de recuerdos que poco tiene en común con la gran tradición hodopórica europea.

De hecho, el autor no describe el país extranjero en su diversidad; lo que describe es la vida social en la que pasa los meses de mayo hasta diciembre, las visitas y las tertulias, el tiempo que hace, el ambiente y sus propios estados de ánimo. "I was in too good spirits to sleep well; my slumbers were broken and agitated" (Beckford 1984: 141); o bien: "I slept ill and woke in a feverish tremor" (Beckford 1984: 244); o, a comienzos de octubre: "Melancholy and dejected" (Beckford 1984: 221); o bien al contrario: "I was in a high spirits and danced with a parcel of young tits till two in the morning" (Beckford 1984: 69), etc. Así, no se trata de un relato de viaje en el sentido estricto del término, sino literalmente de un diario íntimo en el que el autor se da cuenta a sí mismo de sus humores y caprichos, de su salud, o de sus insomnios. Nada menos romántico que este diario, nada menos mítico que la imagen del país del que, a menudo, querría huir: "I wish myself in some green meadow at the foot of the Alps" (Beckford 1984: 99); o bien: "Every day in my Lisbon experience is tinted with the same dull colours" (Beckford 1984: 135); o bien: "Tis a wonder I do not expire with ennui, the life I lead is so stupid and uniform" (Beckford 1984: 134). En cuanto al calor estival de Lisboa el autor anota sobre Cintra: "Contemptible as these hills appear when the Alps are brought into comparison with them, I shall not be sorry to avail myself of their coolness" (Beckford 1984: 149). Y por lo que toca a las corridas: "It requires little courage to attack such patient animals. I was highly disgusted with the spectacle" (Beckford 1984: 127).

Pero, por otro lado, qué vivacidad, qué sensibilidad estética, qué estilo tan original cuando, por ejemplo, el autor se encuentra "in shivering sickly mood like a bird that is moulting" (Beckford 1984: 266); cuando celebra la fragancia de una flor: "I have been hanging over the jasmines I brought out of the garden of the Necessidades, and inhaling their soft perfume" (Beckford 1984: 63), cuando describe un paseo "in the valley of Alcantara amongst orchards of orange and

lemon brightened up by the showers which have lately fallen” (Beckford 1984: 63); cuando hace una pintura panorámica de Mafra (Beckford 1984: 175-176), cuando descubre la magia pintoresca de unas cuevas al borde del mar (Beckford 1984: 240) o cuando enaltece la belleza de Lisboa en la tarde (Beckford 1984: 71). Se trata de teatro y de música, de misas y procesiones, de amistades y hasta de la impresión que el autor produce en la sociedad portuguesa: “My singing, playing and capering subdues every Portuguese that approaches me, and they cannot help giving way to the most extravagant expression of their feelings” (Beckford 1984: 86). Este *Portuguese Journal* es, por cierto, el documento más original de una experiencia viajera, pero lo es porque da una imagen detallada de la vida de todos los días y precisamente por esto omite el mito y elimina en gran parte la alteridad de lo visto.

Beckford, pues, no representa un principio del viaje romántico, sino más bien una digresión cuyo carácter excéntrico destaca al compararlo con el gran poeta romántico auténtico que fue Robert Southey, poeta burgués y erudito. Southey viajó dos veces a Portugal, la primera vez con su tío, de enero a abril de 1796, y la segunda vez de abril de 1800 a mayo de 1801. Las *Letters written during a Short Residence in Spain and Portugal* fueron publicadas en 1797 y deben ser completadas por los *Journals of a Residence in Portugal 1800-1801*, editados por Adolfo Cabral. A diferencia de Beckford, Southey es el representante por antonomasia del poeta docto célebre por sus romances históricos como, por ejemplo, el romance español sobre *Roderick the Last of the Gothic*, de 1814. En Portugal mismo el autor estaba proyectando una gran *Historia de Portugal*, pero sólo acabó la *History of Brazil* (1810-1819). Ya vemos que este amigo de Wordsworth, ridiculizado por Lord Byron por su erudición laboriosa, se interesaba muy seriamente por el país, su carácter y su historia, pero que la parte romántica de los romances quedaba reservada para España y su historia, no para Portugal (Zimmermann 1997).

Sin embargo, a primera vista las *Letters* de 1797 no parecen confirmar nuestra tesis. En la relación del viaje que conduce al viajero inglés de La Coruña, Lugo y Ponferrada a través del Guadarrama a Madrid y Badajoz, y que finaliza con las impresiones de Lisboa, Arrabida y Cintra, el autor se centra en el tema típicamente ilustrado de la decadencia, del papel siniestro de los monjes, de la Iglesia y, por su-

puesto, de la Inquisición. Nada romántico en lo que está desarrollado sistemáticamente en una especie de ensayo titulado "On the State of Portugal" (Southey 1797: 408-463); ni en las observaciones sobre "the wretched state" (Southey 1797: 232) del reino de España y la decadencia de una nación cuyos niños se visten como hombres, mientras los hombres tienen el seso de niños (Southey 1797: 173). No hay duda sobre la decadencia actual:

All our early impressions tend to prejudice us in favour of Spain. [...] A little observation soon destroys this favourable prepossession; a great and total alteration in their existing establishment must take place before the dignity of the Spanish character can be restored (Southey 1797: 112).

Y lo que vale para los españoles, vale también para los portugueses. Sin embargo, pese a todo, lo que sorprende es cierto entusiasmo en lo tocante a las cosas españolas. El autor inaugura su libro con "Retrospective musings written January 15, 1797" que son un verdadero himno a España:

Spain! Still my mind delights to picture forth
The scenes that I shall see no more, for there
Most pleasant were my wanderings (s.p.).

Celebra "Leon's wild wastes and height precipitous" y "Galicia's giant rocks" (Southey 1797: XVI), enaltece "Memory's mystic power" (Southey 1797: XX) y recuerda "How did the lovely landscape fill my heart" (Southey 1797: XIX). Palabras clave tales como "wild", "picturesque", "beautiful", "sublime" son más frecuentes en la parte española que en la parte portuguesa. Y, sobre todo, este libro de un viaje ibérico es casi una antología de poesía y, en la mayor parte, de poesía española: de Garcilaso de la Vega, de Montemayor, de Yriarte, etc. Hasta en la parte portuguesa cita el autor textos españoles, porque, como escribe: "The Spanish poets please me better than the Portuguese; they possess more dignity, and they are not infected by that national vanity which characterises their neighbours" (Southey 1797: 373). Claro está que todo esto no es aún una señal de mitificación romántica, pero cuando pensamos que Southey cita también un romance, pues precisamente el género *par excellence* con el cual inicia la España romántica en Alemania, no hay duda de que, una vez más, el entusiasmo por la naturaleza en ambas partes de la Península y la crítica de ambos países subdesarrollados no impide cierta fascinación

limitada a España y que la perspectiva literaria del autor no está lejos del mito romántico posterior. Aunque este primer viaje ibérico de Southey se sitúa todavía en la tradición de la Ilustración, antes de formarse los mitos románticos de los años veinte y treinta del siglo XIX, está claro que España constituye el verdadero centro de interés, cuantitativa y cualitativamente. Ambos países, España y Portugal, estrechamente vinculados por su historia, presentan ejemplos de regiones subdesarrolladas, pero en el caso de España el retraso social ya comporta ciertos rasgos de belleza arcaica y de originalidad, mientras Portugal es simplemente un país hermoso e interesante.

De hecho, el autor calificado por Macaulay como “a Romantic among the Philistines”, está lejos de estar fascinado por la arriesgada realidad ibérica en la que nada es conforme a lo esperado. “He wrote with sneering contempt of the government”, comenta Macaulay, “with shocked disgust of the Church [...], with boredom of the English society around him” (Macaulay 1946: 143-164). Southey, continúa Macaulay, “was a natural disapprover”, cuya documentación del primer viaje corresponde más al tipo del viaje desilusionado que a un viaje romántico (Macaulay 1946: 145). De vuelta en Inglaterra, no deseaba regresar a Portugal. Sin ningún gusto por el “beau monde” de Lisboa, ni por los rasgos específicos como los relatos de *autos da fé* (autos de fe), corridas, formas de devoción y de la vida social, etc., Southey parece haber acabado con la realidad portuguesa antes de profundizar en su primera experiencia. Pero gracias a una feliz coincidencia biográfica, tendrá una segunda oportunidad y, pese a su persistente actitud crítica, es como una revelación de toda la belleza que no notaba antes. Así, en cierto sentido, sólo el *Journal of a Residence* merece la pena como la lectura. “Four years of absence had varnished every thing with the gloss of novelty” (Southey 1960: 1), comenta el joven poeta al llegar, para añadir poco después: “Views like these exist only in climates like these. They have a mellowness – a richness – a soft and voluptuous luxuriance of which the parts of an English landscape can help you to no idea” (Southey 1960: 4). Ya vemos que Southey está cobrando afecto a Portugal, su clima y su paisaje. Va a alabar la belleza del paisaje de Faro (“a beautiful country”, Southey 1960: 45) o notará una vez que:

The view towards the mountain was what one dreams of – a rich and enough peopled valley – its distance cultivated and wooded up to the

summit – southward the sea. I did envy the place and the house which would answer all my wishes (Southey 1960: 49).

En otra ocasión, un valle le parece como “our Land of Promise” (Southey 1960: 42).

En cierto sentido, los momentos en los que el viajero puede apreciar el carácter de un sitio constituyen unos momentos de atemporalidad feliz, existencial, en el ritmo inquieto del viaje. Como nota Southey en una carta escrita a su hermano: “Few persons bear about with them a more continual feeling of the uncertainty of life, its changes and its chances – than I do” (Southey 1960: 76). “A voyage is a serious thing” (Southey 1960: 74) y un viaje se parece a un prototipo de “uncertainty”. Así, esos momentos de ensimismamiento son una cosa seria: “I often gaze and gaze till I forget myself and lose all thought, all recollection” (Southey 1960: 112). Como notará Southey en Coimbra: “Who is there who has not, when he stood under a fine tree, felt the littleness of man’s existence?” (Southey 1960: 159).

Además, lo que hay que destacar es la curiosidad del viajero y, también, su deseo de ver el país entero. Como escribe Southey al final de su viaje y de su estancia en el país: “I have now travelled about a thousand miles in Portugal, and acquired a tolerably accurate knowledge of the greater part of the kingdom; the northern provinces are still unvisited” (Southey 1960: 166). El viajero describe los detalles más insignificantes, por ejemplo la casa en la que va a habitar –¡dos páginas enteras!– o la manera en que funciona un fuelle. En dos ocasiones evoca el poeta una perspectiva nostálgica: “What was old was indeed fine – it was like old Portugal. The modern is poor and paltry – fit for a travelling show – the perfect picture of the kingdom’s present state” (Southey 1960: 21). De la misma manera, Alcobaca aparece como “a huge mixture of old magnificence and modern meanness, old and new Portugal” (Southey 1960: 161). Así, una vez más, queda claro que la sensibilidad estética no impide a Southey hacer una crítica severa de todos los aspectos negativos: la “parade of Priests” (Southey 1960: 12), la superstición, la “complete anarchy” del gobierno (Southey 1960: 12), las formas de injusticia social, la suciedad pública, “a shed so filthy that we could not enter, hardened as we were” (Southey 1960: 24). Pero hay que admitir que una crítica similar ya no desempeña un papel principal, sino que forma parte de una experiencia bastante equilibrada del todo. Lamenta, por ejemplo, el carácter sucio del

comercio y la falta de progreso moral y científico, pero observa también que: “with all this court devotion a spirit of toleration exists formerly unknown in Portugal” (Southey 1960: 135). Porque, a fin de cuentas, “Portugal is certainly improving, but very, very slowly” (Southey 1960: 98).

Así, Portugal se parece a un paraíso decaído al que el autor no volverá jamás. Pero no es un país romántico, ni constituyen las cartas escritas desde el país un ejemplo de literatura romántica en el sentido en que un Washington Irving, un Théophile Gautier, un Charles Didier, un George Borrow, un Vasilij Petrovich Botkin y otros celebrarán más tarde la salvaje España romántica. Portugal, el blanco de crítica social, ejemplo de una mentalidad premoderna, pero también sitio de ensueños y de reflexiones existenciales, es en realidad un país sin mito, todo lo contrario de una España instrumentalizada por el Romanticismo europeo.

Bibliografía

- Barck, Ernst (1883): *Wanderungen in Spanien und Portugal 1881-82*. Berlin: Wilhelm.
- Beckford, William (1984): *Sketches of Spain and Portugal 1787-1788*. Ed. Boyd Alexander. London: Hart-Davis.
- Bodenmüller, Thomas (2001): “‘Der Blick von außen’. Spanien in europäischen Reiseberichten des 18. Jahrhunderts”. En: *Germanisch-Romanische Monatsschrift*, 51, 4, pp. 397-418
- Brockhaus, Heinrich (2003): *Tagebücher*. Ed. Volker Titel. Erlangen: Filos.
- Brüggemann, Werner (1956): *Die Spanienberichte des 18. und 19. Jahrhunderts und ihre Bedeutung für die Forschung und Wandlung des deutschen Spanienbildes*. Münster: Aschenbach.
- Guenero, Ana Clara (1990): *Viajeros británicos en la España del siglo XVIII*. Madrid: Aguilar.
- Jaeger, Jacques (1898): *Jenseits der Pyrenäen. Culturbilder von Spanien, Portugal, Gibraltar und Marokko*. Leipzig: Teufen.
- Lichnowsky, Felix von (1848): *Portugal. Erinnerungen aus dem Jahre 1842*. 2. Ausgabe. Mainz: Zabern.
- Macaulay, Rose (1946): *They Went to Portugal*. London: Cape.
- Martinencho, Ernest (1922): *L’Espagne et le romanticisme français*. Paris: Hachette.

- Opitz, Martin (1983): "Durch die Wüste, Lichter tragend... Sozialgeschichte und literarischer Stil in den Reiseberichten über die Iberia um 1800". En: Griep, Wolfgang/Jäger, Hans-Wolf (eds.): *Reise und soziale Realität am Ende des 18. Jahrhunderts*. Heidelberg: Winter, pp. 188-217.
- Praz, Mario (1928): *Peninsula pentagonale (Pretesti spagnoli)*. Milano: Edizioni Alpes.
- Rieß, Otto (1887): *Nach Portugal und Spanien: Eine heitere Touristenfahrt*. Berlin: Decker.
- Southey, Robert (1797): *Letters from Spain and Portugal Written During a Short Residence in Spain and Portugal*. Bristol: Bulgin & Rosser.
- (1960): *Journal of a Residence in Portugal 1800-1801 and a Visit to France 1838*. Ed. Adolfo Cabral. Oxford: Clarendon Press.
- Taylor, Isidore Justin Séverin (1826): *Voyage pittoresque en Espagne, en Portugal et sur la côte d'Afrique, de Tanger à Tétouan*. Paris: Gide
- Trénard, Louis (1962): "Images mythiques d'Espagne sous la Restauration". En: *Revue des Sciences humaines*, pp. 367-422.
- Wattenbach, Wilhelm (1869): *Eine Ferienreise nach Spanien und Portugal*. Berlin: Wilhelm Herz.
- Wittich, Alexander (1843): *Erinnerungen an Lissabon. Ein Gemälde der Stadt nebst Schilderungen portugiesischer Zustände und Fortschritte in der neuesten Zeit*. Berlin: Reimer.
- Zimmermann, Christian von (1997): *Reiseberichte und Romanzen. Kulturgeschichtliche Studien zur Rezeption Spaniens im deutschen Sprachraum des 18. Jahrhunderts*. Tübingen: Niemeyer.

Krisztián Szigetvári

La vida del general húngaro János Czetz y las actualidades de su viaje a España en 1857-1858 (con motivo del 150 aniversario de su viaje)

1. Introducción

Por causa de las revoluciones, las guerras por la libertad de 1848-1849 y 1956, y la emigración, hoy en día son muchísimos los húngaros que viven en el extranjero, en casi todos los países del mundo. Muchas de las personas que estuvieron obligadas a emigrar hicieron una carrera brillante en su nueva patria. Nosotros, los húngaros, no conocemos a todos los grandes personajes del siglo XIX. El protagonista de mi trabajo se llama János Czetz y fue un soldado que tuvo una vida extraordinaria, además de grandes éxitos en la vida civil, también en el extranjero.

Naturalmente János Czetz tenía contactos hondos con la Península Ibérica y América Latina. En 1857 y 1858 hizo con unos amigos una excursión larga a España y Portugal, y después escribió un diario que recogía sus impresiones sobre la vida hispana, las ciudades visitadas y las costumbres de la gente española y portuguesa en el siglo XIX.

2. La vida del general János Czetz

János Czetz nació el 8 de junio de 1822 en Hungría, en Gidófalva (un pueblo en Transilvania) y murió el 6 de septiembre de 1904 en Buenos Aires (Argentina).

Estudió en la escuela militar de Kézdivásárhely y después en la Academia Militar en Wiener Neustadt (ciudad cerca de Viena, en Austria), donde fue el primero de su promoción.

En 1842, a los 20 años, era ya teniente del regimiento de infantería n.º 62. No le gustaba que los soldados húngaros fueran acaudillados también en la lengua alemana, por eso escribió un libro titulado *Gramática militar húngara para los oficiales del ejército de Austria*. Desde 1846 trabajó en el Instituto de Cartografía Militar en Viena, y tam-

bién tradujo trabajos estadísticos húngaros. Después de la revolución del 15 de marzo de 1848 en Budapest, en julio de 1848 se presentó al ejército húngaro nuevamente organizado. Su carrera en el ejército del emperador austriaco terminó en ese momento y empezó su trabajo como primer teniente en el Ministerio de Guerra. En septiembre de 1848 participó en las luchas de la región del sur al lado del ministro de Guerra, Lázár Mészáros. El 30 de octubre de 1848 se graduó como comandante y fue nombrado jefe provisional de las tropas en Transilvania. Desde diciembre de 1848 fue el jefe del estado mayor del general Bem. En febrero de 1849 fue coronel y en marzo se convirtió en el general más joven del ejército húngaro en lograr éxitos militares (Anderle 1970: 228).

Después de la derrota en la guerra por la libertad tuvo que escapar de Hungría para evitar la represión de los Habsburgo, del joven emperador, Francisco José. Escapó a Alemania y escribió sus memorias con el título de *Bem's Feldzug in Siebenbürgen in den Jahren 1848 und 1849* (Las luchas del general Bem en Transilvania en 1848 y 1849). Después hizo muchos viajes por distintos países de Europa, entre ellos España. Vivió en París, en Londres, etc. Probó a organizar la emigración en el extranjero, pero no tuvo éxito. Después de su viaje a España en 1857 y 1858 vivió hasta su muerte en América Latina, concretamente en Argentina.

Primero trabajó en Argentina como agrimensor e ingeniero de ferrocarriles. Él planeó las líneas Santa Fé-Esperanza-San Germino, Rosario-Santa Fé-Paraná, Concepción-Uruguay.

En Argentina fue coronel del ejército nacional. No pudo usar su grado de general. Con la ayuda del presidente Sarmiento fundó el Colegio Militar de la Nación en Buenos Aires y durante 25 años fue su director.

Fue el fundador del Instituto Geográfico Militar argentino (1875), que hizo todos los mapas de Argentina y muchos de Chile, Paraguay y Uruguay, gracias a lo cual ganó una medalla de oro en la exposición internacional de 1883.

En Argentina sigue siendo muy respetado hasta nuestros días. Se puso su nombre a una plaza en Buenos Aires. Su escultura ante el edificio de la Academia de la capital también guarda su memoria. Además, el Correo argentino lo recordó emitiendo un sello con su retrato (Czetz 2007).

3. El libro de János Czetz sobre sus viajes por la Península Ibérica

Es interesante reconocer qué tipo de relaciones tenía un soldado húngaro con la Península Ibérica. Es seguro que estas relaciones en el siglo XIX resultarían rarezas en Hungría.

Durante más de medio año János Czetz viajó con unos amigos por la Península Ibérica, haciendo muchas excursiones y visitas a distintos lugares de España. En Sevilla conoció a su futura mujer, la prima del ex militar argentino Basilia Ortiz de Rosas (Czetz 2004: 9). Se casaron en 1857 y en 1859 se trasladaron con la familia de ella a Argentina.

En los años 1857-58 János Czetz escribió un diario del viaje por España. La lengua del diario es el francés. No podemos saber concretamente qué objetivos tenía Czetz al escribirlo. Puede ser simplemente una práctica de lengua, porque en las páginas del diario no podemos encontrar análisis políticos profundos (Czetz 2004: 8). Una señora húngara de Colombia lo tradujo al húngaro y los húngaros de Buenos Aires lo editaron en 1969 con el título de *Utazás Spanyolországban* (“Viaje por España”). Finalmente se editó en Budapest en 2004 con motivo del centenario de la muerte de János Czetz.

El documento es interesante; muestra otro punto de vista de un gran soldado húngaro al que conocemos por su autobiografía o sus artículos especializados. Podemos reconocer cómo se encontró con una cultura totalmente nueva para él, cómo veía los sitios y las ciudades de España del siglo XIX un hombre (un militar, un político, pero ahora desde un punto de vista personal) húngaro del siglo XIX. Algunas de sus notas siguen siendo relevantes hoy en día, por ejemplo muchos de los escritos sobre las ciudades o los monumentos arquitectónicos aún son actuales. En general, el gran interés de Czetz por cuestiones arquitectónicas es muy patente en su crónica de viaje. Sevilla era su ciudad favorita (¿por causa de su esposa tal vez?); los monumentos musulmanes le encantaban.

Los pensamientos de mediados del siglo XIX pueden ser actuales también para los visitantes de España de hoy en día. Las ciudades visitadas por Czetz son muy conocidas y muy populares, por eso es interesante comparar qué elementos son muy distintos para Czetz y para la gente del siglo XXI. La comparación y la alteración de las ciudades en los últimos 150 años es evidente, pero muchos de los monu-

mentos siguen en pie, por ejemplo la Alhambra de Granada, el Alcázar de Sevilla y las catedrales.

4. La situación de España a mediados del siglo XIX

Antes de analizar su diario tenemos que tener en cuenta la situación política en España durante su viaje. La reina de España es Isabel II (1833-1868), cuyo gobierno tenía muchos problemas debido a las guerras carlistas. Los pronunciamientos son muy frecuentes, podemos decir casi cotidianos. En el periodo en que Czetz visitó España el país tuvo tres gobiernos: el de Francisco Armero y Peñaranda (15.10.1857-14.01.1858), el de Francisco Javier Istúriz (14.01.1858-30.06.1858) y el de Leopoldo O'Donnell (30.06.1858-02.03.1863). Estamos a mediados del siglo XIX; España es el país de los pronunciamientos, es la época de los gobiernos efímeros (sólo en la segunda mitad del siglo XIX España tuvo 53 gobiernos), es también la época de las guerras carlistas, las luchas de las constituciones entre progresistas y conservadores, etc.

Como hemos visto, en el periodo de medio año que János Czetz pasó en España, ocurrieron dos cambios de gobierno. Pero con el segundo cambio empezó la “época larga” de Leopoldo O'Donnell, quien fue jefe del gobierno durante cinco años.

El vagabundo húngaro no siente mucho las alteraciones del gobierno. Tenemos que tener en cuenta que no le convence del todo el sistema de España. No le gustaba la monarquía, tenía sentimientos democráticos. Es consecuente, porque en Hungría él luchó con sus compañeros contra la tiranía de los Habsburgo.

Si explicamos en pocas palabras qué estilos artísticos existían en esos años en España, reconoceremos con qué circunstancias culturales se encontró Czetz. En la pintura destacaba el Impresionismo, la influencia francesa fue fuerte, pero el pintor del siglo es indiscutiblemente Goya, quien ya había muerto por aquel entonces. El Museo del Prado ya funcionaba, gracias entre otros a Carlos III, el monarca ilustrado, que reinó entre 1759 y 1788.

La arquitectura también tenía una gran importancia en el siglo XIX; es decir, que es el segmento del arte que puede formar los territorios y las circunstancias cotidianas de la gente. El estilo más duradero y más importante del siglo XIX es el Historicismo, que duró

desde 1830 hasta 1930 en casi todos los países de Europa. El Historicismo es el estilo de la reinterpretación de prácticas arquitectónicas pasadas. La Iglesia estaba renovando viejos templos en el estilo neorrománico y neogótico; construyeron arquitectura eclesiástica nueva en estilo neogótico, neobarroco, neoclásico. Los más ricos (la nobleza, la gran burguesía) construyeron edificios, haciendas de estilo neorrenacentista o neoclasicista. Los arquitectos más innovadores se decantaron por estilos como el neomudéjar o el neovasco.

5. Los elementos más interesantes del diario

El itinerario de János Czetz y sus amigos por España fue el siguiente: llegaron en barco a Barcelona (6 días), viajaron en barco a Valencia (15 días), después en tren hasta cerca de Madrid (10 días). A continuación viajaron a Andalucía, donde se quedaron durante 4 meses (en Córdoba 2 días, en Sevilla 100 días, en Jerez de la Frontera y en Cádiz 4 días, en Ronda 1 día, en Granada 24 días, en Málaga 2 días, en Gibraltar 1 día). Por fin tuvieron una estancia en Portugal de 1 mes (Lisboa 10 días, Sintra 2 días y Oporto 21 días).

5.1 Barcelona

El diario comienza el 25 de diciembre de 1857 y termina el 5 de julio de 1858. El viaje se inicia en Barcelona, con “una Corrida de Novillos en los Campos Elíseos” (Czetz 2004: 15). Aunque a Czetz la corrida no le interesó en absoluto, sí le fascinaron los edificios históricos y algunos lugares de la ciudad como el Barrio Gótico, la catedral de Barcelona y también las Ramblas.

Las notas políticas que puso sobre el papel en Barcelona son interesantes y típicas de un húngaro de la época: España le gusta más que Italia, porque no están los Habsburgo. Como es sabido, desde 1437 la Corona húngara estaba en posesión de la Casa de Habsburgo, bajo cuyo reinado todo tipo de movimiento nacionalista se había sofocado en su mismo origen. También en Italia había muchos territorios vinculados a miembros de la dinastía de los Habsburgo.

Fenséges volt ez a látvány és több ízben ünnepeltük magunkat, hogy Spanyolországban vagyunk és mindnyájan azon a véleményen vagyunk, hogy az Ibér félsziget többet ér (nekünk), mint Olaszország. Nincsenek itt az osztrák szuronyok által telített vidékek, teljes személyi szabadság

van; egy szóval, ha rossz is a kormányzat, de legalább nemzeti (Czetz 2004: 16).¹

Hay que tener en cuenta que estuvieron en Italia todavía antes del movimiento de *Risorgimento*, es decir antes de la unificación de Italia. Es una constatación interesante, que según su opinión en ningún otro país se ha encontrado con una democracia nacida con los hombres, solo en España.

Otro día János Czetz y sus compañeros visitaron la cárcel de la ciudad, donde pudieron convencerse de que España estaba lejos de la Inquisición.

La vida cultural de la ciudad resultaba abrumadora para los viajeros húngaros, los cuales, pese a no tener conocimientos profundos de la lengua española, se sentían especialmente atraídos por las representaciones teatrales que tenían lugar cada tarde.

5.2 Valencia

La siguiente estación de importancia en el viaje fue Valencia. János Czetz y sus acompañantes llegaron en barco a Valencia en Nochevieja. Estaba lloviendo, pero siguieron la ruta. Los monumentos musulmanes y medievales llamaron poderosamente su atención; la escalera con azulejos, las entradas góticas, la muralla del siglo XVII. Era un fenómeno chocante el hecho de que, pese a la fuerte lluvia, no hubiese agua en el río Guadalaviar.

Ez egy középkori város, mely a spanyoloknál sok mór emléket jelent, egyesülve a lovagok komor büszkeségével. Majd minden háznak csúcsíves kapuja van, mozaikkal kirakott lépcsőkkel. Aguas márkí házának feltűnően szép a bejárata (egész közel a Madrid Szállóhoz). Mindenütt vannak erkélyek, még a szegényes házakon is. [...] A mórok nyoma eltörölhetetlen (Czetz 2004: 23).²

1 “El panorama era impresionante y nosotros celebramos que estábamos en España y todos teníamos la opinión de que la Península Ibérica era mejor que Italia. Aquí no hay [...] las bayonetas austriacas, hay libertad personal completa; es decir, aunque el gobierno sea malo, por lo menos es nacional” (Trad.: Krisztián Szigetvári).

2 “Es una ciudad medieval, lo que significa en España la presencia de muchos monumentos moriscos [...]. Casi todas las casas tienen una puerta ojival, con escaleras cubiertas con azulejos. La entrada de la casa del marqués de Aguas es impresionante (está cerca del Hotel Madrid). Hay balcones en todos los sitios,

A pesar de la lluvia, Valencia les gusta mucho: los árboles, los naranjos que ven el 1 de enero y las flores les encantaron. Impresionado con su naturaleza, Czetz dice: “Dios construyó España en un momento de inspiración” (Czetz 2004: 23). En muchas ocasiones él vituperaba a los clérigos; según su opinión, los españoles son anticlericales. “A la tierra que fueres, haz lo que vieres”: según este proverbio, van a misa. En su opinión todas las catedrales españolas eran muy parecidas, con excepción de la catedral de Valencia, que tenía un estilo bizantino.

También en Valencia los viajeros se volvieron a dedicar a la vida cultural. Por ejemplo, una tarde vieron un *ballet* y tras la animada y exitosa representación llegaron a la conclusión de que los españoles son la única nación que puede danzar. Sin embargo, la favorable opinión de Czetz no incluía a las mujeres valencianas, que no le parecían ni guapas ni elegantes.

Los viajeros vivieron en Valencia un episodio particularmente desagradable y por ello digno de mención en la crónica de viaje cuando se dieron cuenta de que al cambiar dinero les habían dado dinero falsificado. Esto lleva a Czetz a dudar de la honradez de todo el pueblo español: “no existe ningún país donde se pueda encontrar más dinero falso que en España” (Czetz 2004: 26).

Desde Valencia, la ruta continuó en dirección a Madrid en ferrocarril. Esto, por un lado, acortaba notablemente la duración del viaje y, por el otro, ahorra a los viajeros el tránsito por carreteras cuyo estado en aquella época fue descrito como catastrófico en otras crónicas de viaje. En contraste con la cultura y la arquitectura de las ciudades visitadas, la panorámica contemplada desde las ventanas del tren mostraba pueblos que parecían a los viajeros “como de la Edad de Piedra”.

5.3 Madrid

A mediados de enero de 1858 llegaron en tren a Madrid. También era el día del cambio del gobierno, pero el pueblo español les pareció a los viajeros absolutamente neutral en estas cuestiones políticas. Hacía frío, pero la gente estaba aclimatada. Los habitantes tenían una gran

también en las casas pobres. [...] La huella de los moriscos es imborrable” (Trad.: Krisztián Szigetvári).

resistencia a pesar de las bajas temperaturas, lo cual sorprendió a Czetz (Czetz 2004: 35).

La Puerta del Sol aún era pobre, pero la estatua de Carlos III ya estaba en su emplazamiento actual. Las construcciones que formarían la riqueza arquitectónica y financiera de la Gran Vía no comenzaron hasta principios del siglo XX.

A János Czetz le impresionó el Paseo del Prado, que era ancho como los Campos Elíseos de París. También en Madrid se dedicó a la vida cultural. No obstante, las colecciones del Prado, que ya por entonces era un museo significativo, no le entusiasmaron en absoluto, si bien no menciona en su crónica en qué criterio basaba su valoración y qué era exactamente lo que echaba de menos en la colección.

En los teatros de la ciudad le impresionaron sobre todo los motivos árabes de las canciones, que de nuevo ponen de manifiesto la herencia cultural de la Península Ibérica.

En Madrid los húngaros sienten la decadencia del reino español y descubren que la reina es muy impopular. “Si Madrid desapareciese junto con la monarquía, esto no molestaría al pueblo español” (Czetz 2004: 38). También estuvieron en la corte y les pareció que el presidente del Gobierno, Francisco Javier Istúriz, no era un político popular, y que al igual que la reina tampoco él contaba con la simpatía del pueblo.

A királynő reggel 5 óra körül fekszik le és délután 3 és 4 között kel fel és csak akkor megy ki, ha leszáll az est. Nagyon népszerűtlen. Amikor lemondattott egy minisztert és még nem talált a helyére másikat, a nép határozottan örült ennek. [...] Minél tovább látjuk Madridot, annál inkább érezzük a spanyol monarchia lehanyatlását. És érdekes megjegyezni, hogy ez a lehanyatlás ahelyett, hogy elszomorítana, szinte felemeli, megvidámítja lelkünket, mert egy öreg, kiszáradt trón mellett látjuk felnőni teljes erővel a Nemzet fáját (Czetz 2004: 35-36).³

3 “La reina se acuesta a las 5 de la madrugada y se levanta entre las 3 y las 4 de la tarde y sale de casa sólo por la noche. Es muy impopular. Cuando desechó a uno de sus ministros y no se pudo encontrar otro, el pueblo estaba realmente muy alegre. [...] Cuanto más tiempo estamos en Madrid, más sentimos la decadencia de la monarquía española. Y es interesante notar que esta decadencia, en lugar de causarnos tristeza, eleva y llena de alegría nuestras almas” (Trad.: Krsztián Szigetvári).

5.4 Córdoba

La siguiente ciudad en la ruta fue Córdoba. Esta provincia de Andalucía está llena de monumentos árabes que llevan maravillando a los visitantes desde hace siglos.

La Mezquita, con el Patio de los Naranjos, fue el primer monumento que visitaron. Les encantó su interior musulmán y el aura era estupenda. La atmósfera de oriente, que en su percepción seguía estando presente en la ciudad, causó una profunda impresión en los viajeros.

A mecset körül van véve sűrű arab fallal; nagy kapuja van. A belsejében van a Patio de los Naranjos szökőkutakkal, ahol a hívek fürdenek, mielőtt belépnek. Micsoda narancsfák! Úgy látszik, némelyiket még Abd el Rhama ültette. Maradjon meg az árnyékuk örökre! Mennyi szépség van belül! Hogyan írjuk le a csipkefaragású márványokat, a mozaikokat, az egy darabból való tetőt? Lehetetlenség!!! (Czetz 2004: 43).⁴

5.5 Sevilla

Desde Córdoba viajaron en un coche correo hasta Sevilla pasando por Écija y Carmona. Allí empezó la etapa más larga del viaje, ya que se quedaron durante tres meses consecutivos en Sevilla. Tuvieron tiempo suficiente para conocer la capital de Andalucía.

La Giralda les gustó más que la torre de Brunelleschi en Florencia (Czetz 2004: 47). Es un monumento mudéjar de la época almohade, del siglo XIII. La catedral tiene un patio parecido al de los naranjos, como en Córdoba. “Es la maravilla de Sevilla. Un milagro del mundo: quien no ha visto Sevilla, no ha visto maravilla” (Czetz 2004: 48). Visitaron también el Alcázar, el antiguo palacio de los califas. Es un complejo de edificios muy parecido a la Alhambra de Granada, con partes mudéjares.

A János Czetz le impresionó Sevilla más que los otros sitios visitados de España. No es de extrañar, porque pasaron allí casi tres meses, y en junio en Sevilla conoció a su futura esposa.

4 “Alrededor de la Mezquita hay una muralla árabe; tiene una puerta grande. Dentro está el Patio de los Naranjos con fuentes donde los hombres se bañan antes de entrar. ¡Qué árboles de naranjos! Me parece que unos fueron plantados por Abd el Rhama. ¡Que se quede su sombra por siempre! ¡Hay mucha belleza en el interior! ¿Cómo podríamos describir los mármoles entallados como puntillas, los mosaicos, el techo? ¡Es imposible!” (Trad.: Krisztián Szigetvári).

Un día, el alcalde de la ciudad los visita y pasan el tiempo en el teatro juntos en su palco. Él cuenta muchas anécdotas sobre la vida de la ciudad y, entre otros, también sobre los vascos. Según una de esas anécdotas, la lengua vascuence era la originaria de la humanidad antes de la torre de Babel, así que todos los niños, de no mediar influencia externa alguna, empezarían por sí mismos a hablar en esta lengua (Czetz 2004: 54).

A los húngaros esta historia nos resulta muy conocida, porque en Hungría algunos dicen lo mismo, pero refiriéndose a la lengua húngara. Es un hecho que gramaticalmente tenemos similitudes con los vascos.

El grupo húngaro participó en todas las fiestas de la ciudad. El 18 de febrero lo hizo en la Habanera, que es el entierro de la sardina. Aquí tenemos en su relato la letra de la Habanera, que parece una transcripción tomada por él mismo y que, por un lado, documenta su gran interés por la cultura española, pero, por el otro, muestra que sus conocimientos de la lengua eran muy rudimentarios.⁵

Desde Sevilla hicieron una excursión a Jerez de la Frontera y a Cádiz. En Jerez vieron las casas blancas y las terrazas verdes.

Probaron los vinos de Jerez. Según Czetz, uno de ellos se elabora con una uva que lleva el nombre de Pedro Ximénez, y que fue traída de Hungría por un soldado de Carlos V (Czetz 2004: 66).

Volvieron a Sevilla: el Guadalquivir como el Theiss, tropa de caballos, pozos, hatos, etc., con una cigüeña en una casa con techo de bálago. Era una gran ilusión húngara.

Y, por fin, asistir a una corrida de toros fue también una gran ilusión:

A szegény bikák soványak és gyávák voltak; mindenáron meg akartak menekülni szomorú sorsuktól. Több bika a korláton át az arénába ugrott; az egyik hétszer. A lovakat kíméletlenül áldozták fel. Röviden: ez a látványosság teljes sikertelenséget aratott; nem meglepő, hogy a közönség ezek után hideg és közömbös maradt. Elviselhetetlen lett volna az egész, ha maga a látvány nem lett volna olyan szép. A hatalmas aréna

5 El texto transcrito por Czetz en su crónica de viaje es el siguiente: “Al mirar tus lindos pies – Tan juguetones – Me sabría a mi *mejó* – Que los marrones. – Maduro ya el tabaco está. Bequero quieto yo fumá – Candela tus ojillos dán – Ate a ya factrina – Que me quemó ya. – No yebe la negrita yá nó – Aseca la negrita ca Toché – No yebe la negrita a ya – Que el negro gosa – De la bé baila” [*sic!*] (Czetz 2004: 58).

tömvé emberrel, a ragyogó színű ruhák, melyeket még jobban kiemelt a Giralda és a katedrális a háttérben (Czetz 2004: 70).⁶

5.6 Granada

La siguiente estación de importancia del viaje fue Granada, la ciudad donde la estancia árabe fue más larga. La Alhambra, un palacio con todos los milagros de Oriente, fue el lugar que más interesó a los viajeros húngaros. Dentro del complejo musulmán se encuentra el palacio de Carlos V, construido en estilo renacentista, que aunque es muy valioso, representa un punto de vista totalmente distinto arquitectónicamente. La opinión de Czetz es extraña:

Meglátogathattuk a híres Alhambra palota maradványait, melynek felét lebontották, hogy helyébe egy nehéz, V. Károly féle toscanai stílusban levő palotát építsenek. Ez a palota is bizonyítja Granada új urainak barbárságát. Egyébként nincs is befejezve. – Ez az új épület szinte eltakarja a régit, amely szinte elbújik a Darro kis völgyének meredek partjaira. Onnan lehet látni Granada királyainak tündérpalotáját, melynek szépségét nem is lehet szavakkal leírni (Czetz 2004: 79).⁷

Cuando el general Czetz y sus amigos la visitaron, se estaban restaurando casi todos los espacios de la Alhambra. Granada es la segunda ciudad en la que pasaron más tiempo, casi tres semanas, para visitar la ciudad al completo: los monumentos árabes y judíos medievales, el Generalife, la catedral, etc. (Czetz 2004: 80).

Dice que en la Capilla Real, donde está la tumba de Juana la Loca y Felipe I, hay una parte churrigueresca, pero se equivocó, porque es plateresco; en el siglo XVI todavía no existía el churrigueresco.

6 “Los pobres toros eran flacos y cobardes; a toda costa querían escapar de su triste destino. Muchos toros saltaron de la arena sobre el antepecho; uno de ellos siete veces. Los caballos sufrían insoportablemente. En breve: esa atracción fue un fracaso total y es sorprendente que el público permanezca impasible. Sería intolerable, si el panorama no fuera tan bonito. La arena monumental llena de gente, las ropas de colores, y al fondo la Giralda y la catedral” (Trad.: Krisztián Szigetvári).

7 “Visitamos los restos del famoso palacio de la Alhambra, que fue medio derribado y en cuyas ruinas se construyó el palacio de Carlos V en un estilo italiano. Ese palacio es prueba de la ignorancia de los nuevos patrones de la Alhambra. La construcción, que no se terminó, cubre parte de las ruinas” (Trad.: Krisztián Szigetvári).

5.7 Málaga y Cádiz

Los viajes a Málaga y a Cádiz fueron cortos, y Czetz tampoco informa con detalle de ningún monumento que hubiese podido llamar su atención, pero sí le entusiasma la belleza de la naturaleza.

Después de esta excursión volvió a Sevilla, pero no disponemos del diario de las últimas semanas en esta ciudad, porque es el momento en que János Czetz conoció a su futura mujer. Son días de intimidad para él. Y segundos de fantasía para el público.

5.8 Portugal

Para terminar, los húngaros prosiguieron su viaje desde España a Portugal. Llegaron en barco a Lisboa, donde pasaron 10 días. En opinión de Czetz no valía la pena permanecer allí por más tiempo ya que Lisboa ofrecía pocos monumentos que pudiesen ser visitados.

Las corridas de toros que en España le habían indignado por su brutalidad le resultan ahora aburridas en Lisboa, donde no se mata a los toros.

Al parecer, lo que más le impresionaron fueron las abundantes fachadas decoradas con azulejos, las cuales identificó como un elemento de la arquitectura árabe.

De Lisboa, los húngaros continuaron su viaje en barco hacia Oporto, última estación de su, según él, aventurero viaje por la Península Ibérica.

6. Resumen

Existen pocas crónicas escritas por húngaros sobre viajes a la Península Ibérica en los siglos XVIII y XIX. Ese es el motivo principal por el cual la fuente presentada en este artículo, hasta ahora impresa sólo en húngaro, tiene tanto interés e importancia. La realización de una comparación con otras fuentes, en particular en lo que respecta a los sucesos políticos y militares en España, así como a cuestiones arquitectónicas y artísticas, es una tarea pendiente que sería de gran valor para futuras investigaciones.

Bibliografia

- Anderle, Ádám (1970): "Czetz János". En: *Hadtörténeti Közlemények*, 2, pp. 225-233.
- Czetz, János (2004): *Utazás Spanyolországban*. Budaörs: Budaörsi Örmény Kisebbségi Önkormányzat.
- (2007): <www.hu.wikipedia.org/wiki/Czetz_J%C3%A1nos> (30.11.2007).

Irene Prüfer Leske

**Cuadros de la naturaleza, la ciencia y la vida
cotidiana de la España del siglo XIX.
Emil Adolf Rossmässler (1806-1867),
naturalista, político y viajero por el este de la
Península Ibérica en pleno siglo XIX**

A aquel que nos ha enseñado algo bueno no se le puede olvidar.

E. A. Rossmässler (1850-1853)

“Der Mensch im Spiegel der Natur”

El título de la autobiografía de Rossmässler, *Mi vida y mis inquietudes en torno a la naturaleza y el pueblo*, que fue publicada post-mortem en 1874, refleja el lema filosófico existencial de su obra completa. En su concepción naturalista del mundo que se orienta parcialmente en los pensamientos de Alexander von Humboldt (1769-1859), Rossmässler perseguía un compromiso firme dirigido a fomentar una cultura científica popular unido al objetivo de una profunda reforma de la sociedad. La base de dicho compromiso y objetivo forma su actividad, inicialmente autodidacta, y polifacética como biólogo, geólogo, escritor naturalista, instructor del pueblo –tal como él mismo se autodenominaba–, político y demócrata revolucionario. Debido a esta polifacética actuación y su interés en una amplia divulgación de los conocimientos sobre la naturaleza, algunos historiadores le encuadraron en el rincón de los populistas, y su actividad política (Rossmässler 1874: 88-89) es causa del distanciamiento del famoso geólogo Leopold von Buch (1774-1853). Otros destacan el excelente perfil de Rossmässler como uno de los naturalistas más versátiles del siglo XIX, tal como Andreas Daum (1993: 59-66), y su enorme mérito, junto a su amigo, colega y discípulo Alfred Edmund Brehm (1829-1884), en la formación del pueblo, sobre todo a través de la enseñanza de las ciencias naturales, la ‘Biología’ desde la edad escolar (Brehme 1991: 39-44).

1. Naturalista, político y autor

Emil Adolf Rossmässler nació el 3 de marzo de 1806 en Leipzig como hijo de un grabador en cobre, Johann Adolf Rossmässler, del cual heredó sus habilidades artísticas y recibió los impulsos para desarrollar su interés por las ciencias naturales, y posteriormente, por la política, inquietudes que se mantendrían vivas durante toda su vida. Los padres se murieron antes de que pudiera matricularse en la Facultad de Teología en la Universidad de Leipzig. Aunque dichos estudios le interesaron poco, aprovechó su estancia en la Universidad para asistir a las clases magistrales de Gustav Kunze (1793-1851), catedrático de Botánica, y de otros profesores naturalistas que fomentaron su enorme interés en el ámbito de la botánica.

Al terminar los estudios de Teología fue nombrado Director de una escuela primaria en Weida de Turingia. Allí se dedicó de pleno a la botánica y zoología y creó el *Herbario de la flora alemana* para Heinrich Gottlieb Ludwig Reichenbach (1793-1879), Director del Museo Real de Historia de la Ciencia en Dresde.

Gracias a las recomendaciones de Reichenbach, en 1830 Rossmässler obtuvo la Cátedra de Zoología —más tarde también las de Botánica y de Mineralogía— en la Real Academia Sajona de Agronomía e Ingeniería Forestal en Tharandt bajo la dirección de su famoso fundador Heinrich Cotta (1763-1844). En la Escuela de Montes de Tharandt, tal como era conocida dicha escuela en España, Rossmässler tuvo entre 1843 y 1845 como discípulos a dos jóvenes estudiantes españoles de la carrera de Ingeniero de Montes, a Agustín Pascual González (1818-1884) y Esteban Bouteleou Soldevilla. El primero fue uno de los fundadores de la Escuela Especial de Ingenieros de Montes de Villaviciosa en 1846, junto a Bernardo de la Torre.

Dos años después de iniciar su carrera como catedrático en Tharandt, se publicó en 1833 el *Manual sistemático del reino animal* de Rossmässler con un Atlas dibujado por él mismo, un *manual* que en aquella época constituía una verdadera novedad. Poco tiempo después publicó otro libro didáctico importante sobre los insectos forestales. El mayor reconocimiento entre los científicos, sin embargo, lo obtuvo Rossmässler con la publicación de su obra estándar *Iconografía de los moluscos terrestres y acuáticos de Europa*, a cuyas 18 entregas entre los años 1835 y 1858 contribuyó con ilustraciones propias.

Los resultados del material colectado por Rossmässler durante su viaje por España [cuyo relato, por primera vez traducido, se publica como *Recuerdos de un viajero por España* en 2010] apareció publicado en los cuadernos 13 y 14 [...] en los que se estudia con gran detenimiento a *Netretina valentina* y en los que se muestra, por primera vez, este bello molusco con su espléndida, diversa y rica coloración. [...] También aquí se ilustran y describen nuevas especies para la ciencia como *Helix cartaginensis*, *Helix loxana*, *Helix Guiraoana*, *Helix baetica*, *Helix Stiparum*, *Helix Aragonés*, o *Helix derogata* (Reig Ferrer 2006: 93-102).

Después de la muerte de Rossmässler dicha serie siguió publicándose hasta el año 1920. El trabajo en esta obra principal de la conchiología y sus diferentes viajes, como por ejemplo a Trieste, y su participación en Jornadas en Viena, Jena y Praga supuso para él el contacto directo con naturalistas importantes, tales como Alexander von Humboldt (1769-1859), Christian Gottfried Ehrenberg (1795-1876) y el ya mencionado Leopold von Buch. En las Jornadas de naturalistas y médicos alemanes celebradas en 1836 en Jena, Rossmässler reclamó la creación de la reglamentación de una nomenclatura unificada e internacionalmente reconocida de todas las especies de animales y plantas. Este hecho significa el comienzo de una época importante en la historia de las ciencias biológicas.

A partir de 1840 se hizo cargo de la organización de eventos específicos relacionados con la mineralogía en Tharandt y se publicaron por primera vez obras geológicas tales como sus *Aportaciones a la petrología*, que contiene un estudio paleo-botánico del terciario de Bohemia con tablas de litografías. Durante los años 1840 en Tharandt, al margen de su gran actividad científica, Rossmässler desarrolló sus ideas políticas. Su mayor interés fueron cuestiones sociales y educativas. Al estallar la revolución de 1848 resultó elegido representante del distrito electoral de Pirmasens al Parlamento de Francfort del Meno. Como miembro de la comisión escolar defendía la separación de iglesia y estado así como un mayor desarrollo de la formación primaria. En 1849 Rossmässler siguió al *Rumpfparlament*¹ que se estableció en

1 El nombre *Rumpfparlament* viene del inglés *rump parliament* o *rump* (tronco, es decir, sin cabeza) de 1648 que surge como denominación irónica del reducto del “Parlamento Largo” del cual habían sido excluidos por Oliver Cromwell los diputados presbiterianos. Según dichos hechos históricos, se llama así a la Asamblea de los Diputados (6-18 de junio de 1849) que habían sido excluidos forzosamente de la Asamblea Nacional de Francfort y que se estableció en Stuttgart, *Rumpfparlament* que significó —en el marco de la revolución de marzo (*März-*

Stuttgart y, después de su disolución, informó de forma anónima sobre sus actividades políticas, hecho que le llevó, entre otras acusaciones, ante los tribunales por alta traición, un pleito, que, sin embargo, terminó a su favor. La situación tensa supuso la suspensión de las actividades docentes de Rossmässler en Tharandt. En el verano del año 1849, Rossmässler mismo se convirtió, según su propio deseo, en profesor emérito lo que significaba la reducción de su sueldo en algo menos de la mitad.

En calidad de jubilado volvió en 1850 a Leipzig. Tal como lo relata en su autobiografía, su vida “como profesor académico” encuentra aquí su fin y le lleva a una nueva orientación personal que se centra en la formación del hombre a través de las ciencias naturales. A partir de ahora, Rossmässler pone como objetivo central de su vida el desarrollo de la sociedad a través de la popularización y divulgación de las ciencias naturales siguiendo el pensamiento de Alexander von Humboldt. Como “profesor popular” o “predicador itinerante de las ciencias naturales”, tal como se autodenomina a partir de ahora, emprendió viajes dando conferencias en Francfort del Meno, Maguncia, Stuttgart, Ludwigsburgo, Wiesbaden, Aschersleben, Halberstadt y Magdeburgo, entre otras ciudades, con gran afluencia de público e importantes reconocimientos. Las autoridades reaccionaron en parte con prohibiciones de las conferencias y expulsión, dado que Rossmässler expresaba en todas ellas su credo “libertad a través de la formación” y su crítica a la precaria situación del nivel cultural en los colegios y la sociedad en general. Paralelamente a su actividad política desarrolló una gran actividad como escritor popular, ya que a partir de su nombramiento al Parlamento de Francfort en 1848 se sentía cada vez más comprometido con su misión de educador del pueblo. Especialmente sus publicaciones entre 1850 y 1866 sobre las ciencias naturales con diversas ilustraciones encontraron gran divulgación, entre ellos los siguientes títulos: *El Hombre en el Espejo de la Naturaleza* (1850-1853), *Las petrificaciones* (1840), *Las cuatro estacio-*

revolution) de 1848/49 en los Estados de la Alianza Alemana— el último intento de salvar las estructuras parlamentarias y democráticas de dicha Revolución. Los Diputados del así llamado *Rumpfparlament*, en gran medida, formaban parte del ala izquierdista que intentaba —antes de su expulsión— realizar su revolucionario programa democrático social.

nes (1856), *La historia de la tierra* (1856), *El agua* (1858) y *El bosque* (1862).

Especialmente importantes en cuanto a su génesis, son los dos últimos nombrados. Para familiarizarse con el elemento agua en sus “más maravillosas versiones”, tales “como lago alpino, cataratas y glaciar”, Rossmässler emprendió en 1856 –antes de redactar su Libro del agua– un viaje a Suiza, el “viaje del agua”, tal como lo llamaría él mismo. En su libro *El bosque*, que fue redactado en memoria de Heinrich Cotta, Rossmässler determinó la finalidad del bosque con las siguientes palabras: “someter el bosque a la protección del conocimiento de todos”. Aquí habla el ecologista: protección supone conocimiento. Impartir conocimientos, sin embargo, debe realizarse de tal manera que todos entiendan dichos conocimientos. En este sentido Rossmässler redactó con gran maestría sus monografías. Rossmässler es reconocido como uno de los primeros ecologistas de Alemania. El edificio de la Universidad Politécnica de Dresde, en el cual está ubicado el Instituto de Ecología y Protección del Medio Ambiente,² lleva su nombre: *Rossmässler-Bau*. Solicitó de manera ejemplar la protección de los bosques, de las aves y del castor. Estos temas se reflejaban en sus diferentes publicaciones. Con su amigo y discípulo Alfred Edmund Brehm (1829-1884) publicó como ampliación de su libro sobre *El bosque* una obra sobre *Los animales del bosque* (Brehm/Rossmässler 1863-1868).

Dos de sus publicaciones merecen una mención especial. En 1856 apareció en la famosa revista *El cenador*, el artículo “El lago dentro del vaso”, un año más tarde el pequeño libro *El acuario de agua dulce*. Estas dos publicaciones que suscitaron gran interés después de su publicación, indicaron el camino hacia una nueva forma de ocio en contacto con la naturaleza y el nacimiento de la acuarística en Alemania, cuyo centro sería Leipzig. Las fuentes redondas, llamadas según su inventor “Fuentes de Rossmässler”, acogieron plantas, moluscos, cangrejos y peces autóctonos y se ubicaron en colegios y salones de hogares alemanes.

En el ensayo de 1860 sobre “La enseñanza de ciencias naturales – reflexiones y propuestas para el cambio”, Rossmässler desarrolla una

2 “Institut für Allgemeine Ökologie und Umweltschutz” der Technischen Universität Dresden.

metodología nueva para la enseñanza de la asignatura Biología reclamando el trato directo del alumno con la flora y fauna. Al mismo tiempo exige al Parlamento la creación del Museo Regional para la Historia nacional de Ciencias naturales e Industria que debería servir a la divulgación de los conocimientos de las ciencias naturales que, según las ideas de Rossmässler, constituían la parte irrenunciable de la cultura humana en todos los estratos sociales. Sólo en 1906, la Asociación de Profesores de Leipzig atendía dichas exigencias en el 100 aniversario de su nacimiento. De dicha iniciativa nació finalmente lo que hoy es el Museo de Ciencias Naturales de Leipzig.

Igualmente, a partir del año 1859, año en que murió Alexander von Humboldt, nacieron, según las iniciativas de Rossmässler, las Asociaciones Humboldt en Ebersbach (en 1861) y Eibau (en 1864) en la Alta Lusacia, que se dedicaban a las colecciones naturalistas y la edición de la revista *Desde la Patria*.

La propuesta de Rossmässler, expresada en 1865 en Hannover ante la Asamblea de Investigadores de Ciencias Naturales y Médicos, de crear un ámbito específico para la Formación Popular en Ciencias Naturales ya contenía ideas que, a finales del siglo XIX, desembocaron en la creación de las Universidades Populares.

Los últimos años de su vida nuevamente estaban marcados por un fuerte compromiso político, con especial dedicación a las Asociaciones para la Formación de los Trabajadores creadas a partir de los años 1860. En 1866 fue nombrado Presidente de Honor de la Asociación cultural de Trabajadores de Leipzig. Tres años más tarde se constituyó bajo la dirección de sus amigos más cercanos August Bebel y Wilhelm Liebknecht, el Partido socialdemócrata de Trabajadores.

El 8 de abril de 1867 muere Emil Adolf Rossmässler en Leipzig. Sus últimas palabras fueron: "Naturaleza, tú exiges tus derechos; aquí estoy, llévame contigo."

2. El viajero: la importancia del viaje a España y el lugar que ocupan los *Recuerdos de un viajero por España* en la obra de Rossmässler

La génesis de la obra *Recuerdos de un viajero por España* se remonta a la investigación de una de las áreas más importantes de Rossmässler: su mencionada *Iconografía de los moluscos terrestres y acuáticos de*

Europa. Para completarla, tal como había prometido a la comunidad de científicos, debía emprender el viaje a España.

Después de haber pedido, en vano, a Alexander von Humboldt que actuara como intermediario para pedir una subvención de aproximadamente 150 libras esterlinas a la Sociedad Geográfica de Londres, consiguió una suma importante a través de la intervención de su amigo Sir William Hamilton (1805-1865) de 540 taleros de 23 patrocinadores mayormente ingleses, entre ellos 7 alemanes. Entre estos últimos se encontraban los museos de Francfort del Meno y de Stuttgart. Como contraprestaciones, Rossmässler tuvo que asumir el compromiso de proporcionar las colecciones y los resultados del viaje.

Sin embargo, dichas subvenciones no fueron suficientes y él mismo aportó ahorros provenientes de los honorarios de sus conferencias. Pero la parte más importante de la financiación de su viaje lo formaban los honorarios adelantados del editor de su relato de viaje, Hermann Costanoble de Leipzig (Rossmässler 1874: 168).

Además, Rossmässler partió a su viaje con recomendaciones del Ministerio Inglés de Asuntos Exteriores a los Consulados Ingleses en España (Rossmässler 1874: 170).

Los *Recuerdos* constan de XXI capítulos y se basan principalmente en el diario de Rossmässler escrito en España entre los meses de marzo y julio de 1853. El capítulo XIX es fruto de su propia traducción del español al alemán de extractos del libro de Vicente Boix (1850) sobre el *Sistema Penitenciario del Presidio correccional de Valencia* y dan cuenta de su excelente español adquirido mayormente como autodidacta en apenas cinco meses que duró el viaje.

El relato de viaje de Rossmässler por España fue redactado en pocos meses durante su estancia en la cárcel y publicado un año después de su regreso a Alemania en 1854. Igualmente, ocupa el viaje a España una parte importante de su obra autobiográfica que hace frecuentes referencias a esta importante época de su vida (Rossmässler 1874: 160-190).

En cuanto a la importancia de la obra traducida, *Recuerdos de un viajero por España*, se deben destacar varios aspectos: Rossmässler no es comparable con los grandes viajeros científicos alemanes con largas estancias en el extranjero, tales como Georg Forster, Alexander von Humboldt, Alfred Brehm entre muchos otros. Los viajes de Rossmässler quedaron limitados a estancias cortas en España, Suiza y

pocos países europeos más. Entre éstos, a deducir por el impacto causado en nuestro viajero de Leipzig, España ha sido el país más exótico visitado por él.

La trascendencia de este viaje, en primer lugar, yace en su origen y en el objetivo del viaje, la investigación científica malacológica y el descubrimiento de diversos moluscos. Relacionado con el ímpetu investigador y la gran capacidad de comunicación de Rossmässler está su informe sobre la situación de las ciencias naturales en España y las diversas relaciones con científicos franceses y españoles que forman parte de los encuentros y del intercambio de ideas con nuestro viajero naturalista alemán. Podemos deducir de esta descripción que existían muy buenas redes y una excelente comunicación entre los más destacados científicos europeos de aquella época. Así, en su paso por París, visita Rossmässler el 4 de marzo de 1853 “a uno de los más famosos geólogos franceses, Collomb” (Rossmässler 1874: 10), también investigador en España, junto a Verneuil (Rossmässler 1874: 175). Lamenta no haber podido visitar a su amigo, el botánico Moquin-Tandon en Toulouse, igual que su colega y corresponsal Gassies, y al conchiólogo Grateloup de Burdeos. Rossmässler destaca que conocía tanto a científicos del norte de Europa, tales como Boissier, Reutter, Heinrich Moritz Willkomm, Brehm y Apetz, Collomb y Vernueil que investigaban en España, como también a científicos españoles en Barcelona (Bergnes de las Casas, Sánchez Comendador), Valencia (Ignacio Vidal y José Arigo) y Murcia (Ángel Guirao), y que mantenía correspondencia y, con muchos, relaciones personales, entre los años 1835-1845, con aproximadamente 80 científicos de toda Europa y que existía entre estos componentes de la gran ‘familia’ de científicos naturalistas una fuerte unión y relación de amistad, a pesar de que algunos personalmente nunca se conocieron (Rossmässler 1874: 189).

Para Rossmässler mismo, la estancia en España y su constante reflexión entre las diferencias medioambientales entre Alemania y el país sureño, le significó reconocer la enorme importancia del agua y del bosque para nuestro entorno y apreciar el cambio de estaciones pronunciado en los países del centro y norte europeo (Rossmässler 1874: 180ss.). Dichas reflexiones dan inicio a sus posteriores publicaciones como las ya mencionadas *Las Cuatro Estaciones* y *Flora en la Vestimenta de Invierno* que se publicaron en 1856. De esta última publicación, Rossmässler indica en su autobiografía que le indujo a

escribirla el impacto recibido por la observación de la falta de plantas criptogámicas como setas, musgos, etc. La falta de agua y el desmonte de España le inducen a las publicaciones *El bosque* y *El agua*.

Por otro lado, queda por mencionar el importante reflejo de la cultura española a mitad del siglo XIX. En este sentido, los *Recuerdos* de Rossmässler ya tuvieron su repercusión en una investigación de Carl-Heinz Vogeler (1941: 217-218) sobre “La vivienda urbana española” en su obra *La cultura tradicional española en los libros de viaje alemanes 1760-1860*, donde Vogeler introduce una traducción de la descripción de la casa de su amigo, el científico y político español Ángel Guirao en Murcia del capítulo VI de los *Recuerdos*. Dentro de este ámbito de observaciones, Rossmässler nos da indicios sobre las relaciones comerciales y culturales entre Alemania y España a mitad del siglo XIX y el mutuo conocimiento de los países en cuestión.

Y finalmente y no por ende, está el político Rossmässler y su ejemplar forma de viajar. El interés demostrado por todas las capas sociales del pueblo español, su cultura y su entorno paisajístico y condicionamiento político forman parte de una profunda reflexión de la situación socio-política y geográfica de España. Con todo ello, Rossmässler puede ser considerado como precursor del turismo sostenible y europeísta por excelencia.

3. Emil Adolf Rossmässler y la literatura de viaje

Emil Adolf Rossmässler no correspondía a la imagen del alemán que se tenía en España durante el siglo XVII, al menos en lo que se refiere a su aspecto físico. Se decía que “Los alemanes son los hombres más grandes de Europa. [...] Cada alemán tiene dos cuerpos de un español [...] y que son corpulentos” (Morell-Fatio 1922: 277-297). Pero sí acertaba la opinión pública, referente a Rossmässler, en cuanto a que “son curiosos de ver el mundo”. Rossmässler era de pequeña estatura y se interesaba por todo.

No era uno de los alemanes comerciantes que se establecieron en España en los siglos XVIII y XIX para ganar dinero y volver con los bolsillos llenos a Alemania, inmigrantes que habían emprendido el viaje al Sur, tal como lo hicieron, pero en sentido contrario, los españoles que se fueron a trabajar al Norte, en los años 60 del siglo XX.

Rossmässler, por el contrario, viajó a España en calidad de naturalista subvencionado por patrocinadores científicos ingleses, tal como hemos indicado más arriba. Se le puede considerar como influenciado por las relaciones culturales entre Alemania y España alrededor del año de 1800. Del análisis sobre el transfer cultural español/alemán resulta que este auge entre ambos países se debe, entre otras cosas, a los relatos de viajes y también a la recepción de Christoph Martin Wieland (1733-1813) del *Don Quijote* (Briesemeister/Wentzlaff-Eggebert 2003), obra de constante referencia en los *Recuerdos de un viajero por España* de Rossmässler. Dada la censura reinante en España de las obras extranjeras, sólo decenios más tarde se puede hablar de un transfer cultural en sentido inverso alemán/español. Tal como observa Wilhelm von Humboldt en su viaje por España entre 1799 y 1800 y de igual modo Rossmässler todavía en sus *Recuerdos de un viajero por España* de 1854, la literatura alemana es prácticamente desconocida en España y los primeros intentos de los conocedores del alemán y traductores fueron censurados y frustrados, sobre todo, por parte del clero español.

El interés de Rossmässler por España constituye un factor más en el auge del intercambio cultural alemán-español que comienza alrededor de 1800 y resulta del rechazo del modelo clasicista de la ilustración francesa, el posterior descubrimiento de la literatura española y una verdadera moda de lo español resultante.

Hoy en día, es casi imposible encontrar en anticuarios y bibliotecas la obra de Rossmässler *Reiseerinnerungen aus Spanien* de 1854, que se presenta en versión española como *Recuerdos de un viajero por España*. A pesar de la originalidad de esta descripción de su viaje por España realizada en 1853 y la proliferación de obras de viajeros en el siglo XVIII y XIX, Rossmässler es prácticamente un desconocido hasta en su ciudad natal, Leipzig, en el ámbito de la literatura de viajes. Falta entre los “Viajeros alemanes” del estudio preliminar de María Carmen Díaz de Alda Heikkilä (2006: 53) de la edición de las *Cartas del Viaje por España* de Albert Edelfelt y tampoco se menciona en el “Estudio introductorio” de Hiltrud Friederich-Stegmann (2007: 15-52) del *Viaje de Ámsterdam a Génova pasando por Madrid y Cádiz* de Christian August Fischer.

Rossmässler ha entrado en la historia de la ciencia como científico de los moluscos, en la historia de la política como ferviente defensor

del parlamento y como social-demócrata, siendo el ideólogo de las Universidades Populares y las Asociaciones Alexander von Humboldt, pero no figura en ningún libro de historia de la literatura como escritor de literatura de viaje, a pesar de su descripción del viaje a España que se centra, tal como indican el título y el prefacio, en sus recuerdos personales de aquel país, distante para los alemanes de aquella época. Según nuestro punto de vista, seguramente hoy, y en referencia a un análisis contrastivo de las culturas de ambos países, tienen tanta importancia dichos recuerdos personales como sus investigaciones científicas para la historia de las ciencias y la ciencia misma.

El motivo de tal olvido de la obra de Rossmässler, seguramente yace en su carácter político, siendo, tal como dice en la introducción: como una reflexión muy personal sobre la naturaleza y el pueblo español (Rossmässler 1854: VI-VII), donde se encuentran los reflejos constantes del científico y político Emil Rossmässler. El político Rossmässler estaba vetado después del descabro del *Rumpfsparlament* en Stuttgart y se le había acusado de “alta traición” y suspendido de su docencia en la Academia Forestal de Tharandt.

Ahora, sin haber tenido la obra de Rossmässler apenas repercusión en el ámbito de la literatura de viajes, nos queremos plantear la cuestión de en qué medida se encuentran en ella rasgos típicos de la literatura de viajes, cuáles han sido sus influencias y de qué manera tan peculiar se distingue la obra en cuestión de dicho género.

El relato de viaje del siglo XVIII y XIX tenía un papel importante en la producción literaria del jacobinismo alemán ya que permitía al autor expresarse sobre los diferentes sistemas políticos de los países visitados estando marcados dichos viajes por el contacto con las clases humildes – especialmente cuando se realizaban a pie. Georg Forster (1754-1794) el teórico y representante principal de la República de Maguncia, que se hizo famoso como autor de *A Voyage Round the World* (1777), la descripción de su viaje alrededor del mundo con el Capitán Cook, fue precursor de este género con su libro *Ansichten vom Niederrhein* [Cuadros de la región del Bajo Rin]. Informó sobre la situación económica y política en Aquisgrán, Lüttich y Bruselas y dio un análisis exhaustivo de la voluntad de la población de colaborar con la Revolución Francesa. Su obra *Darstellung der Revolution in Mainz* [Descripción de la Revolución de Maguncia] escrita en 1793, no fue publicada hasta 1843. Forster pertenecía al círculo de los revo-

lucionarios y fue tomado preso en el verano de 1793 por el Gobierno de Maguncia. Después de su liberación se exilió en París donde murió un año más tarde con sólo 39 años. Siguiendo su ejemplo, otros escritores tales como Adolph Freiherr von Knigge (1752-1796) y Johann Andreas Georg Friedrich Rebmann (1768-1824), utilizaban el relato de viajes para camuflar sus ideas políticas, especialmente su apoyo a la Revolución Francesa. Este Jacobinismo Literario representaba el intento de la realización consecuente de la Ilustración tanto en la teoría como en la práctica. Dicha realización se estrelló inicialmente en la restauración del Absolutismo en Europa a través del Congreso de Viena [*Wiener Kongress*] de 1815 y los Convenios de Karlsbad de 1819 que tuvieron como resultado una censura feroz de la prensa y la persecución de los así llamados “demagogos”. En este sentido, la historia de la literatura tradicional actuaba como censura política ya que excluía la práctica literaria política del canon literario del siglo XVIII. Es por ello, que el mencionado Freiherr von Knigge es conocido, hasta hoy, sólo por su libro de protocolo *Über den Umgang mit Menschen* [*Sobre el trato interpersonal*] de 1788. De igual manera, la obra mencionada *Ansichten vom Niederrhein* [*Cuadros de la región del Bajo Rin*] de Georg Forster sólo es destacado por sus descripciones de cuadros de la famosa galería de arte de Düsseldorf. Sin embargo, los contenidos políticos quedaron sin mencionar. Los relatos de viajes mencionados constituyen tanto la continuación de la ilustración como la reacción literaria a la Revolución Francesa.

En esta tradición, diez años antes de la publicación de los *Recuerdos* de Rossmässler, apareció en 1844 en forma de un relato de viaje ficticio *Deutschland. Ein Wintermärchen* [*Alemania. Un cuento de invierno*] de Heinrich Heine como crítica muy personal del sistema.

Los *Recuerdos* de Rossmässler contienen numerosas alusiones a los grupos políticos y críticas al absolutismo español y, por lo tanto, pueden ser considerados como parte de esta tradición y el desconocimiento de su obra hasta hoy, como fruto de la censura de sus ideas políticas después del episodio en el Parlamento de Frankfurt y su posterior encarcelamiento.

Rossmässler visita entre marzo y julio de 1853 Barcelona, Alicante, Elche, Albatera, Cox, Callosa del Segura, Murcia, Cartagena, Mazarrón, Lorca, Lumbreras, Granada, Málaga, Ocaña, Almería, Totana, Lebrilla, nuevamente Murcia, Valencia, Alcira, San Felipe de Játiva y

vuelve vía Barcelona y La Junquera, pasando por Francia, a Alemania. Utiliza tanto el tren, como el barco, diligencias y su tartana. Pero también recorre muchos trayectos a pie.

Existen pocas descripciones de monumentos en la obra rossmässleriana. Las que hay no pueden ser consideradas como descripciones arquitectónicas sino que señalan su perspectiva filosófico-política. Eso sucede con las descripciones del Montserrat, su monasterio y la Alhambra. El trasfondo histórico de ambos monumentos es lo que importa a Rossmässler y ha podido influenciar a sus contemporáneos y a los nuestros. Igual que el escritor americano Washington Irving, con su descripción de la Alhambra, ha llamado la atención sobre la fortaleza y la historia morisca en España, importancia que ha recobrado con los recientes acontecimientos políticos, aunque la obra no es ni mucho menos un puro tratado político. También en otro sentido ha sido Rossmässler influenciado por el género del relato de viaje.

Tal como hemos mencionado, el científico Georg Forster (1754-1794), sin duda, ha sido el más destacado y reconocido escritor de la literatura de viajes con una gran influencia sobre la época del siglo XVIII y principio del siglo XIX. Entre otros ha tenido como adepto a su amigo y protegido Alexander von Humboldt (1769-1859), con el cual emprendió viajes por Alemania, Países Bajos, Francia e Inglaterra. Rossmässler, gran admirador de este último, adapta el género literario de viaje diseñado por Forster. Éste se destaca como primer científico que integra sus intereses científicos referente a experiencias concretas con la práctica del escritor en prosa. Es precursor de la utilización de principios de composición poética en descripciones científicas. Sobre la necesidad de tal proceder teoriza Forster en su prólogo al relato de la vuelta al mundo que emprendió junto a su padre, Johann Reinhold Forster, y James Cook en su famoso libro *A Voyage Round the World* de 1777, traducido al alemán. En esta obra, los hechos sólo son elocuentes a través de la interpretación del observador. Éste, a su vez, en cuanto a su capacidad de percepción, está determinado por su sentimiento y pensamiento subjetivo, una subjetividad abierta a la percepción que carece de prejuicios. Y, en este sentido, Rossmässler (1854: V-VI), igual que Forster, se ubica directamente al lado de su lector, reflexionando sobre las diferentes maneras de presentar en su prólogo una descripción de viaje.

También Alexander von Humboldt da una visión muy personalizada de sus observaciones científicas y es difícil determinar sus obras según géneros preestablecidos. En su *Ensayo Político sobre la Isla de Cuba* (1826), p.ej. alternan descripciones de paisajes y de viajes con artículos y estadísticas científicas sobre economía, agricultura, sociología, fauna y flora de Cuba con alegatos fervientes de los derechos humanos. Nos quedamos maravillados e impactados ante las descripciones paisajísticas, de la fauna y florísticas, basadas en investigaciones precisas de sus *Cuadros de la Naturaleza* (1808). El lector actual queda impresionado por la belleza y fuerza poética al tratarse de una particular transmisión de datos puramente objetivos y científicos porque nuestros preconocimientos textuales no nos remiten a la existencia actual de tales géneros híbridos.

Forster y Humboldt han contribuido con dichas formas de describir el mundo a la popularización de las ciencias. Siguiendo sus ejemplos y conforme a sus convicciones social-demócratas, Rossmässler ha sido el más ferviente seguidor e impulsor de esta particular manera de concebir y divulgar los conocimientos científicos.

Rossmässler dirigió su libro a un amplio público, a sabiendas de la predilección de los círculos de lectores del siglo XIX por los relatos de viaje, enciclopedias, diccionarios y revistas con informaciones concretas sobre física, antropología, historia de las ciencias naturales, técnica y economía nacional. Dichos intereses de amplio espectro también provenían de entre los lectores de literatura y estaban enfocados ante todo hacia las ciencias naturales empírico-experimentales. La recepción de la tardía ilustración se distingue esencialmente de la poesía y la filosofía naturales del así llamado movimiento literario del *Sturm und Drang* alemán (1767-1785).

Tal como en la obra de Forster, alternan y se integran en la de Rossmässler géneros como la carta, el relato, el ensayo, la descripción y explicación científica, la polémica, la anécdota, la meditación, la reflexión filosófica y la charla. Rossmässler aporta, además, dos contenidos eminentemente prácticos, una parte de instrucción lingüística (Prüfer Leske 2010: 1383-1404) –una de las primeras gramáticas y fonéticas contrastivas y comunicativas alemán/español– que sirve junto con sus observaciones contrastivas culturales para la preparación de viajes a compatriotas, sus aspiraciones turísticas, se diría hoy –y otra parte de instrucción cívica– la integración posterior y descripción

del presidiario modélico valenciano de Montesinos, en forma de traducción propia.

De esta manera se nos presenta una obra que da una visión global tanto de España como de su observador y viajero, y con ello del país y de la época de donde proviene dicho autor y dicha observación.

En este sentido se puede ubicar la obra en cuestión también en el marco de las observaciones etnológicas. Rossmässler se centra en la vida diaria de España: los mercados, la comida y la bebida, la moda, el arte, el comportamiento frente a los extranjeros, el cultivo, el comercio, el arte, la hostelería y el viajero, el tiempo libre, las fiestas, la atención a enfermos, la lengua, el transporte y las carreteras, la política y la ciencia. Toda esta gran variedad de observaciones enfocadas hacia los distintos campos de la vida y política españolas —el día de trabajo, la vida diaria, la vivencia inconsciente, la rutina, la ciencia y el conocimiento, la forma de vida en general—, se presenta sobre el trasfondo de reflexiones a partir de hechos históricos, tales como la influencia árabe, las cortes y gobiernos, etc.

De esta manera, la obra de Rossmässler se adapta a lo que se ha hecho conocer en las ciencias culturales como *Alltagsforschung*, la investigación de las costumbres comunes y diarias, especialmente practicada en el Instituto de investigaciones culturales del Ludwig-Uhland-Institut de la Universidad de Tübingen.

Rossmässler observa ese día a día ya que viaja solo y convive durante toda su estancia en España con españoles de diferentes clases sociales: catalanes, valencianos, murcianos y granadinos. Observa hechos y particularidades con y sin aparente valor. Lo interesante es que estas observaciones las realiza un “extranjero” quien intenta acercarse sin prejuicios y una gran simpatía hacia todo lo español y lo que conforma el pueblo español.

La gran variedad de observaciones del autor y sus diferentes maneras de plasmarlas se integran en el marco preestablecido institucional, financiero y temporal siguiendo su itinerario previsto.

Los recuerdos del viajero Rossmässler buscan englobar así, de manera holística, todas las facetas de la vida, cultura y naturaleza española de la costa mediterránea. Su formación humanística con profundos conocimientos de la filosofía griega y la historia española constituyen el trasfondo de su percepción: *Lo que se ve sólo es una visión de lo invisible*.

Bibliografía

- Bank, Ruud, A. (1989): "Die Veröffentlichungen der Rossmässler'schen 'Iconographie der Land- und Süßwasser-Mollusken Europas' (1835-1920)". En: *Mittel-deutsche malakozoologische Geschichte*, 44/45, pp. 49-53.
- Boix, Vicente (1850): *Sistema penitenciario del presidio correccional de Valencia*. Por Vicente Boix, cronista de la misma ciudad. Valencia: Imprenta del Presidio.
- Brehm, Alfred E. (1867): "Rossmässler als naturwissenschaftlicher Forscher, Gelehrter und Volksschriftsteller. Rede von Alfred Brehm in Berlin". En: Rossmässler-Comité zu Leipzig (ed.): *Rossmässlers Ehre. Reden und Dichtungen von Ed. Burckhardt, F. Wigard, A. Brehm und L. Würkert vorgetragen an der Rossmässler-Todtenfeier zu Leipzig*. Leipzig: Friese, pp. 21-28.
- Brehm, Alfred E./Rossmässler, Emil A. (1863-1868): *Die Thiere des Waldes*. Leipzig/Heidelberg: Winter.
- Brehme, Siegfried (1991): "Zur Bedeutung A. E. Brehms und E. A. Rossmässlers für den Biologieunterricht". En: *Mauritania*, 13, 1-2, pp. 39-44.
- Briesemeister, Dietrich/Wentzlaff-Eggebert, Harald (eds.) (2003): *Von Spanien nach Deutschland und Weimar-Jena. Verdichtungen der Kulturbeziehungen in der Goethe-Zeit*. Heidelberg: Universitätsverlag.
- Burgemeister, Burghard (1958): *Emil Adolf Rossmässler – ein demokratischer Pädagoge 1806-1867*. Phil. Diss. Berlin: Humboldt-Universität.
- Czok, Karl (ed.) (1989): *Geschichte Sachsens*. Weimar: Böhlau.
- Daum, Andreas (1993): "Emil Adolf Rossmässler als Professor in Tarandt von 1830-1848". Ein kritischer Beitrag zur Biographie und Akademiegeschichte unter Auswertung unveröffentlichter Quellen. En: *Wissenschaftliche Zeitschrift der Technischen Universität Dresden*, 42, 4, pp. 59-66.
- (2005): "Rossmässler, Emil Adolf". En: *Neue Deutsche Biographie* (Berlin), 22, pp. 95-96.
- Díaz de Alda Heikkilä, María Carmen (2006): "Estudio preliminar". En: Edelfelt, A.: *Cartas del Viaje por España*. Estudio preliminar, traducción, edición y notas María Carmen Díaz de Alda Heikkilä. Madrid: Polifemo, pp. 9-138.
- Dietrich, Gerhard (1979): "Emil Adolf Rossmässler – ein Wegbereiter des fortschrittlichen Biologieunterrichts". En: *Biologie in der Schule*, 28, pp. 518-528.
- Edelfelt, Albert ([1881] 2006): *Cartas del Viaje por España*. Estudio preliminar, traducción, edición y notas María Carmen Díaz de Alda Heikkilä. Madrid: Polifemo.
- Eisel, Franz (ed.) (2001): "Emil Adolf Rossmässler (1806-1867)". En: *Erfahrungen und Berichte. Schöpfer sächsischer Museen. Sammler. Stifter. Gründer*. Chemnitz: Sächsische Landesstelle für Museumswesen, pp. 62-63.
- Fischer, Christian A. (2007): *Viaje de Ámsterdam a Génova pasando por Madrid y Cádiz en los años 1797 y 1798*. Estudio preliminar, traducción, edición y notas de Hiltrud Friederich-Stegmann. Prólogo de Carlos Martínez Shaw. Alicante: Universidad de Alicante.
- Forster, Georg (1777): *A Voyage Round the World. (1778-1780)*: Traducción al alemán (2007): *Reise um die Welt*. Frankfurt am Main: Eichborn.

- Friedel, Karl/Gilsenbach, Reimar (eds.) (1956): *Das Rossmässler-Büchlein. Herausgegeben zur 150. Wiederkehr des Geburtstages von E. A. Rossmässler am 3. März 1956*. Berlin: Kulturbund zur demokrat. Erneuerung Deutschlands, Zentrale Kommission Natur- u. Heimatfreunde.
- Friedrich-Stegmann, Hiltrud (2007): "Estudio introductorio". En: Fischer, Christian A.: *Viaje de Ámsterdam a Génova pasando por Madrid y Cádiz en los años 1797 y 1798*. Estudio preliminar, traducción, edición y notas de Hiltrud Friedrich-Stegmann. Prólogo de Carlos Martínez Shaw. Alicante: Universidad de Alicante, pp. 15-52.
- Gracián, Baltasar (1922): *El Criticón*, cita según Alfred Morell-Fatio: "Les Allemands en Espagne du xve au xviiiè Siècle". En: *Revista de Filología Española* (Madrid), IX, pp. 277-297.
- Günther, Karl-Heinz (1963): *Bürgerlich-demokratische Pädagogen in Deutschland während der 2. Hälfte des 19. Jahrhunderts*. Diesterweg, Rossmässler, Dittes, Sack. Berlin: Volk und Wissen.
- Hartung, Otto (ed.) (1906): *Emil Adolf Rossmässler. Festschrift zum hundertjährigen Geburtstage Emil Adolf Rossmässlers am 3. März 1906*. Stuttgart: Lutz.
- Humboldt, Alexander von (1808): *Ansichten der Natur*. Traducido al español por Bernardo Giner de los Ríos, nuevamente editado por Miguel Ángel Puig Samper y Sandra Rebok (2003): *Cuadros de la Naturaleza*. Madrid: CSIC/Los Libros de la Catarata.
- (1826): *Essai politique sur l'Île de Cuba*. Traducido por Rosario Martí Marco e Irene Prüfer Leske (2004): *Ensayo Político sobre la Isla de Cuba*. Alicante: Universidad de Alicante.
- Jahnel, Helmut (1966): "Zur Berufung von E. A. Rossmässler an die Akademie für Forst- und Landwirte in Tharandt im Jahre 1830". En: *Wissenschaftliche Zeitschrift der Technischen Universität Dresden*, 15, pp. 637.638.
- Jaraus, Konrad/Jaraus, Hugo (eds.) (1983): "The Transformation of Higher Learning 1860-1930. Expansion, Diversification, Social Opening and Professionalization in England, Germany, Russia, and the United States". En: *Historisch-Sozialwissenschaftliche Forschungen* (Stuttgart), 13.
- Kaschuba, Wolfgang/König, Gudrun M./Langewiesche, Dieter/Tschofen, Bernhard (2006): "Unauffälliges". En: *Ein Aufklärer des Alltags. Der Kulturwissenschaftler Hermann Bausinger im Gespräch mit Wolfgang Kaschuba, Gudrun M. König, Dieter Langewiesche, Bernhard Tschofen*. Wien/Köln/Weimar: Böhlau, pp. 61-81.
- Kienitz, Erwin (1967): "Emil Adolf Rossmässler – ein Revolutionär an der Forstakademie Tharandt". En: *Wissenschaftliche Zeitschrift der Technischen Universität Dresden*, 16, 2, pp. 439-446.
- Lazenby, W. R. (1913): "The Forests and Forestry of Germany" En: *Popular Science Monthly*, 83, pp. 590-598.
- López Piñero, José María/Navarro Brotons, Víctor/Portela Marco, Eugenio (1988): "La actividad científica y tecnológica". En: *Enciclopedia de Historia de España*. Dirigida por Miguel Artola. T. III: *Iglesia. Pensamiento. Cultura*. Madrid: Alianza, pp. 273-326.

- Lundgreen, Peter (1992): "Akademiker und 'Professionen' in Deutschland". En: *Historische Zeitschrift*, 254, pp. 657-670.
- Morell-Fatio, Alfred (1922): "Les Allemands en Espagne du xve au xviii^e Siècle". En: *Revista de Filología Española* (Madrid), IX, pp. 277-297.
- Nipperdey, Thomas ([1983] ⁶1993): *Deutsche Geschichte 1800-1866. Bürgerwelt und starker Staat*. München: C. H. Beck.
- Reichenbach, Anton B. (1868): "Profesor Emil Adolf Rossmässler, sein Leben und Wirken". En: *Rossmässler, E. A.: Für freie Stunden*. Breslau: Trewendt, pp. IX-XVI.
- Reig Ferrer, Abilio (2006): "La Historia del Descubrimiento de Neretina Valentina en la Venta del Conde de l'Alcudia de Crespins". En: *Festes Majors. L'Alcudia de Crespins*: Ayuntamiento de l'Alcudia de Crespins, pp. 93-102.
- Rossmässler, Emil A. (o.J.): *Flora von Deutschland in getrockneten Exemplaren*.
- (1833): *Systematische Übersicht des Thierreiches. Ein Leitfaden für die Vorlesungen über Zoologie bei der Königlichen Akademie für Forst- und Landwirth zu Tharandt*. Dresden/Leipzig: Arnold.
 - (1834a): *Diagnoses conchyliorum terrestrium et fluviatilium. Zugleich Verzeichnis zu Fascikeln natürlicher Exemplare*. Dresden/Leipzig: Teubner.
 - (1834b): *Forstinsekten. Naturgeschichte derjenigen Insekten, welche den bei uns angebauten Holzarten am meisten schädlich werden; ein Leitfaden für den Unterricht der Königl.-sächs. Akademie für Forst- und Landwirth in Tharand und ein Hilfsbuch für praktische Forstmänner*. Leipzig: Weidmann.
 - (1835-1858): *Iconographie der Land- und Süsswasser-Mollusken Europa's, mit vorzüglicher Berücksichtigung der europäischen noch nicht abgebildeten Arten. Mit eingedruckten Holzschnitten und 10 schwarzen lithographierten Tafeln*. 3 tomos. Continuado por Wilhelm Kobelt hasta 1920. Dresden/Leipzig: Costenoble/Wiesbaden: Kreidel.
 - (1840): *Die Versteinerungen des Braunkohlensandsteins aus der Gegend von Altsattel in Böhmen (Elnbogener Kreises)*. Dresden/Leipzig: Arnold.
 - (1843): *Das Wichtigste vom inneren Bau und Leben der Gewächse. Für den praktischen Landwirth fasslich dargestellt*. Dresden/Leipzig: Weidmann.
 - (1847): *Versuch einer anatomischen Charakteristik des Holzkörpers der wichtigeren deutschen Bäume und Sträucher*. Dresden/Leipzig: Arnold.
 - (1850-1853): *Der Mensch im Spiegel der Natur. Ein Volksbuch*. 5 tomos. Leipzig: Wigand. Nueva Edición de Thomas Schlegel (1897-1898). Leipzig: Friese.
 - (1854): *Reiseerinnerungen aus Spanien. Mit lithographierten, nach der Natur von Wodick aufgenommenen Landschaften in Tondruck und Abbildungen in Holzschnitt*. 2 tomos. Leipzig: Costenoble. Traducción, estudio preeliminar, edición, notas e índices de Irene Prüfer Leske (2009): *Recuerdos de un viajero por España*. Madrid: Polifemo.
 - ([1856a] ⁶1888): *Die vier Jahreszeiten*. Stuttgart: Weisert. 3 tomos. Nueva edición por Daniel Siebert (1921). Wien: Österreichischer Schulbücherverlag. Nueva edición por Karl Gaulhofer (1929). Imágenes de Frand Roubal y Leopold Stubenrauch. Wien: Deutscher Verlag für Jugend und Volk.

- ([1856b] ³1887): *Flora im Winterkleide*. Tercera edición revisada y con una biografía de K. G. Lutz. Con más de 150 ilustraciones. Stuttgart: Hänselmann. Cuarta edición revisada por H. Kniep (⁴1908). Con nuevas ilustraciones y una biografía de K. G. Lutz. Leipzig: Klinkhardt.
- (1856c): “Der See im Glase”. En: *Die Gartenlaube. Illustriertes Familienblatt* (Leipzig), 19, pp. 252-256.
- ([1856d] ²1863): *Die Geschichte der Erde. Eine Darstellung für gebildete Leser und Leserinnen. Mit Illustrationen und einer landschaftlichen Ansicht aus der Steinkohlenzeit*. Frankfurt am Main. Segunda edición revisada y ampliada. Breslau: Leuckart.
- ([1857] 1995): *Das Süßwasser-Aquarium. Eine Anleitung zur Pflege und Herstellung desselben*. Leipzig: Mendelssohn. Facsímil-Reproducción. Solingen: Verlag Natur und Wissenschaft.
- ([1858] ²1875): *Das Wasser. Eine Darstellung für gebildete Leser und Leserinnen*. (1860) 2nda edición ampliada: Leipzig: Brandstätter. Tercera edición de W. Schütte. Leipzig: Brandstetter.
- (ed.) (1859-1866): *Aus der Heimat. Ein naturwissenschaftliches Volksblatt*. Leipzig: Keil.
- (1860): *Der naturgeschichtliche Unterricht – Gedanken und Vorschläge zu einer Umgestaltung desselben*. Leipzig: Brandstätter.
- ([1862] ¹1871; ²1881): *Der Wald. Den Freunden und Pflegern des Waldes geschildert*. Segunda y tercera edición revisadas y ampliadas por Heinrich Moritz Willkomm. Leipzig/Heidelberg: C. F. Winter. Edición revisada por Daniel Siebert (1921). Wien: Österreichischer Schulbuchverlag.
- (1874; póstumo Ed. K. Ruß): *Mein Leben und Streben im Verkehr mit der Natur und dem Volke*. Hannover: Carl Rümpler.
- (2009): *Recuerdos de un viajero por España*. Traducción, edición, notas e índices de Irene Prüfer Leske. Madrid: Polifemo.
- Rossmässler-Comité zu Leipzig (ed.) (1867): *Rossmässlers Ehre. Reden und Dichtungen von Ed. Burckhardt, F. Wigard, A. Brehm und L. Wükert vorgetragen an der Rossmässler-Todtenfeier zu Leipzig*. Leipzig: Frieze.
- Schlatter, Rudolf (2006): *Emil Adolf Rossmässler zur 200. Wiederkehr seines Geburtstages*. Leipzig: NABU.
- Schmidt, Adolf (1867): “Nekrolog”. En: *Malakozoologische Blätter*, 14, pp. 183-190.
- Schneider, Bernhard (1986): “Der politische ‘Schneckologe’”. En: *Wochenpost* (Dresden), 8, p. 16.
- (1988): “Leipzig – ein Boden für eine Pflanze wie Alfred. Der Leipziger Aufenthalt (1858-1862) von Alfred Edmund Brehm und seine Freundschaft mit dem Naturforscher Emil Adolf Rossmässler”. En: *Beiträge zur Stadtgeschichte Leipzig*, 5, pp. 28-67.
- Schneider, Gustav (1902): *Emil Adolf Rossmässler als Pädagog*. Diss. Leipzig: Facultad de Filosofía de la Universidad de Leipzig.
- Schober, H. (1866): “Zur Geschichte der Akademie für Forst- und Landwirthe zu Tharandt”. En: Judeich, Johann F./Schober, Hugo/Pressler, Maximilian R./

- Stöckhardt, Julius A./Willkomm, Heinrich Moritz/Krutzsch, Carl L./Roch, Alwin/Greiffenhahn, E. (eds.): *Tharandter Jahrbuch zugleich Festschrift zum 50jährigen Jubiläum der Akademie*, 17, pp. 3-122.
- Siemann, Wolfram (1985): *Die deutsche Revolution von 1848/49*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- (1990): *Gesellschaft im Aufbruch. Deutschland 1849-1871*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Soldevila, Ferran (1959): *Historia de España*. Barcelona: Ariel.
- Turski, W. (1953): "Die Technische Bildungsanstalt Dresden und die Forstakademie Tharandt während der revolutionären Ereignisse von 1848/49". En: *125 Jahre Technische Hochschule Dresden. Festschrift*. Dresden, pp. 205-222.
- Vogeler, Karl-Heinz (1941): "La vivienda urbana española". En: *La cultura tradicional española en los libros de viaje alemanes*. Hamburg: Hansischer Gildenverlag, pp. 217-218.
- Weiss, Barbara (1999): *Emil Adolf Rossmässler: Das Stuttgarter Rumpfparlament 1849. Das Tagebuch von Emil Adolf Rossmässler und das Selbstverständnis der Abgeordneten*. Veröffentlichungen des Archivs der Stadt Stuttgart, Band 80. Stuttgart: Klett-Cotta.
- Wunschmann, Ernst (1889): "Rossmässler: Emil, Adolf R.". En: *Allgemeine Deutsche Biographie* (Leipzig), 29, pp. 268-271.
- Zitschke, Roland (2002): "110 Jahre Nymphaea aus Naturschutzsicht". En: *Nymphaea Leipzig 1892 e.V., Verein für Aquaristik, Festschrift zum 110. Vereinsjubiläum*. Leipzig, pp. 98-100.

Ulrike Mühlischlegel

De paisajes y palabras: Joseph Baretti, viajero y lexicógrafo

1. Vida y obra de Joseph Baretti

Joseph Baretti nace en Turín (Italia) en 1719. En 1737 se va a vivir con un tío materno a Guastalla donde trabaja en una casa mercantil. Allí también conoce al poeta Carlo Cantoni (1674-1752), quien influirá de manera decisiva en las ideas literarias y estéticas de Baretti. Siguen estancias en diferentes ciudades italianas como Venecia y Milán, donde Baretti entra en contacto con los círculos literarios y académicos. En estos años escribe textos críticos y literarios y traduce las obras teatrales del reconocido autor francés Pierre Corneille.

Baretti se siente atraído por las ideas liberales de Inglaterra y, como su situación económica en Italia no es muy estable, se decide a ir a Londres. Su primera estancia en la capital inglesa se produce de 1751 a 1760. Baretti trabaja en el Teatro Italiano, para el cual compone dos entremeses, da clases de italiano, a la vez que estudia con afán el inglés y empieza a escribir en esta lengua. Logra tener acceso al círculo de intelectuales en torno a Samuel Johnson —el autor de *A Dictionary of the English Language* (1755)— y es por esto que tenemos noticias de las actividades de Baretti a través de la biografía escrita por James Boswell *Life of Johnson* (1791) y de los apuntes de Hester Lynch Thrale (1786). Durante estos años, Baretti escribe libros sobre la literatura y la lengua italiana y un diccionario bilingüe inglés-italiano: *Dictionary of the English and Italian Language* (1760).

De 1760 a 1762, Baretti emprende un extenso viaje por la Península Ibérica y Francia. En 1763 vuelve a Italia, se establece en Venecia y funda, bajo el pseudónimo de Aristarco Scannabue, el periódico *Frusta Letteraria*, una publicación de críticas literarias y lingüísticas a veces muy polémicas. Baretti escribe en contra de la poesía bucólica y la erudición académica, pero también en contra de los vulgarismos y los elementos excesivamente populares y vulgares en la literatura. Defiende en cambio los modelos clásicos y racionalistas. Cuando el

periódico es prohibido por la censura, Baretti se refugia en la Ciudad del Vaticano y publica unos pocos números más con datas falsificadas, de manera que parecen ser publicados con anterioridad a la emisión de la censura.

En 1776, Baretti vuelve a Londres, donde sigue como escritor. Con la protección de sus benefactores amigos obtiene el cargo (sin sueldo) de Secretario para la correspondencia extranjera de la *Royal Academy of Painting, Sculpture and Architecture*.

En 1778, Baretti publica su diccionario bilingüe inglés-español: *A Dictionary Spanish and English, and English and Spanish*. Lo presenta como “segunda edición”, considerando pues como primera *A Dictionary, Spanish and English, and English and Spanish* de Joseph Giral Delpino. Delpino publicó su obra en el año 1763 y se basó a su vez en otro diccionario de 1740: *A new dictionary Spanish and English, and English and Spanish* de Peter (o Pedro) Pineda en 1740.¹

Baretti revisa el texto de Giral Delpino y corrige muchos, aunque no todos los errores ortográficos y tipográficos. Quita las informaciones etimológicas, los arcaísmos, los nombres propios y las palabras derivadas de otros lemas. Agrega unos 5.000 lemas nuevos provenientes de diccionarios monolingües tales como el diccionario inglés de Samuel Johnson y el *Diccionario de Autoridades* de la Real Academia Española. El diccionario de Baretti tiene un éxito enorme. Se edita en varios países europeos, como, por ejemplo, Francia.² Otras versiones actualizadas por lexicógrafos se publican hasta fines del siglo XIX tanto en Inglaterra como en Estados Unidos.³

Joseph Baretti muere en Londres en 1789. Su vasta obra abarca la crítica literaria, los libros didácticos sobre lengua y literatura italianas, los diccionarios y los relatos de viajes. Sus obras se reparten en partes iguales entre las lenguas inglesa e italiana, pero Baretti también escribió en francés.

1 Para la historia de la lexicografía inglesa-española cf. Steiner (1970), Alston (1987) y Mühlischlegel (2000: 82-91).

2 Lyon 1786, 1794, 1800 y 1806.

3 Henry Neuman (London y Philadelphia 1823, 1826, 1827/1828, 1831), John Anthony Seoane (1831, 1837), Mariano Velázquez de la Cadua (*Dictionary of the Spanish and English Languages*, London 1852, 1853, 1860, New York 1864, 1865, 1870 y 1873), *Diccionario portátil* (Paris 1846).

2. El viaje por la Península Ibérica y el relato del viaje

Entre 1760 y 1762 Baretti —quien viajó bastante en su vida— hace el que será su viaje más conocido. Sale de Londres a mediados de agosto de 1760, llega a la Península Ibérica por el puerto de Lisboa el 30 de agosto y entra en España el 22 de septiembre por Badajoz. Sale de España seis semanas más tarde y cruza la frontera con Francia el 3 de noviembre. Como fruto de este recorrido por Europa escribe las *Lettere familiari di Giuseppe Baretti a'suoi tre fratelli Filippo, Giovanni e Amedeo* (vol. 1: Milano 1762, vol. 2: Venezia 1763). La edición italiana se planeaba en cuatro volúmenes, pero Baretti —probablemente bajo la impresión del liberalismo británico— no había tenido en cuenta la censura en Italia. El embajador portugués en Italia protestó fuertemente contra las descripciones de Portugal contenidas en este relato de viaje, de manera que el segundo tomo sólo se publicó después de largas negociaciones. Contiene el texto hasta la carta 47 y fue sometido a fuertes mutilaciones.⁴ Con esta experiencia, Baretti se decidió a no seguir con la edición italiana, que, de esta manera quedó incompleta.

La primera edición integral del texto es la inglesa: *Journey from London to Genoa, through England, Portugal, Spain and France* (4 vols., 1770). Para esta edición bajo la iniciativa del editor inglés Davies, Baretti incluso volvió a viajar a España para tener nuevas impresiones y comprobar algunos hechos descritos durante el primer viaje.⁵ El relato de este segundo viaje se encuentra en el apéndice a la edición de 1770.

La obra tuvo un gran éxito y sólo dos años más tarde salió de la prensa la edición alemana en la traducción de Johann Tobias Köhler (*Reisen von London nach Genua durch England, Portugal, Spanien und Frankreich*, 2 vols., Leipzig, bey Caspar Fritsch, 1772.) El traductor también alteró el texto alemán con respecto al original:

Man hat daher geglaubt, daß diese Briefe den Deutschen Lesern nicht unangenehm zu lesen seyn würden, und liefert ihnen hiermit eine freye Übersetzung derselben. [...] Man hat sich deswegen die Freyheit genommen theils die Stellen, wo der Verfasser den Leser zu sehr mit sich selbst unterhält, theils diejenigen, wo er sich zu weit in gemeine Betrachtungen vertieft, oder ohne Noth weitschweifig und zu witzig seyn will, abzukür-

4 Para la intervención portuguesa y la censura cf. Leão (1971).

5 Para el recorrido del segundo viaje cf. Sánchez Romeralo (1986: 219).

zen, und überhaupt frey zu übersetzen, weil es bey einem Buche von dieser Art nicht auf eine ängstliche Beobachtung der Worte und Gedanken ankommt [V-VII].⁶

Frank (1959) hizo una comparación entre el texto italiano y el inglés y destacó el tono ameno, incluso humorístico, de la edición italiana, mientras que la edición inglesa quiere informar y educar al lector. El trabajo de comparar los textos de las tres ediciones –la italiana, la inglesa y la alemana– aún queda por hacer.

3. El viaje por España

El viaje por España del 22 de septiembre al 3 de noviembre de 1760 ocupa 43 de las 89 cartas (37 a 80) y, respecto al volumen de páginas, supera mucho las otras partes.

Aunque Baretti describe sobre todo las costumbres, los personajes, los paisajes y las ciudades, las cartas contienen también extensas observaciones sobre lo que supone el interés central en la vida de Baretti: la lengua y la literatura. Aquí se ve su propósito de no sólo entretener, sino también de informar e instruir a los lectores. La Carta 57 con sus 70 páginas es un tratado sobre la lengua castellana y la literatura en España, la Carta 77 versa sobre el euskera y sus dialectos. Como lexicógrafo, Baretti pone especial atención a los diccionarios de los que disponen los viajeros en esta región: para el castellano describe minuciosamente el *Diccionario de Autoridades* de la Real Academia, el *Tesoro de la lengua castellana, o española* de Sebastián de Covarrubias en la edición de Benito Remigio Noydens (1674) y la obra lingüística de Bernardo Aldrete⁷ en la edición de Madrid de 1673/1674. Para el euskera destaca el *Diccionario trilingüe del castellano, bascuence y latin* de Manuel de Larramendi (1745).

Baretti nos cuenta que el *Diccionario de Autoridades* es muy difícil de conseguir con todos los tomos que lo integran, ya que el primer

6 “Pensamos que las cartas serán de lectura amena para los alemanes y por eso les proporcionamos una traducción libre de ellas [...]. Nos hemos tomado la libertad de abreviar las partes donde el autor entretiene al público con anécdotas sobre sí mismo o donde hace observaciones de carácter general o donde es gracioso sin razón, y en general hemos sido libres en la traducción porque en un libro de este tipo no hay que seguir meticulosamente las palabras y los pensamientos” (traducción U. M.).

7 Bernardo Aldrete: *Del origen y principio de la lengua castellana ò romãce que oi se usa en España*. Roma: Carlo Willietto, 1606.

tomo se regaló a muchas personas con la esperanza de que ellas compraran los siguientes cinco tomos. La mayoría de ellos no procedió de esta forma, así que hay muchos tomos del dos al cinco a la venta a un precio mucho menor que la obra completa.

La labor lexicográfica de Joseph Baretti se sitúa en una época en que la técnica lexicográfica –tanto en los diccionarios monolingües como en los bilingües– ya había avanzado mucho. Los diccionarios de la segunda mitad del siglo XVIII son textos que reflejan el racionalismo y los grandes conceptos nacionales y europeos de lo que es una lengua. La biografía del autor, sus pensamientos y experiencias no se mencionan más de forma explícita en el texto lexicográfico, lo que constituye un gran avance en comparación con los diccionarios del siglo XVII y de principios del siglo XVIII. Pedro Pineda, un protestante español que por motivos religiosos huyó a Londres, había incluido en su diccionario inglés-español duras críticas al catolicismo, al Papa, a la iglesia católica y a instituciones como la Real Academia Española. La presencia de Sebastián de Covarrubias en su diccionario *Tesoro de la lengua castellana, o española* (1611) es numerosa: Así Covarrubias cuenta a los lectores sus experiencias en diversas ciudades de España como Valencia, Murcia y otras. Bajo el lema CUENCA leemos:

Viña en Cuenca y pleito en Huete, refran antiguo. Bien se que en Cuenca ay pocas bodegas de vezinos, que cojan vino de los alrededores. En Huete no he tenido pleito, pero donde quiera son los pleitos costosos y fastidiosos (Covarrubias 1611).

Joseph Baretti, como viajero, observa minuciosamente las costumbres del campo y las ciudades y anota los nombres de la comida, de vestimentas, danzas y música. Sin embargo, Baretti, como lexicógrafo, no incluye indiferentemente este caudal de palabras y fraseologías en su diccionario. Tampoco llena el diccionario con explicaciones enciclopédicas basadas en sus observaciones y experiencias. Se somete más bien a un trabajo riguroso de selección, para que entren en su diccionario sólo las informaciones estrictamente necesarias.

Revisando las palabras y expresiones españolas que Baretti recoge y resalta gráficamente en sus cartas, podemos observar dos formas diferentes de tratar este material lexicográfico:

- 1) La palabra figura como lema en el diccionario y viene con una breve explicación o con el equivalente inglés, sin que se den ex-

plicaciones enciclopédicas y sin que se mencionen las explicaciones de fondo histórico, político o cultural que Baretti proporciona en sus Cartas:

Letter 56:

Amongst those Confradias there is one called *La Santa Hermandad* “the holy Brotherhood”, or more commonly *La Confradia de Pan y Huevos*, “the brotherhood of bread and eggs”. A number of its members, headed by some considerable man (not seldom a grandee) ramble about the streets of this town during the first part of every night, in order to collect the houseless poor of both sexes, who lay themselves down to sleep under the porches of churches, or the entrances of houses [...].

Dictionary:

HERMANDAD: s.f. brotherhood. La santa hermandad: a brotherhood, formerly instituted in times of great confusions to suppress robbers, and continued to this day.

Letter 47:

Y no tienen miedo de aquellos Gavachos ^(a) de Franceses. ^(a) Gavácho is an injurious appellation bestowed on the French by the Spanish vulgar. I know of no satisfactory etymology of this word. The Piedmontese call the Savoyards (and often the French) Gaváss; and Gaváss means a Derby-neck, or an man that has a Derby-neck.

Dictionary: GAVACHO, a nick-name by which they call the French in contempt.

Letter 42:

and all of us be cristianos viejos (a) (a) Old Christians, is a title which Spaniards give themselves, to let others know that they are not descended from Jews or Moriscos who, when converted, are called Christianos Nuevos, New Christians.

Dictionary:

CRISTIÁNO NUEVO, a new Christian; that is, who is either himself a convert, or descended from Moors or jews.

CRISTIÁNO VIEJO, an old Christian; that is, whose race has no mixture of Jewish or Moorish blood.

- 2) Baretti resalta una palabra o una expresión española en sus cartas, pero esta no aparece como lema o sublema en el diccionario, por lo menos no con el valor semántico que Baretti le da en su descripción del viaje:

Letter 44:

We drank our wine tour à tour out of a skinbag, which is called *Borracho* or *Bota* both by the Portuguese and Spaniards.

Dictionary:

BORRACHO, adj. drunk; substantively used a drunkard.

BOTA, s.f. a boot; a leather bottle; a butt.

Una posible explicación para este último caso es la noción de la lengua ideal que Baretti sostiene y que nos presenta tanto en su periódico *Frusta Letteraria* como también en la Carta 57. Baretti, que conocía bien la *questione della lingua* en Italia, criticaba tanto un lenguaje que sólo se orientaba en los modelos clásicos y no recibía ninguna innovación como también criticaba los plebeismos, vulgarismos y modismos.⁸ De esta posición de Baretti podemos deducir que no quería incluir lenguaje rústico en su diccionario.

Un segundo motivo se deriva de la producción lexicográfica y de su contexto social en la segunda mitad del siglo XVIII: si en los siglos XVI y XVII nos vemos frente a obras multilingües de 4 a 10 lenguas (los famosos *Calepinos*) y a diccionarios en gran formato y hasta seis volúmenes, los viajeros del siglo XVIII exigen libros más pequeños, de formato reducido. Así surgen a fines del siglo XVIII, poco a poco, los diccionarios portátiles o de bolsillo. Para llegar a este formato, los lexicógrafos tienen que escoger cuidadosamente la información que quieren incluir en su texto y los lemas que consideran estrictamente necesarios. Mientras que los diccionarios monolingües durante mucho tiempo tienen como meta mostrar la *copia verborum*, la riqueza enorme del vocabulario de una lengua, y para este fin incluyen un gran número de palabras arcaicas, dialectales o populares, el diccionario bilingüe sirve para la comunicación en una situación concreta. Baretti distingue, por lo tanto, entre su labor como lexicógrafo, cuyo trabajo consiste en seleccionar la información estrictamente necesaria, y su labor como autor de relatos de viaje, que quiere entretener e informar a los lectores: Ya el gran lexicógrafo inglés Samuel Johnson había destacado los viajes y los relatos de su amigo Joseph Baretti con las palabras "Those whose lot it is to ramble can seldom write, and those who know how to write very seldom ramble".⁹

8 Para las ideas lingüísticas de Baretti cf. también Leão (1971: 337-344).

9 Letters of Samuel Johnson, apud Frank (1959: 254).

Bibliografia

- Baretti, Giuseppe (1762/1763): *Lettere familiari di Giuseppe Baretti a`suoi tre fratelli Filippo, Giovanni e Amedeo*. [Milano]/Venezia: [Malatesta].
- Baretti, Joseph (1760): *A Dictionary of the English and Italian Languages ... To which is added an Italian and English Grammar*. 2 vols. London: C. Hitch & L. Hawes.
- Baretti, Joseph (1770): *A Journey from London to Genoa, through England, Portugal, Spain, and France*. 4 vols. London: T. Davies/L. Davis.
- (1772): *Reisen von London nach Genua durch England, Portugal, Spanien und Frankreich*. Aus dem Englischen [von Johann Tobias Köhler]. 2 vol. Leipzig: bey Caspar Fritsch.
- (1778): *A Dictionary Spanish and English, and English and Spanish*. 2 vols. London: Nourse.
- Covarrubias, Sebastián de (1611): *Tesoro de la lengua castellana, o española*. Madrid: Sánchez.
- (1673/1674): *Tesoro de la lengua castellana, o española*. Edición de Benito Remigio Noydens en dos partes, añadido: Bernardo Aldrete: *Del origen y principio de la lengua castellana ò romãce que oi se usa en España* (Roma: Carlo Willietto, 1606). Madrid: De León.
- Giral Delpino, Hippolyto San José (1763): *A Dictionary, Spanish and English, and English and Spanish*. 2 vols. London: Millar, Nourse & Vaillant.
- Larramendi, Manuel de (1745): *Diccionario trilingüe del castellano, bascuence y latin*. San Sebastián: Riesgo y Montero.
- Pineda, Pedro (1740): *A New Dictionary, Spanish and English and English and Spanish*. London: F. Gyles/T. Woodward/T. Cox/J. Clarke/A. Millar/P. Vaillant.
- [Real Academia Española] (1726-1739): *Diccionario de la lengua castellana*. 6 vols. Madrid: Francisco del Hierro/Viuda de Francisco del Hierro/Herederos de Francisco del Hierro.
- Thrale, Hester Lynch (1786): *Anecdotes of the late Samuel Johnson, LL.D., During the Last Twenty Years of His Life*. Dublin: Moncrieffe.
- Alston, Robin C. (1987): *A Bibliography of the English Language from the Invention of Printing to the Year 1800*. Vol. 12.2: *The Italian, Spanish, Portuguese and Romansh Languages, Grammars, Dictionaries, Miscellaneous Treatises*. S.l.: printed for the author.
- Frank, Thomas (1959): "Two Notes on Giuseppe Baretti in England". In: *Annali. Sezione Germanica* (Napoli), 2, pp. 237-263.
- Leão, Maria Eugénia de Montalvão Freitas Ponce de (1971): "Giuseppe Baretti e as suas 'Cartas de Portugal'". In: *Revista da Universidade de Coimbra*, 21, pp. 331-515.
- Mühlischlegel, Ulrike (2000): *Enciclopedia, vocabulario, dictionary. Spanische und portugiesische Lexikographie des 17. und 18. Jahrhunderts*. Frankfurt am Main: Vervuert.
- Rossi, Giuseppe Carlo (1964): "Gentes y paisajes de la España de 1760 en las cartas de Giuseppe Baretti". In: Pierce, Frank/Jones, Cyril A. (eds.): *Actas del Primer*

Congreso Internacional de Hispanistas, 1962. Oxford: Dolphin Book, pp. 437-443.

Sánchez Romeralo, Antonio (1986): "Seguidillas en la tradición oral del siglo XVIII. El testimonio de G. Baretti, viajero por España en 1760". In: *Anuario de letras* (México), 24, pp. 237-260.

Steiner, Roger J. (1970): *Two Centuries of Spanish and English Bilingual Lexicography (1590-1800)*. Den Haag/Paris: Mouton.

Christoph Müller

Los diarios de viajes y las Bellas Artes. Del dibujo ilustrador a la obra artística autónoma

Ya en la época medieval y desde los comienzos de la publicación de textos en forma manuscrita, siempre han utilizado ilustraciones, tanto como decoración como para representar lo descrito y facilitar la interpretación del texto. Estas ilustraciones, en la mayoría de los casos, se pintaban directamente al lado del texto manuscrito y por eso, dado que se trata de pinturas originales, son muestras únicas de arte. La invención de la imprenta por Gutenberg a mediados del siglo XV, abrió la posibilidad de publicar un libro con gran cantidad de copias, y por tanto también se cambiaron las formas de insertar ilustraciones en el texto impreso. Estas nuevas posibilidades y técnicas exigieron que los dibujos y pinturas originales se transfirieran a otro un medio para poder copiarlas también en grandes cantidades. En este momento, la técnica preferida era el grabado en madera. Más tarde, a partir del siglo XVII, el grabado en cobre, con el cual se hizo posible grabar dibujos más finos y detallados, desbancó al grabado en madera con respecto a la cantidad y a la importancia para la imprenta.

Pero la imprenta no sólo revolucionó la técnica de la producción de libros y los modos de ilustrarlos, sino que también inició un cambio con respecto a sus contenidos y a las intenciones de sus editores. A partir de entonces, el libro dejó de ser un objeto de contemplación o una colección de textos religiosos para un grupo relativamente pequeño de personas capaces de leerlo, o con las posibilidades financieras para hacerlo escribir y pintar. A partir del siglo XVI, el libro se convirtió en un medio de información para una creciente cantidad de personas. Eso significó también un uso de las ilustraciones para transmitir informaciones.

El género de texto más importante para estas ilustraciones informativas era el tratado descriptivo de regiones o países lejanos y especialmente el relato de viaje, porque en este caso era necesario facilitar al lector la comprensión e imaginación de lo descrito. Además, los

autores y editores de estos textos empleaban las ilustraciones para influenciar la imaginación y al mismo tiempo el conocimiento de los lectores, construyendo una realidad ficticia a través de dibujos que representaban un mundo de fábula. Pero este proceder en muchos casos no era una decisión activa y consciente de los autores o editores, sino que estaba basada por un lado en prejuicios o ignorancia, y por otro en un placer de dibujar una realidad fantástica o el deseo de exceder a otros ilustradores en la imaginación fantástica (Otte 1986: 79).

El mejor ejemplo para esta práctica de construir una imagen de otro país o continente por medio de ilustraciones en relatos de viaje, se puede ver en la obra del taller de la familia de Bry, la cual dirigió uno de las más importantes editoriales y talleres de grabado en el siglo XVI en Europa. Las ilustraciones en su edición principal, la serie *Grands Voyages*, en la cual se publicaron e ilustraron entre 1590 y 1597 obras como *Wahrhaftige Historia der Menschenfresser Leuthen* (“Historia verdadera de los caníbales”) de Hans Staden del año 1557, *Histoire d'un voyage fait en la terre du Brésil* de Jean de Léry del año 1578, *Historia del Mondo Nvovo* de Girolamo Benzoni, del año 1565, o *Brevis Narratio eorum in Florida Americae Provincia* de Jacques Le Moyne, del año 1591, influenciaron profundamente la imagen que, durante los siglos XVI y XVII, tuvieron los europeos del Nuevo Mundo y de sus habitantes indígenas (Greve 2004).

Ya que en el caso de los *Grands Voyages* las ilustraciones fueron efectuadas más o menos independientemente por orden de los editores (que de este modo quisieron juntar informaciones), parece interesante analizar los relatos de viajes a la Península Ibérica que hicieron viajeros europeos, y que fueron publicados en los siglos XVIII y XIX, para examinar las formas y las intenciones de sus ilustraciones. Paralelamente, se debería examinar si hay un desarrollo en las relaciones entre el texto y la ilustración o entre el autor y el ilustrador. Como base para este análisis sirven nueve relatos de viajes que fueron publicados entre 1792 y 1886.

Examinando los textos y las ilustraciones, se puede descubrir que en la mayoría de los casos las ilustraciones están grabadas en cobre y en madera que a veces son coloreados. Temáticamente y con respecto a los motivos, también los ilustradores siguieron la tradición de dibujar paisajes, arquitectura, escenas cotidianas o combinaciones de todos ellos. Además, la calidad de las ilustraciones siempre es muy alta, ya

que fueron efectuadas por dibujantes y/o grabadores profesionales. Lo que llama la atención es que en cada obra existe otra relación entre escritor y ilustrador y por tanto entre texto y ilustración.

En el relato titulado *Reise von Wien nach Madrit. Im Jahre 1790* ("Viaje de Viena a Madrid en el año 1790"), que fue publicado en 1792 en Berlín, por ejemplo, tanto el autor como el ilustrador aparecen como anónimos. De los ocho grabados, cuatro están rubricados con "W. Arndt fecit" o "W. Arndt fec:" (Hager 1997: 60, 66, 69, 73), tres con "ABott fec:" (Hager 1997: 2, 82) y uno no tiene ningún monograma. Más informaciones sobre el autor y el ilustrador no se encuentran en el texto. Hoy en día se sabe que el autor de este relato fue Joseph Hager, pero tampoco en la edición moderna del texto se pueden encontrar informaciones con respecto al ilustrador. Si se tiene en cuenta que los monogramas "ABott fec": terminan en una información con respecto al año de la producción de los grabados (1779 y 1791), que el viaje tuvo lugar en 1790 y que la publicación de la obra tardó hasta el año 1792, se podría concluir que las ilustraciones fueron dibujadas independientemente del texto y añadidas más tarde. Si eso sucedió por orden del autor o del editor, no se sabe, pero lo que es obvio en este contexto es que a pesar de que los monogramas estén presentes al pie de los grabados, los artistas no tuvieron ninguna importancia: sólo los dibujos, en su función de ilustrar lo descrito, eran importantes.

Un proceder parecido se puede observar en la obra *Portugal illustrated*, que publicó el Rev^d. W. M. Kinsey en 1828 y que es una combinación entre relato de viaje, cartas y tratado científico sobre Portugal. A pesar de que en este tratado el nombre del autor está claro ya desde la portada, el ilustrador queda más o menos en el anonimato. Las informaciones sobre esta persona se tienen que buscar en el texto y juntar durante la lectura.

El prólogo de Kinsey suministra la primera indicación: aquí Kinsey dedica más de dos páginas a las ilustraciones y escribe:

With respect to the original drawings, from which engravings in line have been made by Mr. Skelton and Mr. Cooke, who are so well known [...],—they [sic] have been supplied partly by persons taking a friendly interest in the success of the work, and partly by the clever companion of the author's travels (Kinsey 1828: IX-X).

En las siguientes explicaciones, el autor nombra a diferentes dibujantes que contribuyeron a la obra con dibujos singulares, pero no dice nada con respecto a su compañero de viaje, quien produjo la mayoría de las ilustraciones. La identidad sólo se puede deducir de nuevo de los monogramas al pie de muchos grabados, donde se dice, por ejemplo "Engraved by W.B. Cooke, from a Drawing by I. Gibbs, of Bath" (Kinsey 1828: 122, 171, 351). Pero con esta información no queda claro si este nombre se refiere al compañero de viaje o a otra persona.

Sin embargo, en la frase ya citada, Kinsey da una información importante para evaluar la importancia de las ilustraciones en tratados de este tipo. Ilustrando un texto sobre otro país mejoró el éxito de la obra y en este nuevo contexto, no era importante quién había hecho los dibujos, sino la calidad de los grabados y la buena relación entre la descripción del texto y la ilustración correspondiente. Un poco más adelante, todavía en el prólogo, Kinsey explica el procedimiento para lograr esta tarea:

Where the drawings were not of sufficient importance to be given in the form of an engraving, they have been transferred to the wood-engravers [...] for vignettes. The engraving of Pezo da Regoa is taken from a foreign print, as the author had no original [sic] drawing of that very interesting subject, and he was unwilling to leave it out of his work. The view of Porto from the Serra Convent is taken also from a foreign print, badly done, and extremely scarce. Improved drawings have been made of both these subjects, and the original engravings bear no comparison with those executed for this work.

It may, perhaps, appear extraordinary that no view of Lisbon has been introduced, but with every wish on the author's part to make that addition to his graphic illustrations, he has not discovered one among the many drawings presented to him for the purpose, which seemed to do justice to the subject (Kinsey 1828: X-XI).

Por tanto, la calidad de las ilustraciones jugó un papel tan importante para el autor y también con respecto al éxito de la obra, que Kinsey tanto eligió los mejores dibujos a su alcance como dejó reelaborarlos para insertar en la edición de su relato solamente ilustraciones de alta calidad. Aceptando, como en el caso de la vista de Lisboa, que a veces no pudo seguir su intención expresada en el primer párrafo del prólogo: "[N]umerous engravings with poetical illustrations have been introduced in order to render the delineation of Portugal as complete as possible" (Kinsey 1828, V).

Una década más tarde, salió, también en Londres y en una serie llamada *Jennings' Landscape Annual*, un relato en cuatro tomos de un viaje a España y a Marruecos. En estos tomos y ya en la portada están nombrados tanto el autor, Thomas Roscoe, como el dibujante, David Roberts. Además, en el índice de los grabados se explica que estos fueron realizados bajo la dirección del editor Robert Jennings. Para esta serie también las ilustraciones jugaron un papel importante, ya que, por ejemplo, en la publicidad hecha para la serie al final del tercer tomo se utilizan los índices de las ilustraciones para presentar el contenido de los dos tomos anteriores (Roscoe 1835-1838: t. III, 295-296).

En comparación con la obra de Kinsey, se puede observar un cierto cambio en el modo de la producción de los dibujos originales. Kinsey se sirvió de una gran cantidad de ilustraciones, tanto de su compañero como de otros artistas y publicaciones. Para la obra de Roscoe se sirvieron de ilustraciones de un dibujante singular, pero hay que señalar peculiaridades con respecto a la relación entre el autor y su ilustrador.

En el texto del tomo III se pueden encontrar indicaciones más o menos explícitas con respecto a David Roberts como dibujante, como por ejemplo en la descripción de la Plaza Mayor de Vitoria:

[W]e sallied forth towards what constitutes the great point of attraction in Vitoria – the Great Square. Its beauties, as the reader will perceive, have employed the pencil of Mr. Roberts, which, much more compendiously than language, will convey a correct idea of the material and immoveable features of the scene. But this is neither all, nor perhaps the most interesting portion of what here presents itself to the eye of the traveller (Roscoe 1835-1838: t. III, 34-35).

En esta cita se puede observar un cierto escepticismo por parte del autor. Para él, la ilustración sólo es un medio para dar una visión general que estimule la imaginación del lector. Pero la ilustración, para él, no es capaz de transmitir la atmósfera del lugar o la situación concreta que se describe en su texto. Aquí el lector llega a la impresión de que hay una discrepancia entre las intenciones del autor y del ilustrador, a pesar de que Roscoe ya conociera los dibujos de Roberts cuando escribió su texto, y que él estimara la calidad de los mismos.

Una causa para este fenómeno puede ser que los dos no viajaron juntos, tal y como Roscoe explica en el prólogo del cuarto tomo:

One word on the part of the artist, whose splendid illustrations of Spain are this year brought to a close with the series itself. It will be perceived, that several of his masterly drawings have been made from sketches taken by more than one of his friends, on account of his not having himself reached the particular spots there delineated.

In fact, while on a visit to Seville [...] the colera [...] threw round him a cordon, which effectually prevented his reaching some of the interesting places marked in his route (Roscoe 1835-1838: t. IV, V).

En el texto principal del tomo IV y en el contexto de un grabado de la puerta del Hospicio de Madrid, Roscoe menciona que el viaje de Roberts tuvo lugar tres años antes de su propio viaje:

Of the entrance to [...] the gate of the Hospicio our friend the artist had taken his sketch, while passing some months in examining the various styles of architecture observable in the capital and in other parts, during an interesting tour through Spain and Morocco some three years before us (Roscoe 1835-1838: t. IV, 40).

A pesar de que los viajes no tuvieran lugar al mismo tiempo hay un estrecho vínculo entre ellos. Apparently, Roscoe entró en contacto con los dibujos de Roberts y, por lo menos parcialmente, siguió en su propio viaje la ruta del artista, tal y como se puede deducir en una frase que describe sus actividades en Salamanca:

All this, with little excursions to the vale and river Zerguen, to observe the point of view in which the English artist had long before sketched this antique city, as it appears in the preceding plate, helped to keep us awake [...] (Roscoe 1835-1838: t. IV, 80).

Esta impresión de que el viaje de Roberts sirvió como base del viaje y del relato de Roscoe, la confirma el penúltimo párrafo del prólogo del tomo IV, donde Roscoe escribe:

In bringing his labours to a close, the author begs to return his warmest thanks to Mr. Roberts, not less for his observations on art, than for the use of his interesting notes illustrative of the architectural remains, and other beauties of the scenery through which he passed (Roscoe 1835-1838: t. IV, V).

Tratándose en estos casos de relatos de viaje que de cierta manera están basados en una obra ilustrativa ya existente –un procedimiento que con gran certeza proviene de la concepción de las obras y de la política editorial respectiva– se pueden encontrar también ejemplos en los que ilustraciones independientes fueron agregadas a relatos ya existentes. Un ejemplo de esta práctica es la versión inglesa del relato

titulado *Wanderings in Spain*, del francés Théophile Gautier, el cual salió en 1853. El editor utiliza aquí grabados de un artista únicamente mencionado por su apellido, McQuoid, en la publicidad para la serie al final del libro. No hay más informaciones sobre el artista y del por qué fueron seleccionados sus dibujos, pero el título de la serie, *The National Illustrated Library*, insinúa la impresión de que también la concepción de esta serie exige la presencia de ilustraciones, y ya que el en el siglo XIX muy conocido e importante relato de Gautier en Francia fue publicado sin ilustraciones, el editor inglés tuvo que utilizar otros grabados (Gautier 1853).

Hasta ahora sólo se han presentado obras en las cuales el texto tiene más importancia que las ilustraciones. Pero si se analiza el relato del año 1874 de los portugueses Augusto C. da Silva Mattos y A. Lopes Mendes con el título *O Bussaco*, se puede observar que se trata de una obra conjunta en la que ambas personas, tanto autor como ilustrador, trabajaron con los mismos derechos. De cada uno hay un prólogo en forma de carta, en el cual cada uno se dirige a su respectivo colega. Para subrayar que se trata de una obra colaborativa Mattos, el autor, escribe a su colega:

A responsabilidade do livro é sua e por isso lhe deixo o título á sua escolha; ponha-lhe o nome, seja-lhe padrinho, certo como fico de que o maior merecimento que ha de ter é o que lhe provem dos seus desenhos e estudos, e dos valiosos subsidios que para elle prestou.

O material é todo seu, a fôrma é a unica cousa que me pertence [...] (Mattos/Mendes 1874: IX-X).

A esta exhortación Mendes responde:

Quizera que as gravuras do nosso livro tivessem maior formato, mas, além de o tornar menos portátil, seria mister reduzir o numero, attento o custo d'estes trabalhos entre nós; e o nosso intuito de fazer mais conhecido e apreciado o Bussaco ficaria por essa forma illudido. [...]

O BUSSACO será o nome d'este meu afilhado, por me parecer o título mais apropriado e singelo (Mattos/Mendes 1874: XIII-XIV).

Tanto en la decisión con respecto al título de la obra como en la construcción del relato, colaboraron el autor y el ilustrador y no se pueden observar diferencias en el grado de la responsabilidad y de la importancia de los dos para la creación de la obra.

El relato francés *L'Espagne* publicado en el mismo año (1874) también tiene su origen en una colaboración de un autor, Charles Da-

villier, y un ilustrador, Gustave Doré. Pero esta vez es el ilustrador quien tuvo la idea de viajar juntos para visitar España. El texto de Davillier comienza con un relato corto que explica esta decisión:

Depuis longtemps mon vieil ami Doré me parlait de son désir de voir l'Espagne : dans les premiers temps, ce n'était qu'un vague projet, négligemment lancé en l'air entre deux bouffées de cigare ; mais ce fut bientôt une idée fixe, un de ces rêves qui ne laissent pas de repos à l'esprit, et je ne le voyais pas de fois qu'il me demandât à brûle-pourquoit :

“Quand partons-nous pour l'Espagne?

– Mais, mon cher ami, lui répondais-je, tu oublies donc que, vingt fois déjà, si je sais bien compter, j'ai parcouru dans tous les sens la terre classique de la castagnette et du boléro?

– Raison de plus, reprenait-il : puisque tu as vu l'Espagne tant de fois, il n'y a plus de raison pour t'arrêter.” J'avoue que je ne sus trouver aucune objection à un raisonnement de cette force, et notre départ fut bientôt résolu (Davillier 1874: 1-2).

A pesar de que el autor ya hubiera estado varias veces allí, es este viaje el que sirve como base para el relato, y eso significa que en este caso el ilustrador y sus dibujos están en el centro de la obra, no sólo por su cantidad (309 grabados en 799 páginas) sino también porque con su excelente calidad exceden al texto (Krebs 1977: 13-14).

De este cambio de la importancia fundamental del ilustrador para la creación de un relato de viaje, el camino a la fusión de las funciones de autor e ilustrador no está ya lejos. Tanto en el relato *On Foot in Spain. A Walk from the Bay of Biscay to the Mediterranean* del inglés J. S. Champion (que fue publicado cinco años más tarde), como en el texto del italiano Luigi Arnoldo Vassallo (que salió en 1886 en lengua castellana bajo el título italiano *Il Pupazetto Spagnolo*), se puede observar que el autor del texto también dibujó las ilustraciones. Además, ya en el siglo XVIII hay ejemplos de esta práctica, como por ejemplo el tratado *A General View of the State of Portugal*, de James Murphy (1798), quien utilizó dibujos propios y originales de otros dibujantes como modelos para los grabados opulentos y coloreadas en su texto. Las ilustraciones en los textos de los dos autores del siglo XIX son mucho más sencillas y tienen el carácter de documentaciones fotográficas, las cuales ya era efectuadas en esta época, pero que por causas técnicas no fueron utilizadas en la imprenta.

Campion, por ejemplo, menciona esta estrategia explícitamente con un dibujo de Pamplona:

The scenery of this place is very charming, and from a little distance Pamplona looks very well indeed. I wished to get views of it as *souvenirs*, but though there are three photographic galleries here not a single picture of the city has been taken by any of the enterprising [...] "artists" who conduct them, so I have done what I could with my pencil and a sheet of paper, but it is impossible to render justice to such a scene without colour; and, besides, I am not an artist (Campion 1879: 102-103).

Luigi Arnaldo Vassallo sigue la misma estrategia, dibujando situaciones concretas que él describe en su texto, así como personas ejemplares y su fisonomía para así darles a sus lectores una impresión de lo que él había visto. Y además, para él como periodista, era la forma más adecuada de construir un relato documental: tanto con texto como con ilustraciones (Vassallo 1886: 1-2, 20, 40).

En estos nueve relatos de viaje que fueron publicados entre 1792 y 1886, se pueden observar tres etapas centrales para el desarrollo de la ilustración en este género literario. A finales del siglo XVIII y durante las primeras décadas del siglo XIX, el relato en sí estaba en el centro del interés literario y las ilustraciones jugaban un papel menos importante. Los dibujantes casi no eran nombrados explícitamente y los autores y editores juntaban dibujos de diferentes artistas para ilustrar el texto.

A mediados del siglo XIX hay un cambio: cada vez más, los dibujantes y sus obras ganan importancia, pero de este cambio resulta una cierta ruptura. Por un lado hay relatos muy artísticos en los cuales las ilustraciones están en el centro de la obra. En estos casos, estos relatos se convierten en obras autónomas de la pintura, como por ejemplo en el caso de los artistas franceses Edouard Manet y Charles Émile Auguste Durand, alias Carolus-Duran, el sueco Ernst Abraham Josephson o el alemán Franz von Lenbach, quienes viajaron por España en busca de una nueva inspiración (Manet 1988; Carolus-Duran 2003; Josephson 1979; Gedon 1999). Y por otro lado se comienzan a producir documentales de viajes, en los cuales las ilustraciones son un medio más para la mera transmisión de informaciones, hasta que más tarde sean sustituidas por la fotografía.

Bibliografia

- Campion, John S. (1879): *On Foot in Spain. A Walk from the Bay of Biscay to the Mediterranean*. London: Chapman & Hall.
- Carolus-Duran (2003): *Carolus-Duran. 1837-1917*. Paris: Éditions de la Réunion des musées nationaux.
- Davillier, Charles (1874): *L'Espagne*. Paris: Librairie Hachette.
- Gautier, Théophile (1853): *Wanderings in Spain*. London: Ingram, Cook & Co.
- Gedon, Brigitte (1999): *Franz von Lenbach. Die Suche nach dem Spiegel*. München: Nymphenburger.
- Grandazzi, Josette (Hrsg.) (2003): *Carolus-Duran. 1837-1917*. Paris: Éditions de la Réunion des musées nationaux.
- Greve, Anna (2004): *Die Konstruktion Amerikas. Bilderpolitik in den Grands Voyages aus der Werkstatt de Bry*. Köln: Böhlau [Europäische Kulturstudien, t. 14].
- Hager, Joseph (1997): *Reise von Wien nach Madrid im Jahre 1790*. Neuedition der Ausgabe Berlin 1792. Ed., com. y epílogo por Christian von Zimmermann, Heidelberg: Palatina [Itinerarium Hispaniae. Kleine Deutsche Spanienbibliothek, t. 1].
- Josephson, Ernst (1979): *Ernst Josephson. 1851-1906. Bilder und Zeichnungen*. Bonn/Bochum: Städtisches Kunstmuseum Bonn y Museum Bochum, Kunstsammlung.
- Kinsey, William Morgan (1828): *Portugal Illustrated*. London: Valpy
- Krebs, Ulrich C. A. (1977): "Vorwort des Herausgebers". En: Théophile Gautier, *Reise in Andalusien*. Ed. y trad. por Ulrich C. A. Krebs. Frankfurt am Main: Büchergilde Gutenberg, pp. 7-16.
- Manet, Édouard (1988): *Voyage en Espagne*. Ed. y com. por Juliet Wilson-Bareau. Caen: L'Échope.
- Murphy, James (1798): *A General View of the State of Portugal; containing a Topographical Description thereof. In which are included, an Account of the Physical and Moral State of the Kingdom; together with Observations on the Animal, Vegetable, and Mineral Productions of its colonies*. London: T. Cadell jun./W. Davies.
- Otte, Wolf-Dieter (1986): "Zur Ikonographie der Landschaft in Reisebeschreibungen und Ansichtswerken". En: *Die Kunst der Illustration. Deutsche Buchillustration des 19. Jahrhunderts*. Weinheim: Acta Humaniora, VCH, pp. 79-93.
- Roscoe, Thomas (1835-1838): *The Tourist in Spain*. 4 Tomos. London: Jennings [Jennings Landscape Annual].
- Silva Mattos, Augusto C. da (1874): *O Bussaco*. Lisboa: Lallémant.
- Vassallo, Luigi Arnoldo (1886): *Il Pupazzetto Spagnolo*. s.l.: s.n.

Espacios públicos como laboratorios para la experiencia de viaje

Ricarda Musser

**“There are Public Libraries in Lisbon,
Which are by no Means So Bad
as Some Travellers Would Describe Them.”
European Travellers Visiting Portuguese Libraries
from 1760 to 1850**

Students in the 18th century often attended lectures on the question of how to travel most effectively in order to prepare them for their own post study travels to round off their education. In these lectures, their attention was drawn to specific institutions, which they should visit to get a complete impression of the country in which they were travelling. Amongst others, they were recommended to visit collections, learned institutions and scholars to get an overall view of the state of the arts and sciences in the different countries.

Professor Johann David Köhler published an introduction for travelling scholars visiting libraries, antiquity rooms and art galleries and viewing paintings, mineral cabinets and coin collections in 1762 in Frankfurt and Leipzig. “Bücher zu kennen”, he wrote in the first chapter entitled “Von Bibliotheken” (“On Libraries”), “ist allen Gelehrten unentbehrlich. Daher denn auf Reisen die Bibliotheken zuerst zu besuchen sind, wozu große Klugheit erfordert wird”¹ (Köhler 1762: 5).

He divided libraries into two categories: public and private. He described public libraries as being those to which everyone has access including university libraries, the libraries of learned societies and city libraries. In Köhler’s eyes, priority should be given to visiting public libraries, because they contain wide-ranging, regularly updated collections covering all sciences and so were the best places at which to gain

1 To know books is essential for all scholars. For this reason, when travelling, libraries should be first port of call. This necessitates a large dose of prudence (translated by R. M.).

an overview of the current state of the country's literary and scientific achievements.

The book also recommended travellers to go to the libraries at the appropriate time, meaning during the opening hours, to familiarize themselves with the users' regulations and then to ask for the catalogue, which "entweder locales, nach der Ordnung der Bibliothek, oder materials, nach der Materie der Bücher, oder alphabetici, nach der Ordnung des Alphabets, eingerichtet sind"² (Köhler 1762: 7). Travellers are also recommended to study both printed and handwritten books.

In the 18th century, European scholars were connected by an extensive network of correspondence and mutual visits. Many scholars and authors also worked as librarians, such as Gotthold Ephraim Lessing in Wolfenbüttel. In Portugal, the university professor António Ribeiro dos Santos was first director of the university library in Coimbra, then of the Royal Public Court Library in Lisbon and the historian Alexandre Herculano headed the private library of the royal family in the Ajuda Palace.

But it seems that only relatively little was known in the rest of Europe about literature and the sciences in Portugal. Introductions to travel descriptions of the time regularly reiterate the fact that Portugal was probably the European country about which the least information was available. This was backed up by scholars as well as by other travellers.

A bibliography published in 1857 with German titles on the subjects of geography and travel literature mentioned only 33 titles on Portugal (Engelmann 1857: 770-772).

This article will first show, which libraries – that is libraries in the function of public places where information about science and literature was available and contacts with other scholars could be made – existed from the mid-18th to the mid-19th century in Portugal.

Afterwards it will examine the impressions recorded in the journals of travellers visiting Portuguese libraries.

Finally the article will show the conclusions drawn by these travellers concerning the status of the arts and sciences in Portugal and

2 "will be arranged either according to the location of the books in the library, by topic or alphabetically" (translated by R. M.).

with respect to the integration of that country into European knowledge networks.

1. The Portuguese libraries

As in other countries, the history of libraries in Portugal starts in the Middle Ages with monastic and private libraries. The number of collections increased from the 15th century, as well as the number of volumes each one contained, thanks to easier access to new books after the introduction of letterpress printing.

The oldest public library in Portugal, following Köhler's definition, is the university library in Coimbra. The university was founded in 1288. The first instance of a book collection here dates from 1513: it is the acquisition of 58 volumes for the library from the Chair of Canon Law, Diogo Lopes (Braga 1892: 418). From the university statute of 1591 we learn that the person in charge of the library should be educated in Latin, Greek and Hebrew, that the opening hours were from eight to eleven in the morning and from two to five in the afternoon, that the books were arranged in the shelves according to faculty and that they were chained, as a measure against theft. We know that similar regulations were in place in other European university libraries of the time, for example in Salamanca. Every three years the library received 100 Cruzados for the acquisition of new books (Madahil 1932: 170).

A separate building to house the library was constructed between 1717 and 1725. In 1742 the library was opened for use and the king ordered that the university should employ any surplus funds to expand the book collection (*Grande Enciclopedia Portuguesa e Brasileira* 1940: 652). From 1777 to 1795 the Chair of Canon Law, António Ribeiro dos Santos was library director.

In 1834 monasteries and convents in all parts of Portugal were dissolved by royal decree and as a result the university library received around 100,000 volumes (Peres 1943: 377).

In Lisbon, in 1795, preparations were made for the opening of a Royal Public Court Library, later the National Library. The collection of the Royal Censorship Department, *Real Mesa Censória*, which in 1775 already comprised more than 60,000 volumes, formed the founding collection of this new institution (Biblioteca Nacional 1996: 11-

12). A considerable part of these holdings came from the libraries of the Jesuits, who were forced to leave Portugal in 1759.

Furthermore, the president of this institution, Manuel do Cenáculo, had royal permission to sell any duplicates and to use the proceeds to purchase new books for the collection. In 1773 he drew up a plan for the construction of a new library building to enable the appropriate administration of the collection (Domingos 1994: 62). The plan illustrates his specifications for a universal academic library.

The library of the Royal Censorship Department probably allowed limited public use until it was dissolved in 1794.

Its holdings were used to found a new institution two years later: the Royal Public Court Library. António Ribeiro dos Santos was appointed librarian. The applicants for the other positions in the new library were examined in basic bibliographical and book historical knowledge and had to prove their ability in foreign languages.

From 1805 all printing and publishing houses in Portugal were obliged to supply this library with one free copy of each book they produced.³

When the monasteries and convents were dissolved in 1834, the Royal Public Court Library also received many of their collections. In 1836 the institution was renamed the National Library of Lisbon and in 1857 owned around 147,000 volumes (Biblioteca Nacional 1996: 24).

The ideas of the liberal revolution of 1820 resulted in the founding of more public libraries all over the country, starting with the Royal Public Library of the City of Oporto in 1833, followed by Vila Real, Braga and Ponta Delgada.

In all cases the founding collection consisted of collections from dissolved monasteries and convents.

Another Portuguese library which aroused travellers' interest was the library in the monastery of Mafra, which was built between 1717 and 1730. In the 18th century this library was also used by the members of the royal family during their stays in Mafra and by the beginning of the 19th century it owned several thousand volumes.

3 Portuguese National Archive: IANTT: MR mc 3722.

After the closing of the monastery the library remained in its original location in Mafra and in 1842 a new librarian was appointed (Abecasis 1993: 97).

2. Travellers' impressions

Many libraries were destroyed by the Lisbon earthquake in 1755, such as the private library of the royal family and the libraries of many monasteries. In some cases, the ruins could still be seen decades later, as described by Beckford for example, when he visited the Theatine monastery in 1787: "We looked into the library, which lies in the same confusion in which it was left by the earthquake; half the books out of their shelves, tumbled one over the other in dusty heaps" (Beckford 1834: 203).

In contrast, the monastic library of Mafra was not damaged, and Mafra, being near Lisbon, could be visited relatively easily, so that many travellers were attracted to the building. In 1760 Baretti came to Mafra and recorded for his readers that:

Their library takes up a very large hall, besides a pretty large room. The hall contains little less than seventy thousand volumes, and the room about ten thousand as I was told. Amongst these last there are as many Portuguese books as could possibly be collected. [...] According to the father librarian, that lesser library is much more valuable than the greater. And in one respect he is certainly right. The books in the greater may be procured for love or money; but not those in the lesser, because Portuguese books are become very scarce since the earthquake. The fire that follow'd it, has destroyed many public and private libraries in this metropolis, and a Portuguese book of any note is now become as dear as a ruby. However the loss of Portuguese learning will scarcely be felt out of Portugal, as it never was in fashion any where, and will scarcely ever be. Few are the writers of this country who ever had a name abroad. [...] I skimm'd over several [...] Portuguese books in the space of four hours that I passed in that library. [...] The good-natured librarian was in raptures to see me so inquisitive about the learning of his country. [...] The large library at Mafra I had no time to examine. Yet I have seen enough of it to know that it is a very good one. Besides the best books of the learned languages, I am told that it contains some valuable manuscripts, particularly in Hebrew and in Arabic; and as I have seen several of the friars studying there, it is most probable, that some of them are learned (Baretti 1770: 238-245).

Beckford reported seventeen years later:

The collection, which consists of above 60,000 volumes, is locked up at present in a suite of apartments which opens into the library. Several well preserved and richly illuminated first editions of the Greek and Roman classics were handed to me by the father librarian; but my nimble conductor would not allow me much time to examine them (Beckford 1834: 134-135).

All Esther Bernard, a keen user of the Lisbon public libraries, could say about Esther Maфра in 1802 was that:

Das Innere des Klosters darf kein weiblicher Fuß betreten. Letzteres besitzt eine vorzügliche Sammlung mathematischer Instrumente und eine Bibliothek von fünf tausend Büchern. Aber meine weiblichen Augen durften von dem allen nichts sehen⁴ (Bernard 1802: 365).

After the dissolution of the monasteries and convents and during a period in which Maфра was not used by the royal family as a residence, travellers were less interested in visiting the building, as Ida von Hahn-Hahn described in 1836:

Sowol dies Schloß [Sintra] als der Ajuda-Palast lassen nicht die geringste Betrübniß in mir aufkommen, daß meine Zeit zu kurz ist um Maфра zu besuchen, welches einst, gleich dem Escorial königliche Residenz, Kirche, Kloster und Bibliothek war, aber jetzt verödet und verfallen daliegt, und keinen Ersatz für die mühselige Fahrt von vier Meilen auf schlechten Wege darbietet, als den Anblick eines ganz kolossalen Steinhaufens⁵ (Hahn-Hahn 1841: 348-349).

It is interesting to compare the number of volumes mentioned by the travellers: Baretti speaks of 80,000 volumes, and Bernard of 5,000.

The university library of Coimbra or indeed the university itself, are very seldom mentioned in the travellers' descriptions. Perhaps this is a result of the lack of infrastructure which made each journey through the country an unpleasant adventure. We can conclude that the university of the Portuguese Kingdom was not an attractive destination for foreign travelling scholars.

4 No female is allowed to set foot into the interior of the monastery, which owns an excellent collection of mathematical instruments and a library of 5,000 volumes. But my female eyes were not allowed to see them (translated by R. M.).

5 Neither the castle [Sintra] nor the Ajuda-Palace arouses in me the slightest sorrow that my time here is too short to visit Maфра, which once, like the Escorial, was royal residence, church, monastery and library, but now lies desolate and deserted, and offers no compensation for the arduous journey of 4 miles on poor streets other than the sight of an enormous stone heap (translated by R. M.).

Towards the end of the 18th century, Link observed:

It is not easy to judge of a library without studying the catalogue. The number of volumes is considerable; and from the description of the professor of botany, Brotero, it seems not to be deficient even in new books. Accordingly it is much visited and used by the students (Link 1801: 296-297).

In 1836 Eschwege reported that, although all doctoral candidates were obliged to pay an amount for the acquisition of new foreign books for the library, they remained a scarce commodity. He concluded that the money was obviously used for other purposes within the university (Eschwege 1837: 194).

Two years later, Alexander Wittich explained in his chapter about Portuguese libraries:

Die Universitäts-Bibliothek Coimbra's enthält nur fast ganz verschollene und antiquierte Werke über die einzelnen Theile der Wissenschaften. Eine Universität aber, die nicht auch die neueren wissenschaftlichen Forschungen besitzt, muss uns vorkommen wie einer, der die alten Schriftsteller der Griechen und Römer gelesen hat, von der Entdeckung des 4. und 5. Erdtheiles aber, oder von der Erfindung des Pulvers und der Buchdruckerkunst nichts weiß. Die hierher aus den Klöstern Coimbras selbst und der Umgegend zusammen geschleppten Bücher lagen noch im J. 1838 in buntem Gemisch darunter und darüber, und niemand schien bisher daran gedacht zu haben, dieselben zu ordnen⁶ (Wittich 1843: 205).

Almost all travellers to Portugal visited the city of Lisbon, and its libraries were the most frequented in the country. Scientists as well as other academics and other well-educated travellers – in those days this category was mostly made up of women – reported that they found opportunities for study here.

Link for example tells us: "There are public libraries in Lisbon, which, though far from ranking in the first class, are by no means so bad as some travellers would describe who have merely taken a cursory view of them" (Link 1801: 227). Such cursoriness lead to com-

6 The university library of Coimbra almost only contains forgotten and obsolete works on the individual sciences. And a university which does not possess the most recent scientific studies must appear to us as a scholar who has read the old Greek and Roman writers but knows nothing of the discovery of the 4th and 5th continents or of the invention of gunpowder and letterpress printing. Even today, in the year 1838, the books originating from the monasteries of the city and the region of Coimbra still lie about in utter disorder, and until now nobody has shown the slightest intention of putting them in order (translated by R. M.).

ments such as that of Marianne Baillie who claimed in 1825: "There are no circulating libraries to be found" (Baillie 1825: 11).

According to the travel diaries, the best equipped library in Portugal is the Royal Public Court Library.

Esther Bernard described its organization thus:

Diese Bibliothek, die ursprünglich den Jesuiten gehörte, und seit ihrer Vertreibung aus dem Lande mit weltlichen Büchern vermehrt und in Ordnung gebracht worden ist, besteht jetzt aus achtzig tausend Bänden, mit Innbegriff der Manuskripte, unter denen sich ein große Anzahl arabischer befinden. Sie ist in elf Zimmern vertheilt, und jedes derselben enthält einen eigenen Zweig der Wissenschaften. Doch füllen allein Kirchengeschichte, geistliche Wissenschaften und polemische Theologie fünf Zimmer aus. Das Zimmer, welches Welt- und Kirchengeschichte enthält, ist sehr reich an guten Karten [...]. In dem Zimmer, das den schönen Wissenschaften gewidmet ist, befinden sich fünf Ausgaben des Homers, von denen die späteste eine Baseler vom Jahr 1757 und sehr prächtig ist. [...] Einige englische Metaphysiker, als Locke u.a.m. stehen hier unangefochten von Fanatismus. Bücher in allen Sprachen sah ich hier, nur keine deutsche [...]. Alle Zimmer der Bibliothek sind mit Schreibmaterialien und Bequemlichkeiten zum Lesen versehen, und bleiben täglich Vor- und Nachmittags einige Stunden zum Lesen offen. Ich fand immer einige Leser darin, und zwar größtentheils Geistliche. Jedes Zimmer hat einen eigenen Bibliothekar, unter denen freilich weder ein Adelung, noch ein Biester ist, denn sie gleichen dem Hüter des heiligen Baums der Diana, der ein bloßer Hirte und wenig bekannt mit der Heiligkeit des Baumes war; aber sie sind sämtlich so äusserst gefällig und gütig gegen Fremde, dass sie den innigsten Dank jedes Reisenden verdienen (Bernard 1802: 237-239).

-
- 7 This library, which was originally owned by the Jesuits and, since their expulsion from the country has been added to and ordered, now also comprises urbane volumes and consists of 80,000 books including manuscripts, amongst them numerous Arabic ones. It is arranged in eleven rooms, and each deals with an individual scientific discipline. However, five of the rooms are already occupied by ecclesiastical history, religious science and polemic theology. The room taken up by ecclesiastical and general history has a good collection of maps [...]. In the room which is dedicated to the arts, there are five editions of Homer, the newest of which was printed in Basle in 1757 and is very splendid. Some English metaphysicians like Locke and others are here unchallenged by fanaticism. I have seen here books in all languages except for German [...]. All rooms in the library are equipped with writing paper and offer comfort for reading, and they are open daily some hours in the morning and in the afternoon for visitors. I have always found some readers there, for the most part clergymen. Every room has its own librarian, amongst which however there is neither Adelung nor Biester, rather they are like the custodian of Diana's holy tree, who was merely a guardian and was unaware of the holiness of the tree. But they are all so extremely helpful and

Gustav von Heeringen visited this library in 1836 and, like Esther Bernard, was impressed by the friendliness of the librarians, by the high numbers of readers and by the functional facilities and summarises his impressions as follows:

Diese Einrichtung und die Größe und Schönheit der Räume stellt die Bibliothek [...] den besten Deutschlands und Frankreichs gleich, die Zahl ihrer Bände stellt sie in den zweiten und dritten Rang dieser Institute in andern Ländern, da selbe nicht mehr als 80-100.000 betragen wird⁸ (Heeringen 1838: 124).

He also visited the library in the Monastery of São Francisco where the books from the dissolved religious institutions of the Lisbon region were collected. He reported:

An den Wänden, vom Boden bis zur Decke, stand Buch an Buch, in Repositorien vertheilt, oder hinter vergitterten Schränken. Bleiche düstere Inschriften schauten von den verschiedenen Abtheilungen hernieder. Da hieß es: Teologia, Historia ecclesiastica, Historia antiga, Historia natural, Historiadores, Jurisprudencia, Actas de Santo Officio, Inquisição u.s.w., schwarze Inschriften auf weißen Tafeln, welche eine heilige Scheu einzuflößen im Stande waren, zugleich aber von den umfassenden literarischen Sammlungen in allen Fächern der Wissenschaften, die man hier vor sich sah, Zeugnis gaben⁹ (Heeringen 1838: 104-105).

In his opinion, an immense task awaited the librarian whose job it was to put the books in order. The attempt however would not be entirely successful. Decades later many of the books would be sold by weight as scrap paper.

Alexander Wittich reported that the total number of books collected here was around 300,000 and added:

kind towards foreigners that they deserve the heartfelt thanks of all travellers (translated by R. M.).

- 8 In terms of the equipment and the size and beauty of the rooms, the library is comparable with the best libraries in Germany and France, but the number of its volumes, which is not higher than 80-100,000, puts it into the second or third row amongst similar institutions in these countries (translated by R. M.).
- 9 Lining the walls from floor to ceiling stand rows of books, divided into disciplines or encased in barred bookshelves. Faded, gloomy inscriptions stare down from the different sections. They read: Teologia, Historia ecclesiastica, Historia antiga, Historia natural, Historiadores, Jurisprudencia, Actas de Santo Officio, Inquisição and so on, black inscriptions on white plaques, which were capable of instilling a holy awe. At the same time they were testament to a comprehensive collection of books covering all branches of science (translated by R. M.).

Man findet hier einige wichtige philologische Werke von Gelehrten des 17. und 18. Jahrhunderts. Ferner verdient Erwähnung ein auf Pergament gedrucktes Fragment der Briefe Ciceros ad familiares. Es ist das älteste in Portugal gedruckte Buch und zeigt die Jahreszahl MCCCCLXVIII¹⁰ (Wittich 1843: 209).

The year must be a mistake. As far as we know, letterpress printing was first introduced to Portugal in 1487 (Musser 2001: 32).

Apart from the Royal Public Court Library in Lisbon, some other public or semi- public libraries which the travellers frequented are mentioned. Until 1834 these were, above all, the libraries of monasteries.

Link praises for example the library of the Benedictine monastery Nossa Senhora de Jesus:

Here is a very complete collection of portugueze [sic] and modern spanish [sic] literature; nor is there any want of french [sic] works, as, for instance, a complete set of the Encyclopedie per ordre des matieres (Link 1801: 229).

Sometimes, the travellers, don't find what they are looking for in the libraries, as James Edward Alexander describes for example in 1834:

I made diligent search for manuscripts, but was not successful in meeting with any of value; however, there is understood to be some curious ones in the libraries of some of the convents, as also in the public archives. They principally relate to the wars and discoveries in India and Africa, and new information may be gathered from them relating to Abyssinia; it was, however, very difficult to get even a sight of any of them, as from the bad arrangement of the libraries it is almost impossible for a person to lay his hands on what he wants (Alexander 1835: 211).

3. Travellers conclusions

So, what did the travellers conclude about progress in the sciences and literature in Portugal after visiting the country's libraries?

Baretti wrote in the mid-18th century during his visit to Mafra, that:

Few are the writers of this country who ever had a name abroad. *Ossorio* the Latin Historian is certainly a name much considered in the literary

10 There are some important philological works by scholars of the 17th and 18th centuries. A fragment of Cicero's *Epistulae ad Familiares* printed on parchment also deserves to be mentioned. It is the oldest book printed in Portugal and is inscribed with the year 1468 (translated by R. M.).

world, and that of *Camoens*, the Portuguese Epic. [...] Yet the works of these two are more commended than read (Baretti 1770: 241).

And he mentioned:

The Portuguese have a Dictionary of their own language which is much commended both by themselves as by foreigners. But it was not the work by a native. Father Bluteau, a French Jesuit, compiled it. It is printed in eight or nine large quarto volumes (Baretti 1770: 243-244).

Baretti finally summarised: "Other observations have as yet given me no great idea of the common sense of this nation" (Baretti 1770: 280). But he conceded that it would be necessary to spend a longer time in the country in order to come to a well-founded opinion.

Around 1800 Esther Bernard said:

Portugal hat jetzt keinen einzigen Schriftsteller von einiger Bedeutung; indeß erlaubt dies nicht den Schluß, dass es in diesem ganzen Lande jetzt keine Köpfe giebt, welche schriftstellerische Fähigkeiten besitzen¹¹ (Bernard 1802 : 272).

In a later letter she stated more precisely:

Auch jetzt wird zuweilen in diesem Lande etwas Gutes geschrieben, aber man lernt es im Auslande nicht kennen, weil es in einer Sprache geschrieben ist, die man weder unter die todten, noch unter die lebendigen, sondern gewissermaßen noch unter die ungeborenen zählt¹² (Bernard 1803: 134-135).

And she added:

Dazu kommt Portugals Entfernung von dem gebildeten Europa, welche allein schon den Ideentausch mit andern Nationen erschwert. Hier landen nur Kaufmannsschiffe mit Waaren, und äußerst selten besucht einmal ein Reisender, der kein Kaufmann ist, diese Küste. Auch ist die portugiesische Sprache so wenig bekannt, daß auf den Absatz eines portugiesischen Werks ins Ausland gar nicht zu rechnen ist, und wer sich entschliesse, bloß für Portugal zu schreiben, würde schwerlich bei der mässigen Auflage, die Unkosten für Druck und Papier herausbringen. Denn

11 Portugal has, at this time, not a single writer of any importance; but one must not draw from this the conclusion that, in the entire country, there are no minds capable of displaying literary talent (translated by R. M.).

12 Even in these times, there is something of worth written now and again in this country, but these works are not read in foreign countries, because they are written in a language which belongs neither to the category of dead languages nor to that of living languages, but which may still, to a certain extent, be seen as one of the unborn languages (translated by R. M.).

Vielleserey ist gewiß der Fehler dieser Nation nicht¹³ (Bernard 1802: 273-274).

Link's travel description supported this view: "All books treating of scientific subjects are printed at the expense of the queen, the number of readers being too small for any bookseller or printer to gain by them" (Link 1801: 225-226).

Marianne Baillie too claimed, that the Portuguese were not very interested in reading and literature:

It is very rarely that one sees a room furnished with books; but this ought not to excite surprise in a country where foreign literature, until lately, has been prohibited, as dangerous to church and state (Baillie 1825: 135).

Von Heeringen described:

Ich glaube in der Tat, daß Portugal, ausgenommen die politische, im jetzigen Augenblick nur eine sehr unbedeutende Literatur hat. Bekanntlich war sie einst glänzend, Dichter, Philosophen, Redner, Geschichtsschreiber, Mathematiker, Geographen, Naturhistoriker und andere Gelehrte, welche das geistige Leben einer Nation bilden, waren [...] vorhanden. [...] Mit Pombal und Johann V. beginnt eine neue Ära für Portugals Literatur; wir sehen Akademien begründen, für den öffentlichen Unterricht erweiterte Anstalten treffen, ausländische Gelehrte an die Hochschule berufen und von allen Seiten den schöpferischen Funken zünden; Gedankensysteme erwachen, und ich könnte eine lange Liste von Namen entwerfen, die in den verschiedenen Gebieten der Literatur glänzten und – mit Ausnahme des großen Epikers – alle frühern überstrahlten¹⁴ (Heeringen 1838: 116-117).

13 [Another problem is] Portugal's geographical distance from learned Europe, which already makes the exchange of ideas with other nations more difficult. Only trading ships land here, and it is a very seldom occurrence that a traveller who is not a trader visits this coast. Moreover, the Portuguese language is so little known, that authors cannot expect to sell Portuguese language works in foreign countries, and were they to decide only to write for Portugal, they would hardly make enough money to cover the expense of printing and paper. Too much reading is certainly not one of this nation's flaws (translated by R. M.).

14 I truly believe that at the present time Portugal, with the exception of political works, produces only insignificant literature. Once it was, famously, outstanding. They were all here: poets, philosophers, great speakers, historians, mathematicians, geographers, natural historians and other scholars who form the intellectual life of a nation. With Pombal and King John V a new era began in Portuguese literature; academies were founded, institutions were opened for public education, foreign scholars were offered the position of Chair at the colleges of higher education, and everywhere the creative spark was ignited; new ways of thinking emerged, and I could compose a long list of names of those who have shone in

For von Heeringen 'political works' meant above all political newspaper articles. He counted seven different newspapers in Lisbon alone. And there were another six political weeklies.

Alexander Wittich wrote that nobody who knows the Portuguese language and who spends any amount of time in the country could doubt the intellectual capacity of this nation. And he added:

Ihre Literatur, besonders die poetische, ist nicht unbedeutend und verdiente wohl, daß man ihr in unserem Vaterlande eine größere Beachtung angedeihen ließe. Und diese Literatur begann sich schon in einer Zeit zu bilden, als bei uns noch alles in tiefem Schlummer lag. [...] Portugal ist mit seiner Sprache und Literatur in Deutschland, bis vor kurzem noch, so ziemlich eine terra incognita gewesen, man hat von seinen Schriftstellern, Camões allein ausgenommen, keine allzu hohe Vorstellung gehabt¹⁵ (Wittich 1843: 171-172).

What Wittich reported here for Germany could also be said for other parts of Europe.

The translation of Portuguese literature into other European languages was a relatively recent occurrence. For example, the first translation of the *Lusiades* into German was completed in 1806.

Travellers who were interested in literature and the sciences reported in general that Portuguese literature was unknown in other parts of Europe because of the language and the small numbers of each book published.

Moreover, they described it as difficult to get information about new editions on the book market. In bookshops too, this information was only available in part and there were no literary reviews in the country. The bookshelves in private houses in Portugal seldom contained the newest Portuguese literature. Amongst the higher classes above all French or English literature was read. Book clubs and reading circles were nearly unknown.

the various fields of literature and surpassed all others – with the exception of the great Camões (translated by R. M.).

15 Their literature, especially poetry, is not insignificant and deserves more recognition in our fatherland. And this literature was already beginning to develop in a time when our country still lay in deep slumber. Portugal, with its language and literature, was long terra incognita in Germany. Its writers were not well-regarded, with the exception of Camões (translated by R. M.).

That meant, libraries, in which all printed material was collected, were the best source of information about the newest developments in the sciences and literature.

The Royal Public Court Library held a special place amongst the libraries because it had the right to free copies of all published material.

Travellers with knowledge of the Portuguese language and who used public libraries were the best source of information regarding the intellectual life and literary production of the country.

It seems that, due to its geographical location and the political situation in which it found itself at this time, Portugal was almost completely excluded from scholarly discussion and from the networks of learned Europe. Therefore, the library visits mentioned in travel descriptions can contribute to a high degree to knowledge about Portuguese literature and the state of the sciences amongst the reading public all over Europe. A larger study would also take into account travellers' observations regarding bookshops, the university and learned societies and academies.

Bibliography

- Abecasis, Isabel (1993): "A biblioteca do palácio nacional de Mafra". In: *Cadernos de Biblioteconomia, Arquivística e Documentação*, 2, pp. 93-100.
- Alexander, James Edward (1835): *Sketches in Portugal During the Civil War of 1834. With Observations on the Present State and Future Prospects of Portugal*. London: Cochrane & Co.
- Baillie, Marianne (1825): *Lisbon in the Years 1821, 1822, and 1823*. Vol. 1. London: Murray.
- Baretti, Joseph (1770): *A Journey from London to Genoa, Through England, Portugal, Spain and France*. Vol. 1. London: Davies.
- Beckford, William (1834): *Italy; with Sketches of Spain and Portugal by the Author of "Vathek"*. Vol. II. London: Bentley.
- Bernard, Esther (1802): *Briefe während meines Aufenthalts in England und Portugal an einen Freund*. Hamburg: Campe.
- (1803): *Neue Reise durch England und Portugal in Briefen an einen Freund*. Hamburg: Campe.
- Biblioteca Nacional (ed.) (1996): *Guia da Biblioteca Nacional*. Lisboa: Instituto da Biblioteca Nacional e do Livro.

- Braga, Theophilo (1892): *História da Universidade de Coimbra nas suas relações com a instrução pública portuguesa*. Tomo 1: 1289-1555. Lisboa: Typographia da Academia Real das Sciencias.
- Domingos, Manuela D. (1994): "A primeira Biblioteca Pública Portuguesa, 1775-1795: plano, projectos e primeiros fundos". In: *Cadernos de Biblioteconomia, Arquivística e Documentação*, 1, pp. 59-70.
- Engelmann, Wilhelm (ed.) (1857): *Bibliotheca Geographica. Verzeichnis der seit der Mitte des vorigen Jahrhunderts bis zu Ende des Jahres 1856 in Deutschland erschienenen Werke über Geographie und Reisen mit Einschluss der Landkarten, Pläne und Ansichten*. Leipzig: Engelmann.
- Eschwege, Wilhelm Ludwig von (1837): *Portugal. Ein Staats- und Sittengemälde in Skizzen und Bildern nach dreißigjährigen Beobachtungen und Erfahrungen*. Hamburg: Hoffmann und Campe. *
- Grande enciclopédia portuguesa e brasileira* (1940): Vol. IV. Lisboa: Ed. Enciclopédia.
- Hahn-Hahn, Ida von (1841): *Reisebriefe. Zweiter Band*. Berlin: Duncker.
- Heering, Gustav von (1838): *Meine Reise nach Portugal im Frühjahr 1836. Zweiter Theil*. Leipzig: Brockhaus.
- Köhler, Johann David (1762): *Anweisung für reisende Gelehrte, Bibliotheken, Münz-Cabinette, Antiquitäten-Zimmer, Bilder-Säle, Naturalien- und Kunstkammern, u.d.m. mit Nutzen zu besehen*. Frankfurt am Main/Leipzig: Knoch und Eßlinger.
- Link, Henry Frederick (1801): *Travels in Portugal, and Through France and Spain. With a Dissertation on the Literature of Portugal and the Spanish and Portuguese Languages*. London: Longman.
- Madahil, A. G. da Rocha (1932): "A Biblioteca da Universidade de Coimbra e as suas marcas bibliográficas". In: *Boletim da Biblioteca da Universidade de Coimbra*, X, pp. 161-231.
- Musser, Ricarda (2001): *Das Bibliothekswesen in Portugal. Historische Entwicklungslinien und aktuelle Tendenzen*. Berlin: Logos.
- Peres, Damião (1943): "Relatório". In: *Boletim da Biblioteca da Universidade de Coimbra*, XVI, pp. 371-391.
- Wittich, Alexander (1843): *Erinnerungen an Lissabon. Ein Gemälde der Stadt nebst Schilderungen portugiesischer Zustände, Bestrebungen und Fortschritte der neuesten Zeit*. Berlin: Reimer.

Nicolás Ortega Cantero

Viajeros y geógrafos en el descubrimiento del paisaje de España

El descubrimiento del paisaje de España es un hecho moderno, que se desarrolla desde principios del siglo XIX. Los viajeros románticos que recorrieron el país a lo largo de la primera mitad del siglo desempeñaron un papel importante en ese descubrimiento, que llevaron a cabo en términos sobre todo estéticos, al tiempo que algunos de ellos, como Alexander von Humboldt, propusieron interpretaciones actualizadas de la caracterización natural y geográfica del territorio español. Después, en los años setenta de ese mismo siglo, una nueva aportación prolongó y amplió ese descubrimiento del paisaje de España iniciado antes por los viajeros románticos. Esa aportación fue la del geógrafo francés Élisée Reclus, quien aplicó la perspectiva del paisajismo geográfico moderno para ofrecer una imagen del paisaje de España apoyada al tiempo en criterios estéticos y en criterios científicos. A esa primera etapa del descubrimiento del paisaje de España, que abarca tres cuartos del siglo XIX, desde sus inicios hasta mediados de los años setenta, me voy a referir aquí, señalando el papel que desempeñaron en ella los viajeros y geógrafos foráneos que se acercaron al país.

La primera imagen geográfica moderna de España se debió a Alexander von Humboldt (1769-1859). Además de fundar, junto al también alemán Karl Ritter, la geografía moderna, Humboldt realizó, con el botánico francés Aimé Bonpland, entre 1799 y 1804, un viaje por la América española que fue decisivo para su labor investigadora y decisivo también para la conformación del conocimiento geográfico moderno. Antes de iniciar el viaje, estuvo en España cinco meses, de enero a junio de 1799. Venía de París, y cruzó la frontera por los Pirineos orientales, por Le Perthus, el 5 de enero, siguiendo después un itinerario que le llevó a Gerona y luego, por la costa, a Barcelona, Tarragona y Valencia.

En Valencia dejó su ruta costera y se adentró en el interior peninsular para llegar a Madrid, donde estuvo casi tres meses, entre febrero y mayo, y desde donde visitó Aranjuez para ser presentado al rey, Carlos IV. Le facilitaron dos pasaportes –uno del Secretario de Estado y otro del Consejo de Indias– para poder recorrer y estudiar con entera libertad los territorios americanos de la Corona española, y con ellos salió de Madrid para llegar, a finales de mayo, a través de Castilla la Vieja, León y Galicia, a la ciudad de La Coruña, desde cuyo puerto partió hacia América, en la corbeta *Pizarro*, el 5 de junio.

Humboldt hizo así un amplio viaje por España que le permitió observar y conocer su caracterización geográfica física, sus principales rasgos topográficos, climáticos y botánicos. Mostró una curiosidad inagotable por la realidad geográfica que estaba descubriendo, hizo innumerables mediciones y comprobaciones de variado signo, y elaboró una primera interpretación moderna –geográficamente moderna– de la caracterización natural de España.

Camino ya de América, tras dos semanas de navegación, la experiencia española de Humboldt se completó con una escala de seis días –del 19 al 25 de junio– en la isla de Tenerife, que incluyó la ascensión al Teide. Las formas volcánicas que allí encontró y el paisaje y la vegetación de Tenerife –sobre todo del valle de La Orotava– le causaron una honda impresión. Fue su primer encuentro con una naturaleza distinta a la europea, a la que dedicó muchas páginas en su *Relación histórica del Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente* –los tres últimos volúmenes, publicados entre 1814 y 1825, de los treinta que recogieron los resultados de su *Viaje* americano–, y dos grabados, con sus correspondientes comentarios, respectivamente dedicados al cráter del Teide, realizado a partir de un dibujo del propio Humboldt, y al dragón de La Orotava, incluidos en las *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, que ocuparon dos volúmenes (XV y XVI), aparecidos en 1810, del *Viaje*.

Humboldt ofreció una nueva visión de ese paisaje canario, acorde con los puntos de vista del paisajismo geográfico moderno que él contribuyó decisivamente a conformar, en la que se aunaron la explicación científica y la comprensión estética (Ortega Cantero 2004a). Y ofreció además algunas interpretaciones muy interesantes e innovadoras sobre la caracterización natural –climática y botánica– de aquel paisaje, y sobre sus manifestaciones volcánicas. Propuso así una ima-

gen renovada, geográficamente moderna, de la naturaleza y del paisaje de la isla de Tenerife y del pico del Teide, que incluyó una nueva manera de interpretar su caracterización volcánica, distanciada de los enfoques neptunistas entonces dominantes.

Del mismo modo que renovó la visión del ámbito geográfico canario, también propuso Humboldt una imagen en buena medida innovadora de los rasgos geográficos de la Península Ibérica. Apoyó esa imagen en los resultados de sus observaciones —entre ellas, en primer lugar, las barométricas— y en los estudios que llevó a cabo a lo largo de sus recorridos peninsulares. Y la apoyó también en los trabajos realizados con anterioridad por algunos autores españoles relevantes, entre los que se contaban Jorge Juan, Agustín de Betancourt, Isidoro de Antillón y, sobre todo, Felipe Bauzá. Humboldt elaboró así los dos primeros perfiles topográficos de la Península (uno de ellos de dirección SE-NO, desde Valencia a La Coruña, y el otro de dirección SO-NE, entre los Pirineos y Sierra Nevada), y, en relación con ellos, propuso una nueva imagen de la caracterización morfológica y natural del conjunto peninsular. Esta visión geográficamente actualizada de la Península Ibérica, acorde con los puntos de vista de la geografía moderna, la expuso Humboldt en dos escritos de diferente carácter y proyección.

El primero de ellos, que tituló “Noticia sobre la configuración del suelo de España y su clima”, se incluyó en el primer tomo del *Itinerario descriptivo de España* de Alexandre de Laborde, aparecido en París en 1808, que recogió además después (en la tercera edición, de 1827), en el *Atlas* que acompañaba a los tomos de la obra, los dos perfiles de la Península elaborados por Humboldt. El otro escrito, denominado “Sobre la configuración y el clima de la meseta de la Península Ibérica”, se publicó en 1825, con los perfiles, en la revista alemana *Hertha*. Fue el primero de los textos citados, el que apareció en el *Itinerario* de Laborde, el que más contribuyó a dar a conocer la nueva visión geográfica de España promovida por Humboldt. La obra de Laborde, reeditada en diversas ocasiones, tuvo un éxito considerable, y contribuyó en buena medida a divulgar las ideas y las interpretaciones geográficas de Humboldt incluidas en ella. Además, el *Itinerario* de Laborde se tradujo al español, con el texto de Humboldt, en 1816. Fue así una vía importante de propagación de una visión geográfica de España plenamente moderna, inscrita en el horizonte de la

nueva geografía que el propio Humboldt estaba contribuyendo a conformar.

Las claves de la imagen geográfica de España ofrecida por Humboldt se pueden resumir en los siguientes puntos:

1. Se trata, en primer lugar, de una visión eminentemente naturalista, inscrita en el horizonte de lo que hoy llamamos geografía física, que propone una imagen actualizada, geográficamente renovada, de la configuración natural de la Península Ibérica.
2. En segundo lugar, Humboldt señala con claridad los acusados contrastes naturales y geográficos existentes entre el ámbito interior —el ámbito de la meseta central o castellana— y las zonas periféricas que lo rodean —las franjas costeras—. Plantea así, con criterio geográfico, una de las claves de la organización natural de España (y de la Península Ibérica), que aparecerá desde entonces continuamente destacada en los libros de viajes románticos y en las visiones geográficas de los siglos XIX y XX: la diversidad interna o regional de España, los acusados contrastes existentes entre unos ámbitos geográficos y otros, y, en particular, como advirtió Humboldt, los contrastes entre el centro de España y sus ámbitos periféricos.
3. En tercer lugar, se refiere también Humboldt a otra idea ampliamente difundida en las consideraciones literarias y científicas sobre España: su proximidad natural a África. La caracterización botánica de diversos ámbitos de las franjas periféricas españolas es, como advierte Humboldt, semejante a la del norte del continente africano. El siguiente texto es elocuente en ese sentido, y también lo es en relación con lo señalado en el punto anterior, los contrastes existentes entre el centro y la periferia de España:

El viajero se alegra de dejar a su espalda la meseta castellana, desprovista casi de vegetación y donde en invierno el frío es intenso, mientras que en verano el calor resulta opresivo. Dicha meseta, que se alza en el centro del país, está rodeada de una zona baja y estrecha, en varias partes de la cual crecen palmeras enanas, la datilera, la caña de azúcar, el plátano y otras muchas plantas comunes a España y el norte de África, y que viven sin sufrir de las heladas invernales (Humboldt 1982: 6-7).

4. Habla finalmente Humboldt, en cuarto lugar, de la notable singularidad de la configuración natural de España, que no se encuentra en ningún otro país de Europa, singularidad causada por la exis-

tencia de la meseta central, el núcleo de altas tierras o altiplanicie que ocupa el ámbito interior español. Es la meseta más alta de Europa, y su presencia produce importantes efectos, favorables y desfavorables, sobre la realidad natural y geográfica española, entre los que se cuentan las características climáticas de España, su acusada sequedad y su intensa aridez.

Ningún país de Europa –afirma Humboldt– presenta una configuración tan singular como la de España; y esta forma explica la aridez del suelo en el interior de las Castillas, donde no faltan sin embargo los ríos, y la diferencia de temperatura que observamos entre Madrid y Nápoles, dos ciudades situadas casi a la misma latitud (Humboldt 1827: 2-3).

Poco después, en el mismo texto, insiste Humboldt (1827: 3) en esa singularidad: “El interior de España –escribe– es una meseta; y, entre las mesetas de Europa que ocupan una gran extensión de terreno, es la más elevada”. Y en una de las cartas que envió durante su recorrido por España, escrita en Aranjuez, en abril de 1799, hablaba también de manera muy expresiva de los contrastes internos del territorio y de la importancia de la meseta central:

En el país entre Castellón de la Plana y Valencia, la agricultura y la jardinería no han sido sobrepasadas posiblemente en toda Europa. Pero quince leguas más lejos, hacia el interior del país, todo es desierto. Ese interior es la cumbre de una montaña, que permaneció 2.000 a 3.000 pies sobre el nivel del mar, cuando el Mediterráneo se tragó todo. La España debe su existencia a esa altura, pero también le debe (salvo las costas), su sequedad, y en parte su frío (Humboldt 1980: 8).

La visión geográfica de España ofrecida por Humboldt plantea así, en términos naturalistas, de geografía física, tres aspectos fundamentales. El primero de ellos es la existencia de importantes contrastes internos o regionales, y, en particular, entre el centro (la meseta) y la periferia (las franjas costeras). A ello se añade el que se refiere a la cercanía natural de España y África, manifestada en la presencia en ciertos ámbitos periféricos españoles de rasgos botánicos iguales a los africanos. Esta conexión natural, a menudo extrapolada a otros rasgos, constituirá desde entonces una idea habitual en otras muchas imágenes literarias y geográficas de España, y será finalmente discutida por Manuel de Terán, en los años cincuenta del siglo XX, al aplicar en su interpretación criterios geográficos e históricos más amplios que los meramente físicos o naturalistas. Y, por último, el tercero de estos aspectos es la importancia de la meseta central o castellana como fac-

tor causante de los rasgos más importantes y singulares de la configuración natural de España. La aportación de Humboldt en esta dirección fue particularmente interesante y valiosa, y no es exagerado decir, siguiendo a Luis Solé Sabarís (1966: 16-19), que supuso un verdadero “descubrimiento” de la meseta española.

Humboldt ofreció de ese modo una visión geográfica moderna de España, en la que quedaban debidamente destacadas las claves de su conformación natural. Moviéndose en un horizonte naturalista, en las coordenadas de la geografía física, lo que hizo fue interpretar, con criterios actualizados, la realidad física o natural del territorio español. Señaló las notas geográficamente más sobresalientes de esa realidad, que se concretaban sobre todo en la importancia de la meseta y de los contrastes internos existentes en el conjunto territorial. Y a todo ello se añadieron sus consideraciones canarias, en las que se refirió también a la caracterización natural de aquel ámbito volcánico y ofreció al tiempo una visión geográficamente moderna de su paisaje, aunando la mirada científica y la estética, la intención explicativa y la comprensiva.

La visión de la caracterización geográfica de España ofrecida por Humboldt a principios del siglo XIX influyó en otras visiones de esa misma realidad que se sucedieron después. Muchos de los escritores románticos que viajaron por España fueron sensibles a esa influencia, y no es difícil encontrar en sus relatos viajeros la huella de la imagen geográfica conformada por Humboldt. Con esa imagen se corresponden, por ejemplo, las consideraciones sobre los contrastes regionales internos de España que esos escritores plantean con frecuencia, o algunos de sus comentarios sobre los rasgos naturales de la meseta castellana. Los escritores románticos que recorrieron España se mostraron en ocasiones doblemente influidos por Humboldt. En primer lugar, en términos generales, por su modo de entender y valorar el paisaje, expresado ya con claridad en algunas de sus primeras obras —principalmente, en los *Cuadros de la Naturaleza*, libro publicado por vez primera en 1808 y que supuso una especie de manifiesto fundacional del paisajismo geográfico moderno,¹ y en las ya mencionadas

1 La primera edición alemana de los *Ansichten der Natur*, de 1808, se vio después considerablemente aumentada por el autor en su tercera y definitiva edición, publicada en 1849. La traducción francesa de esta tercera edición, realizada por Galuski y aprobada por el propio Humboldt, se publicó en París en 1866 (véase

Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América, de 1810—, que ejerció una notable influencia sobre todo el paisajismo decimonónico. Y, en segundo lugar, de manera más concreta, por su forma de interpretar la caracterización geográfica de España, señalando, entre otras cosas, el importante papel jugado en esa caracterización por la meseta central o castellana y por los contrastes regionales internos.

A lo largo de la primera mitad del siglo XIX, fueron numerosos los viajeros románticos que recorrieron la Península Ibérica y dieron cuenta de sus impresiones a través de sus escritos o de sus dibujos, grabados y pinturas. Muchos de ellos lo hicieron después de aparecer, en 1808, la “Noticia sobre la configuración del suelo de España y su clima”, y en ocasiones cabe distinguir en sus imágenes, como acabamos de decir, ecos del horizonte paisajístico y geográfico de Humboldt. Tales viajeros desempeñaron un papel importante en el descubrimiento moderno del paisaje de España. Fueron los principales protagonistas del primer momento de la conformación de la imagen moderna del paisaje español (Ortega Cantero 1999).

El romanticismo inició, como es sabido, la tradición paisajística moderna. Fue el punto de vista romántico el que vertebró la renovada manera de percibir y valorar el paisaje que se desarrolló en la cultura europea —no sólo en términos literarios y pictóricos, sino también en términos naturalistas y geográficos— desde la segunda mitad del siglo XVIII. Y ese nuevo punto de vista, de signo romántico, se aplicó también, a lo largo de la primera mitad del siglo XIX, al paisaje español. Así surgió la imagen romántica del paisaje de España, en cuya formación participaron sobre todo los viajeros extranjeros que recorrieron en esos años el país y dejaron plasmadas sus impresiones, y, junto a ellos, algunos autores españoles —no muchos— que se mostraron sensibles a los nuevos vientos paisajísticos de la cultura europea. Los libros de viajes debidos a los primeros desempeñaron un papel destacado en el descubrimiento moderno del paisaje español.

La corriente de viajeros extranjeros que recorrió España en la primera mitad del siglo XIX fue abundante. Uno de los primeros en

Humboldt 1990). En España, apareció también, diez años después, una traducción de esa tercera edición, aunque sin sus dos prólogos (véase Humboldt 1876).

hacerlo fue un gran viajero francés: Alexandre de Laborde, que recorrió España entre 1800 y 1805. Escribió dos obras importantes e influyentes: el *Viaje pintoresco e histórico de España*, publicado en dos tomos entre 1806 y 1820, y el *Itinerario descriptivo de España*, con cinco volúmenes y un atlas, aparecido por vez primera en 1808. En esta obra se incluyó, como dijimos antes, la “Noticia” de Humboldt. Las dos fueron obras de gran envergadura, muy completas y muy bien ilustradas, que tuvieron una gran influencia en España y fuera de España. Fueron una aportación fundamental a la imagen moderna de España, apoyada además en la interpretación naturalista y geográfica de Humboldt.

La Guerra de la Independencia contribuyó a despertar y ampliar el interés por lo español. Algunos militares o agentes ingleses y franceses compaginaron entonces la dedicación bélica y el ejercicio de la curiosidad viajera. Junto a las memorias de diversos combatientes, se escribieron algunos libros de viajes en los que asomaron los renovados ingredientes del horizonte romántico. Así ocurre, por ejemplo, con las interesantes *Vistas de España* en las que Edward Hawke Locker dio cuenta gráfica y literaria de los recorridos que pudo hacer, en el otoño de 1813, al tiempo que cumplía su misión de entregar a Wellington ciertos mensajes confidenciales.

Una vez terminada la Guerra de la Independencia, no decayó el interés por España. Con los años veinte del siglo XIX se inició lo que José Alberich (1981: 33) denominó “la Edad de Oro de la literatura viajera de tema español en lengua inglesa”, que alcanzó sus momentos culminantes, casi mediado el siglo, con los valiosos libros de George Borrow (*La Biblia en España*, 1843) y de Richard Ford (*Manual para viajeros por España y lectores en casa*, 1845). Y fue en los decenios de los años treinta y cuarenta cuando llegó a España la mayor parte de los grandes viajeros franceses, entre cuyos frutos literarios se cuentan obras tan sobresalientes como las *Cartas de España* (1831-1833) de Prosper Mérimée, *Un invierno en Mallorca* (1842), de George Sand, el *Viaje por España* (1845) de Théophile Gautier, *Mis vacaciones en España* (1846), de Edgar Quinet, el *Viaje por España* (1847-1848) de Alexandre Dumas, o *Los Pirineos* de Victor Hugo, obra póstuma, de 1890, que recoge las impresiones del viaje realizado por su autor en el verano de 1843.

Entre los libros de viajes más significativos se encuentran, sin duda, los del inglés Richard Ford (1796-1858), que estuvo en España entre 1830 y 1833. Su obra más conocida fue el *Manual para viajeros por España y lectores en casa*, de 1845, y un año después, en 1846, publicó *Las cosas de España*. Este segundo libro fue editado en español en 1922 por Alberto Jiménez Fraud en su Colección Abeja, traducido y prologado por Enrique de Mesa. El otro libro de Ford, el *Manual para viajeros por España y lectores en casa*, fue uno de los más importantes e influyentes de su género. Era una fuente de información bastante completa y perspicaz, y no exenta de sentido crítico. Azorín (1911) afirmó que la observación de Ford había sido “aguda, reflexiva”, y que su *Manual* era “uno de los mejores libros que poseemos sobre España”. También Francisco Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza supieron apreciar el valor del *Manual* de Ford, que utilizaron con frecuencia en sus excursiones artísticas, y que fue corregido, subsanando errores e insuficiencias, por Juan Facundo Riaño, experto en cuestiones artísticas y colaborador de la Institución desde sus inicios (Ortega Cantero 2004b).

Los viajeros románticos plantearon numerosas consideraciones sobre los modos de vida, los tipos humanos, las costumbres y las formas de organización social de España, y esas consideraciones se hallaron en ocasiones bastante condicionadas, como señaló con razón Alberich (1987), por ciertas ideas y creencias previas, por determinados prejuicios. Pero, al tiempo, los viajeros románticos ofrecieron también numerosas imágenes del paisaje que fueron encontrando en su recorrido, y, en este terreno, en el terreno paisajístico, sus impresiones y sus juicios solían ser más directos y originales, no estaban mediatizados por interpretaciones o visiones preconcebidas. A la hora de enfrentarse al paisaje de España, los viajeros románticos no podían apoyarse en estereotipos acuñados con anterioridad. A diferencia de lo que ocurría con los aspectos históricos, sociales o políticos, que contaban con precedentes interpretativos, a menudo literarios, susceptibles de ser utilizados, el paisaje, concebido en términos modernos, era una realidad nueva, una realidad de ascendencia romántica, con nuevos valores y significados, que demandaba, para ser debidamente entendido, actitudes y perspectivas igualmente nuevas. De ese modo, con esas actitudes y perspectivas de nuevo cuño, los viajeros que anduvieron por

España en la primera mitad del siglo XIX contribuyeron al descubrimiento moderno de su paisaje.

Esos viajeros incorporaron fielmente las claves y las preferencias de la visión romántica del paisaje, compartidas, desde principios del XIX, por el paisajismo geográfico promovido por Humboldt. En los relatos de los viajeros, se mostraron con claridad, en primer lugar, las claves de ese paisajismo moderno. Ante todo, la idea de que el paisaje es una entidad unitaria, la resultante de un conjunto de componentes relacionados entre sí. Para los viajeros románticos, el paisaje expresa el orden de la naturaleza, un orden que resulta del conjunto de nexos y correspondencias que unen entre sí las diferentes partes de la naturaleza. En este sentido, los viajeros románticos ofrecieron múltiples imágenes del paisaje español en las que se señaló la presencia simultánea de sus diversos componentes y el resultado conjunto de sus relaciones. Hablando del ámbito montañoso de las proximidades de Irún, en el País Vasco, advierte Gautier, por ejemplo, lo que sigue:

El paisaje era encantador, quizá un poco suizo, y de muy variado aspecto. Crestones de montañas, por cuyos intersticios se divisaban otras cadenas más elevadas, se redondeaban a los lados del camino; sus laderas, abigarradas de cultivos diferentes, con bosques de robles verdes, formaban un vigoroso contraste con las cimas lejanas y esfumadas; los pueblecillos con sus tejas rojas se extendían al pie de las montañas entre macizos de árboles [...]. Torrentes, caprichosos como mujeres, van y vienen formando pequeñas cascadas, se bifurcan, vuelven a unirse, a través de rocas y guijarros, de la manera más divertida, y sirven de pretexto a multitud de puentes de lo más pintoresco del mundo. [...] Macizos de árboles y grupos de encinas realzan felizmente las grandes líneas y los tintes vaporosamente severos de las montañas (Gautier 1920, I: 36-37).

También incorporan los viajeros románticos la idea de que existen relaciones estrechas y duraderas entre el paisaje y los hombres que lo habitan. Están convencidos de que los grupos humanos y los paisajes son solidarios, de que entre unos y otros se establecen lazos de unión sumamente importantes. La caracterización de los ámbitos castellanos y manchegos expresa al tiempo, según Richard Ford (1982: 199), “la condición física” de esas tierras y “las cualidades morales” de quienes las habitan:

La ausencia general de árboles —añade Ford— expone estas amplias y descubiertas llanuras a la rabia y violencia de los elementos; casas de adobe sumamente pobres, esparcidas aquí y allí en la extensión desolada, dan

un lamentable refugio a la población, pobre, orgullosa e ignorante (Ford 1982: 200).

Y Edgar Quinet habla también, ante el paisaje de La Mancha, de esas mismas correspondencias:

A lo lejos, la tierra se asemeja al campesino español. Desnuda como él, se exhibe al sol en su capa agujereada de cizaña. Es silenciosa como él: ni un canto de pájaro, ni un murmullo de arroyuelos, ni de follaje. Sobria como él, sólo el rocío la fertiliza. Independiente como él, ni hoyos, ni empalizadas: la igualdad está grabada en su faz. Como el campesino no reconoce más que la soberanía de Dios, la tierra no se inclina más que a los pies de las rocas eternas de Sierra Morena (Quinet 1931: 99).

La visión de los paisajes españoles que proporcionaron los viajeros de la primera mitad del siglo XIX se atuvo también con claridad a los gustos y preferencias del horizonte romántico. De acuerdo con los cánones alpinos y nórdicos que presiden esos gustos y preferencias, los viajeros románticos mostraron, a la hora de dar cuenta de los paisajes naturales españoles, una marcada predilección hacia los ámbitos montañosos y boscosos y una no menos marcada animadversión hacia los ámbitos llanos. Las mejores imágenes ofrecidas por los viajeros, en este terreno, son las que se refieren a los paisajes españoles de montaña, donde a la presencia del roquedo se añade con frecuencia la de la vegetación. Es lo que sucede, por ejemplo, en numerosos lugares de los Pirineos, donde, en palabras de Ford (1983: 83), "el paisaje es una espléndida mezcla de roca y bosque". Y también se sienten atraídos por los paisajes húmedos y boscosos del Norte peninsular, a menudo conectados, de forma más o menos directa, con formas montañosas próximas.

Los ámbitos de montaña interesaron especialmente a los viajeros románticos, que desplegaron ante ellos las mejores posibilidades de sus nuevos modos de ver, sentir y pensar el paisaje. Su visión de las montañas españolas —de los Pirineos o de Sierra Morena, de la Sierra de Guadarrama o de Sierra Nevada, por ejemplo— constituye, sin duda, uno de los logros mayores y más valiosos de su perspectiva paisajística. Aplicando los nuevos puntos de vista del paisajismo moderno, de cuño romántico, los viajeros supieron descubrir las cualidades y los valores de los paisajes españoles de montaña, y las imágenes que ofrecieron de ellos constituyeron el punto de partida de todo el acerca-

miento posterior –cultural, naturalista y geográfico– a esos mismos ámbitos.

A diferencia de lo que ocurre con los paisajes de montaña, los de las llanuras apenas interesaron a los viajeros románticos. El paisaje del interior de España, el amplio ámbito llano de la meseta, no tenía alicientes para el paisajismo romántico. Yendo desde Madrid hacia Toledo, Gautier (1920, I: 197) habla, por ejemplo, de “un camino detestable, en una llanura inmensa, polvorienta, cubierta de trigos y de cebadas, cuyo amarillo pálido contribuye a la monotonía del paisaje”. Ford (1980: 328) se refiere a las desagradables sensaciones que experimentan los viajeros al atravesar las llanuras de La Mancha, “fatigados por perspectivas de miseria inmutable y por una falta total de cualquier cosa de interés, tanto en el hombre como en sus obras, o en la naturaleza de que se ven rodeados”. Y habla también Ford (1983: 87) de “las regiones desnudas de Castilla la Vieja”, donde lo mejor que puede hacer el viajero es “salir de nuevo de ellas lo más rápidamente que le sea posible”. Los viajeros románticos no se sintieron atraídos por el paisaje castellano, que hubo de esperar algunos años, hasta el último tercio del siglo, para lograr el reconocimiento de sus cualidades y valores.

La nueva perspectiva paisajística de los viajeros románticos no se limitó a considerar los ámbitos de carácter predominantemente natural. También se fijó en los paisajes más humanizados, y, dentro de ellos, prestó atención a los de índole urbana. Los viajeros románticos mostraron, en este caso, preferencias igualmente claras: apenas les interesaron las aglomeraciones modernas, con sus secuelas de uniformidad y monotonía, frecuentes en sus países de origen, y se sintieron atraídos por las ciudades que todavía mantenían caracterizaciones más originales, sugerentes y pintorescas. Los viajeros románticos prefieren las ciudades españolas de más acusada personalidad, aquellas que, por variadas razones, conservan viva la impronta de su singularidad. El ámbito que, en este sentido, acaparó la mayor parte de su atención fue Andalucía (López Ontiveros 1988). Junto a la habitual consideración de otros núcleos urbanos también atractivos, como Toledo, con su densa historia y su tinte legendario, o Aranjuez, con sus bellos y sugerentes jardines, los viajeros románticos concentraron sus puntos de vista sobre el paisaje urbano en las ciudades andaluzas. “Sevilla, Cór-

doba, Ronda y Granada –escribió Ford (1980: 17)– cada una a su manera peculiar, no tienen rival ni en España ni en Europa”.

Las imágenes del paisaje urbano contenidas en los relatos de los viajeros románticos aciertan a destacar algunos de sus rasgos más significativos y valiosos. Tales imágenes, apoyadas también en los criterios valorativos del paisajismo moderno inaugurado por el romanticismo, tienen la virtud de llamar la atención sobre los componentes cualitativamente más apreciables de la ciudad, y resaltar su importancia en la conformación y en la habitabilidad del conjunto urbano. Los viajeros románticos prestaron atención, por ejemplo, a los trazados urbanos tradicionales, y advirtieron su alto grado de adecuación respecto de las condiciones climáticas existentes, elogiaron la función de los patios de las casas, elementos primordiales y sabiamente concebidos para mejorar la calidad de la vida urbana en ámbitos cálidos, e insistieron en la importancia que adquieren la vegetación, los jardines y los lugares de paseo en la caracterización de las ciudades y en las vivencias y relaciones de sus habitantes. Todo ello se conjuga con particular claridad en las imágenes del paisaje urbano andaluz que ofrecen los relatos de los viajeros románticos. Y tales imágenes constituyen otra de las aportaciones más originales e interesantes del paisajismo moderno que esos viajeros comenzaron a practicar.

Los relatos de los viajeros que recorrieron España durante la primera mitad del siglo XIX ofrecieron, en suma, imágenes interesantes y valiosas del paisaje de España, porque en ellas se expresan con fidelidad los nuevos modos de percibirlo y valorarlo que caracterizan nuestra modernidad. Contribuyeron así de manera destacada a definir el primer eslabón, el momento inicial, del descubrimiento moderno del paisaje español. Además, como señalamos antes, la visión romántica del paisaje de España entrañó claves y preferencias también presentes en el paisajismo geográfico coetáneo. De ahí que la nueva manera de entender los paisajes españoles promovida por los viajeros románticos anticipase algunos de los rasgos de la visión de esos mismos paisajes conformada después por los enfoques geográficos modernos. Antes de que comenzaran a arraigar en España, en el último tercio del siglo XIX, los puntos de vista de la geografía moderna, los viajeros románticos aportaron un modo de entender el paisaje que adelantaba ciertos rasgos de esa perspectiva geográfica posterior.

Después de la interpretación propuesta por Humboldt, y al tiempo que se fueron dando a conocer las obras de los viajeros románticos que acabamos de comentar, aparecieron algunas otras visiones geográficas de España que contribuyeron a prolongar las consideraciones del primero. Conviene recordar, entre ellas, las del geógrafo, naturalista y cartógrafo francés Jean-Baptiste Bory de Saint-Vincent (1780-1846), y las del naturalista alemán Heinrich Moritz Willkomm (1821-1895).

El primero, Bory de Saint-Vincent, que llegó a España con las tropas napoleónicas, publicó una notable *Guía del viajero en España* (1823), un valioso *Resumen geográfico de la Península Ibérica*, de 1826, y una “Visión de conjunto de la geografía física de España”, que se incluyó en la tercera edición del *Itinerario descriptivo de España*, de Alexandre de Laborde, de 1827. De modo que el *Itinerario* de Laborde incluyó así, a partir de esa tercera edición, junto a la “Noticia sobre la configuración del suelo de España y su clima”, de Humboldt, recogida ya en la primera edición, los dos perfiles topográficos del mismo Humboldt y la “Visión de conjunto de la geografía física de España”, de Bory de Saint-Vincent. El contenido geográfico del libro de Laborde, notable ya en su primera edición, se vio así enriquecido, desde la tercera, veinte años después, con los perfiles de Humboldt y la interpretación de Bory.

La obra de tema español de Bory es valiosa desde el punto de vista geográfico y cartográfico, como han señalado en uno de sus estudios Juan Carlos Castañón Álvarez/Francisco Quirós Linares (2004), y ofrece además algunas imágenes paisajísticas inequívocamente modernas. Azorín (1913: 270-271) advirtió que su *Guía del viajero en España*, sin ser una obra literaria, tenía ya interesantes impresiones paisajísticas o, como dice Azorín, “rasguños de paisajes”. Algunos de esos rasguños de paisajes se encuentran en la descripción que hace Bory del paso de Napoleón por la Sierra de Guadarrama, haciendo frente a “un durísimo temporal”, en la que percibe Azorín una íntima y profunda relación entre la energía desplegada en el trance por el emperador y el panorama del Guadarrama, con sus “peñas y canchales grandiosos, severos, casi negros en este día tormentoso”.

Por su parte, el segundo de los autores mencionados, el naturalista alemán Willkomm, llevó a cabo importantes investigaciones sobre la caracterización orográfica y botánica de la Península Ibérica, y publicó, en 1852, su tesis doctoral sobre Las regiones de costa y de estepa

de la Península Ibérica y su vegetación, y al año siguiente, en 1853, un interesante “Bosquejo orográfico de la Península Ibérica”, que apareció en el *Boletín Oficial del Ministerio de Fomento*.

Pero la visión geográfica de España posterior a la de Humboldt más completa, importante e influyente fue la ofrecida por el geógrafo francés Élisée Reclus (1830-1905) en el primer volumen de su *Nueva Geografía Universal*, publicado en 1876 (Ortega Cantero/García Álvarez 2006). A la hora de elaborar el capítulo sobre España de esa *Nueva Geografía Universal*, Reclus utilizó como fuentes aquellas obras que proporcionaban algunos datos y algunas interpretaciones sobre la realidad natural y geográfica española. Un primer grupo de tales fuentes fue el constituido por los libros de viajes, sobre todo los de la primera mitad del siglo XIX, que Reclus tuvo muy en cuenta a lo largo de las páginas dedicadas a España. Se refiere en varias ocasiones a los viajeros que habían recorrido el país y a sus observaciones y valoraciones sobre la naturaleza y los paisajes que iban viendo. El texto de Reclus se apoya continuamente en las consideraciones de los viajeros que le habían precedido, y sigue en ocasiones de forma casi literal lo que habían dicho algunos de ellos. Los testimonios de esos viajeros –los franceses Bourgoing, Laborde, George Sand, Gautier, Quinet o Davillier, o el inglés Ford–, muy presentes, de forma más o menos explícita, a lo largo de todo el texto, ayudaron a Reclus a acercarse a la realidad natural y geográfica de España.

También utilizó Reclus como fuentes otras obras. En el terreno científico, además de las consideraciones de Humboldt, tuvo en cuenta los estudios de Bory de Saint-Vincent y de Willkomm, que fundamentaron en buena medida su visión de los rasgos naturales y geográficos de España. Y prestó atención asimismo a los datos proporcionados algunos geógrafos y naturalistas españoles, como Francisco Coello, Francisco Luxán y Agustín Pascual. Finalmente, a las fuentes literarias y científicas se añadieron otras, de variada índole, debidas a autores como Wilhelm von Humboldt, estudioso de la lengua vasca, el Archiduque Luis Salvador, con su obra monumental sobre las Baleares, o el político y propagandista socialista Fernando Garrido, de quien le interesaron especialmente sus ideas federalistas.

Ésas son las coordenadas en las que se mueve el texto sobre España de la *Nueva Geografía Universal* de Reclus. Hay en ese texto continuidades evidentes respecto de las obras anteriores que se han men-

cionado. Reclus es deudor, en el terreno literario, de la perspectiva conformada por los libros de viajes, y lo es también, en el campo científico, de los puntos de vista que habían propuesto algunos años antes los geógrafos y naturalistas, españoles y extranjeros, que acabamos de mencionar. La óptica naturalista y geográfica que aplica Reclus a España se apoya en las noticias e interpretaciones de esos científicos, en ocasiones algo anacrónicas ya a mediados de los años setenta, cuando aparece el texto de Reclus, que no tuvo ocasión de incorporar otras perspectivas más actualizadas, como, por ejemplo, las muy renovadas visiones de la organización y de la evolución geológica y geomorfológica de la Península Ibérica que comenzaron a conformar, en esos mismos años setenta, los primeros geólogos españoles modernos (José Macpherson, Salvador Calderón y Francisco Quiroga), introduciendo y desarrollando en España las perspectivas teóricas y los modos de trabajo de la investigación foránea entonces más avanzada.

La visión geográfica de España ofrecida por Reclus aportó, en relación con la propuesta antes por Humboldt, algunas novedades significativas, que se pueden resumir del siguiente modo:

1. En primer lugar, la visión de España ofrecida por Reclus no se ciñó a una óptica naturalista, de geografía física, sino que incorporó además las dimensiones de la geografía humana, incluyendo las consideraciones de índole histórica y nacional directamente conectadas con ella.
2. En segundo lugar, la visión de Reclus aunó los dos grandes legados de la geografía moderna: por una parte, el legado del paisajismo geográfico de Humboldt, su modo característico de entender el paisaje, aunando la razón y el sentimiento, la ciencia y el arte, la explicación y la comprensión; y, por otra parte, el legado de Ritter, con sus ideas sobre las conexiones entre las condiciones naturales y geográficas de los territorios y los desarrollos históricos producidos en ellos. Reclus fue discípulo de Ritter en la Universidad de Berlín, tradujo en 1859 al francés uno de sus textos más significativos —“Sobre la configuración de los continentes en la superficie del globo y su función en la historia”, de 1850—, e incorporó plenamente su idea de que la historia es inseparable de las condiciones geográficas y naturales en las que se desenvuelve.

3. Y, en tercer lugar, Reclus, en consonancia con su horizonte anarquista, aportó a su visión de España un notable sentido crítico, desde el punto de vista histórico y social, y ello contribuyó a que esa visión geográfica fuese bien recibida y consecuentemente incorporada por los círculos reformistas y regeneracionistas españoles.

Desde el punto de vista paisajístico, que es el que nos interesa tener aquí en cuenta, lo que hizo Reclus fue introducir un modo de entender el paisaje y de representarlo —literaria y gráficamente— que aplicaba y prolongaba con acierto, por vez primera en el caso de España, la perspectiva del paisajismo geográfico moderno promovida por Humboldt. Precisamente por eso, la obra de Reclus ocupa un lugar destacado en el descubrimiento moderno del paisaje de España. Reclus ofreció en 1876 la primera visión del paisaje español inspirada en los postulados del paisajismo geográfico moderno de cuño humboldtiano. Reclus modificó de ese modo los términos de la visión anterior del paisaje de España: lo que había sido hasta entonces, con los escritores y pintores románticos, una visión predominantemente estética, pasa ahora, con Reclus, a ser una visión más geográfica, más próxima a Humboldt, en la que se busca una relación más equilibrada entre la dimensión estética, que no desaparece, y la dimensión científica. Reclus fue el primero en dar ese paso respecto del paisaje español, abriendo así en España el camino del paisajismo geográfico moderno.

Como buen geógrafo moderno, Reclus considera que los paisajes están relacionados con la historia y con la identidad colectiva o nacional de los pueblos que habitan en ellos. La identidad de los pueblos, su caracterización colectiva, se expresa, por tanto, en el paisaje. Esa correspondencia entre paisaje e identidad se deja ver en distintas ocasiones en el texto sobre España de la *Nueva Geografía Universal*, y un buen ejemplo de ello es lo que allí se dice sobre Castilla. La visión del paisaje castellano que propone Reclus supone, como en otros casos, una cierta sustitución de la imagen romántica anterior por otra más geográfica, y supone además la afirmación de una serie de valores y cualidades, directamente relacionados con su caracterización natural, que hacen de ese ámbito la mejor expresión de la historia y de la identidad nacional de España. Reclus se distancia así de los juicios estéticos muy adversos que los románticos dedicaron a Castilla, y traza de

ella una imagen que expresa certeramente su caracterización geográfica y su fisonomía paisajística, y que prefigura en gran medida imágenes posteriores de ese mismo ámbito, como las procedentes de la Institución Libre de Enseñanza o, en relación con ellas, de la generación del 98.

El texto que sigue, procedente de su *Nueva Geografía Universal*, resulta muy elocuente respecto de esa renovada valoración del paisaje de Castilla ofrecida por Reclus, sensiblemente distanciada del anterior menosprecio romántico:

Las Castillas, esta España por excelencia, no son un país bello, o al menos su belleza, solemne y formidable, no resulta adecuada para ser comprendida por la mayoría de los viajeros. Amplias extensiones de la meseta, como la Tierra de Campos, al norte de Valladolid, son antiguos fondos lacustres, con suelo muy fecundo, pero de una extrema monotonía, por la falta de variedad en los cultivos y la ausencia de vegetación forestal; el suelo se muestra allí al desnudo con sus arcillas y sus arenas matizadas en gris, en azul, en rojo claro, en rojo de sangre. Sus caminos, por los que pasan largas hileras de mulas levantando polvaredas, se confunden con los terrenos vecinos (Reclus 1876: 667).

Reclus (1876: 666-667) distinguió la importancia geográfica de la meseta castellana, a la que consideró, como acabamos de ver, la “España por excelencia”, y relacionó esa importancia geográfica con la importancia de Castilla en la historia española. A la extensión y la “posición dominante” de la meseta habría correspondido, según Reclus, el papel histórico y político preponderante de sus habitantes, los castellanos, en el conjunto peninsular. Y, por lo demás, la caracterización natural del paisaje de Castilla se correspondía, según Reclus, con la caracterización moral de los castellanos.

Los habitantes mismos —escribe— se parecen singularmente a la tierra que los sostiene. Las gentes de León y de las Castillas son serias, parcas de palabra, de actitudes majestuosas, sin altibajos de humor; incluso cuando se alegran, se comportan siempre con dignidad (Reclus 1876: 688).

Plantea de esa manera Reclus una imagen de Castilla, de su importancia geográfica e histórica, de su paisaje y de sus habitantes, de su significado identitario, que anticipa algunos de los rasgos del paisajismo castellanista que se desarrollará después, a lo largo de los últimos decenios del siglo XIX y los primeros del XX, en los círculos institucionistas y noventayochistas.

La visión geográfica de España y de su paisaje contenida en la *Nueva Geografía Universal* de Reclus influyó directamente en los círculos intelectuales liberales y reformistas del último cuarto del siglo XIX y el primer tercio del XX. Reclus propuso un modo de entender el paisaje de España –y, dentro de él, el paisaje de Castilla, casi siempre menospreciado con anterioridad– que fue muy bien recibido y muy tenido en cuenta en esos círculos. Así sucedió en la Institución Libre de Enseñanza –tanto en sus actividades educativas como en las investigaciones de sus profesores–, y así sucedió también, un poco después, en los escritores de la denominada generación del '98.

Terminemos estas consideraciones con una brevísima recapitulación final. Hemos hablado de la primera etapa del descubrimiento moderno del paisaje de España, fundamentalmente dependiente de las miradas exteriores. Fue una etapa que se inició con el siglo XIX y que incluyó, junto a las tempranas consideraciones geográficas de Humboldt, un conjunto de visiones románticas del paisaje español que contribuyeron decisivamente a descubrir sus valores estéticos y a acuñar su primera imagen moderna, referida sobre todo a los ámbitos montañosos y boscosos. Poco después, esa etapa se prolongó y concluyó con una renovada visión paisajística que amplió en términos conceptuales y espaciales el alcance del descubrimiento del paisaje de España. Fue la visión del geógrafo Reclus, que incorporó la perspectiva de los viajeros románticos y la enriqueció con los puntos de vista procedentes del paisajismo geográfico moderno inicialmente promovido por Humboldt.

Reclus amplió conceptualmente su visión del paisaje de España aunando la intención científica y la artística, la dimensión explicativa y la comprensiva, y amplió espacialmente esa visión al aplicarla a la valoración de ámbitos que, como los de la llanura castellana, antes habían sido ignorados o menospreciados. Reclus concluyó así la primera etapa del descubrimiento moderno del paisaje de España, ampliando, respecto de los románticos, tanto los puntos de vista aplicados, como los ámbitos geográficos merecedores de valoración paisajística. Y Reclus abrió además la puerta al paisajismo posterior, al paisajismo que se fraguó inicialmente, desde los años ochenta del XIX, en la Institución Libre de Enseñanza, y que luego se prolongó en diversas manifestaciones artísticas, intelectuales y científicas. Porque

después de esta primera etapa, protagonizada ante todo, como hemos visto, por viajeros y geógrafos foráneos, se gestará otra, ya de carácter nacional, conectada desde luego con la anterior, que se desarrollará a lo largo del último cuarto del siglo XIX y el primer tercio del XX, y que estará encabezada por Francisco Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza.

Bibliografía

- Alberich, José María (1981): "En torno a los viajeros ingleses de la época romántica". En: *Imagen romántica de España*. 2 t. Madrid: Ministerio de Cultura, t. 1 (Introducción), pp. 29-36.
- (1987): "Actitudes inglesas ante la Andalucía romántica". En: *La imagen de Andalucía en los viajeros románticos y Homenaje a Gerald Brenan*. Málaga: Diputación Provincial de Málaga, pp. 21-44.
- Azorín (1911): "Guías artísticas de España". En: *ABC*, 24 agosto.
- (1913): "Los franceses y el Guadarrama". En: Azorín: *Clásicos y modernos*. Madrid: Renacimiento, pp. 269-277.
- Bory de Saint-Vincent, Jean-Baptiste (1823): *Guide du voyageur en Espagne*. Paris: Louis Janet.
- (1826): *Résumé géographique de la Péninsule Ibérique*. Paris: Dupont.
- (1827): "Aperçu sur la Géographie physique de l'Espagne". En: Laborde, Alexandre de: *Itinéraire descriptif de l'Espagne*. 6 t. Atlas. Paris: Firmin Didot, t. 1, pp. 16-50.
- Borrow, Jorge (1921): *La Biblia en España*. 3 t. Traducción de Manuel Azaña. Madrid: Jiménez-Fraud.
- Castañón Álvarez, Juan Carlos/Quirós Linares, Francisco (2004): "La contribución de Bory de Saint-Vincent (1778-1846) al conocimiento geográfico de la Península Ibérica. Redescubrimiento de una obra cartográfica y orográfica olvidada". En: *Ería*, 64-65, pp. 177-205.
- Dumas, Alejandro (1929): *De París a Cádiz (Viaje por España)*. 4 t. Traducción de R. Marquina. Madrid: Espasa-Calpe.
- Ford, Richard (1922): *Cosas de España (El país de lo imprevisto)*. 2 t. Traducción y prólogo de Enrique de Mesa. Madrid: Jiménez-Fraud.
- (1980): *Manual para viajeros por Andalucía y lectores en casa. Reino de Sevilla*. Traducción de Jesús Pardo, revisada por Bernardo Fernández. Madrid: Turner.
- (1982): *Manual para viajeros por España y lectores en casa. Observaciones generales*. Traducción de Jesús Pardo, revisada por Bernardo Fernández. Madrid: Turner.
- (1983): *Manual para viajeros por el Reino de Aragón y lectores en casa*. Traducción de Jesús Pardo, revisada por Bernardo Fernández. Madrid: Turner.

- Gautier, Teófilo (1920): *Viaje por España*. 2 t. Traducción de Enrique de Mesa. Madrid: Calpe.
- Hugo, Victor (1987): *Pyrénées* [Voyage de 1843]. En: Hugo, Victor: *Œuvres complètes. Voyages*. Présentation de Claude Gély. Paris: Robert Laffont, pp. 751-893.
- Humboldt, Alexander von (³1827): "Notice sur la configuration du sol de l'Espagne et son climat". En: Laborde, Alexandre de: *Itinéraire descriptif de l'Espagne*. 6 t. Atlas. Paris: Firmin Didot, t. 1, pp. 2-16.
- (1876): *Cuadros de la Naturaleza*. Traducción de Bernardo Giner. Madrid: Imprenta y Librería de Gaspar, Editores.
- (1980): *Cartas americanas*. Compilación, prólogo, notas y cronología de Charles Minguet. Traducción de Marta Traba. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- (1982): *Del Orinoco al Amazonas. Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente*. Traducción de Francisco Payarols, revisada por Augusto Panyella. Barcelona: Labor.
- (1989): *Vues des cordillères et monuments des peuples indigènes de l'Amérique*. Études et introductions de Charles Minguet et Jean-Paul Duviols. Nanterre: Éditions Erasmé.
- (1990): *Tableaux de la Nature*. Traduction de M. Ch. Galuski. Études et introductions de Charles Minguet et Jean-Paul Duviols. Index bibliographique de Philippe Babo. 2 t. Nanterre: Éditions Européennes Erasmé.
- (2002): "Sobre la configuración y el clima de la meseta de la Península Ibérica". Traducción de Sandra Rebok, José María Artola y Ramón Morales, revisada por Miguel Ángel Puig-Samper. En: *Revista de Occidente*, 254-255, pp. 107-125.
- Laborde, Alexandre de (1806-1820): *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*. 2 t. Paris: Pierre Didot.
- (³1808): *Itinéraire descriptif de l'Espagne*. 6 t. Atlas. Paris: Firmin Didot.
- Locker, Edward Hawke (1984): *Vistas de España*. Traducción de José Antonio Zaballenas. Presentación, notas y apéndices de María Dolores Cabra Loredó. Madrid: El Museo Universal.
- López Ontiveros, Antonio (1988): "El paisaje de Andalucía a través de los viajeros románticos: creación y pervivencia del mito andaluz desde una perspectiva geográfica". En: *Viajeros y paisajes*. Madrid: Alianza, pp. 31-65.
- Melón, Amando (1957): "Humboldt en el conocer la España peninsular y canaria". En: *Estudios Geográficos*, XVIII, 67-68, pp. 239-259.
- Mérimée, Prosper (1988): *Viajes a España*. Traducción, prólogo, notas y cronología de Gabino Ramos González. Madrid: Aguilar.
- Ortega Cantero, Nicolás (1999): "Romanticismo, paisaje y Geografía. Los relatos de viajes por España en la primera mitad del siglo XIX". En: *Ería*, 49, pp. 121-128.
- (2004a): "Naturaleza y cultura en la visión geográfica moderna del paisaje". En: Ortega Cantero, Nicolás (ed.): *Naturaleza y cultura del paisaje*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid/Fundación Duques de Soria, pp. 9-35.
- (2004b): "Excursiones y libros de viajes en la Institución Libre de Enseñanza". En: *Andanzas y caminos. Viejos libros de viajes*. Valladolid: Junta de Castilla y León/Ayuntamiento de Valladolid/Caja Duero, pp. 171-195.

- Ortega Cantero, Nicolás/García Álvarez, Jacobo (2006): "La visión de España en la obra de Élisée Reclus: imagen geográfica y proyección política y cultural". En: *Ería*, 69, pp. 35-56.
- Puig-Samper, Miguel Ángel (2005): "Alejandro de Humboldt en la Península Ibérica". En: *Alejandro de Humboldt. Una nueva visión del mundo*. Madrid: Museo Nacional de Ciencias Naturales, pp. 65-73.
- Quinet, Edgar (1931): *Mis vacaciones en España*. Traducción de Manuel Núñez de Arenas. Madrid: La Nave.
- Rebok, Sandra (2005): "La imagen de España creada por Alexander von Humboldt". En: *Revista de Occidente*, 294, pp. 57-75.
- Reclus, Élisée (1876): "L'Espagne". En: Reclus, Élisée: *Nouvelle Géographie Universelle. La Terre et les hommes*. I: *L'Europe méridionale*. Paris: Hachette, pp. 647-915.
- Sand, George (1932): *Un invierno en Mallorca*. Traducción y notas de Pedro Estelrich. Prólogo de Gabriel Alomar. Palma de Mallorca: José Tous Editor.
- Solé Sabarís, Lluís (1966): "Sobre el concepto de meseta española y su descubrimiento". En: *Homenaje al Excmo. Sr. D. Amando Melón y Ruiz de Gordejuela*. Zaragoza: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Willkomm, Heinrich Moritz (1852): *Die Strand- und Steppengebiete der iberischen Halbinsel und deren Vegetation*. Leipzig: F. Fleischer.
- (1853): "Bosquejo orográfico de la Península Ibérica". En: *Boletín Oficial del Ministerio de Fomento*, XIV, pp. 353-378.

Los prismas de la mirada: género

Ana Vicente

As Mulheres Portuguesas vistas por Viajantes Estrangeiros nos Séculos XVIII e XIX

A vida é o que fazemos dela.
As viagens são os viajantes.
O que vemos, não é o que
vemos, senão o que somos.

Fernando Pessoa, *Livro do Desassossego*

1. Introdução

Há muitos anos que me interesse por literatura de viagens e em particular pelas narrativas produzidas por viajantes estrangeiros em Portugal.¹ Talvez isto seja resultado de eu própria ser filha de uma escritora inglesa e de um jornalista português, que mantiveram sempre bem presentes as diversas identidades culturais dos dois países e as pontes possíveis entre formas de estar e de ser.

Na minha infância e juventude, cruzaram-se numerosos estrangeiros que visitavam o nosso país, por períodos mais ou menos longos, por razões de curiosidade ou interesse cultural, social ou político ou outras. Em muitos casos iam beber, na nossa casa do Monte Estoril, opiniões, perspectivas, olhares e informações. Alguns destes visitantes vieram também, eles ou elas, a escrever livros sobre as suas impressões e a referir os meus pais nos agradecimentos.

Acompanhei e guiei, ao longo desse período da minha vida, várias dezenas de estrangeiros, na sua maioria ingleses, quase sempre aos lugares clássicos de que tinham ouvido falar e que exigiam conhecer, tais como os monumentos e as vistas de Sintra, Cascais, Estoril, e os locais emblemáticos de Lisboa. Por vezes, havia tempo e vontade para ir mais longe — à Batalha, a Alcobaça, à Nazaré, a Fátima, ao Portinho da Arrábida. Muitos deles partiam ainda para o norte ou sul,

1 Este texto baseia-se no meu livro *As Mulheres Portuguesas vistas por Viajantes Estrangeiros (Séculos XVIII, XIX, XX)* (2001). Lisboa: Gótica. Contudo acrescente nova bibliografia e um novo relato de viagens que só recentemente foi descoberto (William Pitt).

procurando um conhecimento mais completo do País. Os visitantes estrangeiros buscavam os lugares, as paisagens, a arte, os monumentos, em suma, a estética natural ou construída — muito mais raramente se interessavam pelas pessoas e pelas suas formas de vida.

É mesmo possível encontrar livros de viagens no período coberto por este trabalho, onde parece que Portugal é um espaço não povoado por gentes, tão notória é a sua ausência. A falta de conhecimento da língua afastava e dificultava a comunicação, sem dúvida, mas não deixa de ser muito curioso verificar que é possível escrever sobre um país ignorando completamente a população.

Acresce que minha mãe, Susan Lowndes, é ela própria, juntamente com outra escritora inglesa, Ann Bridge, autora de um livro de viagens sobre Portugal, publicado em 1949, que conheceu sucessivas edições e se tornou um clássico, marcando o final de uma época em que o País ainda não tinha optado pela indústria do turismo de massas (Bridge/Lowndes 1949).

Também há muito que me interesse pelos estudos sobre género, ou seja o estudo que olha para a construção social do ser mulher ou ser homem, pela história das mulheres e pela história do relacionamento entre as mulheres e os homens. Estas histórias, sabemos, mantiveram-se longo tempo na sombra, no silêncio, na invisibilidade, no ocultamento, aguardando pacientemente a respectiva “des-coberta”. Tais temas e perspectivas eram considerados, até muito recentemente, como “não-história” pela historiografia portuguesa dominante, marcada por cânones tradicionais. É evidente que essa “des-coberta” foi iniciada muito mais precocemente em alguns países, mas mesmo assim é surpreendente como este processo se operou em período tão recente.

Alguns pioneiros nesta temática também manifestam essa surpresa. Georges Duby foi um dos primeiros a interrogar-se, numa obra autobiográfica, acerca das limitações do seu próprio olhar:

comment puis-je prétendre porter un jugement global et sérieux sur une population [...] si je néglige d'en observer de près une moitié ? Il est même étrange que j'aie tant tardé à m'inquiéter de l'histoire des femmes (Duby 1991).

Também eu própria ouvi da boca de Jacques le Goff considerações do mesmo tipo, numa conferência que pronunciou em Lisboa, no início dos anos 90.

A minha própria viagem pelos textos e imagens que vou apresentar é também uma viagem subjectiva, pessoal, parcial e apaixonada e, evidentemente, limitada. Não vi tudo, não ouvi tudo, não saboreei tudo, mas apenas o que o meu olhar conseguiu integrar.

Já a pesquisa bibliográfica que empreendi acerca do que poderia ter sido publicado em Portugal especificamente sobre a representação feminina ou a ela se referindo foi parca em resultados. De notar igualmente que não encontrei qualquer estudo centrado no olhar dos estrangeiros sobre as mulheres em Inglaterra, França ou Espanha, mas antes me dei conta de que já existe muita bibliografia inglesa, francesa, norte-americana e espanhola sobre mulheres viajantes daqueles ou de outros países, para destinos outros (Birkett 2004; Gallego Durán/Navarro Domínguez 2007; Hodgson 2002; Lapeyre 2007; Morató 2007).

Quando iniciei o levantamento do corpus propriamente dito, que seria objecto da minha investigação, compreendi ser este muitíssimo mais vasto do que é do conhecimento geral. O ponto de partida foi a livraria Duarte de Sousa. Trata-se de um notabilíssimo acervo bibliográfico reunido por António Alberto Marinho Duarte de Sousa, ao longo dos anos trinta e quarenta do século XX, mas sobretudo nos três últimos anos da guerra, totalizando cerca de 2500 obras, das quais figuram no catálogo 375 do século XVIII e 809 volumes do século XIX.

As obras analisadas foram escritas por viajantes ingleses, na sua maioria, mas também por franceses ou espanhóis e, ocasionalmente, por autores de outras nacionalidades, nestes casos traduzidas para inglês, francês ou português.

É evidente que continuam-se a encontrar em arquivos, bibliotecas ou em colecções privadas, narrativas de viagens até ao momento desconhecidas. Apesar do seu interesse, no que à minha análise diz respeito, é de duvidar que estas possam trazer alterações significativas. Para além destes, haverá contudo outros *corpus* que podem ser analisados do ponto de vista da teoria ou da história da viagem, como seja a imprensa diária ou periódica. Só em tempos recentes, com o acesso informático rápido e acessível a bancos de dados, é que é possível empreender estas análises. Igualmente, os blogues que abordam a viagem também poderão ser objecto de estudo. Também tem merecido algum interesse as narrativas de viagem totalmente falsas, escritas por pessoas que nunca se deslocaram ao país que descrevem.

2. Viajantes, Viagens, Narrativas, Imagens

Os relatos que analisei foram produzidos por uma grande diversidade de indivíduos, de ambos os sexos, de várias classes sociais, e desempenhando profissões ou funções muito variadas. Contudo, a grande maioria é de autoria masculina o que, evidentemente, reflecte os distintos papéis sociais atribuídos a um e a outro sexo, nos seus respectivos países, e a forma como umas e outros ocupavam os espaços públicos. Os motivos para a deslocação a Portugal são igualmente muito heterogéneos – alguns deslocam-se por decisão individual, não nos sendo comunicada a génese dessa decisão. Alguns vêm em virtude da sua função ou profissão, outros ainda devido a conflitos bélicos, outros precisamente porque querem escrever uma narrativa da viagem ou buscam a novidade e o exótico. Algumas mulheres vêm para acompanhar os maridos. Diversos procuravam alívio para as suas doenças, pois o clima português tinha fama nesse sentido.

Aqueles e aquelas cujo motivo prioritário era a produção de uma narrativa, ou seja, “escrever” a viagem, surgem sobretudo a partir do século XIX, com o Romantismo. A viagem é um elemento essencial desse movimento e foi naquele século que se popularizou a literatura de viagem, pelo que os e as narradores/as sabiam que a recepção por parte dos leitores e das leitoras seria, em princípio, ávida e o seu número vasto.

O acto de viajar conduzia “à verificação de um mundo” que previamente só se conhecera através da palavra escrita, de fontes orais ou de imagens e por isso o seu imenso fascínio para quem partia e para quem ficava (Lowndes Vicente 2003). Muitos foram, na viragem do século XVIII para o XIX e ao longo deste, os escritores famosos, oriundos dos países mais desenvolvidos, que legaram narrativas acerca de diversas zonas da Europa, do Próximo Oriente e do Norte de África por onde viajaram. Ou seja, estes eram escritores viajantes e não viajantes que escreviam. Anote-se os nomes de William Beckford, Johann Wolfgang von Goethe, George Byron, Stendhal, François-René Chateaubriand, Gérard de Nerval, Robert Louis Stevenson, William Thackeray, Alphonse Lamartine, Robert Southey, Gustave Flaubert, Percy Shelley, Samuel Taylor Coleridge, John Ruskin, George Eliot, Charles Dickens, Prosper Mérimée, George Sand, Théophile Gautier, Robert Browning, Hans Christian Andersen. Contudo, destes, apenas

William Beckford, Lord Byron, Robert Southey e Hans Christian Andersen chegaram àquela periferia da Europa chamada Portugal.

Ou seja, o País não fazia parte da poética do Romantismo, não lhe eram reconhecidos atributos românticos, como era o caso da Itália, da Grécia, da zona dos Alpes e, obviamente, o Oriente em geral. Os viajantes escolheram Portugal por outros motivos, mesmo que, uma vez chegados, possam ter identificado ou etiquetado elementos como sendo “românticos”, nomeadamente ao nível da paisagem. Encontravam o pitoresco, poderiam encontrar o belo, mas não encontravam o sublime, que tanto os transportava noutros pontos da Europa.

O tempo abrangido pelos textos é dilatado — duzentos anos — com rupturas determinantes na história de Portugal, muitas das quais relacionadas com os eventos que foram ocorrendo ou que se foram desenvolvendo noutros países. É o caso do surgimento do Iluminismo, a irrupção da Revolução Francesa, o percurso da Revolução Industrial, o advento dos constitucionalismos, o fim de algumas monarquias, enquanto outras se adaptavam aos novos tempos. Estas rupturas tiveram necessariamente impacto na situação das mulheres em Portugal e no relacionamento entre mulheres e homens. Também por outro lado, a situação das mulheres e o relacionamento de género teve impacto nas referidas rupturas.

Para além de toda a sua heterogeneidade, os narradores aqui apresentados poder-se-ão dividir em dois grandes grupos — aqueles que crêem firmemente que aquilo que relatam é “a realidade” em toda a sua totalidade e certeza e aqueles que têm a percepção da sua própria subjectividade e idiossincrasia.

O grupo de viajantes que busca “a verdade”, e que acredita na “sua verdade” nasceu com a história. Já Ulisses afirmara dizer toda a verdade. Chateaubriand quis mesmo que essa busca fosse um imperativo moral, e prescreveu que

Um viajante é uma espécie de historiador: o seu dever é contar fielmente aquilo que viu ou de que ouviu falar; nada deve inventar mas também nada deve omitir; e, sejam quais forem as suas opiniões particulares, estas nunca o devem cegar ao ponto de calar ou de desvirtuar a verdade (Chateaubriand 1969: 702).

O grupo de viajantes que assume a sua própria subjectividade entende, mesmo que não o explicita, que a representação se forma porque a realidade é apreendida em função da sua própria experiência, da sua

cultura, do seu trajecto individual. Neste sentido, a observação do viajante é sempre uma representação, uma representação espacial dada a multiplicidade dos locais e situações em que o/a viajante se vai encontrar. Uma representação que está também marcada por condições tecnológicas específicas, que se alteraram e transformaram profundamente ao longo do período em análise. Por sua vez a/o viajante que procura “a verdade” não a encontrará jamais, pois, tal como nos recorda Marguerite Yourcenar, a verdade das coisas nunca é exacta, pois sobre elas paira sempre a névoa do desejo. Mas há ainda aqueles que hesitam entre um e outro campo ou que se movimentam entre ambos, pelo que mesmo esta divisória é falaciosa.

Estes e estas viajantes estavam longe das preocupações pós-modernas com a percepção da diferença, da alteridade, da construção social de género, da percepção das “condições de um determinado local” identificadas por Adrienne Rich no início dos anos 80, da desconstrução e do multiculturalismo. Ou seja, as “opiniões avaliativas” destes e destas viajantes reflectem e revertem o olhar sobre si próprios. As suas descrições do universo feminino, seus costumes, traje, formas de trabalho e de lazer, práticas religiosas, normas (acatadas ou não) para o namoro e casamento, constituem aproximações possíveis do que era/é ser mulher desta ou daquela classe social em determinado momento temporal e de como os dois sexos se relacionavam. Está implícita nas narrativas uma tensão entre a subjectividade do “eu” e a pretensa objectividade do “real” — aquelas mulheres foram vistas daquela maneira, são o reflexo no espelho platónico do viajante. Há ainda quem proponha que a narrativa de viagem não é, obviamente, o relato do real mas apenas de um traço deixado pelo real no imaginário do viajante.

Quantos viajantes entenderiam as palavras que Claude Lévi-Strauss utilizou para iniciar a sua narrativa de viagem ao Brasil: “Viajar e viajantes são duas coisas que eu abomino — e no entanto, cá estou eu, pronto a contar a história das minhas expedições” (Lévi-Strauss 1964: 17). O antropólogo adverte, em meados do século XX, que consumimos livros de viagem sem qualquer sentido crítico e ficamos empolgados com os testemunhos de pseudo-viajantes.

Muitos dos viajantes que chegaram a Portugal, fizeram-no com a perspectiva de que viajar é um processo educativo que reverte favoravelmente a favor do viajante, pois alarga-lhe as vistas e o conhecimen-

to. Viajar é uma escolha, surge aparentemente como consequência de uma decisão, de uma vontade. E integra sempre a ideia do regresso ao ponto de partida, um regresso físico mas também um regresso ao mundo do conhecido, que contrastará com a alteridade do outro.

Contudo, uma vez encetada a viagem, os termos de referência podem confundir-se. Os trajectos planeados com a ajuda de um mapa, uma vez traduzidos em percursos sentidos no corpo e no espírito assumem roupagens muito distintas. O acto de montar a cavalo, aguentar os solavancos do coche, enjoar no vapor, ser deslocado dentro de uma carruagem de comboio, ou caminhar a pé, é vivido como uma experiência única e individual, susceptível de todas as leituras. Aliás, o próprio percurso já é uma componente muito importante da viagem.

Sente-se uma inquietação em alguns viajantes, nunca satisfeita, e que Charles Baudelaire exprimiu da seguinte forma: “Parece-me a mim que estaria sempre melhor onde não estou, e esta questão da deslocação é assunto que discuto sem cessar com a minha alma” (Kaplan 1996: 27). Já Jacinta Maria Matos regista que as viagens

sempre serviram como forma de nos situarmos no mundo e de para ele criarmos princípios, meios e fins (ou pontos de partida, de transição e de chegada) que estruturam a nossa existência material e conceptual como seres humanos (Matos 1999: 23).

A viagem também pode ser um pretexto para a fuga, uma resposta às crises existenciais, estando em causa a auto-imagem do narrador. Ou seja, a narrativa de viagem pode ser outra forma de autobiografia. As motivações são variadas e sobrepõem-se: viaja-se para olhar, ver, sentir, escrever, impor-se, empoderar-se, provocar inveja, sentir prazer, sentir mudança, abafar o tédio, matar o tempo.

O viajante parte sempre com uma ideia já preconcebida sobre o objecto da sua viagem, neste caso o país Portugal e com uma multiplicidade de construções acerca das suas gentes e respectivo enquadramento social, político e artístico. Ao ser confrontado com “a realidade” daquilo que “vê” confirma aquilo que já sabia ou fica confuso, pleno de perplexidades e contradições. O viajante mantém-se em permanente estado de observação, tendo a ilusão que consegue manter a distância entre observador e observado. No entanto, ele também não deixa de ser observado pelas gentes da terra, com mais ou menos surpresa ou curiosidade, estabelecendo-se uma interacção, mesmo que nunca haja comunicação linguística entre ambos. E a questão do não

conhecimento da língua é para o viajante de primordial importância, embora sejam raros aqueles que o anotam como uma limitação séria à capacidade de entendimento. A não ser que permaneçam no País durante algum tempo e se esforcem por aprender os rudimentos do português, a grande maioria destes narradores fica em estado de surdez e de mudez face aos nacionais, o que também marcará a sua capacidade de percepção.

O viajante em Portugal quase sempre indica, explicitamente ou não, que é superior aos nativos do lugar onde se processa a viagem. Contudo, inesperadamente, por vezes experimenta angústias e ânsias com as quais não tinha contado. Mas sublinha constantemente a certeza da sua superioridade, cultural, civilizacional, moral. Um viajante manifesta assim a distância que sente em relação aos portugueses: “Eles são exóticos, pitorescos, infantis e até primitivos no seu gosto antiquado por títulos e por se quererem evidenciar.”

Nota-se que há um certo conflito entre as observadas e os observadores. Estas estão enquadradas no seu espaço — físico, temporal e psicológico — no seu espaço quotidiano, enquanto os viajantes estão fora do seu espaço e o seu olhar é também marcado por essa “deslocação” em relação às suas referências. É o olhar que repetidamente afirma que “as mulheres em Portugal vivem de uma forma que já não se usa nos nossos países”. Sobressai que para alguns destes viajantes, as mulheres portuguesas são objecto de múltiplas fantasias, de intenso desejo, de desejo não realizado — ou recorrem às prostitutas ou aquelas “recatadas donzelas”, bem protegidas, estavam completamente fora do seu alcance. As portuguesas constituíam um enigma para os estrangeiros: por serem mulheres e porque eram estrangeiras.

Os viajantes usam e abusam explícita ou subjectivamente da tendência “natural” para a comparação: a grelha que já possuem, que transportam às costas, é a do seu género, do seu meio, do seu país, da sua cultura, da sua experiência e do seu tempo. Transportam uma bagagem mental construída com as leituras realizadas e as conversas havidas antes da partida. O que têm tendência a fazer é “comparar”, é “confrontar” aquilo que vêem ou que julgam estar a ver, com aquilo que já conhecem. O exercício de comparação opera-se também dentro do espaço da viagem — é frequente encontrar comentários do tipo “as mulheres do Norte [de Portugal] apresentam uma tez mais clara do que as do Sul”. O olhar é raramente de aprendizagem, é um olhar de

contestação ou mesmo de recusa. É o olhar que procura sublinhar o diferente, o pitoresco, o exótico, na esperança de que tal venha a chamar a atenção do futuro leitor.

Os viajantes tendem a demarcar um contraste entre o campo e a cidade — ao pitoresco do rural contrapõe-se a miséria e a grosseria da cidade. “Os camponeses eram excelentes”, escrevia Beckford sobre Portugal, integrando-os na paisagem. As camponesas são repetidamente descritas, de Norte a Sul do País, ao longo dos dois séculos, com os seus trajes e a sua força de trabalho.

Viajar significa movimento e, muitas vezes, tal significa que se passa pouco tempo num local e que de seguida se estabelece uma distância em relação a esse local. Contudo, “movimento, tempo e distância são conceitos que são difíceis de separar. Interagem uns com os outros, e assumem significados diferentes, que dependem do viajante” (Lowndes Vicente 2003: 82). Acresce que o viajante que se ausenta por largo período de tempo do seu país, vive com a nostalgia do experimentado, do conhecido, do familiar, do “bom modelo”, dos “bons valores”, a forma correcta de ser e de estar — e que obviamente bule com a forma de estar e de ser do estranho/estrangeiro.

No caso português, repito, desenhava-se um espaço que, visto a partir do Norte da Europa — o centro do mundo, por excelência — se representa como ultraperiférico. A imagem é de um país que não merecia ser europeu, quase em estado selvagem, quase a barbárie, que necessitava da influência positiva da civilização mais avançada. A ideia de que a periferia poderia também marcar o centro não seria sequer equacionada.

Bénédicte Monicat, que estudou os itinerários femininos do século XIX, escreveu que a Espanha e Portugal eram países “intermédios”. A Espanha constituiria uma fronteira, entre

o selvagem e o civilizado, o cristão e o muçulmano, o Norte e o Sul, a Europa e a África, o branco e o negro, o conhecido e o desconhecido, o reino onde também cabiam as mulheres ou só os homens, o racional e o instintivo (Monicat 1996: 16-17).

Quanto a Portugal, a autora considera que era tudo isto, só que de forma mais acentuada, e ainda por cima não apelava aos imaginários dos viajantes com a mesma intensidade que a Espanha.

Por outro lado, a leitura destes textos indica que os viajantes tinham o costume de ler o que já tinha sido produzido sobre Portugal

por outros viajantes e alguns comentam os seus antecessores, concordando, discordando, criticando ou, até, copiando. As suas narrativas estão portanto edificadas sobre sedimentações anteriores, num processo que não deixa de ser de continuidade mesmo que se apresente como diferente, inovador ou em ruptura. Como é sempre o caso, há outros livros contidos nestes livros.

Ao regressar ao seu país, o viajante quer provar que aquilo que conta é verdade e a melhor forma de o provar é escrever, desenhar, pintar ou fotografar a viagem. A forma de a transpor para o local de vida é precisamente através da fixação literária ou iconográfica. Ao escrever, o/a narrador/a torna-se uma autoridade. Ver equivale a conhecer, o que por sua vez autoriza a que se diga. O/a viajante que escreve é sujeito do olhar e sujeito da palavra, e a narrativa sobrepõe estes dois momentos, apesar de, no tempo real, terem estado separados (Wetzel 1992: 17).

Classifica e categoriza com o olhar, a mente, a pena, o pincel, o lápis ou a máquina fotográfica. André Malraux disse que “escrever a viagem é transformar a experiência em consciência”. Acresce que o/a narrador/a deseja que o/a leitor/a seja cúmplice da sua superioridade. Não lhe interessa partilhar o seu olhar com o observado mas sim com o receptor do seu próprio país, que participa da mesma cultura, dos mesmos pressupostos, dos mesmos orgulhos e preconceitos. Mas o observado, a observada, ao transformar-se em leitor/a também se fascina com essas narrativas — indigna-se ou deleita-se — e alimenta a sua memória, individual e colectiva. A mulher viajante, que se inicia na arte da escrita de viagem, saberia que estava a entrar em espaços de afirmação masculinos — estava a transgredir, e isso claramente dá-lhe prazer. Muitas são as narradoras que manifestam exuberância, força, poder.

Assinale-se que, sobretudo nos séculos XVIII e XIX, quando as formas de transferência de informação, quantidade de conhecimento disponível e tempo necessário para a circulação dessa informação eram bem distintas das que predominam no início do século XXI, estas narrativas constituíam uma fonte informativa importante para os governantes e elites dos países dos viajantes. Nessa medida, também contribuíam para as decisões políticas por estes tomadas e para a opinião pública em geral. Aliás, a viagem e a sua narrativa facilitou a circulação das ideologias e também contribuiu para alimentar a sua

construção. Se a narrativa transporta ideologia também a imagem o faz e todo o discurso em torno da narrativa poder-se-á transportar para a iconografia.

No século XIX a viagem vulgarizou-se após a Conferência de Viena ter posto fim aos conflitos europeus em 1815. Foi a partir dessa data que o inglês, a inglesa, em números cada vez mais significativos, oriundos não só da nobreza e da burguesia mas já também das classes laboriosas, partiram para o “Continente”, ou seja, a Europa, com o dinheiro obtido pela revolução industrial. Mas se a Europa era representada como um todo, afinal só alguns países faziam parte desse todo, e Portugal não era um deles. Partiam para França, Alemanha, Suíça, Itália, Grécia e muito mais raramente, Espanha. Cruzavam-se com outros compatriotas que “já lá tinham estado” e, pior, até já tinham escrito o “seu” livro.

O inglês Thomas Cook apercebeu-se deste gosto pela viagem, que atingia camadas sociais inglesas cada vez mais alargadas. Assim, intuiu que se propusesse ao cidadão ou cidadã britânicos a solução de alguns problemas logísticos — transporte da pessoa e da sua bagagem, alojamento, alimentação — o potencial era inesgotável. A primeira viagem que organizou, para fora do país, para um grupo de turistas, como já eram chamados, a partir da etimologia de *tour*, e da inspiração do *Grand Tour*, foi de Londres a Paris, ida e volta, e ocorreu em 1855. Dentro de Inglaterra, em 1841, já tinha organizado uma viagem de ida e volta entre Leicester e Loughborough, de comboio, que foi aproveitada por 570 pessoas, para fazerem a viagem de dez milhas (Kowalewski 1992: 5). A partir daí a empresa prosperou e ainda existe.

Mas a indústria da produção de guias turísticos já o tinha precedido. O seu compatriota John Murray adiantou-se. Naquela mesma data, este famoso editor publicou a 1ª edição do *Handbook for Travelers in Portugal* (1855). Mas já anteriormente tinha publicado guias “práticos” da Alemanha, Holanda, Bélgica, Suíça, Itália, França, Espanha, Rússia, Constantinopla e Grécia. O primeiro país a merecer um destes guias, escrito por ele próprio, foi a Suíça, e foi posto à venda em 1837 (Cotsell 1990: 12). O volume de pormenores fornecido por estes guias era tal que se poderia afirmar que o viajante, com aquela leitura, ficava a saber mais sobre o país do que os seus próprios habi-

tantes, o que seria certamente verdadeiro no caso português (Cotsell 1990: 12).

O guia sobre Portugal não tem autor indicado, mas possui um mapa e um índice toponímico e onomástico e está repleto da tal informação prática e sucinta. Alerta desde logo o turista, como o chama, para o facto de “ele ir ler a descrição de um país que é menos conhecido dos ingleses que qualquer outro país na Europa” (*Handbook for Travellers in Portugal* 1855).

John Murray tinha preocupações literárias e era frequente citar poesia nos seus guias. Conhecendo o apelo popular do viajante romântico por excelência, Lord Byron, que muitos aspiravam imitar, chegou a editar versos do poeta e distribuí-los gratuitamente com os guias. Estes foram enormes sucessos de venda, o que levou W. W. Story, numa obra datada de 1863, *Roba di Roma*, a comentar:

Todos os ingleses [no estrangeiro] carregam com um Murray pela sua informação, e com um Byron pelo seu sentimento, e através deles conseguem descobrir o que devem saber e sentir em todos os passos que dão (Buzard 1991: 19).

Em França, os *Guides Joanne* (do nome do autor Adolphe Joanne) dedicados à Europa começaram a ser publicados com alguma regularidade na segunda metade do século XIX, tendo-se transformado nos *Guides Bleu* a partir de 1910 (Nora 1986). O alemão Karl Baedeker também obteve imenso sucesso com a sua casa editora de guias de viagem que perdurou após a sua morte em 1859. Começavam por ser publicados em alemão mas eram de imediato traduzidos para inglês e francês. A primeira edição do *Spanien und Portugal* é de 1898, a que se sucederam várias edições até aos tempos presentes (García-Romeral Pérez 1999: 32).

De assinalar que nestes guias e aliás em muitos livros de viagens analisados, os habitantes do país estão completamente ausentes e nem as mulheres nem os homens são objecto de qualquer representação. É o tal deserto humano de que mais tarde falaria Roland Barthes, quando se referia ao *Guide Bleu*:

a vida humana de um país desaparece em benefício exclusivo dos seus monumentos. Para o Guide Bleu os homens só existem como “tipos”. De novo encontramos aqui a doença de pensar por essências, que se encontra nos fundamentos de toda a mitologia burguesa sobre o homem (e é por isso que está presente em tanto lado) (Barthes 1973: 74-75).

Assim, apesar da existência destes guias, Portugal, pela sua colocação geográfica e pela sua imagem exterior, foi até ao final do século XIX um local fora da rota e, portanto, susceptível de constituir novidade para os que o buscavam.

Quanto aos aspectos literários, sabe-se que a literatura de viagens não constitui um género literário homogéneo, pois não obedece a quaisquer regras, normas ou classificações. Cada narrador sente a liberdade da invenção quanto à forma e cria o seu conteúdo — a única experiência em comum é a viagem e a marca da palavra do/da viajante é o seu exclusivo. Como género tem sido amada e desconsiderada, repudiada por ofensiva ou mentirosa, desprestigiada por transmitir “impressões” e não “reflexões”. E, no entanto, a literatura de viagens é inesgotável enquanto fonte, enquanto arquivo, enquanto registo. Bem e mal tem servido a múltiplas disciplinas — história, literatura, sociologia, filosofia, antropologia, direito, geografia, etnologia, etc.

3. Século XVIII

3.1 *As mulheres, os viajantes, as representações*

A origem nacional dos narradores escolhidos para este século é sobretudo inglesa, o que terá a ver com o nível cultural e económico dos habitantes de Inglaterra e com a respectiva situação política dominante na Europa.

De realçar ainda a tradição inglesa do *Grand Tour*, que se tornou muito frequente, justamente a partir do século XVIII. Tratava-se de uma viagem que tinha algo de iniciático, empreendida por homens jovens, da alta burguesia ou aristocracia, com destinos sobretudo europeus. Estendia-se por vários meses, ou ultrapassava mesmo o ano, sobressaindo a escolha da França, da Alemanha mas sobretudo da Itália como destino. O jovem era acompanhado por um ou mais preceptores e criados. Esses *tours* eram considerados como um elemento importante de formação emocional e cultural, preparando os viajantes para a vida adulta. Pretendia-se alargar perspectivas, conhecer outras culturas, nem que fosse para reconfirmar a certeza da superioridade britânica. Estes viajantes dedicavam-se a visitar os monumentos e os lugares já consagrados por outros. Alguns mantinham um diário, pintavam aguarelas das paisagens e adquiriam recordações do local ou do país, que muitas vezes constituíam valiosas peças artísticas. Dado que

a viagem era entendida como um processo educativo, o narrador quer partilhar a educação, os conhecimentos, a sabedoria e a experiência adquirida com o/a leitor/a — por isso escreve, é magnânimo, é generoso, afirma o seu poder. A viagem e o discurso que lhe correspondia eram apanágio das classes abastadas inglesas, do sexo masculino, que viviam na expectativa de um futuro de prestígio e influência.

Portugal não se encontrava no itinerário dos ingleses que realizavam o *Grand Tour*. País quase desconhecido, de difícil acesso geográfico, cuja imagem, quando a tinha, era bastante pejorativa — atraso civilizacional, costumes estranhos e exóticos, sem obras literárias, artísticas ou musicais conhecidas no exterior, vivendo sob o domínio da Igreja. Tão ultraperiférico que mais parecia não ser parte da Europa. O autor anónimo de *La galerie agréable du Monde*, sem data, mas que poderemos situar no início do século XVIII, escreve: “Os antigos acreditavam que Portugal era o fim do mundo” (*La Galerie Agréable du Monde* s.d.: 5). País gótico, bárbaro e rude, cuja alteridade confundia e que nem sequer se desejava conhecer. Charles Dumouriez, autor do *État présent du Royaume de Portugal en l’année 1766* (1ª edição de 1775 e 2ª, com rectificações e aditamentos, de 1797) escreveu que

A nação portuguesa é a que menos reconhecimento deve aos viajantes. Todos, com uma só voz, se comprazeram em a desacreditar e a Europa assim informada passou a considerar todo e qualquer português como um selvagem e beócio. O desconhecimento da língua portuguesa, a posição do país no extremo da Europa, o reduzido número de portugueses que viaja, a decadência do Estado, tudo isto concorre para que não haja quem se dê ao trabalho de verificar se é exacto o que se escreveu sobre Portugal (*O Portugal do D. João V* 1989: 35).

Outro autor anónimo escrevia em 1777:

Não se creia que há uma falha natural de actividade no génio dos povos do Sul. Os anais de Portugal contradizem esta afirmação; [...] temos que buscar a causa na natureza do seu governo em vez de atribuir o defeito ao seu clima. Embora pareça estranho, Portugal apresenta-se num completo estado de infância, para não dizer barbárie, entre os estados mais polidos da Europa. Com a perda do seu comércio, perderam o sentido do trabalho, perderam o conhecimento das artes, o exercício da sua razão, e os princípios de políticas sensatas (*Letters from Portugal on the Late and Present State of that Kingdom* 1777: 12).

Os viajantes sentem simultaneamente repulsa e atracção pela população portuguesa — repulsa porque os portugueses são vistos como

intrinsecamente diferentes e atracção porque lhes permite não só convencerem-se da sua superioridade como porque essa população justifica uma narrativa que confere importância e prestígio ao seu autor.

Alguns viajantes dão-se conta de uma característica ainda hoje presente no comportamento colectivo português: o medo da novidade, o receio da inovação. É por este motivo que Gorani não encontra a vacina contra as bexigas e é por este motivo que, um século mais tarde, a francesa Amélia, casada com o Rei D. Carlos, é criticada por querer introduzir a vacinação infantil.

Nos excertos apresentados para o século XVIII, são os relatos de casos vividos ou testemunhados que se tornam particularmente interessantes e apelativos para o/a leitor/a, pois fogem da generalização e ganham em autenticidade. É o caso do assassinio de um pretenso amante, que ocorreu na vizinhança do narrador (John Stevens), ou da partida pregada pelas freiras ao oficial de justiça, apelidado de Bacalhau (Merveilleux). Também este autor inclui a descrição do processo de um casamento de uma rapariga contra a vontade de seus pais que serviria a uma empolgante cena de telenovela, assim como a descrição de uma cena violenta em que o marido pregou a mulher ao chão com um grande prego, devido a leves suspeitas de atentado à sua honra. Também Ruders tem vivos retratos de violências praticadas contra as mulheres. Ficou igualmente célebre a atribulada cena do encontro de Gorani com a prostituta, a que se seguiu uma fuga da armadilha montada para o assaltar. Quase nu, saltando entre as imundícies, os cães vadios e as ruínas de uma Lisboa pós-terramoto conseguiu chegar, a custo, à sua residência.

Foi necessária a tragédia do terramoto de 1755 para dar ao País alguma projecção. O tormentoso acontecimento incendiou a imaginação de muitos estrangeiros que a ele se referiram, mesmo sem jamais nos terem visitado (Kendrick 1956). Ao terramoto, ou seja, às suas consequências sociais e económicas, é até atribuída alguma influência na maior liberdade adquirida pelas mulheres.

O viajante estrangeiro em Portugal no século XVIII que se dá ao mister de relatar a sua viagem, conserva de si próprio uma imagem de importância e de relevo. Poderá ser um aventureiro, um pacato curioso, um político, um mercenário ou um espião, ou um doente em busca de melhor saúde — mas reflecte poder — afinal é ele o observador e não o observado. Não permite ao observado qualquer espaço de nego-

ciação. O observado, a observada, é assim objecto e jamais sujeito. Atribui ainda a si próprio um sentimento de coragem — atreve-se a encarar perigos e desafios numa terra exótica porque estranha. São, aliás, inúmeras as referências aos perigos, mesmo de morte, que os viajantes podiam correr às mãos de assaltantes que pululavam pelas estradas e caminhos. A perspectiva dominante do viajante do século XVIII vai sofrendo algumas mutações — passa de uma pretensa informação científica e portanto “objectiva” e vem a aproximar-se, na viragem do século e ao longo do XIX, de um subjectivismo assumido. Alguns vêm ao País por motivos políticos ou profissionais e vivem aqui durante algum tempo, por vezes vários anos.

Se viaja é porque tem dinheiro para tal ou alguém disposto a pagar-lhe, e isso confere-lhe auto-estima e sentido de diferença. Se escreve é porque quer fazer perdurar essa superioridade, quer deixar um traço, quer construir opinião. Efectivamente, os viajantes conseguiram-no pois as suas narrativas eram lidas nos seus países, por variados públicos constituindo também fonte de informação para autores de livros didácticos. O investigador português Castelo Branco Chaves analisou muitos textos do século XVIII, realizando trabalho pioneiro (Chaves 1989). Não deixa contudo de ser irónico que, dando razão aos viajantes estrangeiros que amiúde referem serem os portugueses muito sensíveis às opiniões negativas sobre o País e a população, ele próprio critica e rejeita essas opiniões, quando, a título de exemplo, refere as Cartas de Baretti, cujo mestre era o Doutor Johnson: “Neste desejo de agradar ao mestre se justifica, em parte, o mal que diz dos portugueses, em generalizações apressadas e frequentemente em queixas que, com boa fé, não deviam ter ido tão longe.” Quando o tema era “a mulher”, o investigador comenta que nenhum dos viajantes “chegou ao desaforo de dizer, como disseram do país, que elas mereciam outros homens” (Chaves 1989: 16, 48).

Certos viajantes preferem manter-se anónimos ou utilizam pseudónimos. Outros são sobejamente conhecidos da historiografia — é o caso de William Beckford, José Gorani, James Murphy, César de Saussure, Robert Southey ou o sueco Carl Israel Ruders, com o seu olhar interessado sobre a situação das mulheres. No meio destes autores masculinos surge uma mulher que optou pelo encobrimento, ao não assinar com o nome completo. Trata-se de Maria Riddell, que

acompanhava seu marido, como seria de esperar, numa época em que as mulheres raramente viajavam sós.

Muitos destes viajantes fazem-se eco de opiniões de terceiros sobre as mulheres (ou sobre o País) geralmente negativas (com o exemplo extremo do misterioso Carrère), ou para as refutar ou para as reforçar. Ou seja, o viajante preparava-se para a viagem lendo o que já teria sido produzido sobre o destino. Nalguns casos, essa leitura leva-o mesmo a plagiar as narrativas dos outros. A tendência para a generalização e para a comparação é frequente, surgindo afirmações abrangentes, sem qualquer tipo de qualificação.

Um dos autores analisados, mas de quem não se transcrevem textos, tem a percepção da subjectividade do seu olhar. Arthur William Costigan, pseudónimo de Diogo Ferrier, escreveu na Introdução do seu livro, publicado em 1788, o seguinte:

O mesmo país difere consoante as disposições dos viajantes; enquanto um anda sem nada encontrar que julgue digno sequer de um apontamento, outro encontrará um campo fecundo de observação e pesquisas (Costigan 1989).

Uma ideia domina os viajantes quando se referem às mulheres das classes mais elevadas em Portugal. Pode ser expressa de várias formas e a partir de diversos ângulos mas a todos, pelos vistos, causa alguma estranheza, pelo menos nos termos excessivos em que ocorre. Trata-se do encerramento em que as mesmas são mantidas e que é anotado com ênfase e persistência. Tal deverá, pois, contrastar com os costumes nos seus próprios países. A única situação em que este tipo de mulher se movimenta num espaço público é quando se desloca à igreja (sempre acompanhada por um ou mais criados ou criadas) e enquanto permanece nesse lugar de culto. Mas até para evitar essa oportunidade, vários viajantes referem que muitas casas dispõem de capelas privadas. Só três motivos, portanto, justificariam o sair de casa, para um membro do sexo feminino — para se baptizar, casar e enterrar. Contudo, em 1706, um viajante considera que haveria já então mais liberdade para as mulheres, devido à influência dos estrangeiros em Portugal, incluindo nesse grupo as rainhas estrangeiras.

Aliás, são muitos os viajantes que indicam a ida à igreja e o estar na igreja como a grande oportunidade, que as mulheres não descutam, de se relacionarem com membros do sexo masculino. São olhares e bilhetes que se trocam, são mãos que se tocam, são encontros que se

combinam, muitas vezes com o apoio e convivência das acompanhantes. São estas as dueñas, cuja função é precisamente proteger a rapariga ou a mulher casada da prevaricação.

A clausura em que as mulheres de boa estirpe são mantidas (ao contrário das de baixa condição, que desenvolvem as suas fainas fora de portas) favorece, segundo alguns viajantes, as relações sexuais com criados e também as relações incestuosas, explicadas pelo baixo nível de educação das mulheres. O amor sáfico seria muito vulgar e a extrema precocidade dos casamentos, pela parte feminina, é sublinhada como sinal de falta de civilização.

Os conventos são referidos em função da sexualidade feminina ou masculina, reprimida ou desfrutada, sendo o de Odivelas o supremo exemplo de espaço de libertinagem. O clero é visto por estes protestantes do Norte sobretudo como debauchado, sempre pronto a abusar sexualmente das mulheres, embora com o consentimento destas, e a abusar do povo em geral. Contudo, alguns autores sublinham o pudor e a virtude das portuguesas, enquanto outros optam por sublinhar as suas transgressões e o engenho que têm para iludir a sua escravatura.

Essa autêntica clausura é apresentada como algo imposto às mulheres pelos homens, como se estas não tivessem nenhum poder sobre a organização das suas próprias vidas. O que motivaria esse recato, essa escravatura, seria o doentio ciúme dos homens portugueses, apostados em defenderem uma honra traduzida num comportamento irrepreensível do ponto de vista sexual, de suas esposas ou filhas. O “parece mal”, ou antes, “o que tem que parecer bem” passava pela observância rigorosa desses costumes. Alguns narradores sugerem que mesmo assim, ou talvez até motivadas por um espírito de vingança, as portuguesas conseguiam romper a fidelidade. Mas a infidelidade ou apenas a sua suspeita podia ser motivo de assassinio, quer da culpada quer de seu amante, sem que tal fosse efectivamente punido. Aliás, o título XXXVI das *Ordenações do Reino*, livro V, que esteve em vigor até 1852, “permitia ao marido que castigasse fisicamente a mulher (além do criado, discípulo, filho ou escravo) desde que não utilizasse armas” (Beleza 1984: 28).

Alguns dos viajantes sugerem que muito teriam gostado de cortejar as beldades que vislumbravam nos salões, pois numerosos são aqueles que elogiam a beleza das mulheres portuguesas, mas indicam igualmente que a tanto não se atreveram, com medo de serem esfa-

queados à esquina da rua. Também se encontram referências ao ciúme das mulheres.

Por outro lado, é de sublinhar que as mulheres que viviam de acordo com estas normas pertenciam à burguesia ou à nobreza. Ou seja, a grande maioria das mulheres, as camponesas, as comerciantes, as artífices, as criadas, necessitavam de contribuir para ou prover o seu sustento e o da sua família e, portanto, tinham de circular nos espaços públicos para desempenhar as suas tarefas. Segundo Gentil da Silva, Lisboa contava com um grande número de alfaiatas, lavrandeiras [*sic*], regateiras de porta, padeiras, peixeiras e vendedoras de legumes (Silva 1982: 152-158). No seu interessante trabalho, Maria Antónia Lopes, que recorre a vários viajantes estrangeiros como fonte histórica, considera que na segunda metade do século XVIII se deram alterações significativas na vida das mulheres e no relacionamento entre os sexos (Lopes 1989: 12). A autora afirma que “De duas sociabilidades estanques (masculina e feminina) nasceu no século XVIII a sociabilidade heterossexual” (Lopes 1989: 12). Acrescenta que essa nova sociabilidade foi entendida pelas forças tradicionais como ameaçadora da ordem social e como tal merecedora de ser combatida. Uma das estratégias desse combate teria sido a produção avultada de literatura de cordel, com o intuito de ridicularizar e denunciar os abusos, fossem eles a procura de mais educação para as mulheres, a possibilidade de estas participarem em assembleias, a prática da dança ou o uso de maquilhagem (Lopes 1989: 165-169). Persiste, contudo, a interdição de as mulheres poderem participar em causas de justiça como testemunhas ou juízas (apenas podiam ser rés).

Também se encontram referências às mudanças sociais que D. João V teria procurado introduzir, promovendo festas e bailes que as senhoras poderiam frequentar. Reinou entre 1706 e 1750. Mas o rei é, ele próprio, apresentado como um grande devasso e hipócrita que, por um lado, mantinha quase um harém no convento de Odivelas, e que, por outro, procurava pôr cobro “às poucas vergonhas” que se passariam em muitos conventos. Aliás, verifica-se que o convento era um espaço de relativa liberdade para as mulheres que aí viviam, mesmo que lá tenham ingressado sem ser por livre vontade. Em alguns facilitava-se o contacto sexual com amantes, os muitos “freiráticos” que excitavam a imaginação dos viajantes, pretendendo alguns destes ser incluídos entre esses prevaricadores. Mas mesmo quando as freiras

não adoptavam este tipo de comportamento, encontravam-se num lugar que lhes conferia estatuto, autonomia, acesso a alguma cultura, ou seja, um certo empoderamento. As múltiplas fontes de que dispomos indicam que ao longo desse século, mas mais acentuadamente no XIX, o processo inverteu-se. As freiras ou recolhidas nos conventos passaram a ter de seguir regimes de clausura muitos mais rigorosos, enquanto que “no mundo” as grades perdiam muito gradualmente a sua rigidez e as mulheres, de forma mais ou menos aberta ou dissimulada, procuravam uma sociabilidade mais normalizada com o outro sexo.

Também o Marquês de Pombal é muitas vezes referido como tendo um espírito renovador, pois ao mandar abrir passeios públicos em Lisboa desejava que os dois sexos pudessem ter mais oportunidades de convivência. O seu poder durou entre 1750 e 1777. Segundo alguns viajantes, o marquês não teve tempo para atingir os seus objectivos nesta matéria, tendo havido um retrocesso no que toca à liberdade das mulheres após o seu desterro, quando D. Maria I, a primeira mulher a fazê-lo em Portugal, sobe ao trono em 1777. A rainha e seu marido viveram no Palácio de Queluz onde as festas sumptuosas eram frequentes. Uma das suas primeiras medidas, enquanto rainha, foi a “moralização” da vida nos conventos. Por outro lado, foram restabelecidas as audiências régias, a que qualquer pessoa tinha acesso, e criadas as primeiras escolas para meninas.

Vários são os autores estrangeiros que se espantam perante a pouca importância que é dada à educação das raparigas e é este um tema que se prolonga também ao longo do século XIX. Um dos textos do século XVIII menciona que as mulheres que quisessem estudar eram criticadas.

Muito presente nestas narrativas está o elemento da sedução da mulher pelo viajante homem, — este gosta de se apresentar como varonil, susceptível de ficar encantado com a beleza e elegância das mulheres, satisfazendo as suas “necessidades” sexuais com prostitutas ou optando por contratar uma “amante” fixa, porque esta não propagaria as doenças venéreas. Os jovens aristocratas teriam todos uma amante, com uma série de filhos, antes de casarem com uma menina fidalga. Por altura do casamento, a amante era obrigada a recolher a um convento, enquanto os filhos ficavam a cargo da mulher legítima e, quando não havia legítimos, vinham mesmo a herdar o título e as

propriedades. Por isso, segundo estes narradores, era grande o corrópio nas grades dos conventos.

É assim que a mulher é objecto de desejo por parte dos viajantes e quase sempre esse desejo não pode ser concretizado. A sexualidade é um dos interesses dominantes dos viajantes estrangeiros. Segundo eles, o clima português encoraja a promiscuidade e acirra o desejo sexual quer dos homens quer das mulheres. É durante a Semana Santa, e também durante a Quaresma, quando há uma boa desculpa para visitar muitas igrejas, que se encontram as oportunidades para grandes libertinagens, fazendo mesmo aumentar o número de nascimentos nove meses passados. Os ciúmes e suspeições dos maridos seriam, para alguns autores, amplamente justificados. Os rituais do namoro e do casamento são assinalados, com a ênfase no facto de os enamorados não poderem conviver antes do casamento, o que leva alguns narradores a enaltecer as virtudes da liberdade para as mulheres, tendo em vista a normalização da relação entre os sexos.

A beleza ou a fealdade das mulheres (e também dos homens) são repetidamente mencionadas, assim como os adornos e trajes utilizados pelas diferentes classes sociais. A chamada de atenção para o gosto pelo ouro por parte das mulheres, que com ele se decoram de todas as maneiras, surge já neste século e vai ser assiduamente repetido durante trezentos anos. Outra mudança em relação ao vestuário, ocorreu após o terramoto: devido à imensa confusão que se estabeleceu, mulheres houve que passaram a usar trajes garridos, sem atender às normas anteriormente seguidas.

Encontra-se ainda referências aos escravos e escravas negras, ao serviço da gente endinheirada, sendo costume dirigirem-se aos seus amos e amas de joelhos. Mas essa gente portuguesa é ainda tão primitiva nos seus hábitos que é costume as mulheres estarem sentadas sobre esteiras, acompanhadas das suas criadas (e por vezes de padres), as quais não hesitam em catar-lhes os piolhos, insecto que marca presença frequente nas narrativas do século XVIII e XIX — mais um sinal de subdesenvolvimento, pois significava faltava de higiene.

No entanto, sobressai de alguns textos, explícita ou difusamente, admiração pelo que é entendido como fortaleza e fibra das mulheres portuguesas. No meu livro já referido transcrevo textos de 25 narrativas do século XVIII. Aqui apenas se apresenta uma pequena amostra

de textos de viajantes estrangeiros do século XVIII onde as mulheres portuguesas são referidas:

1. *Voyages faits en divers temps en Espagne, en Portugal, en Allemagne, en France, et ailleurs*, par Monsieur M....., Amsterdam, chez George Gallet, 1700.

Os Portugueses são ainda mais ciumentos de suas mulheres de que os Espanhóis e elas saem de suas casas mais raramente que as de Madrid, o que os leva a dizer que elas só vão à igreja três vezes na vida, ou seja para serem baptizadas, casadas & enterradas. É constante ocorrer que à mínima suspeita eles não hesitam em apunhalá-las, o que parece que as leva a ter uma grande discrição, sob a qual o seu engenho encontra várias formas de enganar os ciumentos, e de se vingarem da escravatura na qual vivem [p. 188].

2. Thomas Pitt (2006): *Observações de uma Viagem a Portugal e Espanha (1760)*. Introdução de Maria João Neto. Lisboa: IPPAR.²

Diz-se que, neste ambiente, florescem depravações de todo o género e, em lado nenhum, mais do que nos conventos. Um dos principais divertimentos dos forasteiros é ir à grade de um famoso convento de freiras perto da cidade, instituição apenas para gente nobre, e onde vivem algumas das mais belas mulheres de Portugal. Elas oferecem guloseimas e, em troca, as pessoas dão-lhes *Champagne* e vinho de Borgonha, até chegarem ao ponto de ter conversas mais próprias de um bordel. Isto foi, pelo menos, o que me contaram [pp. 101-102].

3. *Cartas de hum Viajante Francez a hum seu Amigo Rezidente em Paris, sobre o Character e Estado Prezente de Portugal*, Paris, 1784, manuscrito da BPMP, Misc. N.º 568, in Maria José Moutinho Santos, “A condição da mulher em Portugal no séc. XVIII vista por estrangeiros, alguns aspectos”, in *Boletim da Comissão da Condição Feminina*, n.º 1, 1981, pp. 7-20.

Poucas são as mães que façam aprender suas filhas a ler e escrever com perfeição, a bordar [...], a tocar alguns instrumentos, e enfim que façam dela uma mulher estimável. A única ideia que lhes procuram imprimir a todo o custo, é que fujam dos homens, como de uns animais terríveis e perversos. Assim conseguem o contrário do que pretendem [...]. Esta falta de Educação faz que as Senhoras Portuguesas, que a natureza formou muitas belas, se façam pela falta de arte e de conhecimentos, muito desagradáveis e insípidas para a sociedade. [...] E assim rara será a Portugue-

2 Este livro não consta de *As Mulheres Portuguesas vistas por Viagantes Estrangeiros (Séculos XVIII, XIX, XX)*. Foi publicado em 2006.

sa que faça mais do que vegetar: vivem como as plantas e como elas morrem. [...] Apenas as tirais do costumado entretenimento e conversação sobre modas, enfeites e defeitos das suas conhecidas e amigas, pontualmente perdem o uso da fala. [...] É bem verdade que na Corte e em outras principais Cidades e Províncias de Portugal, se acham muitas senhoras de todo o merecimento, que se aplicam às Belas-Artes, que sabem línguas e que fazem muito amável a sua Companhia. Porém estas ainda são muito raras e mais vulgares são as que vos digo. [...] Apenas uma mulher quer, neste Reino, elevar-se acima das suas companheiras, aplicando-se às Artes e Ciências, [...] começam a proclamá-la ironicamente com o título de Doutora, e a dizer que é uma soberba, uma ociosa e que o tempo que gasta sobre os livros, melhor fora o gastara na sua roca e no governo de sua casa [p. 11].

4. Heinrich Friedrich Link, *Voyage en Portugal depuis 1797 jusqu'en 1799*, Traduit de l'allemand, 2 tomes, Paris, Levrault Schoell et Cie, 1803.

Quanto ao belo sexo, o autor do Nouveau Tableau de Lisbonne, e o seu tradutor, o Sr. Tilesius, de Leipsic [*sic*], não estão sempre de acordo: um enaltece e o outro critica. Em geral, as mulheres têm o defeito que é comum também aos homens, corpo pequeno e com tendência a excesso de gordura; mas muita fisionomia, maneiras vivas e afáveis, olhos muito bonitos, uma cabeleira soberba, dentes muito brancos, um belo colo, pés bem feitos, formam um conjunto atraente, e compensam todas as irregularidades. Embora em Lisboa as raparigas públicas não sejam raras, falta muito para que elas sejam tão inoportunas e tão descaradas como as de Londres ou as do Palais Royal em Paris. [...] Quanto às mulheres de distinção, em Portugal elas quase nunca possuem a doce graça que embeleza as beldades do Norte: [...] No entanto, por vezes encontramos em Lisboa mulheres que reúnem o corpo esbelto e a pele branca e delicada das beldades do Norte, com as vantagens que oferece o clima de Portugal [Tomo I, pp. 273-274].

4. Século XIX

4.1 As mulheres, os viajantes, as representações

Ao longo do século XIX foi patente a expansão do número de viajantes que chegaram a Portugal, e verificou-se um salto quantitativo na produção de literatura de viagens e de livros sobre temas portugueses escritos por estrangeiros. Com a data de 1839 já um título do livro utiliza a palavra “tourist”, correspondendo ao início da popularização e vulgarização da viagem como prática acessível a um número crescente de indivíduos.

O olhar do estrangeiro continua a ser cruzado por crítica, estranheza, espanto, desprezo, interrogação e muito raramente admiração. O

país é considerado obscuro e isolado. A situação política portuguesa era motivo de consternação. Veja-se o que escreveu William Edward Baxter em 1852:

Nenhum homem que tem interesse pelo progresso humano consegue visitar este país sem deplorar a sua degradação política. Deixando as costas de Inglaterra, em poucos dias é transportado do empreendimento do século dezanove para o semibarbarismo do nono; de uma terra com caminhos-de-ferro e telégrafo, de máquinas a vapor e tipografias, para uma terra que outrora ocupava lugar elevado de influência entre as potências da Europa, mas na qual ainda não há uma estrada! (Baxter 1852, I, pp. 39-40).

Outra apreciação muito negativa, de 1830, é assinada por Josiah Conder:

Despojado como agora está das suas colónias mais importantes, que eram a fonte principal da sua riqueza, despovoado e empobrecido, o seu comércio nas mãos de estrangeiros, a sua capital a sede de sedição e desconfiança, em civilização o mais baixo e o último dos países da Cristandade, Portugal quase que não merece ser considerado um reino independente [...] E isto é Portugal, o último e o mais baixo dos reinos da Europa, e no entanto, antigamente a soberana de ambas as Índias — a mãe do Brasil (Conder 1830, 18, pp. 292, 342).

Em Portugal, estes olhares críticos foram comentados por Alexandre Herculano que em 1854 afirmou: “Em Inglaterra não há nenhum tolo que não faça um livro de ‘tourist’; nenhum arquitolo que não o faça sobre Portugal.”

No meu livro (Vicente ²2001) publico excertos e/ou imagens de 50 narrativas do século XIX. 41 dos textos são de autoria masculina ou não indicada e 9 feminina. A maior parte dos autores e autoras são ingleses, mas de assinalar também textos de autoria francesa, espanhola, do dinamarquês Hans Christian Andersen e outros. Apenas um, John A. Dix, é norte-americano.

Torna-se evidente, da leitura destes excertos, que para os seus autores ou autoras, a sociedade portuguesa estava dividida em classes sociais bem distintas e que as funções, costumes, práticas, trajes e atitudes das mulheres variavam consoante a categoria social que lhes pertencia, por nascimento. Os viajantes referem-se à classe popular, que pode ser urbana ou camponesa, introduzindo logo aí algumas variantes, à classe burguesa e à aristocrática. A mobilidade social não é assinalada. As mulheres não são representadas de forma homogênea, devido à idiossincrasia de cada autor ou autora, por um lado, mas

também porque estes tinham bem presentes as variantes sociais. É assim que não só assinalam as diferenças entre as vidas das mulheres e dos homens como entre as vidas das mulheres de distintos extractos sociais.

Mais uma vez e como era visível no século precedente, surge o tema dos excessos de ciúme dos homens em relação às mulheres, que os leva a matar e a violentar sem que tal seja objecto de condenação formal ou informal. O marido pode matar o amante da esposa se for essa a sua vontade, excepto se este for clérigo, juiz ou fidalgo e tal é associado ao mau ou inexistente funcionamento da justiça.

Também no discurso dos viajantes, à semelhança do que ocorria no século anterior, é repetido vezes sem conta o facto de as mulheres da burguesia ou da aristocracia não saírem à rua, não se deslocarem no espaço público, excepto para se dirigirem à igreja. De novo se aponta a cerimónia da procissão como oportunidade para a socialização e para contactos entre os sexos. A vida destas senhoras é vista como sendo de continuada indolência, em que nem a cabeça nem as mãos estão ocupadas. De novo há referências ao costume de se sentarem sobre esteiras no chão, o que é visto como uma herança de hábitos mouriscos. Na segunda metade do século as “assembleias” onde se organizam festas e bailes começam a proporcionar espaços de encontro entre os sexos. Ou seja, o recato, o recolhimento, a reclusão, o confinamento, das mulheres das classes sociais mais elevadas vão perdurar ao longo do século, embora se registe que as portas e as janelas começam a abrir-se, a partir da segunda metade do mesmo.

Apenas as mulheres das classes populares se movimentam com mais liberdade, por necessidade económica. Trabalham duramente, tão duramente ou mais do que os homens, e nos misteres mais diversos. As ovarinas chamam a atenção pelo seu labor, o seu aspecto e a sua vitalidade, e mesmo o seu empoderamento. São bem o expoente de tudo o que é pitoresco. Mas as mulheres populares, para além do trabalho, também são capazes de dançar com alegria e até com volúpia, pois a dança nacional, indicada como sendo a fofa é apontada como roçando a obscenidade. Algumas dedicam-se à prostituição e são criticadas pelos viajantes por aceitarem qualquer cliente o que encoraja a disseminação de doenças. Encontram-se nas narrativas deste século repetidas referências aos imensos carregos que as mulheres laboriosas portuguesas transportam à cabeça.

A Igreja Católica, para os viajantes protestantes, é parte integrante de uma sociedade estranha e retrógrada, sendo apontada como uma das causas do atraso global do País. Mas é a face masculina da Igreja, constituída pelo clero e pelos frades, que é sobretudo criticada. As mulheres da Igreja são vítimas do sistema — são recolhidas contra a sua vontade nos conventos, por ordem do pai ou do marido, embora, para algumas, estes espaços até facultem autonomia e identidade. Mesmo quando entram de livre vontade, o regime é austero e a imposição do celibato rouba ao país um sem-número de habitantes. Contudo, alguns narradores consideram que os recolhimentos prestam bons serviços ao acolher as órfãs e as viúvas pobres. A Misericórdia, por sua vez, acolhe as crianças abandonadas, filhas da miséria ou de amores clandestinos. Uma autora, que esteve em Portugal entre 1860-1861, refere que 60 crianças eram entregues em cada dia, e descreve uma cena pungente relacionada com um destes abandonados.

São várias as referências aos costumes e rituais relacionados com o namoro, noivado e casamento nas várias classes sociais e assinala-se que é possível a uma jovem casar contra a vontade do pai, recorrendo para tal à autoridade do tribunal e à igreja. Mas o facto de os noivos não conviverem antes do casamento, excepto à distância (janela ou igreja) é motivo de espanto para autores masculinos e femininos. Têm de recorrer a uma prática estranha aos observadores — a “olhada portuguesa”. O enamoramento e o amor são representados como valores a perseguir, um objectivo que não só as mulheres como os homens buscam. O casamento também pode ser desejado apenas porque, apesar de tudo, garante às mulheres um maior estatuto e um pouco mais de liberdade, ou assim elas o crêem. A paixão sexual reprimida, escondida, das mulheres, que também pode incluir a masturbação, é aflorada por alguns viajantes. Outras narrativas ocupam-se dos costumes em torno da morte de crianças, anotando que havia a prática de as pintar para ficarem mais bonitas e deixarem boas recordações junto dos parentes.

A questão fulcral da educação das mulheres, a que muitos viajantes são sensíveis, é apontada como estando extremamente atrasada, e tomada como indicador do atraso do País. Alguns viajantes recorrem às estatísticas para demonstrarem a verdade das suas teses. É a partir de meados do século que a situação começa a modificar-se ligei-

ramente. A não existência de literatura criada por mão feminina é igualmente assinalada como evidência do atraso educacional.

No meu livro já referido transcrevo textos de 46 narrativas do século XIX. Aqui apenas se apresenta uma pequena amostra de textos de viajantes estrangeiros do século XIX onde as mulheres portuguesas são referidas:

1. A.P.D.G., *Sketches of Portuguese Life, Manners, Costume and Character*, illustrated by twenty coloured plates, London, Geo. B. Whittaker, 1826.

Durante o trabalho de parto de uma mulher portuguesa, é costume todas as pessoas que estão presentes rezarem o terço sem parar; enquanto algumas vão fazendo promessas de ofertas diversas aos vários santos, se for concedida uma boa hora à senhora em causa [p. 205].

As mulheres portuguesas são extremamente prolíficas; e o número de crianças numa família costuma ser tão elevado como acontece no círculo doméstico dos nossos clérigos. Conheci uma senhora de elevada condição (a viscondessa de R** S**) a qual, por sua conta, tinha trazido ao mundo nada menos do que trinta e quatro crianças [pp. 206-207].

As saloias, ou mulheres camponesas, são geralmente de estatura mais alta do que as habitantes femininas da cidade; a sua tez é semelhante à dos homens, de um tom escuro mas saudável, e não amarelenta ou baça. Têm belíssimos olhos, cheios de expressão. Quando jovens, muitas são muitíssimo bonitas, e em geral têm caras muito agradáveis; mas a sua beleza dura pouco. As primeiras rugas em torno dos olhos aparecem na idade prematura dos vinte anos; a partir daí tornam-se flácidas, e as suas caras e mãos ficam ásperas e enrugadas; e assim quando atingem os trinta anos começam a ficar parecidas com múmias vivas. No entanto estas mulheres muitas vezes duram muitos anos [pp. 322-323].

2. William Morgan Kinsey, *Portugal Illustrated*, 2nd edition, London, Treuttel and Wurtz, 1829.

[1827] Felizmente os Portugueses abandonaram os seus antigos preconceitos contra a admissão de mulheres como actrizes em palco, pois temos sido encantados pelo poder da voz e pela doçura e flexibilidade de tom que exhibe a prima dona [p. 66].

É difícil conceber a forma como as senhoras portuguesas passam o seu tempo dentro de casa, excepto quando sem fito se sentam nas varandas bem acolhoadas; porque decididamente, o cultivo da sua mente, para além de alguns inconsequentes conhecimentos ocupa um tempo muito reduzido das suas tarefas diárias. Por mais bonitas que sejam ainda lhes fal-

ta a dignidade e a força de carácter que distinguem a mulher inglesa altamente cultivada e intelectual. Poderão ter um olho vivo, mas não a elevação espiritual, a energia mental e a alegria casta que distinguem as mulheres das classes mais elevadas no nosso próprio país [pp. 71-73].

3. Hans Christian Andersen, *Uma visita em Portugal em 1866*, Tradução e notas de Silva Duarte, 2ª edição, Lisboa, Instituto de Cultura e Língua Portuguesa, 1984.

[em Aveiro]:

As muitas mulheres que passaram por nós traziam roupas espessas mas pareciam tiritar sob os grandes xailes. Devo admitir que foi aqui que vi os primeiros belos rostos de mulher em Portugal, ainda que a sua beleza não fosse ajudada ou destacada pelo vestuário. Também as moças traziam a pesada manta das velhas, deixando-a cair sobre os pés nus e sujos. O chapéu era de feltro negro, com uma aba de uma largura de mais de meio “alen”.

Sobre esta peça com que cobrem a cabeça, transportam grandes cabazes ou aí empilham a mala e o saco de noite do viajante que, deste modo, são levados para o hotel. Mostravam-se, malgrado [*sic*] a pesada carga, faladoras e vivas, e não só com a boca como também com os olhos [p. 70].

4. Juliette Adam, *La Patrie Portugaise, Souvenirs Personnels*, 2ème édition, Paris, G. Havard Fils, 1896.

Um grande número de autores lusitanos queixava-se, até ao segundo terço do século XIX, da insuficiência da educação das mulheres.

Hoje em dia já não se poderiam queixar, pois várias mulheres gozam de celebridade em Portugal, e aí se pode encontrar um grande número de literatas.

Em Portugal, e é esse um dos defeitos que tocam no nosso coração amigo, há a tendência de estar sempre a estabelecer uma comparação entre um autor lusitano e um autor francês. Nós afirmamos que o valor literário das mulheres escritoras em Portugal é um bem que só a elas pertence. Basta citar, para provar a nossa palavra, a Dona Maria Amália Vaz de Carvalho, que é uma crítica de arte de opinião segura, de uma largueza de vistas e de uma originalidade que ela não foi copiar a ninguém.

A Mademoiselle Guiomar Torresão escreveu e traduziu um grande número de romances e de peças dramáticas. Por um lado tem a imaginação necessária à criação e a precisão necessária para a tradução, duas qualidades que raramente se encontram na mesma pessoa.

A Dona Angelina Vidal é conferencista, é filósofa, é poeta. Socialista e patriota, ela comunica o seu ardor sincero aqueles que a escutam ou a lêem. É um orador e um escritor [...].

Eu afirmei que até D. João V as mulheres tinham estado submetidas à tirania do homem ciumento e déspota. Mas foi por pouco tempo que elas conseguiram fugir dessa tirania.

Apenas há cinco ou seis anos é que as mulheres portuguesas de sociedade podem sair à rua, sozinhas ou acompanhadas de uma única pessoa. Até aí elas viviam encerradas, levando uma vida de família semelhante à vida conventual.

A sua educação consistia em aprender um pouco de história, a santa sobretudo, a saber francês ou inglês, sobretudo o francês, a dedilhar convenientemente o piano, a dizer versos, a assimilar algumas fórmulas sobre os deveres das raparigas, e por aí ficavam. Entre si completavam esta educação e sonhavam com o amor romanesco, tal como, aliás, o julgavam pelo menos antes do casamento [pp. 314-321].

5. Henry N. Shore, *Three Pleasant Springs in Portugal*, London, Sampson Low, Marston & Co., 1899.

O destino das mulheres, durante a “idade negra” da história de Portugal, foi, de muitas formas, lamentável. Todos os escritores de qualidade referem o estado de “reclusão asiática” na qual as mulheres das classes mais altas eram conservadas em estado de grande ignorância e os seus senhores ciumentos, uma situação que sugere terras do Oriente, onde o harém ainda é a norma, e não um país civilizado e cristão. A jovem inglesa tem muito que agradecer quando compara os seus “bons e alegres tempos” com a sorte das suas irmãs na bela Lusitânia, onde “ter um namoro” é anátema e onde “a troca de confidências” num canto escondido seria considerado uma “escola de escândalos”. Mesmo hoje em dia, já com o “progresso” no ar, os sexos em Portugal são estranhamente gregários [p. 25].

5. Conclusão

A leitura destes excertos, a visão destas imagens, pode divertir, indignar, perturbar, enfastiar, conforme o texto, a imagem e o receptor em causa. Será que nos pode instruir? Será que nos pode comunicar algo sobre o nosso passado e presente? Ou será que apenas podemos comprovar que estes discursos existem e que foram produzidos por estrangeiros? Será que só podemos concluir que muitas das narrativas são contraditórias? Será que só podemos salientar os aspectos em que se assemelham?

Até que ponto é que as narrativas de um ou de uma viajante podem constituir-se em fonte histórica, sabendo que a viagem é sempre um percurso criado pela persona do/da viajante?

A historiadora Eileen Power considerava que, para se poder chegar a uma reflexão útil no exercício historiográfico, era necessário analisar as ideologias, os quotidianos e a legislação em presença, em determinado lugar e tempo. Parece-me ser esta uma metodologia re-

comendável. Sendo assim, é possível responder que, efectivamente, cruzando estas narrativas e estas imagens com muitas outras fontes, se obtém alguma informação relativamente ao que seria a vida das mulheres e o relacionamento entre as mulheres e os homens, das diversas classes sociais e locais de vivência, ao longo do período em questão. O entendimento dessa informação será muito mais complexo e possivelmente inatingível.

Outra conclusão a retirar é que o País e a sua população eram profundamente não conhecidos/ignorados pelos habitantes dos países mais desenvolvidos da Europa. Acresce que quando algo é desconhecido, tende a apresentar-se com roupagens pejorativas, exóticas, pitorescas, estranhas, com as quais o/a viajante tem dificuldade em conviver. O outro/a outra e a sua diferença são sempre ameaçadores, mesmo que se pertença a uma civilização entendida como “superior” ou talvez, sobretudo quando se pertence a tal civilização. Não é a minha terra, é a terra do outro. A imagem do espaço periférico, ou mesmo ultraperiférico, persiste.

Ainda outra conclusão a retirar é a constância do temor do ser masculino face à sexualidade e ao poder da reprodução das mulheres — o único poder que não lhe pode ser retirado. Esse temor está presente em muitas das narrativas, justificando um sem-número de comportamentos e atitudes que continua presente no quotidiano nacional.

Conclui-se também que não é menos ambíguo o papel das instituições da Igreja Católica, por vezes protectoras e promotoras das mulheres, por vezes tementes ou mesmo destruidoras da sua dignidade e liberdade individual.

Bibliografia

- Barthes, Roland (1973): *Mythologies*. Translated by Anette Lavers. London: Paladin Books.
- Baxter, William Edward (1852): *The Tagus and the Tiber*. London: Richard Bentley.
- Beleza, Teresa Pizarro (1984): *A Mulher no Direito Penal*. Lisboa: CCF.
- Birkett, Dea (2004): *Spinsters Abroad, Victorian Lady Explorers*. Stroud: Sutton.
- Bridge, Ann/Lowndes, Susan (1949): *The Selective Traveller in Portugal*. London: Evan Brothers.
- Buzard, James (1991): “The Uses of Romanticism: Byron and the Victorian Continental Tour”. In: *Victorian Stories*, 35, 1, pp. 29-49.

- Chateaubriand, François-René de (1969): *Œuvres Romanesques et Voyages*. Vol 2. Texte établi, présenté et annoté pour Maurice Regard. Paris: Gallimard.
- Conder, Josiah (1830): *The Modern Traveller*. 30 vols. London: James Ducan.
- Costigan, Arthur William (1989): *Cartas de Portugal 1778-1779*. Tradução, prefácio e notas por Augusto Reis Machado. Lisboa: Lisoptima.
- Cotsell, Michael (ed.) (1990): *1830-1876, Creditable Warriors*. Vol. 3. London: The Ashfield Press.
- Duby, Georges (1991): *L'Histoire Continue*. Paris: O. Jacob.
- La Galerie Agréable du Monde* (s.d.). Leide: Pierre Vander Aa.
- Gallego Durán, María del Mar/Navarro Domínguez, Eloy (eds.) (2007): *Relatos de Viajes, Miradas de Mujeres*. Sevilla: Alfar.
- García-Romeral Pérez, Carlos (1999): *Bio-Bibliografía de Viajeros por España y Portugal (Siglo XIX)*. Madrid: Ollero & Ramos.
- Handbook for Travellers in Portugal* (1855): London: John Murray.
- Hodgson, Barbara (2002): *No Place for a Lady*. Vancouver: Greystone Books.
- Kaplan, Caren (1996): *Questions of Travel, Postmodern Discourses of Displacement*. Durham/London: Duke University Press.
- Kendrick, Thomas Downing (1956): *The Lisbon Earthquake*. London: Methuen.
- Kowalewski, Michael (ed.) (1992): *Temperamental Journeys. Essays on the modern literature of travel*. Athen/London: University of Georgia Press.
- Lapeyre, Françoise (2007): *Le Roman des Voyageuses Françaises (1800-1900)*. Paris: Payot.
- Letters from Portugal on the Late and Present State of that Kingdom* (1777). London, printed for J. Almon.
- Lévi-Strauss, Claude (1964): *Tristes Tropiques, Translated from the French by John Russell*. New York: Atheneum.
- Lopes, Maria Antónia (1989): *Mulheres, Espaços e Sociabilidade, a Transformação dos Papéis Femininos em Portugal à Luz de Fontes Literárias (Segunda Metade do Século XVIII)*. Lisboa: Livros Horizonte.
- Matos, Jacinta Maria (1999): *Pelos Espaços da Pós-Modernidade, A Literatura de Viagens Inglesa da Segunda Grande Guerra à Década de Noventa*. Porto: Afrontamento.
- Monicat, Bénédicte (1996): *Itinéraires de l'Écriture au Féminin. Voyageuses du 19ème siècle*. Amsterdam/Atlanta: Rodopi.
- Morató, Cristina (2007): *Viajeras Intrépidas y Aventureras*. Barcelona: Plaza Janés.
- Nora, Pierre (comp.) (1986): *Les Lieux de Mémoire*. II: *La Nation*. Paris: Gallimard.
- O Portugal de D. João V visto por três forasteiros* (1989). Tradução, prefácio e notas de Castelo Branco Chaves. Lisboa: Biblioteca Nacional.
- Silva, José Gentil da (1982): "A situação feminina em Portugal na segunda metade do século XVIII". Separata de *O Marquês de Pombal e o seu Tempo*, número especial da *Revista de História das Ideias*. Coimbra: Faculdade de Letras, pp. 143-166.

- Vicente, Ana (²2001): *As Mulheres Portuguesas vistas por Viajantes Estrangeiros (Séculos XVIII, XIX, XX)*. Lisboa: Gótica.
- Vicente, Filipa Lowndes (2003): *Viagens e Exposições — D. Pedro V na Europa do Século XIX*. Lisboa: Gótica.
- Wetzel, Andreas (1992): *Partir sans Partir. Le récit de voyage littéraire au XIXe siècle*. Toronto: Les Éditions Paratexte.

Berta Raposo

Entre el cortejo y la sacristía: la mujer española vista por viajeros alemanes de la época de Goethe*

Una contradicción inherente a la literatura de viajes consiste en que por un lado sirve para desmontar prejuicios e ideas equivocadas por medio del conocimiento directo, pero por otro lado también los alimenta o los satisface; ello ocurre en el caso de que se confirme el horizonte de expectativas del que va provisto el viajero desde un principio, que está formado por una serie de ideas preconcebidas sobre el país y las gentes que va a visitar. Estas ideas pueden provenir de fuentes escritas (lecturas de otros relatos de viaje, de cartas de otros viajeros, de literatura informativa o *Landeskunde* sobre el país o de literatura de ficción relacionada con el país) o de testimonios orales de otros viajeros. A esto se suma la trayectoria vital del autor, su bagaje intelectual y su propia experiencia, o falta de experiencia de otros viajes. No siempre es posible tener en cuenta o incluso conocer con detalle de manera fidedigna todas estas circunstancias en cada autor. Pero lo que sí se puede y debe es relacionar la construcción de una imagen con el trasfondo ideológico de la época. En el caso que nos ocupa, este trasfondo está en un aspecto general representado por el ideario de la Ilustración tardía y, restringido a círculos más selectos, del Clasicismo de Weimar y del primer Romanticismo. En cuanto al conocimiento de España en concreto, a fines del siglo XVIII era ya bastante considerable a nivel erudito tras los trabajos de los primeros hispanistas en Göttingen, Weimar y Jena. En cambio, el conocimiento del país real era todavía muy defectuoso; en general aún dominaba la antigua imagen

* El presente trabajo se encuadra en el proyecto de investigación "Viajeros alemanes en España. Documentación y selección de textos" (HUM2007-63167 FIOL) del Ministerio de Ciencia e Innovación español. También quisiera agradecer al DAAD (*Deutscher Akademischer Austauschdienst*) la ayuda prestada para una estancia en 2006 en la *Landesbibliothek* de Eutin, entre cuyos fondos he encontrado gran parte del material necesario para elaborar este artículo.

del español perezoso, orgulloso, beato, supersticioso, obsesionado por el amor y siempre tocando la guitarra (Floeck 1981: 68), una imagen mayormente libresca, influida sobre todo por la literatura española del Siglo de Oro. A nivel más popular, este conocimiento estaba alimentado por obras de divulgación como el artículo en la enciclopedia de Zedler (Hönsch 2000: 46-55), o las litografías etnológicas (*Völkertafel*) sobre las diferencias de carácter entre los pueblos, o las recopilaciones de relatos de viaje.¹

Bajo estas premisas, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII aumenta el número de viajeros procedentes de la zona germanohablante que se desplazan a España siguiendo los pasos de los ingleses, que en su mayoría habían intentado matizar e incluso corregir los prejuicios antiespañoles difundidos y perpetuados por los viajeros franceses desde el siglo XVII. Concretamente en la década de 1792 a 1802 aparece una serie de crónicas cuyos autores se esfuerzan –y alguno así lo declara expresamente, como veremos más abajo– en formarse una opinión propia libre de prejuicios e ideas preconcebidas. Debido a este cambio en la percepción, tomaremos algunos de ellos como base para este artículo. Se trata de los siguientes, por orden cronológico:

Joseph Hager (filólogo políglota, profesor de la Universidad de Oxford y bibliotecario en Milán): *Reise von Wien nach Madrid im Jahre 1790*, publicado en 1792.

Friedrich Gotthelf Baumgärtner (abogado, comerciante y librero): *Reise durch einen Theil Spaniens nebst der Geschichte des Grafen von S.* Viaje realizado en 1788-89 y libro publicado en 1793.

Anton Friedrich Kaufhold (comerciante): *Spanien wie es gegenwärtig ist: [...] aus den Bemerkungen eines Deutschen während seines Aufenthaltes in Madrid in den Jahren 1790, 1791 und 1792*, publicado en 1797.

1 Una de las más recientes con respecto a los textos utilizados en este artículo es la de Volkmann, Johann Jacob (1785). *Neueste Reisen durch Spanien vorzüglich in Ansehung der Künste, Handlung, Oekonomie und Manufacturen aus den besten Nachrichten und neuern Schriften zusammengetragen von D. Johann Jacob Volkmann. Erster und zweiter Theil.* Leipzig, bey Caspar Fritsch 1785.

Christian August Fischer (*Privatgelehrter*, fabulista y novelista, profesor de la Universidad de Würzburg): *Reise von Amsterdam über Madrid und Cádiz nach Genua in den Jahren 1797 und 1798 y Gemälde von Madrid*, publicados en 1799 y 1802, respectivamente.

Como contrapunto, ocasionalmente también tendremos en cuenta el diario de viaje a España de Wilhelm von Humboldt (1799-1800), pero sin olvidar que se trata de un caso especial, ya que era en un principio parte de un diario privado o semiprivado, y no estaba destinado a la publicación. Sólo a título póstumo se editaron sus diarios completos (Humboldt 1918).

Como ya se ha indicado, estos viajeros suelen distanciarse de viejas imágenes o prejuicios, de manera explícita o tácita. Kaufhold lo expresa claramente en el prefacio de su libro:

Um nicht weitläufig zu werden, hab ich es unterlassen, die abentheuerlichen und fabelhaften Schilderungen zu berühren, die uns in verschiedenen Schriftstellern allerhand Nationen von der Lebensart, Sitten und Gebräuchen und dem Charakter des Spaniers geliefert werden; hätte ich mich auf die specielle Widerlegung der Irrthümer eines jeden insbesondere einlassen wollen: so würde ich Folianten haben schreiben müssen; aus dieser Ursache habe ich hier und da nur einzelne Irrthümer gerügt, vieles aber ganz mit Stillschweigen übergangen, weil ich glaubte, daß eine treue Darstellung als eine hinreichende Widerlegung der Irrthümer gelten würde (Kaufhold 1797, I: IVs.).

Así, por ejemplo, se dedica a desmontar el prejuicio de la indolencia del pueblo español, y también el de la suciedad de las calles de Madrid:

[...] man schildert die Spanier als ein langsames, träges, unthätiges Volk, und ich sehe hier alles in Bewegung und Geschäftigkeit [...] Die Stadt selbst erscheint unter einem ganz anderem Bilde, als man sie im Auslande vorzustellen pflegt; selbst neuere Schriftsteller, die keine anschauende Kenntnis hatten, entlehnten das Gemählde davon aus alten Nachrichten, und schilderten die schöne Königsstadt als ein elendes Nest voller Dreck und Unrath, voller Koth und Gestank; und statt dessen finde ich eine sehr saubere Stadt, wo an gar keinen Straßenkoth zu denken ist, und wo weit mehr Reinlichkeit herrscht, als in großen französischen oder deutschen Städten (Kaufhold 1797, I: 35).

Igualmente lo hace Fischer:

Wie häufig werden z. B. noch die schmutzigen Straßen von Madrid aus den Zeiten der Madame d'Aulnoy citiret! Gleichwohl gehört Madrid

schon seit fünf und zwanzig Jahren unter die reinlichsten Städte von Europa (Fischer 1802: 305).

Y en cuanto al carácter español, en el capítulo dedicado a las tertulias observa: “Die spanische Gravität ist verschwunden, man überläßt sich der Fröhlichkeit ohne Zurückhaltung” (Fischer 1802: 411).

Con este trasfondo de la nueva actitud, de la nueva mirada de los viajeros, pasemos a analizar la imagen de las españolas que éstos nos proporcionan.

En general, todos los autores mencionados hacen uso de dos distintos tipos de discurso: por un lado generalizan sobre las mujeres; por otro, relatan experiencias (aparentemente) personales, sin que se puedan apreciar grandes diferencias de contenido entre unos y otros pasajes. Por ejemplo, el primer encuentro de Hager al traspasar la frontera franco-española en el País Vasco es una bella joven:

Eine junge spanische Schöne von dunkelbraunen ungepuderten Haaren, sehr weisser Gesichtsfarbe, mit einer schwarzen Retsilla auf dem Haupte, und einem schwarz seidenen Rocke, empfang uns im ersten Stocke durch ein: buenas tardes, Caballeros. [...] Eingezogen und sittsam, wie die Männer, aber freundlicher und holdseliger als sie, war die junge Biscajerin. Die regulären Züge ihre (*sic*) Antlitzes, das kohlschwarze feurige Auge, der frische Teint waren hinlänglich, von der andern Hälfte Spaniens ein günstiges Vorurtheil einzuflössen (Hager 1997: 59).

Más tarde, al describir el Paseo del Prado en Madrid, generaliza así:

Hier zeigt sich die junge Spanische Schönheit mit dem grossen kohlschwarzen Auge, in einer bunten, mit Silber und Gaze durchflochtener Retsilla, über das lockige Haar, und mit dem schönen Fusse, den der kurze schwarzseidene Rock geflissentlich aufdeckt (Hager 1997: 65).

Los ojos negros, los cabellos oscuros y la indumentaria característica (mantilla, redecilla, falda de seda negra) son los elementos que se repiten una y otra vez en esas descripciones, lo cual nos hace suponer que, independientemente de la situación real, el estereotipo se confirma. Pero también hay margen para la variación. Fischer introduce alguna vez detalles negativos como el vello sobre el labio superior o la mala calidad de los dientes debido al consumo excesivo de golosinas (Fischer 1998: 193), cosa que Kaufhold, algunos años antes, había calificado como información incorrecta de algunos autores: “Größthenteils hat das Frauenzimmer gesunde Zähne, und ich verstehe nicht, woher manche Authoren den Madridern faule schwarze Zähne aufdringen wollen” (Kaufhold 1797, I: 321).

A la hora de poner en relación la apariencia física con el carácter y el comportamiento de las españolas, mientras que Baumgärtner se caracteriza por una cierta superficialidad en el tratamiento del tema, Kaufhold nos ofrece la visión más extensa y detallada, Fischer la más diferenciada y personal de todos nuestros viajeros. Kaufhold dedica un largo capítulo a la descripción del aspecto físico, de la vestimenta, de las costumbres y del comportamiento (Kaufhold 1797, I: 321-350). En este apartado incluye como caso ejemplar la narración de un proceso judicial en torno a una seducción fingida; y finalmente, evoca la figura y la personalidad de la difunta reina María Amalia de Sajonia, esposa del anterior rey Carlos III, muy querida por el pueblo, y que había intentado acostumar a las españolas a la laboriosidad sajona/alemana predicando con el ejemplo:

[...] gebürtig aus Sachsen, einem Lande, wo deutsche Industrie im größten Flore steht, kannte sie selbst von früher Jugend an den vielfachen Nutzen weiblicher Beschäftigung [...] Sie arbeitete nicht nur zu Hause, und hielt ihre Töchter dazu an, sondern erschien stets öffentlich, da wo es sich thun ließ, mit dem Strickstrumpfe in der Hand. [...] Die edle Königin hat sich wirklich durch ihr erhabenes Beispiel um die Nation verdient gemacht; aber leider lebte die gute Monarchin nicht lange genug, um allgemein wirken zu können (Kaufhold 1797, I: 348s.).

Aquí se esboza una imagen de contraste entre la mujer española y la alemana que se manifiesta también sobre todo en Fischer, como veremos más adelante.

En su relato general de viaje (*Reise von Amsterdam über Madrid und Cádiz nach Genua in den Jahren 1797 und 1798*), Fischer procede de manera similar a Kaufhold: dedica todo un extenso apartado o carta (el texto está dividido en cartas dirigidas a un destinatario ficticio) a caracterizar a las mujeres españolas, e incluye igualmente una breve narración de un episodio de amor, celos y muerte como ejemplificación del “temperamento” de las españolas (Fischer 1998: 193-103). Pero este autor publicó más de un libro sobre España. En su vivaz y colorista *Gemälde von Madrid*, dedica varios capítulos a las figuras femeninas, distinguiendo entre distintos oficios o grupos sociales: *Ammen*, *Majas*, *Lavanderas*, *Vizcaynas* —es decir, chicas del servicio doméstico—, *Freudenmädchen*. En el capítulo general *Weiber* se sirve de la imagen de contraste para distanciarse del ideal tradicional de belleza femenina, que usaba las rosas y los lirios como términos de comparación:

Um die Spanierinnen schön zu finden, muß man erst an den südlichen Charakter gewöhnt seyn. Man muß diese brennenden Augen, diese gelbliche Blässe, diese Feinheit des Baues, und diese wilde Lebhaftigkeit der Bewegungen, nicht mehr mit den Rosen und Lilien, und nicht mehr mit der üppigen Fülle, und der Sanftheit nördlicher Schönen vergleichen (Fischer 1802: 432).

Pasando al terreno del carácter y las costumbres, en general nuestros viajeros corroboran el antiguo estereotipo de la obsesión española por los asuntos amorosos, y achacan este fenómeno al clima, que favorece e incluso provoca la sensualidad. Según Fischer, esto se da sobre todo en Andalucía:

In Andalusien z. B. trägt alles den Character des brennenden Clima's; der Lebensgenuß ist wild und ungestüm [...] Die Schönheit der andalusischen Weiber, ihre Lebhaftigkeit, ihre schwärmerische Stimmung, ihre Reizbarkeit, scheinen in Cadix alles zu übertreffen, was man anderswo davon gesehen hat [...] aber nirgends wird auch der Einfluß des Clima's selbst den strengsten Sittenrichter so schnell entwaffnen (Fischer 1998: 173).

Algo similar al clima aduce Kaufhold para explicar el respeto generalizado hacia las mujeres, un fenómeno que, según él, alcanza a todas las clases sociales: "Die Achtung gegen das Frauenzimmer geht durch alle Stände" (Kaufhold 1797, I: 334). La causa es el llamado temperamento, un concepto procedente de la doctrina médica de los humores:

Das hitzige Temperament macht dem Spanier die Neigung zum anderen Geschlecht zu einem weit dringenderen Bedürfnisse, als in einem andern Lande, und eben daher mag wohl seine Ergebenheit geflossen seyn (Kaufhold 1797, I: 339).

Además del clima, también las leyes favorecen, en opinión de Kaufhold, la sensualidad, aunque sea de manera indirecta, pues en casos de embarazo prematrimonial la pareja es obligada a contraer matrimonio, y si el hombre se niega, es encerrado en la cárcel hasta que cede, con lo cual ninguna joven se preocupa demasiado a la hora de conceder favores sexuales, pues sabe que tiene el futuro asegurado ante cualquier eventualidad. En este contexto se incluye la narración del caso judicial arriba mencionado (Kaufhold 1797, I: 341s.).

En todo caso, este respeto de ningún modo ha de considerarse como signo de civilización o de ilustración, por muy paradójico que ello parezca, como lo explica Kaufhold:

Wenn der Satz wahr ist: daß man von dem Grade der Achtung der Männer gegen das sanfte Geschlecht auf den Grad der Cultur des Verstandes und des Herzens eines Volkes schließen könne: so wäre vielleicht kein Volk in Europa, wo mehr Aufklärung und feinere gebildete Sitten anzutreffen wären als eben hier, und doch ist das der Fall nicht (Kaufhold 1797, I: 338s.).

En este contexto de la sensualidad y del cortejo, no se puede dejar de mencionar el tema de los celos, uno de los principales elementos del estereotipo español en general.² En este punto es notable la diversidad de opiniones. Baumgärtner confirma la visión tradicional, aunque restringe el fenómeno de los celos a las provincias: “Eifersucht ist von jeher die größte Anschuldigung dieser Nation gewesen, und ich finde noch jetzt, daß sie in den Provinzen in voller Macht auf ihrem Throne herrscht” (Baumgärtner 1793: 32).

Kaufhold se contradice, tanto respecto a las fuentes que le proporcionan su horizonte de expectativas como respecto a sus propias observaciones. Por un lado afirma (en el capítulo sobre la prostitución y las enfermedades de transmisión sexual):

Ich habe in verschiedenen Authoren gelesen, daß der Spanier bei weitem nicht mehr so eifersüchtig wäre, als sonst; ich hab mich aber während meines Aufenthalts in Spanien von der Wahrheit dieser Behauptung nicht überzeugen können (Kaufhold 1797, I: 316).

Pero por otro (en el capítulo sobre las mujeres):

In Deutschland glaubt man durchgängig, daß die Weiber in Spanien wegen der Eifersucht der Männer nur Sklavinnen wären; seitdem ich hier bin, sehe ich täglich neue Beweise von dem Gegentheile (Kaufhold, I: 335).

En cambio, Fischer rompe con el estereotipo y afirma que esa rémora del pasado no sólo ha desaparecido totalmente desde que las costumbres se han suavizado, sino que incluso se ha llegado al otro extremo, de manera que las mujeres españolas son más libres que en ningún otro país:

Ehedem waren die Weiber freylich unterdrückt, und die spanische Eifersucht ist nun seit der allgemeinen Vermilderung der Sitten ein Märchen geworden; aber seitdem sind sie durch ein andres Extrem auch freyer als irgendwo (Fischer 1998: 98).

2 En la enciclopedia universal de Zedler se hace referencia expresa a los celos de los maridos españoles.

Prueba de esta libertad es la existencia de una costumbre o institución como el cortejo, que además constituye el aspecto más llamativo de la conducta amorosa y matrimonial de las españolas. Esta costumbre dieciochesca importada de Italia estaba extendida sobre todo entre las clases acomodadas (Martín Gaité 1972: 1), y consistía en que las mujeres casadas, con el consentimiento más o menos explícito de sus maridos, mantenían una estrecha relación —frecuentemente, pero no siempre, de carácter claramente erótico— con un acompañante permanente que suplía la ausencia del marido, las atendía en todo y satisfacía hasta sus más mínimos caprichos. Con el tiempo, la palabra “cortejo” llegó a designar también a la persona del acompañante. Hacia fin de siglo el conocimiento de esta costumbre parece haber trascendido las fronteras españolas (“Die Cortejos und ihre Pflichten sind bekannt” (Fischer 1802: 446)). Kaufhold dedica un capítulo aparte al cortejo y a otras costumbres parecidas (“Años, santos, estrechos y cortejos”, Kaufhold 1797, I: 251-261), que tenían todas en común la relajación de la fidelidad matrimonial y la búsqueda de nuevas parejas por motivos simplemente lúdicos. Fischer lo define de la siguiente manera:

Das Wort *Cortejo* bedeutet im Allgemeinen jeden *Liebhaber*; im Besonderen den Liebhaber einer verheiratheten Frau, der aber in *vielen* Fällen nichts als den Titel hat, und eben so gut Hausfreund und Gesellschafter heißen könnte (Fischer 1998: 199).

Los viajeros sitúan esa costumbre acertadamente en las clases pudientes; pero Kaufhold, una vez más se contradice. Por un lado observa que el cortejo es “ein Kind der Galanterie und des Müßiggangs, das in der arbeitenden Menschenklasse nicht gedeihet” (Kaufhold 1797, I: 255). Pero pocas más páginas más adelante asevera: “So ist dann das Cortejat durch alle Stände verbreitet” (Kaufhold 1797, I: 261), lo cual concuerda con su observación, ya comentada anteriormente, de que el respeto hacia las mujeres abarca a todos los estamentos.³

La reacción de los viajeros al fenómeno del cortejo es en principio de extrañeza: “Nur einem Ausländer kann so etwas auffallen, dessen Augen an dergleichen Anblick nicht gewöhnt sind” (Kaufhold 1797, I:

3 Esta homogeneidad social se manifiesta también, según Kaufhold en la tendencia de las mujeres de clase modesta al ocio, a la relajación y a imitar el modo de vida de las de clase alta (Kaufhold 1797, I: 336s.).

259), y en general eminentemente negativa: “Man mag sie als Hausfreunde oder als titulirte Kammerdiener betrachten.— Jedermann sieht, daß der Vorteil auf der Seite der Weiber ist” (Fischer 1802: 446). En una época en que se está formando en Alemania el nuevo matrimonio burgués con sus ideales de virtud y de sobriedad, la libertad de costumbres que se observa en los matrimonios españoles, concretizada en el cortejo, es motivo de escándalo y de reprobación moral. Fischer censura así el “despotismo amoroso” de las españolas:

Dergleichen Weiber sind gewiß nicht für die Ehe gemacht. Die Spanierinn sieht ihren Liebhaber als ihren Bedienten, ihren Mann als ihren Leibeigenen an. Von jenem fordert sie Geschenke, Aufmerksamkeiten, Services aller Art; von diesem dasselbe und ihren Unterhalt obendrein (Fischer 1802: 434).

Pero el cortejo no sólo es censurado desde el punto de vista moral, sino social en general, ya que había llegado a convertirse en una relación tan aprisionada por los convencionalismos como el propio matrimonio (Martín Gaité 1972: 193): “Es ist nicht zu läugnen, daß diese sklavische Verbindung der Paare zur Einförmigkeit des gesellschaftlichen Tones nur zu viel beyträgt” (Fischer/Zimmermann 1998: 200).

El extremo aparentemente opuesto a esta relajación de costumbres estaba marcado por la llamativa religiosidad externa, aunque era también evidente que entre devoción y galantería existía una íntima conexión. Fischer observa que el placer y la religión son los dos asuntos más importantes para una española ya desde su adolescencia (Fischer 1998: 95s.). En eterna lucha entre su mala conciencia y su temperamento, al final siempre vence la naturaleza, y después de haber caído en pecado, aplacan sus remordimientos simplemente yendo a misa o rezando una oración. Baumgärtner se expresa en términos semejantes: “Madrid kann man mit Recht den Hauptplatz der Liebesintriguen nennen. Aber wo wäre auch so ein Klima, hitziges Getränke, und eine so leichte Vergebung der Sünden zu erhalten als hier?” (Baumgärtner 1793: 225). La época de Cuaresma es la más favorable para los amós: “[...] keine Zeit pflegt auch für detaillirte Liebschaften günstiger zu seyn” (Fischer 1802: 388). Kaufhold observa incluso que los cortesjos también están extendidos entre el estamento eclesiástico, a veces aún más que entre los laicos: “eine pffaffenplatonische Liebe wird gestiftet, und diese geht bald wegen ihrer Unzulänglichkeit in eine weltliche über” (Kaufhold 1797, I: 260).

Una grave consecuencia de esta educación religiosa es la falta de formación de la mujer en España. Como es sabido, en el gran siglo pedagógico que es el XVIII, y en el país de origen del *Bildungsroman*, no sólo la formación del hombre, sino también, —y aún más si cabe— la de la mujer, era un tema de palpitante actualidad que en los años 90 alcanza dimensiones considerables. Fischer justifica en parte la falta de formación de la mujer española responsabilizando de ello a la educación católica, que él diferencia celosamente de la religión:

Und wo sollten die Spanierinnen wahre weibliche Bildung, das heißt, richtige Begriffe von ihrer Bestimmung und ihren Pflichten erhalten? Ihre Erziehung beschränkt sich auf das System von Meynungen und Gebräuchen, welches man Religion zu nennen pflegt; auf die Erlernung einiger glänzender Geschicklichkeiten, wie Tanzen, Guitarrespielen und einige leichte Handarbeiten (Fischer 1998: 98).

Esta falta de formación no sólo es corroborada por Kaufhold, sino que incluso la pinta de manera más drástica que Fischer, ya que según él en España ni siquiera se da importancia a las habilidades habituales entre las jóvenes de las clases acomodadas de otros países:

Es gibt hier keine zweckmäßige Schriften für Frauenzimmer, keine Lectüre, worin Geist und Herz eine angenehme und zugleich belehrende Unterhaltung fänden [...] und eben so wenig sind Zeichnen, Mahlen, Musik und fremde Sprachen (Gegenstände, die in andern Ländern den Vornehmen und Reichen so angenehm entweilen) im Schwunge (Kaufhold 1797, I: 340).

Ello tiene como consecuencia un aburrimiento mortal que sólo puede combatirse mediante una ocupación obsesiva con el amor. Si se unen ambos ingredientes (sensualidad y falta de formación), de ahí resultará una imagen que está en las antípodas del ideal femenino de la Ilustración alemana, del Clasicismo de Weimar y del primer Romanticismo. El vocabulario utilizado por Fischer no deja lugar a dudas, cuando dice que las españolas en general tienen muy poco “von jener holden Sittsamkeit, die die schönste Eigenschaft eines Weibes ist”; en cambio tienen algo, un no sé qué “das eben keine Neigung zum Platonismus verräth” (Fischer 1802: 435). Igualmente Kaufhold: “[...] platonische Liebe scheint hier nicht einmal dem Namen nach bekannt zu seyn” (Kaufhold 1797, I: 341). Es una descripción eminentemente negativa, a la que subyace una imagen de contraste ¿Qué es lo que *no* tienen las mujeres españolas? Por un lado la “encantadora decencia”, uno de los elementos fundamentales del ideal de mujer que fue formulado sobre

todo por Schiller y por Wilhelm von Humboldt.⁴ Por otro lado, les falta la orientación filosófica (“platonismo”) que está en la base del pensamiento de los dos autores nombrados y de la filosofía idealista de la época. Es comprensible que el efecto que esta anti-imagen produce en el observador alemán sea de preocupación e irritación, especialmente visibles en el caso de Fischer, a quien podemos considerar especialista en el tema del reparto de roles entre los sexos. Prueba de ello es que paralelamente a la publicación de sus libros de viaje también redactó en 1800 un anexo o epílogo para la exitosa novela de Wilhelmine K. von Wobeser: *Elisa oder das Weib wie es seyn sollte*, que llevaba el título: *Über den Umgang der Weiber mit Männern*. La editorial de Heinrich Gräff, que publicó gran número de obras de Fischer, se había especializado en la divulgación de literatura moralizante y pedagógica, sobre todo para mujeres jóvenes (Schieth 1990: 15*). Por otro lado, no hay que olvidar tampoco que otra actividad paralela de Fischer era la publicación de novelas eróticas bajo seudónimo (Huerkamp/Meyer-Thurrow 2003: 169-181). En todo caso, su interés por los temas femeninos es evidente.

Aunque a un nivel muy diferente, también Humboldt se interesó por esos temas, como acabamos de indicar, concretamente en el contexto de su estudio de la plástica griega como ejemplificación de abstracciones antropológicas sobre las diferencias sexuales. Por ello, su punto de partida es muy diferente al de los otros viajeros; y además, como habíamos indicado al principio, su diario es un caso especial por varias razones. No dependía de las exigencias del público lector y por ello sus anotaciones tienen en general un carácter más cronístico y documental, casi científico. En su diario apenas encontramos observaciones sobre las mujeres en general. Lo que predomina son descripciones individualizadas del aspecto físico de personas concretas, tanto hombres como mujeres, poniendo gran énfasis en la fisonomía (clara herencia de Lavater); p.ej.:

Madame Sierra, gross, ziemlich stark, ein weisses langes Gesicht und doch voll, eine fast griechisch absteigende Nase und flache Stirn, grosse Augen, ein schönes Gesicht und von mehr Gleichgewicht, grössern Mas-

4 Cf. el poema de Schiller *Würde der Frauen* (1795) y los ensayos de Humboldt *Über den Geschlechtsunterschied und dessen Einfluß auf die organische Natur* y *Über die männliche und weibliche Form*, ambos aparecidos en 1795 en la revista de Schiller *Die Horen*.

sen, und mehr Ruhe, als man in Spanien erwartet. Nur etwas kalt (Humboldt 1918: 159).

Como puede comprobarse, Humboldt hace aquí una comparación con alguna imagen estereotipada que da por conocida (“lo que se espera en España”). Él mismo trabaja también en la creación de dichas imágenes y luego las aplica a sus observaciones concretas de hombres y mujeres:

Ich sah bis jetzt zwei mir nationell andalusisch scheinende Physiognomien. Eine breite Köpfe [sic!], gewölbte Stirn, kleine und aufwärts gebogene Nase, schwarze Augenbraunen und Augen [...] Dies scheint mir die herrschende [...]. In Männern ist sie leicht Dummheit ausdrückend. Sehr feurig scheint sie mir nicht. Die zweite: mehr gerade Stirn, lange Gesichtsform, tiefe Augen, schmal eingedrückte Schläfen, lange und spitze oft schief herabsteigende Nase. [...] Bei Frauen sah ich sie nicht (Humboldt 1918: 231s.)

Aparte de esto, es muy destacable el pasaje donde describe un espectáculo de baile flamenco ofrecido por unos gitanos en Málaga e interpreta esas danzas sensuales y, en su opinión, procaces como expresión ingenua de los afectos y emociones de los *Naturmenschen* o “salvajes” (*Wilde*) en contraposición a la humanidad civilizada de Francia o Alemania. El protagonismo de la mujer en esta escena es sintomático: “[...] das leidenschaft- und wollusterregende dieser Tänze ist vorzüglich die Heftigkeit und Gewaltsamkeit der Muskelbewegungen des weiblichen Körpers” (Humboldt 1918: 288). Pero no hay que olvidar que se trata de gitanos, que, según Humboldt, no hay que equiparar totalmente con los españoles, haciéndose eco de las propias declaraciones, de los bailarines: “Auch lobten sie sich als Gitanen, und versicherten eine ganz andre und bessere Nation, als die Spanier zu seyn” (Humboldt 1918: 289). Pero a pesar de toda su espectacularidad, se trata de una descripción de una situación concreta y de personas concretas, sin que se aprecie un ánimo de generalizar.

En conclusión, se puede constatar que en la mayoría de los viajeros alemanes de la época de Goethe, la mujer española da una imagen que se define por comparación con el horizonte de expectativas que cada autor aporta, y por contraste con una imagen conocida (la de la mujer alemana de la época). Mientras que la imagen física es, en rasgos generales, uniforme e invariable, la imagen moral y cultural está sujeta a grandes fluctuaciones que dependen de la percepción personal de los viajeros, cuyos relatos muestran a su vez importantes diferen-

cias entre sí. Baumgärtner es el más superficial de todos, debido a que su relato lleva intercalada una parte ficcional muy extensa (la historia del conde de S.) que al final incluso llega a superponerse al relato del viaje real. Kaufhold, pese a su meticulosidad y riqueza de detalles, no siempre resulta creíble debido a algunas contradicciones presentes en él. El relato de Hager ofrece un interesante, pero exiguo material (este texto tiene 254 páginas, de las cuales 104 dedicadas a España). Humboldt es un caso especial, como ya hemos visto; y por último, Fischer es el más aprovechable debido no sólo a su amplitud y exactitud en la observación, sino también a su coherencia y variedad de aspectos, aparte de la amenidad de su estilo.

En términos generales, todos estos viajeros, en su esfuerzo más o menos sincero por superar viejos estereotipos, por desmentir el horizonte negativo de expectativas, crean una imagen de contraste con su propia realidad que cristaliza en un modelo antiilustrado y antiburgués. Nada más lejos de la Ilustración que la combinación de sensualidad y religiosidad, la obsesión amorosa de las españolas que se desprende de estos relatos de viaje, todo lo cual preludia y anuncia ya el Romanticismo.

Bibliografía

1. Fuentes

Baumgärtner, Friedrich Gotthelf (1793): *Reise durch einen Theil Spaniens nebst der Geschichte des Grafen von S.* Leipzig: Friedrich Gotthelf Baumgärtner.

Fischer, Christian August (1802): *Gemälde von Madrid.* Berlin: Unger.

— ([1799] 1998): *Reise von Amsterdam über Madrid und Cádiz nach Genua in den Jahren 1797 und 1798.* Neuedition der Ausgabe Berlin 1799. Herausgegeben, kommentiert und mit einem Nachwort versehen von Christian von Zimmermann. Heidelberg: Palatina.

Hager, Joseph ([1792] 1997): *Reise von Wien nach Madrid im Jahre 1790.* Herausgegeben von Christian von Zimmermann. Heidelberg: Palatina.

Humboldt, Wilhelm von ([1800] 1918): *Wilhelm von Humboldts Tagebücher.* Herausgegeben von Albert Leitzmann, Zweiter Band 1799-1835. Berlin: Behr.

Kaufhold, Anton Friedrich (1797): *Spanien wie es gegenwärtig ist: [...] aus den Bemerkungen eines Deutschen während seines Aufenthaltes in Madrid in den Jahren 1790, 1791 und 1792.* Zwei Bände. Gotha: Ettinger.

Volkman, Johann Jacob (1785): *Neueste Reisen durch Spanien vorzüglich in Ansehung der Künste, Handlung, Oekonomie und Manufacturen aus den besten*

Nachrichten und neuern Schriften zusammengetragen von D. Johann Jacob Volkmann. Erster und zweeter Theil. Leipzig: Fritsch.

2. Literatura secundaria

- Floeck, Wilfried (1981): "Das Spanienbild der französischen Aufklärer und seine Auswirkung auf die spanische 'Ilustración'". En: *Ibero-Romania N.F.*, 13, pp. 62-76.
- Hönsch, Ulrike (2000): *Wege des Spanienbildes im Deutschland des 18. Jahrhunderts. Von der Schwarzen Legende zum "Hesperischen Zaubergarten"*. Tübingen: Niemeyer.
- Huerkamp, Josef/Meyer-Thurow, Georg (2003): *"Die Einsamkeit, die Natur und meine Feder, dies ist mein einziger Genuß". Christian August Fischer (1771-1829) – Schriftsteller und Universitätsprofessor*. Bielefeld: Aisthesis.
- Martín Gaité, Carmen (1972): *Usos amorosos del dieciocho en España*. Barcelona: Anagrama.
- Schieth, Lydia (1990): "Nachwort". En: Wobeser, Wilhelmine K. von: *Elisa oder das Weib, wie es sein sollte*. Hildesheim: Olms, pp. 1*-39*.

Los prismas de la mirada: región

Kathleen March

La Galicia de los siglos XIX y XX: la mirada anglosajona

There are no foreign lands. It is the traveler only who is foreign (Robert Louis Stevenson).

The traveler sees what he sees, the tourist sees what he has come to see (Gilbert Keith Chesterton).

The *meaning* of travel and its implications for collective self-awareness will become clearer if we think of travel as doing four things, particularly to travelers, but sometimes to those they encounter as well: estranging, transforming, liberating and unsettling (Morgan 2001: 10).

Incluso hasta mediados del siglo XX, el llegar a y viajar por Galicia desanimaba a muchos, no importara su sexo. La falta de transporte adecuado —ni hablar de cómodo— se relacionaba con la geografía montañosa y el desinterés por parte del gobierno español por la zona del noroeste y sus pocos aportes a la economía nacional. Algunos viajeros se acercaron por el mar, pero por lo general las tierras gallegas no figuraban en los itinerarios y eran visitadas tal vez menos que Portugal, que podía reclamar el estatus de país con historia propia. Las cuatro provincias de Galicia, que compartían una lengua similar al portugués, sin embargo contaban como enigma dentro del marco nacional español, que se había construido y se mantenía mediante las noticias frecuentemente difundidas sobre la capital, Madrid, algunas ciudades castellanas como Burgos (por su relación con El Cid) y una pequeña selección de ciudades andaluzas. Los viajeros dependían de los anteriores para recomendaciones y sugerencias en cuanto a los alojamientos, platos típicos y experiencias culturales. Si se entraba por tierra, cruzando los Pirineos, el mundo que se extendía al otro lado de la Sierra de Cervantes hasta Finisterre apenas llamaba la atención, excepto tal vez cuando se conocía el Camino de Santiago y la importancia de Compostela como destino de peregrinación. En el caso de los viajeros protestantes, acaso el destino de tantos peregrinos católicos

desde la Edad Media no representara un incentivo para aguantar el viaje largo y las muchas incomodidades que suponía.

Es en este contexto que debemos destacar los comentarios de los pocos viajeros que sí llegaron a tierras gallegas y dejaron testimonios escritos sobre lo que observaron. Buscamos limitar aún más el material de nuestro estudio: los textos que aquí comentamos fueron escritos por mujeres de Gran Bretaña y Estados Unidos que viajaron a Galicia a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Hay que notar que eran mujeres sin cónyuge, salvo una, Catherine Gasquoine Hartley, quien se muestra excepcional: a menudo decidía el itinerario y “buscaba aventuras”, y acompañaba al esposo en la pesca. También este grupo estaba compuesto por escritoras o profesoras, y una era fotógrafa/etnógrafa. Aunque la industria del *turismo* había empezado a aumentar a partir de 1850, ayudada por empresas como Cook’s Tours,¹ creemos que cada una de estas viajeras se clasifica más como viajera que como turista² por su objetivo de estudiar y aprender de la experiencia de estar en otro país. Veremos, no obstante, que una de ellas (la norteamericana Katharine Lee Bates) no experimentó el viaje por Iberia como ‘liberación’ como se indica en la cita de Morgan sino como desequilibrio. Aprovechó siempre la oportunidad de afirmar casi con beligerancia ideas negativas previas al viaje. Con esto queremos decir que ni siquiera con un grupo muy definido, las experiencias varían enormemente y dependen de factores individuales.

1. Las obras y las autoras

Nuestra lista de viajeras anglosajonas no es muy extensa. Con la excepción de Dorothy Wordsworth Quillinan, hermana del poeta William Wordsworth, que únicamente pasó por el puerto de Coruña rumbo a Portugal, no se han encontrado obras de viajeras anteriores a

-
- 1 Georgiana Goddard King menciona los Cook’s Tours como grupos de visitantes en viajes de turismo, con la implicación de que eran numerosos y se notaba la presencia en el paisaje urbano.
 - 2 “The world-wide spread of contemporary international tourism has often been causally attributed to the industrial revolution, either as a direct effect, by pointing out how industrialization created the transportation and technical preconditions for massive travel, or indirectly, through the emergence of monied middle classes and greater productivity [...] The latter brought out paid holidays which, in turn, met an assumed general human propensity to travel” (Jozsef Borozs 1992: 712).

1880.³ Aquí se hará referencia a: *Iberian Sketches* (1884) de Jane Leck,⁴ escocesa; *Spanish Highways and Byways* (1900) de Katharine Lee Bates,⁵ estadounidense; *Galicia, Switzerland of Spain* (1909) de Annette Meakin,⁶ inglesa; *Spain Revisited: A Summer Holiday in Galicia* (1911), de Catherine Gasquoine Hartley (que también firma como Mrs. Walter M. Gallichan o Mrs. Arthur D. Lewis),⁷ inglesa; *The Story of Santiago de Compostela* (1912), de Catherine Gasquoine Hartley (incluye material de un viaje que ella dice que hizo diez años antes); *The Way of St. James* (1920), de Georgiana Goddard King,⁸ estadounidense; *Gallegan Provinces of Pontevedra and La Coruña* (1939), de Ruth Matilda Anderson,⁹ estadounidense. Esta última hizo cinco viajes extensos a España entre 1923-30, dos a Galicia, entre 1924-26.) No se ha incluido *Grapes and Granite* de Nina Epton, inglesa, por ser muy tardío: es posterior a la Guerra Civil (1956).

3 Wordsworth Quillinan (1895). Quillinan murió en 1847; su diario se publicó póstumamente. El viaje tuvo lugar en 1845.

4 Autora de *Doon Lyrics* (1894); *Choice and Chance: "Love Makes the Choice, but Fortune Makes the Chance"* (1912).

5 Autora conocida sobre todo por haber escrito el poema que luego sería la letra de la canción patriótica "America the Beautiful" (1893).

6 Autora también de *A Ribbon of Iron* (1901); *Russia: Travels and Studies* (1906); *Hannah More, a Biographical Study* (1911); *Woman in Transition* (1907); *In Russian Turkestan; a Garden of Asia and its People* (1903); *What America is Doing; Letters from the New World* (1911); *Enlistment or Conscription?* (1914); *Inez de Castro, a Tragedy in Three Acts* (1930)

7 Autora también de *The Story of Seville* (1910); *The Cathedrals of Southern Spain* (1913); *Divorce (to-day and to-morrow)* (1921); *Pictures in the Tate Gallery* (1905); *Moorish Cities in Spain* (1906); *Things Seen in Spain* (1927); *Mother and Son: A Psychological Study of Character Formation in Children* (1923); *Women's Wild Oats: Essays on the Re-fixing of Moral Standards* (1920); *The Truth About Woman* (1913); *The Cathedrals of Southern Spain* (1906); *Motherhood and the Relationships of the Sexes* (1917); *The Prado: a Description of the Principal Pictures in the Madrid Gallery* (1907); *Velázquez: An Account of his Life and Works* (1908); *A Record of Spanish Painting* (1904).

8 Autora de *Sardinian Painting* (1923); *Pre-Romanesque Churches of Spain* (1924); *The Way of St. James*, 3 vols. (1920); *Heart of Spain* (1941); "Some Churches in Galicia." Editó la obra de George Edmund Street, *Some Account of Gothic Architecture in Spain* (1914), trabajo para el cual parece que repitió los pasos de Street por España.

9 Autora de *Hispanic Costume, 1480-1530* (1979); *Costumes Painted by Sorolla in his Provinces of Spain* (1957); *Spanish Costume: Extremadura* (1951); *Images in Procession: Testimonies to Spanish Faith* (1963); *La golilla: A Spanish Collar of the 17th Century* (1969); *El chapín y otros zapatos afines* (1969).

Varias de estas mujeres documentaron no solamente lo que ellas vieron sino también lo que creyeron ver en la mirada de los locales que las observaban. En este sentido podríamos hablar de una tendencia diferente con los narradores masculinos, que posiblemente no se fijaran tanto en lo que pudiera ser la reacción de los gallegos ante la presencia del extranjero. ¿Hasta qué punto acertarían ellas en sus conclusiones y qué información o informantes servían de base para sus observaciones? No es fácil descubrirlo. Por lo menos al limitar este trabajo a viajeras *anglohablantes*, se ha querido homogeneizar más los comentarios sobre temas lingüísticos. También se ha pensado que así es más fácil ver si su dominio del español (o del gallego) es uniforme. También, el juntar británicas y norteamericanas permite comparar algún aspecto de la perspectiva europea con la norteamericana. Lógicamente sólo se puede generalizar acerca de la influencia del contexto cultural y nacional en lo que buscaban y encontraron estas viajeras, pero es una generalización fundamental. Uno de los países era una nación establecida, con tradiciones propias; el otro, más joven, buscaba desarrollar su potencial político e imperialismo solapado. Ese imperialismo no estaba exento de preocupaciones religiosas, ya que ciertos norteamericanos consideraban la sociedad protestante superior a la católica, que consideraban más primitiva, salvaje e inmoral. El momento político no era igual para las americanas que para las europeas, dada la diferencia de edad entre los Estados Unidos y Gran Bretaña. América sentía más necesidad de afirmarse como nación potente, sobre todo después de la derrota de España en el hemisferio occidental.

Ahora bien, aunque estas autoras compartían una identidad anglosajona que contrastaba con la latina de España, también compartían los elementos célticos de Galicia. Esto creó una complejidad para la interpretación de esta zona geográfica, cuando las viajeras eran conscientes de los elementos que diferenciaban a Galicia del resto de España. Ya que no solían viajar a Portugal, salvo Leck, la comparación con ese país no se hizo evidente. Por lo tanto, estudiar únicamente a las mujeres que estuvieron en Galicia creó un grupo más manejable, y asimismo creó un grupo de viajeras que conocieron una parte de Iberia mucho más desconocida, aunque no fuera homogéneo el resultado.

A pesar de no estar en la ruta principal del Gran Tour, España sí atraía a cierto número de visitantes.¹⁰ Por eso, el motivo de la fascinación fue algo diferente para los norteamericanos: se debía en parte a las relaciones de ambos países, Estados Unidos y España, con los otros países americanos y en parte a las publicaciones de algunos intelectuales americanos, participantes también en su especie de Gran Tour, que fueron los verdaderos fundadores del hispanismo en Estados Unidos. Por ejemplo, las publicaciones de Washington Irving (1820-1830) despertaron la imaginación americana y proporcionaron la conexión con Colón.¹¹ No importaba que en sus viajes y diarios Colón no pensara en América del Norte: su figura unía a las naciones americanas del hemisferio occidental frente a Europa (Cynthia Bushman 1992). Otras figuras norteamericanas, como Caleb Cushing, Hannibal Hamlin, y George Ticknor, compartirían sus experiencias sobre todo en Madrid y algún otro centro cultural consagrado.

La imagen de España no era monolítica para los intelectuales americanos, en parte porque los Estados Unidos estaban en vías de definirse como potencia mundial, como ya se ha observado, y por consiguiente también lo estaban sus corrientes de pensamiento. De todas maneras, como perspectiva general, sus líderes veían a su nación como joven, democrática y protestante. Estas características la hacían superior a una España imperialista, vieja y católica en que el atraso podía comprobarse, por ejemplo, en la restauración de la Inquisición durante el reino de Fernando VII,¹² aunque fuera por un período breve.

10 "During the last decades of the eighteenth century and throughout most of the nineteenth century Spain attracted the Western Romantic imagination powerfully. Though anchored in economic and cultural stagnation, Spain offered to post-Enlightenment travelers the exoticism of its oriental, medieval, and imperial past. A journey to Spain not only entailed a literal geographical progression but also a figurative voyage across different historical and cultural periods of that country [...]" (15).

11 "Washington Irving, descubridor de Colón y los lugares colombinos" (<www.diphuelva.es/contenido_basico.asp?idContenido=612>, 30.06.2008).

12 Fernando VII regresó al trono en marzo de 1814, con la primera restauración absolutista (1814-1820), las reformas emprendidas a partir de 1810 quedaron suspendidas, los decretos y leyes aprobados por la Asamblea de Cádiz fueron derogados, las Cortes quedaron clausuradas y muchos diputados tuvieron que exiliarse.

Por Real Decreto de 21 de julio de 1814 se restablecía el Santo Oficio, nombrado Inquisidor General al Obispo de Almería, Francisco Javier Mier y Campillo. (<www.fuenterrebollo.com/Inquisicion/menu.html>, 30.06.2008).

Más tarde, después de la guerra del '98, los norteamericanos podían ver a España con compasión y un poco de superioridad, como un país en vías de recuperación, pero sobre todo como un país cuyo imperio no podía ya representar una rivalidad para los designios de los estadounidenses en las Américas. Ganada esa batalla a finales del siglo XIX, los americanos del Norte podían ser más benévulos con los españoles derrotados. A la vez, *algunos* estadounidenses decididamente sentían la atracción de lo exótico y lo antiguo. Les intrigaba la herencia de los moros y otros grupos que habían poblado la Península e incluso España ofrecía lecciones políticas: el imperialismo ibérico, decadente y monárquico, valía poco ante el creciente expansionismo del joven país de Estados Unidos. También los lectores americanos de las guías de España buscaban aventura¹³ y creían que el terreno artístico-literario ofrecía oportunidades para forjar carreras intelectuales, como fue el caso de Ticknor, Longfellow e Irving. Si bien los viajeros a Galicia que tenían conocimientos históricos se verían obligados a situar lo exótico y antiguo en la cultura celta, eso no impidió que hubiera algunas menciones de rasgos árabes en la arquitectura¹⁴ o en los ojos de una joven y casi siempre se menciona el motivo de Almanzor como ladrón de las campanas de la catedral santiaguesa.¹⁵ No hace falta mencionar la fama de las guías y libros de viajeros para España, aunque no hubo la misma abundancia que había para otros países.

La escasez de material preparatorio para los viajeros a Galicia,¹⁶ zona más apartada y muy distinta al país cuya capital estaba muy lejos, en el centro de la península, nos permite evaluar el manejo y fiabilidad de las fuentes de información, el acuerdo o desacuerdo con que

13 "[...] Spain perhaps was seen as an agent of Western consolidation for having unified its diverse kingdoms and successfully repulsed the Moorish occupants in 1492. Americans were very significantly turning their eyes toward crucial episodes in the formation of modern Spain at a time when they too were strengthening their own nationhood" (Gifra-Adroher 2000: 16).

14 Bates, aunque está en una casa con una campesina, observa: "From a convenient hollow in a pillar of Arabic tradition she proudly drew her library, — a shabby primer and a few loose leaves of a book of devotion" (Bates 1900: 441).

15 Cf. Puente González (2001: 7-21); también María Isabel Pérez de Tudela y Velasco (1998: 9-28).

16 Los países del Gran Tour eran, sobre todo, Suiza, Francia, Alemania e Italia, y a veces Grecia. De todos modos, para el análisis de España como país misterioso, católico 'en exceso' —debido a la Inquisición—, tierra de lentitud e indolencia, se podría dedicar más de un libro.

las citaban y la repetición de motivos histórico-culturales, aplicados a toda España como si fuera un país homogéneo. La selección del corpus proviene de nuestro interés por las actuales autonomías del Estado español y su proceso de desarrollo. El Estado actual resalta el concepto de nacionalidad histórica –no sólo geográfica– de Galicia, Euskadi y Cataluña, pero ¿cómo se percibía (*si se percibía*) la irreductibilidad del carácter gallego pre-autonómico aunque post-regeneracionista y post-Rexurdimento? Ya en la primera mitad del siglo XIX, el Romanticismo, con la valoración de lo popular en Galicia, había resaltado el valor de lo no español. La lengua gallega como hermana del portugués y las prácticas culturales de este territorio ibérico serían vinculadas por los intelectuales galleguistas a los países celtas del norte, varios de los cuales formaban parte de la nación británica. Esto venía a constituir un ‘dar la espalda’ fuertemente a toda conexión con la herencia árabe o andaluza. Aunque las vicisitudes de la unión británica también fueron muchas y muy marcadas durante el siglo XIX, carecemos aún de datos sobre las autoras que nos permitiesen saber sus opiniones sobre la “soberanía celta” en Gran Bretaña. Sí podemos afirmar que las viajeras inglesas subrayaban los lazos célticos de los *gallegos* y esos rasgos eran positivos; hacían de Galicia un territorio más “británico”.¹⁷ Las norteamericanas no parecían mostrar interés en el enlace celta, como tal vez tampoco se interesaron por Inglaterra, la anterior dueña de las colonias americanas.

De todas maneras, tanto los viajeros británicos como los norteamericanos tenían motivos para no reconocer la disonancia de una Galicia autónoma con la idea de “España, país misterioso”, a pesar de que hubiera numerosos proponentes de una nación gallega desde comienzos del XIX. Cal (1998) distingue la aparición de impresos periódicos en Galicia ya en 1808, con motivo de la lucha contra Napoleón. Éstos fueron seguidos por otros periódicos después de la revolución de 1868. A partir de este momento, empezaron a salir publicaciones en ambas lenguas y en la primera década del siglo XX aumentaron debido a la movilización agrarista. En términos de pensamiento nacionalista o de *home rule* de Galicia, el siglo XIX comenzó con el sentido provin-

17 Notemos que la dedicatoria del libro de Meakin dice: “This volume is respectfully dedicated to Her Majesty Victoria Eugenia, Galicia’s Queen” (Meakin 1909).

cialista (1814), seguido del federalismo (1868-1880) y a partir de 1880 se habla de la etapa del regionalismo, hasta 1906. El mismo Manuel Murguía (1833-1923), a quien llegaron a conocer y cuyos libros consultaron algunas de las viajeras, fue líder del regionalismo y participante, junto con su esposa Rosalía de Castro, en el famoso banquete de Conxo que tuvo lugar en 1846. Este acto tan significativo dentro de Galicia para el desarrollo del sentido de nación, sin embargo no fue motivo de análisis ni comentario. Un extranjero que tuviera contacto con los gallegos podría haberse informado sin mayor dificultad del banquete y de otros eventos y publicaciones. Pero es cierto que el celtismo que elogian los galleguistas es motivo de risa en la capital madrileña, desde la que se ridiculiza el sentimiento, llamándolo “celtomanía” (Cal 1998) sin reconocer que en tierras gallegas era indicio de un nacionalismo creciente. Asimismo, la Academia Gallega, fundada en 1905-1906, pudo haber recibido noticia en los libros de algunas viajeras, pero apenas mereció atención. En otras palabras: a pesar de ser la primera y segunda décadas del siglo XX de suma importancia para el nacionalismo periférico, no figuran las actividades galleguistas de esta época en los escritos de las anglosajonas. En 1916, se fundaría la importantísima Irmandade dos Amigos da Fala Galega, expresión de orgullo y confianza en el valor del idioma gallego. Sin embargo, apenas 16 años antes, Bates todavía compartía el desprecio de los ingleses Richard Ford y George Borrow diciendo: “This far northwestern province is the Boetia of all the Peninsula, and to be called a Gallego is to be called a fool” (Bates 1990: 399-400).

Nos ha parecido fundamental para comprender las perspectivas de estas viajeras su dominio del idioma, lo que condicionaría la capacidad de comprender lo que leían y escuchaban, aumentando o disminuyendo las posibilidades de acceder a las voces del pueblo y no sólo a las de otros extranjeros. Las pruebas de su capacidad comunicativa se ven parcialmente en las fuentes que aparentemente consultaron (aunque citar no siempre quiere decir que hayan leído con detenimiento), las anécdotas que registraron, las observaciones metalingüísticas sobre el modo de hablar gallego y en las citas textuales que pueblan sus libros. Desafortunadamente, no hemos podido comprobar con qué claridad manejarían la información que citan. Es cierto que a ratos las limitaciones lingüísticas de las autoras resultan en datos equivocados, incomprensión o –curiosamente– una idealización del “otro” que es el

gallego para ellas. Teniendo en cuenta el humilde estatus social y la limitada importancia política de la población gallega dentro del marco de España, nos hemos preguntado cómo las viajeras anglosajonas percibían el uso del gallego y si esta lengua y las demás características de Galicia pudieron de algún modo llegar constituir para ellas una realidad no española. En sus escritos a veces notan el aislamiento y abandono político de Galicia por Madrid, pero curiosamente esta condición es particular; no se compara con las zonas celtas de Gran Bretaña que también reclamaban una forma de autonomía.

2. Jane Leck: precursora escocesa

De las 166 páginas de *Iberian Sketches*, que abarcan un viaje de siete semanas, apenas 40 tratan la estancia de Leck en Galicia, pero son casi las primeras impresiones en forma escrita que tenemos en este momento. La conciencia de ella de que emprenderá viaje por tierras desconocidas para muchos¹⁸ influirá en su narración, en el estilo, especialmente en relación con el uso de un humor sutil, y con la capacidad de definir sin condenar fenómenos tales como la abundancia de mendigos. Aunque es la primera que llega a tierras gallegas, contrario a lo que documenta Farnham en su estudio de las críticas muy denigrantes de los viajeros sobre las posadas españolas, Leck niega que el alojamiento en España sea catastrófico. También muestra tener una capacidad de disfrutar de la belleza natural y de aceptar los grandes desafíos del traslado por esta zona. Dice:

Few of the many tourists who annually visit the Peninsula ever turn aside to this, one of its most beautiful districts, where hill and stream, and wood and valley, offer ever new and ever charming combinations to the eye of the delighted traveller, amply recompensing him for any little hardship he may have to endure. A slight knowledge of the language, and a reserve fund of patience and good humour, are almost the only indispensable preparations for this enjoyable tour (Leck 1884: V).

Quince años más tarde, Katharine Lee Bates no se privará de expresar un asco soberano ante las condiciones primitivas tanto de los lugares en que le toca dormir como de los medios de transporte gallegos. Las otras viajeras no registran experiencias desagradables (salvo lo poco que dice Hartley de paso de una posada en Tuy) de alimento y aloja-

18 Meakin y Hartley repetirán el comentario sobre lo poco conocida que es Galicia.

miento. Hartley reconoce que ha habido quejas, pero al mismo tiempo niega haber encontrado esas condiciones. Leck admitió y gozó de la lentitud de la vida en España y Hartley afirma la misma cualidad como calidad de vida dos décadas después. El buen humor de Leck ante algunas incomodidades contrasta con las quejas de Bates, para quien casi nada del norte valía la pena, tal vez por ser obra de católicos...

3. Lo céltico

Morgan, en *National Identities and Travel in Victorian Britain*, trata el tema de las diferencias entre ingleses, irlandeses, galeses y escoceses en aquella época. Las diferencias locales o regionales, que condicionan tanto las percepciones de los viajeros a las regiones 'no tan inglesas' de Inglaterra como las percepciones de los británicos que viajan a otros países, pudieron influir en las viajeras a Galicia. Ése es el caso de Leck, por sus referencias a las similitudes paisajísticas entre Escocia y Galicia. Por su parte, Annette Meakin dedica muchas páginas a los orígenes celtas de Galicia, basando su información en Jubainville, Flórez, Julio César, Villa-Amil, Aguiar *et al.*, y afirma que los escoceses e irlandeses son descendientes de los españoles [*sic*]. Entre sus argumentos están algunas tradiciones y topónimos, como el ejemplo de Cymbru (Gales) como raíz de lugares gallegos: Cam, Camb, Cambr, Cim y Cimbr (Meakin 1909: 10). [No está claro si ella utilizó fuentes primarias o si extrae su información de fuente secundaria.]¹⁹ En cambio, las extensas disquisiciones de Hartley sobre la herencia celta de los gallegos se centran más en el paisaje humano que en el geográfico. El énfasis en lo celta de esta escritora *no celta* crea un texto más idealizado, folklórico y exótico que el de Leck. De los celtas los gallegos han heredado, teoriza con toda seguridad Hartley, la aptitud para el trabajo, la tenacidad, el carácter doméstico, la capacidad poética. Insiste en esta herencia en por lo menos tres capítulos diferentes de *Spain Revisited*. En ninguna de las autoras se vio como defecto o impedimento la conexión celtismo/cultura gallega. King, norteamericana, traza la relación con Escocia en particular, a la vez que men-

19 De la capacidad filológica de Meakin habría que decir que no siempre acierta. Un ejemplo es cuando afirma que Lima, capital de Perú, viene de Limia (gallego) y Lima (portugués). La Lima americana viene del quechua *rimay/rimaq*, hablar/el que habla, y se refiere al sonido del río que desemboca en el mar Pacífico.

ciona que ella tiene lazos escoceses personales, lo que se interpreta como intento de estrechar los lazos que ella tiene con Galicia, personalizando su experiencia o justificándola como investigadora académica.

4. Referentes históricos y la interpretación de Galicia

Dejando de lado las comodidades personales, las viajeras por Galicia conjugan constantemente pasado y presente. En los libros de Hartley, esta fusión/contraste se hace elogiando un futuro de democracia y progreso. La historia consiste en tribus, monarcas y soldados por un lado y en los rasgos religiosos, por otro. Así se subrayan los parámetros históricos para la descripción del arte y arquitectura, manifestaciones culturales que tienden a ser de la iglesia y organismos gubernamentales o municipales. Desde la perspectiva del Gran Tour esta información histórico-cultural dignifica el viaje porque lo presenta como oportunidad de ampliar los conocimientos del arte. ¡Incluso Bates con su actitud predominantemente negativa encuentra elementos loables cuando está parapetada en la catedral! En 1912 Hartley publica un volumen entero sobre la ciudad de Santiago, basándose principalmente en la historia eclesiástica. Todas manejan y citan diversas fuentes aunque curiosamente la profesora Bates es la más reacia a precisar en qué se basa o posiblemente se informa muy poco.

5. Los viajeros y sus libros

Los textos clave para estas viajeras son los de los ingleses Richard Ford y George Borrow, ninguno muy favorable a Galicia, como se ha dicho. El de Ford se hizo como guía a petición del editor John Murray, se publicó en 1845. El éxito fue tal que en 1846 Ford publicaría el más manejable *Gatherings from Spain*, que también tuvo una recepción muy favorable. La intención de Borrow no sería escribir una guía para viajeros, pero su talento descriptivo y narrativo produjo un libro que se volvió muy popular entre los que preparaban un viaje a España. Para los Protestantes, *The Bible in Spain* tendría el atractivo adicional de contar las experiencias de un viajero religioso que trataba de repar-

tir ejemplares de la Biblia en un país quizás “demasiado católico”.²⁰ Es decir, los motivos y descripciones de Borrow se leerían con mucha confianza en la veracidad de la presentación de este inglés. Otro británico que servirá como fuente de información será George Edmund Street (1824-1881), autor de un volumen sobre el arte gótico español y cuyas cartas Georgiana King editaría en 1916.²¹ La edición de Street hecha por King muestra además la comunicación de ideas sobre España que existió durante varias generaciones dentro del mundo intelectual-artístico anglohablante. Al mismo tiempo es indicio del importante papel que ejercía la *Hispanic Society of America* en la promoción y preservación de la relación cultural con España.²² Aparte de las fuentes inglesas, hay menciones de la guía de Baedeker (aunque por cierto Hartley afirma no estar al día, dado el marcado *progreso* de Galicia). Para Meakin y Hartley, hay además textos en español que van desde el siglo XVI hasta estudios contemporáneos publicados por el Ateneo de Madrid: los trabajos de Villa-Amil y Castro (1873), Flórez (1879), Barros Sivelo (1875) y López Ferreiro (1895), entre otros. El libro del Padre Fita y Colomé, *Recuerdos de un viaje a Santiago de Compostela*, también ejerce cierta atracción.²³

Como los viajeros masculinos, las mujeres se preparaban para el viaje con lecturas de diverso tipo. La existencia de guías muy difundidas podían satisfacer sus necesidades. La serie de John Murray (de la que el primer volumen apareció en 1836) fue la más popular hasta la llegada de las guías Baedeker a finales del XIX. La curiosa mezcla de anécdotas personales con hechos históricos y datos prácticos pudo

20 Borrow también escribió *Romany Rye* (1857), sobre el tiempo que pasó con los gitanos.

21 King (1914). Probablemente la editora viajó por primera vez a España, si no a Galicia, antes de 1914.

22 *The Hispanic Society of America* fue fundada en 1904 por Archer M. Huntington. Ha publicado más de 200 títulos y ha organizado importantes exposiciones artísticas. La relación de Huntington con Sorolla tuvo como un resultado una exposición de 1909 de la obra del pintor español. Uno de los cuadros de Sorolla influye en la imagen que Ruth Matilda Anderson lleva a Galicia, con su búsqueda de la vestimenta típica de los gallegos. Anderson expresa su desilusión al no encontrar inmediatamente el mismo traje que había visto en el cuadro de Sorolla, que por cierto era de Valencia, no de Galicia.

23 Sería interesante en un futuro estudio tratar de descubrir cómo encontraban estos textos en español, si mediante bibliotecas o instituciones culturales o amigos y contactos personales. También habría que ver si los compraban y dónde.

haber influido en muchos de los usuarios. Aunque no hay espacio para exponer las similitudes estilísticas, la costumbre de Ford de mechar la prosa inglesa con términos de otras lenguas (español y gallego) también fue modelo de Hartley, Meakin y Anderson. El recurso estilístico de insertar elementos de la otra cultura en el texto inglés sirve para entretener e instruir, pero también su efecto es convencer a los lectores que el viajero ha prestado atención a los detalles y que domina el idioma. Proporciona un aire “pintoresco” a la vez que da la impresión de que lo que se dice es la realidad, es auténtico. Buzard (2002) nota que el concepto de “lo pintoresco” entró en el debate cultural con el Reverendo Gilpin en 1770-1780, y el ensayo “Essay on the Picturesque” de 1794. En las viajeras anglosajonas el pintoresquismo lingüístico enriquece el texto inglés, interrumpiendo la superficie lisa del monolingüismo y así entreteniendo a los lectores con una pequeña dosis de *local color* hispano-gallego. Si hubo intención de ser auténticas en el sentido lingüístico, sin embargo, las escritoras con frecuencia no alcanzaron su objetivo.

A pesar de citar copiosamente las obras mencionadas, las viajeras no siempre están de acuerdo con los autores y a veces ofrecen ellas sus propias interpretaciones del arte o la historia. No obstante, como hemos visto, una escritora tan favorable a Galicia como Catherine Gasquoine Hartley se apoya en las investigaciones de los viajeros y eruditos masculinos que la menospreciaron. Incluso varios de los volúmenes que consultó Richard Ford figuran en los de las viajeras. Entre estos títulos están: *España Sagrada* (más de 50 volúmenes con 9 sobre Galicia);²⁴ *Ensayo sobre la Historia de Galicia* de Verey y Aguiar;²⁵ Barros y Sivelo;²⁶ los once volúmenes sobre la catedral de

24 La España Sagrada fue una de las mayores empresas historiográficas del siglo XVIII español, que contó con el apoyo del rey Fernando VI y de la Orden de San Agustín, todavía está inconclusa. Dudamos que hayan leído todas las viajeras los muchos volúmenes de esta y otras obras citadas.

25 Verey y Aguiar, José. *Historia de Galicia: primera parte, que comprende los orígenes [sic] y estado de los pueblos septentrionales y occidentales de la España antes de su conquista por los romanos...* Ferrol: [s.n.] (Imprenta de D. Nicasio Taxonera), 1838.

26 Barros Sivelo, Ramón. *Antigüedades de Galicia*. La Coruña: [s.n.] (Imprenta de D. Domingo Puga), 1875.

López Ferreiro.²⁷ A veces las autoras citan casi los mismos pasajes de sus predecesores. Casi nos preguntamos si ellas se consideraban competidoras por el título de “experta en cositas gallegas” del mismo modo que hicieron los autores que habían publicado sobre las “cosas” o “cositas” de España.²⁸ ¿O habían sido empleadas esas citas por muchos otros textos de viajeros y ya eran “comida diaria” de cualquier persona que se acercara a las tierras gallegas? Según Morgan (22), hay que recordar que “the popularity of books on travel was second only to that of novels in nineteenth-century Britain.” Sin embargo, parece que entre las viajeras a Galicia había guías o manuales que eran ‘un poco más’ populares y la influencia de esos libros en sus escritos es notable. Sería lógico suponer que la repetición de ideas y datos mostraba la veracidad de los textos femeninos. Lo cuestionable es que las autoras siguieran citando fuentes muy trilladas y remotas en el tiempo. Podría atribuirse esta práctica o bien a la canonización de los testimonios anteriores, a un factor de género (la mujer tenía que basarse en las autoridades masculinas y eclesiásticas), o incluso a la falta de nuevas fuentes de información en español sobre Galicia, zona poco estudiada por personas no nacidas en ella.

Sin embargo, salvo para la norteamericana Bates, el estilo de viajar y de estar en Galicia no es exactamente igual al de sus antecesores masculinos. El tono aventurero, jocosos y de autoimportancia de sus predecesores masculinos en ellas suele ser más reflexivo y hay un intento más evidente de analizar lo gallego desde cerca, no solamente mostrarlo como pintoresco. Bates sí empieza su *Spanish Highways and Byways* con el capítulo titulado “Lazy Spaniard”,²⁹ pero Hartley

27 *Historia de la S. A. Metropolitana Iglesia de Santiago de Compostela*. Cabildo Metropolitano. 1898-1910.

28 Como por ejemplo Mackie (1855), Pitt Byrne (1866), Ford (1974), Harvey (1875).

29 Encontramos el término en textos como *The Gentleman's Magazine*, vol. LX (London 1790), p. 331 e incluso en vol. XLIX, 1780, p. 197. También se encuentra en *Harper's New Monthly Magazine* (1851), *The Dublin University Magazine* (1851), *Brownson's Quarterly Review* (1853) y otras publicaciones. Claramente era un tópico desde muy temprano en las imágenes que existían en el mundo anglosajón. Pero tal más importante en el caso de la patriota democrática Bates, en *The United States Democratic Review* (vol. XXIII, 1848). En esta publicación encontramos este breve retrato del español en Norteamérica y concretamente en las tierras lejanas de California que formaban la frontera occidental de Estados Unidos: “But the judicious and lazy Spaniard, considering the uncertainty of

declaradamente contradice la imagen del “español indolente” y su retrato de Galicia es un enaltecimiento fervoroso de un territorio idílico, lleno de campesinos trabajadores, listos para un gran pulso hacia el futuro. Este ambiente popular, repleto de industria humana, canto, poesía y bailes locales que presenta Hartley, contrasta fuertemente con su extensa indagación de la liturgia y tradición católicas. Para la viajera de considerable curiosidad y formación intelectual que poco después publicaría obras feministas que están casi sin estudiar todavía, Galicia era el ejemplo de progreso y liderazgo para toda España.³⁰

El estilo de Georgiana King es el de una viajera con la capacidad de observación que desarrolla el estudioso de la cultura en el campo académico. Profesora de la historia del arte, King incluso menosprecia el compromiso de Hartley con Galicia y su estilo personal de presentarla:

[...] I am careful not to denounce the accomplished lady who has written of Santiago in the series of the Mediaeval Towns. She gives herself away on every page, as one blind-folded whom the blind have led. As for the symbolism of the sculptures about the western door, they must be read in the light of the twelfth century: not what one thinks of one's self, but what the Middle Age thought, and read and recited must explain them (King 1920, I: 374-375).

En el tercer volumen de *The Way of St. James*, King demuestra su perspectiva académico con detallismo.³¹ Al mismo tiempo, ella, que

natural [sic], the toil of artificial irrigation, the extraordinary mildness of the climate, the low price of the soil, and his own natural preference for the general ease, but occasional excitement and adventure of a half-nomadic life, would naturally forego the pain and steady toil of agriculture end, enclosing within the fence of a Mexican title-deed a whole vega or a whole range of hills, turn all his attention to the raising of cattle” (Bates 1848: 170).

30 En su obra *The Truth About Women* (1913), Hartley mencionará que las mujeres son tan capaces como los hombres de hacer cosas que exijan buena motricidad. Aunque una autoridad masculina –Karl Vogt– afirma que han aprendido ahora a escribir a máquina, ella usa el ejemplo de la pesca y de cómo una mujer puede ganar un concurso. Es curioso, porque su esposo era aficionado a la pesca y parte de su documentación del viaje a Galicia incluye recuentos de las excursiones a los lugares de trucha. El capítulo VIII, “Women and Labour”, incluye ejemplos del trabajo manual hecho por las gallegas que ella observó en su viaje. Habría que analizar estas obras posteriores para ver hasta qué punto lo observado en Galicia influyó en lo que después Hartley publicó sobre temas feministas.

31 Georgiana Goddard King fue fundadora, en 1913, del primer departamento de Historia del Arte en Estados Unidos, en Bryn Mawr College (<www.brynmawr.edu/library/carpenterbios.shtml>).

también es poeta, deja vislumbrar su visión personal a veces. Dice: “In the great years, and at the height of the season, this church must have been – God forgive me! – rather like Coney Island” (King 1920, 1: 173) aunque el objetivo es criticar el aspecto turístico de Santiago con su catedral tan visitada. Anteriormente, Bates había comparado el 25 de julio con el 4 de julio estadounidense pero no de manera negativa sino porque a Bates le faltaba otro marco de referencia.

King ampliaría y renovaría el discurso típico sobre el culto a Santiago con el estudio minucioso de posibles fuentes precristianas, paganas. Su insistencia en Santiago como “ciudad muerta” merece atención por su valor retórico, la referencia implícita (creemos) a la Quintana dos Mortos y, claro está, a Compostela como sitio de los *composita* antiguos que se identificaron en el siglo IX como tumbas del Apóstol Santiago y sus compañeros. Referirse a la muerte que perdura y está enterrada bajo las losas de buena parte de Santiago de Compostela es recordar la historia de la ciudad y su valor artístico y no concederle valor a la admiración del turista moderno y superficial. No analizamos este detalle; simplemente mencionamos el contraste de King con Hartley, que había afirmado que Santiago era una “ciudad viva”. King no condena la imagen de Santiago de Compostela como su compatriota Bates. Para aquélla, la frase “ciudad muerta” señala el peso de la tradición eclesiástica con su profunda base histórica, precristiana³² y la tradición personal del peregrinaje. Ruth Matilda Anderson se refiere a mujeres viajeras a Galicia, aunque en el texto solamente menciona (sin nombrar) a una compatriota que hizo el Camino de Santiago a caballo.³³ En la bibliografía de Anderson encontramos también a Meakin y el libro sobre Santiago de Hartley. Las

32 “Santiago is a dead city. The town is full of the crying of bells, for bells are voices of the dead, warning, impelling, urging, arresting; calling to recollection, signalling to prayer, sounding for the passage of time, marking the years of one dead, clamouring at sunrise like sea-birds, clanging in the green clear twilight of early moonset, make the devotion appointed” (King 1920, 3: 18-19). Y más tarde: “It is a dead town, monumental and *triste*; with gigantic edifices of churches and convents that were too rich for their own good. Here and there flowers a happy bit of Renaissance, as in the arcade *Tras de Salomé*, and one day we came suddenly upon a Gothic house [...] But most of the streets are oppressed with the heavy pomp of the seventeenth century, square doors and shallow mouldings” (King 1920, 3: 196).

33 Podríamos sospechar que fue Georgiana King, porque hizo el Camino de Santiago y escribió tres volúmenes muy conocidos.

fotografías y descripciones casi íntimas que hace Anderson de los interiores, utensilios y vestimenta populares son hoy en un documento etnográfico de inmenso valor. Contrastan con las viñetas de Bates, que aunque escritora adepta y académica de profesión, personaliza mucho y selecciona adjetivos destinados a crear una reacción negativa en los lectores. Su punto de vista, empañado por la incapacidad de ver más allá de su incomodidad personal la va a contradecir poco después la más perspicaz y más reflexiva Hartley.³⁴

6. El estilo, la estructura, las mujeres vistas por las extranjeras

De todo este grupo de viajeras, el estilo más ameno y accesible pertenece a Anderson, aunque sea ella la más didáctica, se concentra en documentar menudencias de la sociedad gallega popular más que recontar la historia, porque es lo que le ha encargado la *Hispanic Society of America*. Los detalles y la capacidad o por lo menos el deseo de comprender a los gallegos in situ y en la actualidad superan a las demás en cuanto a la precisión legible y la visión personal al mismo tiempo que analítica. Aunque Hartley no ocultara su entusiasmo casi desbordado por el lugar y la gente e incluye una amplia cantidad de datos histórico-culturales sacados de otros textos de su extensa investigación, el resultado es distinto. Hartley da la impresión de ser periodista profesional y viajera de mucha experiencia. Anderson es la espectadora más ingenua y callada pero tiene la capacidad de captar un momento clave en una foto o anécdota. Sobre todo consigue entrar en algunos lugares y se le permite sacar fotografías que se diría ninguna persona no gallega volvería a sacar.

Todas las viajeras, desde Leck (1884: 50), documentan unas escenas de las mujeres gallegas. Aparte de las observaciones de aspectos físicos, anotan –Anderson lo hace con insistencia– el trabajo que hacen. Aunque en Bates no se detecta un gran entusiasmo por la labor femenina (incluso las llama de manera displicente “little brownies” a las mujeres del campo), en Meakin, Hartley y Anderson sí hay un gran

34 Comenta la actitud del viajero en más de una ocasión, y llega a hacer una auto-crítica cuando, en su vuelta a Vigo, poco antes de volver a Inglaterra, confiesa que el tiempo lluvioso afecta lo que ve: “My mood was in a correspondence with the greyness, and I began to criticise and analyse – I saw dirt, where before I had found picturesqueness, poverty where I had envisioned beauty [...] Then I chanced upon a charming scene” (Hartley 1911: 311).

respeto por la fuerza física de las campesinas. En Anderson el detallismo que dedica a todo incluye la vestimenta y la manera de trabajar de las mujeres de todas las edades. La descripción de la ropa se convierte en comentario sobre la creatividad con que usan una prenda (un chal, por ejemplo) para los diferentes tipos de tiempo (sol, lluvia, etc.), la variedad de nudos y pliegues que mejoran la apariencia al mismo tiempo que permiten llevar a cabo las tareas obligatorias. Motivo frecuente en Hartley y Anderson es la rectitud de las mujeres y su capacidad de trabajar en todas las tareas, especialmente porque no hay hombres que hagan los trabajos más duros. El darse cuenta de la falta de hombres implica que estas escritoras saben que la emigración masculina en busca de empleos mejor remunerados ha dejado a muchas mujeres solas (y con los trabajos peor pagados). Se observa positivamente la fuerza física en combinación con la gracia y agilidad que muestran al llevar bultos en la cabeza. Lo que resulta cómico en la opinión de Bates en otras es un homenaje al ingenio y pragmatismo de las mujeres gallegas. De marcado contraste es el estilo descriptivo de Anderson: su capacidad de colocar a las campesinas en un contexto más amplio de país sin recursos industriales pero de buena estirpe humana es un marco eficaz para las múltiples fotografías que son testimonio de una sociedad multifacética, no solamente basada en su historia eclesiástica o en su pobreza.

7. El paisaje gallego

Mencionamos muy de paso las interpretaciones del paisaje de Galicia, todas muy positivas. Las viajeras se fijan en el paisaje y en varias ocasiones lo comparan con el de su país: Leck habla de las rías como *lochs*,³⁵ y de Vigo afirma que

the lights, terrace after terrace, reaching from the high level of the railway down to the water's edge, and the reflected lights from the lamps of the vessels at anchor in the bay, made the whole place look like fairyland (Leck 1884: 42).

Más adelante compara el área de Vigo con “the West Highlands of Scotland, in its pine-covered hills sloping to the sea, the fresh verdure

35 “The Ria, or loch of Vigo, is an arm of the sea running inland for about fifteen miles, and having its entrance effectively guarded by the three rocky islands of Cia [sic]” (Leck 1884: 44).

of its grassy knolls, and its abundance of golden whin" (Leck 1884: 48). Y recordemos que el título de Meakin es *Galicia, the Switzerland of Spain*. El uso de Suiza como punto de referencia ya se encuentra en Ford y en Borrow,³⁶ aunque Borrow la usa para las montañas asturianas, y en algún momento otros viajeros se han referido a otras zonas de Iberia como "Suizas de España". Notemos que es ligeramente irónico –por lo menos desde la perspectiva gallega– el uso por los viajeros del término *país* de Suiza como comparación cuando no consideran que Galicia sea nación autónoma en ningún momento. Se ve que la comparación está basada únicamente en la similitud geográfica y climática, por tener el noroeste ibérico montes verdes de mucha altura. La lluvia, clima fresco y abundancia de agua en los ríos deberían contrastar con la imagen de España más conocida.

Es importante destacar que Galicia se convierte en un verdadero *locus amoenus* para Hartley. Para apoyar el retrato tan favorable, esta escritora empleará la historia, afirmando que Galicia es el lugar de origen de España por ser zona de fuerte resistencia a los invasores musulmanes y que Lugo (ciudad del interior que todavía hoy ostenta fuertes muros romanos) es la antigua capital española. Irónicamente, el deseo de Hartley de enaltecer a Galicia resulta en una españolización que tal vez no sintieran nunca los gallegos sobre todo en la segunda mitad del siglo XIX, período de formación del pensamiento diferenciador galleguista –pensamiento que se dirigía a Portugal y sobre todo a los países celtas para su desarrollo. En una edición posterior de *La Biblia en España*, el editor de este libro, Ulick Ralph Burke, corregirá el error de identificación de Lugo como capital de toda España, porque solamente lo fue de la zona norteña (Borrow 1896: 359). Ejemplos del entusiasmo paisajístico e hipérbole de Hartley son: "I have seen no grander scenery than the lovely, rugged gorge of the Sil

36 "In the verdurous meadows of this Switzerland of Spain any quantity of cattle might be reared" (Ford 1855: 587). Borrow, al comentar su llegada a El Bierzo [sic], explica: "Bembibre lies on the southern confines of the district of El Bierzo, one of the most interesting and least explored parts of the Peninsula, the Switzerland of Leon, a district of Alpine passes, trout streams, pleasant meadows, and groves of chestnuts and walnuts" (Borrow 1843: 333-334). Se podría argumentar que esta zona es casi parte de Galicia, o que lo fue en el pasado, y que el paisaje de todas maneras es completamente parecido al de Galicia. Prueba de los lazos con la zona que está al oeste, hoy en día todavía el gallego se habla tradicionalmente en la mitad de la comarca de El Bierzo.

[...] No wild place has ever exercised the same attraction over me – an attraction that was half terror, half fascination [...]” (Hartley 1911: 249) y “And if you have never seen the sun sink in scarlet flame behind the Cies Islands you have yet to live” (Hartley 1911: 320). Siguen, a modo de conclusión: “There is no road more beautiful than this one to Bayona, even in Galicia” (Hartley 1911: 321) y “To have seen this view [Portugal desde el Castillo de Monte Real, Vigo] once is to have seen it to the last day of one’s life” (Hartley 1911: 322).

8. ¿Nación o región?

El concepto de Galicia como nación o la identidad gallega como algo distinto a la española es complejo. Lo fue en el siglo XIX y en el XX y hoy en día hay una diversidad de opiniones que no pretendemos analizar aquí. Constatamos que en estos textos se intercambian constantemente *Gallegan* y *Spanish* o *Spaniard*, al mismo tiempo que se menciona la lengua gallega o, como mínimo, el dialecto gallego. No se usa el término *Galician* como adjetivo, aunque hoy en día éste es el término inglés preferido ya que *Gallegan* emplea la lente de la lengua española (viene de *gallego* y no *galego*). Al mismo tiempo, la ausencia del adjetivo inglés *Galician* significa que el concepto de una identidad gallega de cualquier tipo todavía no había dejado su impronta en el idioma anglosajón. No obstante, la historia de Galicia, tan tamizada por visiones de extranjeros e hispanistas formados en la tradición españolista, no impedía que las viajeras formasen alguna interpretación independiente. Meakin abre su libro con la observación de que:

Galicia is the least known and least written about of all the little kingdoms that go to the making of Spain [...] The irruption of the Saracens in 713 again changed the aspect of the Peninsula, and the limits of Galicia were contracted; but Spanish geographers to this day call her a *reino*, or kingdom, and divide her into four little provinces – Coruña, Pontevedra, Orense, and Lugo. Like our Wales, Galicia once had kings of her own, and at a later date the title “king of Galicia” was given to the heir to the Spanish throne, just as that of “Prince of Asturias” is given now (Meakin 1909: 1).

A fin de cuentas, quizás la falta de información sobre Galicia –salvo en términos de la historia eclesiástica, la arquitectura y el arte– hizo que no saliera conceptualmente por debajo de la sombra de Madrid para la mirada de las viajeras; claramente no pensaron ellas ni nadie

en términos de nación independiente. Aunque Hartley pudo ver las facetas admirables de valor en la guerra contra las tropas napoleónicas, como ya observamos, no menciona los movimientos galleguistas que habían sido importantes en la misma época en que Ford y Borrow fueron a Galicia. Todo visitante podría haber conocido la labor, desde 1840, de los intelectuales galleguistas, de haber querido informarse desde la perspectiva periférica, igual que puede hacerlo en la actualidad. Mas, igual que hoy, la perspectiva está influida por la formación ideológica del espectador. En el siglo XIX, entre los no gallegos, Galicia siempre se vio como parte de España y Santiago de Compostela fue centro de peregrinación cristiana a nivel mundial. En su papel de lugar en que descansaban los restos del Santo Patrón de España, santo que se supone había liderado las batallas de la Reconquista ibérica y la conquista de tierras americanas, era necesariamente ciudad española. La identidad *gallega* estaba íntimamente relacionada con los conocimientos del Reino de Galicia y con el reconocimiento de los elementos que lo diferenciaban de la España castellana, leonesa, aragonesa y andaluza. El elemento tal vez más diferenciador era la lengua gallega, pero no había gramáticas y para los forasteros, igual que para los españoles, era un simple dialecto rural. A mediados del siglo XIX, apenas empezaba a asomarse en la vida urbana, después de cuatro siglos de silencio. Poco había que pudiera convencer a los visitantes de fuera que el gallego había sido el medio de expresión cultural en la época medieval. Solamente el viajero más curioso, más abierto a lo autóctono, no formado únicamente en los estudios oficiales y eruditos de la Iglesia (defensores acérrimos del Estado) iba a captar lo irreductible de Galicia. Por eso no se cita la importancia de 1863, año de la publicación del primer libro en gallego (*Cantares Gallegos* de Rosalía de Castro) después de esos cuatro siglos de silencio forzado.³⁷ Además, a partir de 1875, había aumentado progresivamente la producción litera-

37 Literatura galega dos Séculos Escuros. “A creación literaria en lingua galega foi practicamente nula durante os séculos XVI, XVII e XVIII, razón pola que estes se denominan Séculos Escuros” (<www.gl.wikipedia.org/wiki/Literatura_galega_dos_S%C3%A9culos_Escuros>, 30.06.2008).

“O Rexurdimento foi un movemento social, literario e intelectual, localizado no tempo na segunda metade do século XIX. Vería o seu inicio este período da literatura galega en 1863, coa publicación do poemario de Rosalía de Castro *Cantares Gallegos*” (<www.gl.wikipedia.org/wiki/Literatura_galega_do_Rexurdimento>, 30.06.2008).

ría en gallego, pero *esto* no recibe mención. Claro está, la creación de las Irmandades da Fala en 1916³⁸ y la aparición de un importantísimo periódico en gallego ese mismo año, *A Nosa Terra*, no pudieron formar parte de las documentaciones hasta la época de King y Anderson. No obstante, los debates estaban muy presentes en la sociedad que las viajeras conocieron y descubrieron.

Mencionamos el deslizamiento constante entre el español y el gallego, por ser este fenómeno lingüístico importante señal de que “algo” percibían las viajeras. Precisamente en esta coyuntura se percibe la perspectiva político-cultural de las autoras. No es un detalle casual: la identidad nacional, ya en el siglo XIX pero y sobre todo en la actualidad, en el marco del Estado español, está íntimamente relacionada con la lengua autóctona y su status legal para las tres nacionalidades históricas. El proceso de afirmación lingüística que surgió con el romanticismo y se convirtió en Galicia en el Rexurdimento se asociaría en el siglo XX con Rosalía de Castro. No es extraño que las visitantes anglosajonas no percibieran la importancia política de esta obra, aún cuando el centenario de la publicación de *Cantares Gallegos*, el 17 de mayo de 1963, fue inicio de ‘O Día das Letras Galegas’. Destacan el

38 “A 5 de Janeiro de 1916 Antón Vilhar Ponte começa nas páxinas de La Voz de Galiza uma campanha para a criação duma Liga de Amigos do Idioma Galego e em Março publica o folheto Nacionalismo galego (Apuntes para un libro). Nossa afirmação regional, virado para a defesa, dignificação e cultivo da língua.

A proposta é bem acolhida por diferentes sectores ideológicos, ainda que venham a ser duas as tendências principais, a de origem tradicionalista de Antón Losada Diéguez e a liberal democrata.

A 18 de Maio de 1916 numa reunião nos locais da Real Academia Galega da Corunha acorda-se na criação duma Irmandade dos Amigos da Fala, e é nomeado Antón Vilhar Ponte como seu Primeiro Conselheiro. De seguida, constituem-se as agrupações locais de Santiago de Compostela, Monforte de Lemos, Pontevedra, Ourense e Vilalba.

A 14 de Novembro de 1916 aparece o seu órgão oficial A Nosa Terra, inteiramente em galego (que conta desde o começo com 2.000 subscritores).

Em Setembro de 1917 colabora com a Lhiga Regionalista para concorrer às eleições parlamentares de Fevereiro de 1918, conseguindo competir apenas em três distritos e não ganhando em nenhum.

Da I Assembleia Nacionalista de 17 e 18 de Novembro de 1918 resulta um Manifesto Nacionalista que constitui a base comum de todos os programas do nacionalismo galego até à Guerra Civil de Espanha: define-se a Galiza como nação, reclama-se a autonomia integral da Galiza e a co-oficialidade do galego” (<www.pt.wikipedia.org/wiki/Irmandades_da_Fala>, 30.06.2008). Cf. también María Dolores López Sánchez (1998).

papel de Rosalía como escritora capaz de captar el ‘alma gallega’ y poco más. Fue lógico: sus propios contemporáneos y las generaciones posteriores se negaron a verla como nacionalista durante décadas. La Pardo Bazán, nunca reconocida como nacionalista y menos como promotora de la lengua de Galicia, es más asequible y de mayor prestigio como representante de la ‘literatura gallega’. Se sabe que a pesar del *Rexurdimento* hubo una reacción en contra de Rosalía en sus contemporáneos antirregionalistas y que en términos galleguistas hay que hablar del conservadurismo de Pardo Bazán (Davies 1984). Hartley, la que sorprendentemente llega a afirmar *home rule* para Galicia (Hartley 1911: 284-285), de paso asocia la pérdida de religiosidad entre la población con las ideas políticas: “Modern Galician feeling, which, since the events of the war, has been so strongly patriotic, has certainly little sympathy for the Church” (Hartley 1911: 288). Creemos que el patriotismo al que se refiere es hacia *España*, no hacia Galicia como nación. Anderson tiene como punto de referencia principal la obra de Sorolla –pintor valenciano, no gallego– que le impresionó en la colección de la *Hispanic Society* encargada por Huntington y cuyos trajes ella trató de localizar en sus viajes. Como sus predecesoras, llevaba una imagen visual o textual preformada de lo que encontraría y se esforzó por descubrirla. Mérito tiene que, al no lograr su objetivo de encontrar una presencia diaria de la vestimenta pintada por Sorolla en las calles y los campos de Galicia, se dedicara a explorar otros de valores étnicos de la zona. Por cierto, es Anderson quien se refiere a Galicia como grupo de provincias en contraste con Leck,³⁹ Hartley y Meakin, que hablan de ‘la provincia de Galicia’. Sería de interés en el futuro rastrear el origen de esa clasificación de Galicia como provincia única, ya que siempre hubo más de una, aun cuando reino había uno.

39 “Galicia, mountainous, well wooded and well watered, is one of the most beautiful provinces of Spain. Its inhabitants, like the natives of most mountainous lands, are passionately attached to their home (Leck 1984: 39).

9. La lengua

Richard Ford, ya a mediados del siglo XIX, había hecho observaciones no muy positivas en cuanto a la manera de hablar de los gallegos. Escribió que:

The language of Galicia, a patois, harsh and uncouth to the ear, is quite unintelligible to Spaniards, who laugh at their use of the *u* for *o*; e.g. *cuandu*, *pocu*. It approaches nearer to the Portuguese than the Spanish, and would have become the dominant language of the Peninsula, had not Alfonso el Sabio drawn up his legal codes in Castilian, by which that dialect was fixed, as the Tuscan was by Dante (Ford 1855: 589)

Aunque emplea el término despectivo de *patois*, por lo menos reconoce que en estas tierras se habla de modo muy diferente. Pero aunque acierta en la comparación con el portugués, no escoge precisamente los mejores ejemplos para mostrar las semejanzas ni explica que la lengua original fue el gallego-portugués.

Borrow (1896: 351-352) es más objetivo; admite no comprender bien la lengua, lo cual indicaría un estatus superior al de dialecto. Ford se equivocó: Alfonso el Sabio era considerado promotor de la lengua gallega como medio de expresión cultural prestigiado. Prueba de eso, dicen otros posteriores a Ford, es que usó, no un “patois, harsh and uncouth to the ear”, sino el gallego-portugués en sus admirables *Cantigas de Santa María*. Los gallegos consideran que el monarca fue, más que creador de un código leal, un autor literario en su lengua. Dedicaron o Día das Letras Galegas a Alfonso X o Sabio en 1980, diciendo que “Con él, a lírica galega chegou á súa maior altura”.⁴⁰

No se puede esperar que las viajeras tuvieran una conciencia muy desarrollada de la lengua que todavía, a pesar de los esfuerzos de las Irmandades y otros grupos y su predominio total en las zonas no urbanas, carecía del prestigio intelectual y cultural del castellano. Bates dice que su compañera de viaje, la “historiadora”,⁴¹ persigue a un

40 “[S]e ben a súa obra científica e histórica escribea en castelán, cando de lírica se trata elixe o galego aprendido de neno en Maceda de Galicia. Deixounos cantigas de amor, de escarnio, pero especialmente o maior monumento da poesía en lingua galega, as Cantigas de Santa María... [que] constitúen a xoia máis preciada da literatura galego-portuguesa” (<www.diasdasletrasgalegas.com/homenaxeados.php>, 30.06.2008).

41 “Katharine Lee Bates lived for twenty-five years with Katharine Coman in a committed partnership that has sometimes been described as a ‘romantic friend-

campesino para recuperar su baúl y que le habló en “inspired Galician”: será pura broma porque no habrían estudiado el idioma y no está claro que ni Bates ni su compañera de viaje (la que ella llama ‘la historiadora’) dominaran el castellano. La lengua rural no le podrá merecer respeto ya que toda Galicia es un lugar miserable, maloliente, primitivo y enfermizo.⁴² En cambio, basándose en sus experiencias en el campo, Hartley refutará esta actitud, múltiples veces. Anderson no hará ninguna crítica de la manera de hablar de los gallegos, aunque de manera algo ambigua expresa su preocupación por el “tipo de castellano que estaban aprendiendo en Galicia”. Sus escasas observaciones sobre el idioma incluso resultan cómicas por lo limitadas.

No obstante, casi todas las viajeras reconocen el valor poético de la lengua o acento que llaman *Gallegan* y de las obras que tuvieron tanta fama en la Edad Media. Algunas mencionan las coplas populares y las citan. Otras como Meakin reproducen textos en inglés que son verdaderas joyas de la traducción, aunque no aclaran quien los tradujo. Todas son conscientes del glorioso pasado de la lengua gallega. Varias afirman su valor literario y su relación con una remota herencia celta. Ninguna, sin embargo, llega a afirmar su valor como lengua igual al castellano actual. El peso de lo nacional (es decir, lo español) como marco y pauta para legitimar una lengua se muestra muy fuerte en

ship’. Bates wrote, after Coman died, ‘So much of me died with Katharine Coman that I’m sometimes not quite sure whether I’m alive or not’.

Bates’ teaching career was the central interest of her adult life. She believed that through literature, human values could be revealed and developed” (<www.womenshistory.about.com/library/bio/blbio_bates_katharine_lee.htm>, 30.06.2008).

“Katharine Coman (23 November 1857-11 January 1915) was a social activist and distinguished economist. She specialized in teaching about the development of the American West. Wellesley College named a professorship in her honor.

She was born to Levi Parsons Coman and Martha Seymour in Newark, Ohio, and graduated from the University of Michigan in 1880.

She was professor of history (1883-1900), then chaired the Economics Department, and was dean of Wellesley College. Coman lived in a Boston marriage with fellow professor Katharine Lee Bates (author of *America the Beautiful*) for 25 years, from 1890 until Coman’s death from cancer in 1915” (<[www.en.wikipedia.org/wiki/Katharine_Coman](http://en.wikipedia.org/wiki/Katharine_Coman)>, 30.06.2008).

- 42 Vemos que en el resto de su libro, Bates oscila entre un humor condescendiente por el español en general, y un respeto o fascinación por ciertos ritos y el espectáculo público. Bates recuerda al lector de vez en cuando que ella es protestante, no católica.

estas escritoras y en otros visitantes, incluso hasta hoy, época ya de la legalización y normativización del gallego. Varias veces, sin conocimientos suficientes, una autora se equivoca y valdría la pena analizar aparte estos deslices lingüísticos. Bates, por ejemplo, dice que compró una figa que le dijeron era eficaz contra las enfermedades de los ojos. Supuestamente interpretó el término “mal de *ollo/ojo*” como enfermedad ocular en vez de sinónimo de embrujamientos o hechizos. Bates, aunque es poeta, no reconoce los logros literarios del idioma. En contraste, Georgiana King y otras no dudan en citar poesía en gallego, sea de la Edad Media a Rosalía. Hartley afirma que Manuel Curros Enríquez es el mejor poeta gallego vivo y añade: “The strong Gallegan poetry is turning, it has seemed to me, to a new kind of spiritual instinct, for which the genius of the people is as yet seeking an appropriate form” (Hartley 1911: 288).

Tal vez no se les debe exigir más en cuanto a la percepción del gallego como característica esencial de Galicia – tierra tan poco española excepto en su status político. Varias de las anglohablantes muestran imprecisiones en el uso de la lengua castellana. Describen sus conversaciones, pero su verdadera capacidad de comunicarse a menudo se vuelve dudosa. Hartley, por ejemplo, repite que el arzobispo santiagués de armas tomar (literalmente) del siglo XII se llamaba “Delmírez” [*sic*] y su contrincante Doña “Urrica” [*sic*] (Hartley 1911: 110). Anderson, aunque ofrece un largo catálogo de términos para la vida rural, nunca indica saber que son palabras gallegas; también muestra inseguridad ortográfica. Dada su gran capacidad de observación, el ojo de fotógrafa que la lleva a juntar texto con imágenes de manera muy ágil, es extraño que no haya dedicado más atención a los hábitos lingüísticos de la gente que conoció.

En resumen: sabemos que la mujer viajera de hace siglo y medio y todavía hace sólo siete u ocho décadas, era una persona especial. Todas las mujeres mencionadas en este estudio fugaz eran intelectuales, escritoras y/o educadoras. Habían preparado a conciencia sus viajes y tenían objetivos que querían lograr, fuesen escribir para edificarse, publicar, fotografiar para un museo o utilizar en sus clases. Fueron a muchos de los mismos sitios y observaron muchas de las mismas cosas. Pero la lente con que observaron no era igual: cada viajera llevaba su “lente” y por más favorables que fuesen, ese punto de partida estorbó más que permitió la penetración en la sociedad propiamente

gallega. Sólo que algunas *no se dieron cuenta* de cuán lejos andaban de comprender, mientras que otras *anhelaban* aprender lo que pudieran (cf. la cita de Chesterton al comienzo de este trabajo).

Terminamos con las despedidas de algunos textos para subrayar la importancia de lo que cada viajera lleva “en su equipaje”:

Katharine Lee Bates:

Our plan for the summer included a return trip across Spain, *via* Valladolid, Salamanca, and Saragossa to Barcelona and the Balearic Isles; but the bad food and worse lodging of Galicia, the blazing heat and the incessant, exhausting warfare against vermin, had begun to tell. That Spanish fever with which so many foreigners make too intimate acquaintance was at our doors, and we found ourselves forced at last to sacrifice enthusiasm to hygiene [...] (Bates 1900: 439).

The Galicians, butt of all Spain for their dulness,⁴³ are shrewd enough in fact. It is said that those arrant knaves, the gypsies, dare not pass through Galicia for fear of being cheated. Like other unlettered peasants, Gallegos whet their wits on ryming riddles [...].

In many of their proverbial sayings one gets the Spanish tang at its best. “A well-filled stomach praises God.”

43 Notemos que Hartley refuta más de una vez esta evaluación, pero es significativo que lo haga también al final de *Spain Revisited*:

“The character of the Gallegans, as I gradually learnt to know it – both from my last visit, spent chiefly in the towns, where my intercourse was with writers, artists, and the men and women whom we should call “the upper class,” and also from my earlier visit, ten years before, when I lived among the peasants, sharing their common life – has seemed to me a very positive character. And this character, though at first seemingly full of contradictions, is, I believe, one of almost curious uniformity, strongly individual, and not easy to comprehend.

Perhaps this accounts for the wide-spread and absurd opinion that the Gallegans are a stupid people, dull of wit, stubborn, and known, like the Auvergnats in France, all over Spain as labourers and servants. It is hard to say exactly what is the profit of comparing one people with another; there is an element of stupidity in most current estimates of national qualities. But I know of none except this one that is not founded on some truth, however coloured and distorted. [...] [T]his lie is a classic, and like most lies that are shouted aloud, it has come to be believed” (Hartley 1911: 276-277).

Hartley luego incluye una cita de Aguiar y Vereá, en su *Historia de Galicia*, en que trata de refutar la opinión corriente de la estupidez gallega. La autora ofrece una segunda versión de la anécdota vigente en Los Peares, donde pasó una temporada con el objetivo de la pesca.

“Why to Castile
For your fortune go?
A man’s Castile
Is under his hoe.”

And I fear if my comrade were to speak, in Spanish phrase, of our return to Galicia, she would bid St. James expect us “on Judgment Day in the afternoon” (Bates 1900: 447-448).

Annette Meakin:

Fare thee well, Galicia! Thou art a land where railways have preceded roads and where motor-cars have arrived before trains; thou art a land whose peasants are oppressed by bad government, usury, and their own crass ignorance; thou art a land where glorious monuments of mediaeval architecture are left to fall into melancholy ruin and decay, when they should be guarded amongst the most precious treasures of the nation, a book in which the Spanish youth might read and learn of the achievements and aspirations of their ancestors; thou art a land that for the wonderful richness of thy soil and the exuberance of thy vegetation might be made the Garden of Europe. All these thou art, and more; yet not only art thou practically unknown to the rest of the world, but thou art forgotten even by Spain: thy own Peninsula is almost unconscious of thy existence, though thou art the spot which has provided her with her most sacred traditions, her poetry, her *trovadors*, and her Patron Saint. Thy beautiful mountains, thy pine-clad peaks, thy waterfalls, thy torrents and thy rias, thy smiling valleys and thy mossy ravines, thy terraced slopes and thy limpid streamlets, are separated from the rest of Europe by the waters of the River of Oblivion [the Limia].

It may be that some of the prominent men who are thy children would hesitate to own that thou hadst given them birth; but thy simple peasants, when they cross the wide seas to seek their fortune in a distant land, carry their passionate love for Galicia to those far-off shores, and sometimes, sometimes – they die of the anguish that is called homesickness (Meakin 1909: 357-358).

Catherine Gasquoine Hartley:

And on the morrow I was to return to the grey, sad, money-rich land of my birth.

Darkness came quickly: that night there was no moon; sky and sea grew sombre, falling into drabs and dull violets, and from that to deeper gloom. The air grew chill; around me the trees murmured with innumerable hushed voices, as the wind came through them; the bitter wind that rises sometimes with sunset. My mood shivered under that loneliness which marks the end of all beautiful things (Hartley 1911: 323-324).

Georgiana Goddard King:

Who goes in pilgrimage to a god must await his word: or soon or long, he cannot leave till he has his answer. It is well to abide in expectation, and make not haste in time of trouble. I have waited, sometimes, on the great St. James, but I never went away without the word. And however much a man had longed to set out upon the journey when spring came and he smelt the fresh clods in his own land, and with whatever delight he had packed a bag and taken passage on a ship, yet it was never without content, when the time came, that he turned his face toward home, "as one that travels toward the darkening east," this being helped, perhaps, by a growing bodily weariness. [...] I was going home, now, coming "back to do my day's work in my day". Like the pilgrims, who were wont to set out upon the return journey in the early morning, I was ready betimes (King 1920, 3: 373-374).

Ruth Matilda Anderson:

Rain began to fall in torrents soon after we had found the bus and started for La Coruña. As we rolled on over the sheeted hills, there suddenly came over me, thinking of the day when we should have to leave Galicia, a wave of that nostalgic affection known as *morriña*. A cause of deep suffering among Gallegans forced to emigrate, it touches even the stranger who has listened to the voices and breathed the fogs of the little witch land (Anderson 1939: 455).

Bibliografía

- Anderson, Ruth Matilda (1939): *Gallegan Provinces of Spain. Pontevedra and La Coruña*. New York: Hispanic Society of America.
- Barros Sivelo, Ramón (1875): *Antigüedades de Galicia* (reeditado por la editorial Toxosoutos en 2007). La Coruña: Imprenta de D. Domingo Puga.
- Bates, Katharine Lee (1848): "California". En: *The United States Democratic Review*, XXIII, pp. 169-176.
- (1900): *Spanish Highways and Byways*. New York: The MacMillan Company.
- Borocz, Jozsef (1992): "Travel-Capitalism: The Structure of Europe and the Advent of the Tourist". En: *Comparative Studies in Society and History*, 34, 4, pp. 708-741.
- Borrow, George (1843): *The Bible in Spain; or, the Journeys, Adventures, and Imprisonments of an Englishman, in an Attempt to Circulate the Scriptures in the Peninsula*. London: John Murray.
- (¹⁸1896): *The Bible in Spain; or, the Journeys, Adventures, and Imprisonments of an Englishman, in an Attempt to Circulate the Scriptures in the Peninsula*. With the notes and glossary of Ulick Ralph Burke. London: John Murray.
- Bushman, Cynthia (1992): *How America Discovered Columbus*. Hanover: University Press of New England.

- Buzard, James (2002): "The Grand Tour and after (1660-1840)". En: Hulme, Peter/Youngs, Tim (eds.): *The Cambridge Companion to Travel Writing*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 37-52.
- Byrne, William Pitt <Mrs.> (1866): *Cosas de España. Illustrative of Spain and the Spaniards as they are*. London/New York: Strahan.
- Cal, Rosa (1998): "Origen de la prensa nacionalista gallega: Apuntes divulgativos". En: *Revista Latina de Comunicación Social*, 11, 10 pp. (<www.lazarillo.com/latina/a/16rosa.htm>, 30.06.2008).
- Davies, Catherine (1984): "Rosalia de Castro's Later Poetry and Anti-Regionalism in Spain". En: *The Modern Language Review*, 79, 3, pp. 609-619.
- Epton, Nina (1956): *Grapes and Granite*. London: Cassell & Co.
- Farnham, Carrie Evangeline (1921): *American Travelers in Spain; the Spanish Inns, 1776-1867*. New York: AMS Press, Reprint 1966.
- Fita y Colomé, Fidel (1880). *Recuerdos de un viaje a Santiago de Galicia*. Madrid: Impr. de los sres. Lezcano.
- Flórez, Enrique/Risco, Manuel/Sainz de Baranda, Pedro (1747-1775): *España Sagrada. Teatro Geográfico-Histórico de la Iglesia de España. Origen, Divisiones y Términos de todas sus Provincias. Antigüedades, Traslaciones y Estudio antiguo y presente de sus Sillas, en todos los Dominios de España y Portugal. Con varias Disertaciones críticas, para ilustrar la Historia Eclesiástica de España*. Madrid: Marin.
- Ford, Richard (1906): *Gatherings from Spain*. London: Dent/New York: Dutton.
- (1855): *A Hand-book for Travellers in Spain, and Readers at Home, Describing the Country and Cities, the Natives and their Manners; the Antiquities, Religion, Legends, Fine Arts, Literature, Sports, and Gastronomy: with Notices on Spanish History*. London: J. Murray.
- (1974): *Las cosas de España*. Trad. Enrique Mesa. Madrid: Turner.
- Gifra-Adroher, Pere (2000): *Between History and Romance*. London: Associated University Presses.
- Hartley, Catherine Gasquoine (1911). *Spain Revisited: A Summer Holiday in Galicia*. New York: Pott.
- (1912): *The Story of Santiago de Compostela*. London: Dent/New York: Dutton.
- (1913): *The Truth about Women*. London: Eveleigh Nash
- Harvey, Annie Jane (1875): *Cositas españolas; or, Every day life in Spain*. London: Hurst and Blackett.
- King, Georgiana Goddard (1914): *George Edmund Street: Unpublished Notes and Reprinted Papers. With an essay*. New York: The Hispanic Society of America.
- (1920): *The Way of St. James*. 3 vols. New York: G. P. Putnam's Sons/Hispanic Society of America.
- (1924): *Pre-Romanesque Churches of Spain*. New York: Longmans, Green & Co.
- (1941): *Heart of Spain*. Ed. Agnes Mongan. Cambridge: Harvard University Press.

- Leck, Jane (1884): *Iberian Sketches. Travels in Portugal and the North-West of Spain*. Glasgow: Wilson & McCormick.
- López Ferreiro, Antonio (1898-1911): *Historia de la Santa a.m. iglesia de Santiago de Compostela*. 11 vols. Santiago: Impr. del Seminario Conciliar Central.
- López Sánchez, María Dolores (1998): "Lingua, arte e espírito. Orígenes y evolución del Nacionalismo Gallego". En: *Matices*, 18, pp. 33-36.
- Mackie, John Milton (1855): *Cosas de España: Or, Going to Madrid Via Barcelona*. New York: Redfield.
- Meakin, Annette (1909): *Galicia, Switzerland of Spain*. London: Methuen.
- Morgan, Marjorie (2001): *National Identities and Travel in Victorian Britain*. New York: Palgrave.
- Moura, Jean-Marc (1992). *Lire l'exotisme*. Paris: Dunod.
- Pederson, E. O. (2005): *Three Classic Guidebooks to the Camino and Santiago de Compostela* (<www.americanpilgrims.com/camino/essays/camino_guidebooks_rev.pdf>, 20.02.2011).
- Pérez de Tudela y Velasco, María Isabel (1998): "Guerra, violencia y terror. La destrucción de Santiago de Compostela por Almanzor hace mil años". En: *En la España Medieval*, 21, pp. 9-28 (<www.ucm.es/BUCM/revistas/ghi/02143038/articulos/ELEM9898110009A.pdf>).
- Quillinan, Dorothy Wordsworth (1895): *Journal of a Few Months' Residence in Portugal and Glimpses of the South of Spain*. London/New York: Longmans.
- Street, George E. (1914): *Some Account of Gothic Architecture in Spain*. 2 vols. Ed. Georgiana Goddard King. New York: Dutton.
- Verea y Aguiar, José (1838): *Historia de Galicia: primera parte, que comprende los orígenes [sic] y estado de los pueblos septentrionales y occidentales de la España antes de su conquista por los romanos*. Ferrol: [s.n.] (Imprenta de D. Nicasio Taxonera).
- Villa-Amil y Castro, José (1873): *Antigüedades prehistóricas y célticas de Galicia*. Lugo: Souto Freire.
- (1875): *Ensayo de un catálogo sistemático y crítico de libros, folletos y papeles que tratan de Galicia*. Barcelona: El Albir, 1975.

Jesús Manuel Zulueta

Finales del XIX en España: otra mirada

El final del siglo XIX en España supuso para el país un momento crucial en su devenir histórico. La decadencia secular alcanza su punto climático en 1898 con la pérdida de las últimas colonias: Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Los intelectuales (quizás no tanto el pueblo) constataban definitivamente la decadencia de lo que una vez llegó a ser un gran imperio. Sobre la visión de los españoles mucho se ha escrito, pero no tanto de la que aportaron por distintos cauces otros que compartían en su parte fundamental una misma cultura: los escritores hispanoamericanos.

Desde aquel continente se expresaba una perspectiva singular. La visión hispanófila de lo español que había predominado después de la emancipación de las nuevas repúblicas hispanoamericanas adquiere en las últimas décadas del siglo un acento distinto que pone énfasis en lo que de común compartían. Todo esto venía alentado también por la coyuntura en la que los Estados Unidos imponían una política cada vez más imperialista sobre el resto del continente. España sería en el 98 un país damnificado por ese dominio; lo que aparentemente iba a constituirse en el eje vertebrador para alcanzar la libertad acababa dando la cara con un régimen que imponía la servidumbre en el resto de naciones del subcontinente. Era lógico por tanto que se desarrollara una especie de hermandad entre españoles e iberoamericanos.

Otro aspecto interesante que se podrá encontrar entre los escritores hispanoamericanos será sus reflexiones sobre la polémica cuestión de la identidad española latente en el país casi desde su nacimiento, y que iba a plantearse con más intensidad con los nacionalismos periféricos en el periodo referido.

Además, en el ámbito de lo puramente literario, en el siglo XIX se habían superpuesto en las últimas décadas las corrientes más significativas: Romanticismo, Realismo, Naturalismo y Modernismo. Será esta última la que en Hispanoamérica tendrá un carácter más singular y de la que muy pocos artistas se sentirán ajenos. Ello va imponer una nueva sensibilidad que acabará manifestándose de una manera u otra entre

los viajeros hispanoamericanos que pasaron por España en aquel momento. Como muestra de aquellos escritores hablaré de Juan Zorrilla San Martín, Justo Sierra y Manuel Ugarte.

Juan Zorrilla de San Martín (Uruguay, 1855-1931) es uno de aquellos escritores que a su paso por España plasmaron sus reflexiones, en un libro titulado *Resonancias del Camino* (1896). Fue uno de los representantes más notorios del Romanticismo hispanoamericano. Se trata de una obra que recoge también sus impresiones por otros dos países europeos: Francia e Italia. Es un libro de encargo que se fundamenta básicamente en una serie de cartas que envía a su mujer desde España a Uruguay en 1893, lo que da al estilo la impronta de complicidad propia de lo epistolar.

Su percepción estará marcada entonces por la perspectiva propia de un escritor del Romanticismo. Su viaje no es sólo un desplazamiento físico, más aún se trata de una búsqueda interior: “Convencido de que un libro de viajes, que no sea de exploración, no puede ser mucho más que eso, si no se quiere hacer una guía comercial” (8); y además añade: “Eso será este libro: las fases de mi espíritu a través del espacio: no yo en el mundo, sino el mundo en mí” (17). En esta línea romántica dibuja paisajes crepusculares, nocturnos y cenicientos, plenos de lirismo que reflejan su espíritu. Dentro del Romanticismo opta por aquel que recoge los valores más tradicionales, con abundantes expresiones de religiosidad. Esta visión romántica coincide con el Modernismo en una valoración positiva del pasado y el rechazo del progreso y el pragmatismo que se había impuesto en la historia del pensamiento a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX. Mezcla en su obra amplios conocimientos de Historia, Arquitectura y Arte, junto a leyendas típicamente románticas.

Se trata de un viajero que proyecta lugares comunes del género, por ejemplo al comparar “la vida humana a un viaje, y el hombre, que debe morir, a un viajero que se encamina a su morada” (19); o contemplar el viaje como un *locus amoenus* que permite trascender las preocupaciones rutinarias de su vida.

En lo que se refiere a la percepción del otro, da por lo general una imagen positiva de lo español. No son esporádicas calificaciones como “buena tierra española” o referirse a la “madre España”. Intentó profundizar en su definición hasta encontrar lo que daba unidad a un país tan complejo:

¡Qué diferencias de carácter entre las distintas regiones de España!

Está más lejos Sevilla de Barcelona, que Méjico de Buenos Aires.

Y sin embargo existe, indudablemente, una gran patria española; la variedad precisamente es lo que constituye el vigor de su unidad. En ninguna parte mejor que aquí puede realizarse el ideal de la descentralización administrativa dentro de la más inquebrantable unidad política (43).

Es curioso que un país como España, paradigma secularmente de déficit de libertades en el marco de la vieja Europa, llame la atención de Zorrilla de San Martín como modelo de estructuración política:

en la sabia organización de los gremios con derechos y representación colectivos, en sustitución del sufragio individual, está acaso la solución de las dificultades que ofrece en su aplicación nuestro hermoso régimen democrático (45).

Parece que aquel Positivismo tan extendido por Iberoamérica basado en el orden y en el progreso y que relegaba a un segundo término el concepto más puro de libertad se impone también en este escritor romántico.

Las anotaciones sobre España se refieren a Madrid, Cataluña, Sevilla, Toledo y el Valle del Soba, en Santander.

Como muchos viajeros románticos, se fija especialmente en el vestido como expresión de la personalidad. Así destaca que “Madrid es el espécimen [sic!] de España. Se viste de capa, y de abarca, y de boina, y de mantilla, y de calañés, y de zaragüelles, y de frac, y de uniforme palatino o académico” (43).

En Cataluña también distingue este elemento, y añade la lengua: “La barretina roja o azul, hermana del gorro frigio, cubre las cabezas de los hombres. Primer cambio de lengua: oigo hablar catalán en las estaciones” (27). Este último aspecto es importante para que un romántico distinga la potencialidad de un territorio para constituirse en una nueva nación. Sin embargo, este uruguayo no será defensor de la secesión del territorio catalán, proyectando así una inquietud íntima muy extendida especialmente en el subcontinente americano: el concepto indivisible de la patria. Y quizás fuera así por la paradoja de tener que defender unas señas de identidad difíciles de distinguir de las de otros países del mismo ámbito. Quiero decir que realmente la división geopolítica de las repúblicas hispanoamericanas no obedecían a criterios estrictamente culturales, porque diferenciación cultural exactamente no había apenas, sino a otros tipos de intereses donde

predominaron sobre todo las ambiciones de poder y los beneficios económicos. Y después habla de su carácter: recio, serio, laborioso, emprendedor. En este sentido Zorrilla de San Martín asume los principios de la nueva sensibilidad modernista que desprecia lo pragmático, y por eso echa de menos otros aspectos del resto de España:

Casi me he olvidado a veces de que estoy en España; y por más títulos que conquiste Barcelona al amor y a la admiración del mundo, jamás adquirirá ninguno que equivalga para ella a su título de española (46).

En el libro de viajes es común encontrar reflexiones del autor ilustradas con referencias literarias. Para expresar con más claridad si cabe sus propias ideas Zorrilla de San Martín recurre a la fábula de la hormiga y la cigarra como imágenes que distinguen la esencia de Cataluña y Andalucía; pero lo hace con la inversión de lo negativo y lo positivo, de manera que lo valorado por él es la actitud de la cigarra que reflejaría las inquietudes propiamente humanas, frente a la laboriosa hormiga que nunca alcanzará la perfección por no ocuparse de la búsqueda de la belleza y de lo espiritual. Encuentra no obstante entre los artistas catalanes uno que sí responde a su modelo: Mariano Fortuny (1838-1874), que supo conjugar en su obra inspiración y trabajo.

En sus conclusiones sobre el análisis de Cataluña era coherente que terminara con una crítica contra el progreso que destruye ciudades como Barcelona. Y en línea con su pensamiento conservador propone, a partir de una reflexión sobre el monasterio de Montserrat y de los conflictos proletarios en las fábricas catalanas, una fórmula para terminar con la lucha de clases: la doctrina de la Iglesia que permitiría la hermandad entre todos los seres humanos.

Por el contrario, Toledo supone como ciudad una identificación absoluta con el espíritu de este escritor, y resume su concepto del viaje: "Creo que lo maravilloso de esta ciudad está en nosotros mismos, en la proyección de todo esto sobre nuestro espíritu" (328). En Toledo proyecta además su afición a las letras:

Con qué facilidad crea allí la imaginación el cuadro que responde a ese fondo: la riña, el desafío de la calleja, el paso sigiloso del matón o del amador nocturno, la confidencia o la despedida del amante a través de la reja en plena edad media, en guerra de moros (331).

Pero en línea con lo expuesto anteriormente continúa una abierta crítica hacia el progreso que aleja la esencia espiritual del hombre, porque

sus pobladores rompen el encanto de la ciudad al asumir los avances de la civilización.

Algo que distingue los libros de viajes de otros géneros narrativos es que no tienen exactamente un “final”. Esto quiere decir que el relato no va dirigido hacia un desenlace (aunque fuera abierto), podría acabar en la descripción de cualquier circunstancia del trayecto; mientras que una novela o un cuento busca cerrar una historia, aunque no se resuelva de forma explícita. En este sentido el libro de Zorrilla de San Martín es un tanto singular, porque se trata de una obra del género que sí tiene una buscada resolución, acaba en San Pedro, la aldea de su padre y de sus abuelos en el Valle del Soba en Santander. Con ello su “sangre” ha desarrollado un viaje de ida y vuelta. Las últimas palabras expresan también un tópico de la historia literaria y del pensamiento: la identificación de la vida con un viaje y el final de este con la muerte: “El mundo está callado como un muerto: las altas horas pasan silenciosas sobre él. Hasta mañana” (361).

Justo Sierra (1848-1912) es uno de los ensayistas mexicanos más importantes del siglo XIX, con influencias del Romanticismo y el Positivismo, e incluso frecuentemente visto como precursor o iniciador del Modernismo. Sus libros de viajes tienen un tono íntimo; contrasta lo vivido en ellos con sus propias experiencias. Los autores de libros de viajes que más le influenciaron fueron los grandes historiadores franceses del siglo XIX, en particular Renán, con su *Plegaria en la Acrópolis*, sobre todo por su concepción de la historia y las oraciones líricas con que acaba sus capítulos, y el español Emilio Castelar, por su obra *Recuerdos de Italia*. Analiza la situación y el carácter de cada país, con un discurso salpicado por sarcasmos e ironías que dan una recurrente pincelada de humor. Sus impresiones sobre España se publicaron en la revista *El Mundo Ilustrado* de la ciudad de México, de abril de 1901 a julio de 1903. Son artículos que recogen también sus notas de viajes por otros países europeos, que tenía intención de publicar con el nombre de *En la Europa latina*, cosa que no llegó a realizar. Ese tono íntimo de sus libros de viajes se hace explícito cuando dice:

una señal indudable de que ya por fin llegó para mí la vejez es esta manía de exhibir mi yo [...]. Escribo estos apuntes en primero y segundo lugar para mí; en tercer lugar para los míos, en sexto para los demás. Por eso me analizo. Es la curiosidad de sí mismo que asalta a uno cuando ya se va acercando la liquidación (Sierra 1991: 248).

No es extraño que en buena parte de su libro de viajes se sienta especialmente atraído por lo antiguo: “Me interesan mucho las ruinas, más que los edificios viejos, y estos más que los nuevos; en realidad me gusta de veras sino lo que tiene historia” (245). Pero su actitud está ya muy lejos del tono melodramático romántico, y su lirismo siempre resultará contenido y mesurado. En este sentido es importante que utilice una cita del autor catalán Jaume Rusiñol donde se defienden los principios modernistas, que el mismo Sierra hace suyos: devoción por la belleza y desprecio por lo que denomina “mal de prosa”, elitismo, espiritualidad frente a materialismo, crítica de la hipocresía social y reparos al régimen democrático. En relación con todo esto son frecuentes sus reflexiones de carácter existencial, inspiradas fundamentalmente por las catedrales e iglesias góticas que describe:

Pero qué impresionantes son estas iglesias tristes por desnudas, por sombrías, por austeras. ¡Rusiñol dice que son nidos tibios para quienes tienen frío en el alma! ¡Oh! poeta, esto es lo que se filtra en gotas de hielo dentro del alma y la enfría con el frío definitivo del sepulcro (227).

Mucho más explícita se hace esta preocupación en el siguiente fragmento dedicado a la catedral de Barcelona, donde incluso aparece el símbolo del agua con reminiscencias manriqueñas:

Cesamos de charlar, de comentar, nos parecía que aquella tiniebla estaba formada de átomos, de plegarias, de lágrimas de dolores; aquello no hablaba de esperanza, ni de redención, ni de gloria; aquello era una mano helada que nos apretaba la garganta. ¿Estamos por algo en este mundo? ¿Vamos hacia algo? ¿Es un torbellino de átomos este que nos arrebata, que formó el acaso y se disolverá en la nada? O nuestra conciencia es el reflejo de otra conciencia y obedecemos sin saberlo, a una orden [...] Salimos por el claustro más claro: vimos cosas viejísimas del siglo XI, sarcófagos, relieves, ¿qué sé yo? Hasta las plantas del jardinete, hasta el agua de la fuente me parecía hecha de historia, de leyendas, de pasado. No se movía, el agua nunca es muda, siempre habla, siempre tiene algo que decir aun cuando esté inmóvil. Aquello era el silencio líquido (223-224).

Son pensamientos que atienden ya más a una desazón compartida por románticos y modernistas. Así no es extraño encontrar en Sierra una profunda admiración por la obra del arquitecto catalán Gaudí, “un alma distribuida en formas infinitas y cuya unidad enteramente subjetiva vive en la fe religiosa” (232).

Otro sello de modernidad se lo da a su obra el humor, más notorio si cabe porque lo alterna con pensamientos trascendentes, y también

porque es capaz de hacer bromas sobre sí mismo. Valga como ejemplo la descripción de la iglesia barcelonesa de Santa María del Mar,

tan alta la nave o más y más estrecha, por lo que parece más alta, altísima; naves para escapes de almas místicas, como la mía, que si no se me ha escapado es porque la retienen a la tierra las veinte o cuarenta arrobas de mi peso corporal (227).

Esa chanza sobre su físico no desaparece ni siquiera cuando acuden a su mente recuerdos tan íntimos y serios como los de su madre; ocurre cuando una niñera mexicana, seguramente mestiza o indígena por el tipo de reflexión que hace, besa el manto de la virgen de Montserrat:

que representa todo lo que una raza desheredada guarda de amor y anhelo por un ideal de misericordia infinita, me quise arrodillar, quise esconder la cara entre las manos y quise llorar. La tumba de mi madre que duerme en mi santuario interior, se abría [...] ¿Y el fraile que es usted –me diría Manuel Flores–, se arrodilló? –No; soy un fraile apóstata, gordo, débil; me dio vergüenza [...] (247-248).

Al describir este monasterio de Montserrat dice, aludiendo a su buen apetito, que “era la impresión de un escaparate de pedrería tras un cristal; era [...]. Era la hora de almorzar” (245-246). Y al referirse a un grupo de intelectuales, “toda gente de acción y de pasión”, confiesa: “¡Cómo nos gustan éstos a nosotros los inertes, los gordos!” (254).

También recurre al humor fundamentado en la elipsis cómplice con el lector; así, en la visita a la Casa Consistorial de Barcelona, recuerda que “después de una estación en el cuerpo de guardia en que hacía un frío de todos los [...] condes de Barcelona, subimos y fuimos excelentemente tratados” (221). Esta complicidad también se hace notar a través del uso de los paréntesis que revelan la presencia de un narrador más íntimo y cercano, y que, además, resulta un marco apropiado para expresar el humor, esta vez a través de ironías como la que sigue al referirse a la Catedral de Barcelona: “nos quedamos boquiabiertos, frente a una gigantesca testa de moro clavada en un alto muro bajo el órgano (yo no creía que los moros fueran tamaños)” (226). En este sentido el autor llega a manifestar un grado de interlocución expreso al hablar, por ejemplo, del Gobernador de Cataluña, el historiador y escritor Eduardo Hinojosa: “¡qué gran literato es mi admirado amigo! Ni sus defectillos de literato le faltan. Me prometió muchas cosas. Creerán ustedes que me las ha cumplido; pues no” (235). Ambos recursos se unen cuando utiliza un humor irreverente que tiene

como tema lo religioso; así, al referirse a Montserrat dice: “si quieren saber cómo se apareció la virgen (hecha por San Lucas, que según parece, tenía un taller de importación) en una gruta” (245).

Aunque el motivo de su visita a España fue en realidad un viaje de carácter diplomático a Madrid, en su libro sólo dedica sus notas a Cataluña. Apenas hay un breve comentario sobre las ciudades españolas en general; breve pero importante, porque expresa la fuerte personalidad de las ciudades de segundo orden en España e Italia, frente a las francesas que,

o son fastidiosas si no se parecen a París, o son “cursis” si quieren parecerse. Para vivir fuera de la capital en uniformísima Francia urbana, a pesar de Rouen y de Avignon, es necesario buscar el mar en Bretaña, o un castillo a orillas de la Loire, o un hotel en Cannes o Monte Carlo, digo, en Niza, que da lo mismo. En Italia, en España, no; hay ciudades que no remedan la capital, que viven de sí mismas, que son artísticas, socialmente autónomas, que son personas y no reproducciones, que tienen “sello” (219).

Barcelona es una ciudad especialmente alabada por Sierra, sobre todo por su modernidad, el crecimiento urbano modélico y la especial disposición de sus bulevares. Y esto pese a su debilidad por los monumentos antiguos con historia. Es frecuente encontrar incluso imágenes como éstas que anticipan la Vanguardia: “Ya era la ciudad una nébula formada de átomos de electricidad luminosa y el mar una placa de acero negro” (219).

También participa Sierra del arielismo que se extenderá entre tantos autores hispanoamericanos a partir del 900. Al terminar el relato de su viaje a Estados Unidos dice:

Cosa extraña, venía yo del país de la libertad y me parecía que la recordaba al salir de él; la enorme actividad, la obra enorme del pueblo del que me separaban cincuenta metros ya en aquel instante, me había hecho el espíritu el efecto de diez arrobas de cuero sobre el pecho (6).

En otro momento compara las catedrales góticas de Nueva York y Barcelona, “ésta fría, oxidada por el tiempo, sobria, grande, está brotando de un sentimiento; aquella de una caja fuerte” (226). Y, por último, expresa su pesar por la estrategia poco honorable de Estados Unidos en la guerra de Cuba, al describir los acorazados españoles atracados en el puerto de Barcelona:

Por todas partes barcos, algunos magníficos; dos famosos frente a nosotros: el Pelayo, blanco, blanco, con sus torrecillas y sus cañones; ¡pobre

Pelayo!, o habría naufragado como sus compañeros de armas, o habría a estas horas cambiado de color en el arsenal de Brooklyn, si hubiese ido a la guerra, pero no fue Pelayo; y fue una tontería de sus compañeros el haber caído de bruces en el infernal garlito (220).

Buena parte de sus notas están dedicadas al análisis del problema catalán. Las causas más inmediatas de los brotes separatistas estarían según Sierra en las consecuencias de la guerra de Cuba, que provoca el hundimiento del comercio colonial catalán: “Esta exasperación tiene una válvula, la hostilidad sorda, pero constante, pero incurable contra el gobierno español” (222). En realidad, el conflicto surge entre los mismos catalanes, entre la burguesía y el partido obrero que no quiere quedar sometido a ella después de una posible independencia; conflicto secular derivado, según Sierra, del enfrentamiento entre la aristocracia catalana y los payeses. Como otros escritores hispanoamericanos también lamenta ese problema secesionista. Al hilo de estas reflexiones manifiesta una crítica contra el movimiento revolucionario y, por otra parte, contra el dominio cada vez mayor de la iglesia en el sistema educativo. De alguna manera estos comentarios de Sierra son situaciones de riesgo que en las décadas siguientes se manifestarán en su país de origen dentro del proceso de la revolución mexicana. Mucho antes de que esto ocurra ya parece que vaya tomando partido contra quienes protagonizan estos movimientos, de manera que su crítica a los socialistas catalanes podría extrapolarse a los sucesos que se vivirán en México en la segunda década del siglo:

El espíritu emprendedor catalán ahora se manifiesta en su carácter levantisco: lo obliga a marchar en densas y formidables columnas, serio, obstinado, fríamente furioso por las calles de Barcelona, rompiendo y destruyendo. ¿A la conquista de qué? De un mundo de riqueza y bienestar, del Paraíso. ¿Y en dónde está? Quién sabe, donde va esa bandera roja con letras negras que dicen “Viva lo social” (222).

Y en particular sobre su anticlericalismo, llama la atención que un hombre profundamente espiritual, y diría incluso que religioso, ataque de una manera tan furibunda a la Iglesia, expresando así un asunto latente en su propia sociedad y que luego derivaría en el enfrentamiento del estado mexicano contra el clero. En el análisis sociopolítico que hace de España, éste sería el asunto que Sierra destaca como de mayor importancia:

no sé que haya problema más grave en España, el político y el económico me parecen subproblemas al lado de éste. Esa bandera de humo de la

fábrica, esa casa sin bandera de la escuela clerical, son enormes barras negras en el futuro español; o negras, o rojas como el escudo catalán (229-230).

Manuel Ugarte (1878-1851) fue uno de los escritores argentinos que defendieron las ideas socialistas y, en consecuencia, se opuso al imperialismo estadounidense y a la filosofía del panamericanismo. Fue autor de varios ensayos dedicados a la crítica literaria: *La joven literatura hispanoamericana* (1906), *Las nuevas tendencias literarias* (1908), *El arte y la democracia* (1909) y *Escritores iberoamericanos de 1900* (1943). Testimonio de sus ideas políticas son las siguientes obras: *El porvenir de la América española* (1920), *Mi campaña hispanoamericana* (1922), *El destino de un continente* (1923) y *La patria grande* (1924). A la literatura de viajes corresponden dos de sus obras: *Crónicas del bulevar* (1903) y *Visiones de España (apuntes de un viajero)* (1904), que es el que interesa en este estudio.

Varias veces expresa que su viaje por España dura un mes. Al principio del libro, Ugarte manifiesta el propósito de su viaje con una actitud de respeto y de identificación con el espíritu hispano: “Venimos á penetrarnos de su alma secular, a recrearnos en sus bellezas y á visitar sus fundamentos y sus ruinas, como hijos respetuosos que se descubren ante la vejez de padre [...]” (Ugarte 1904: 11). Sin embargo, más adelante precisa: “Pero á nosotros lo que nos interesa no son los monumentos ni las reliquias históricas, sino la vida, las costumbres, el alma actual de la población” (59).

En su propósito de presentar una visión objetiva de la realidad recurre con cierta frecuencia a la transcripción de sus diálogos con la gente. En esta línea pretende reflejar el país más con la descripción del paisaje y de las costumbres de sus habitantes que con juicios de valor. Las primeras impresiones seleccionan algo propio del viajero romántico, el vestido, lo que también refleja el carácter de la gente: “Los colores verdes y rojos de los trajes de los lugareños se destacan sobre el paisaje resplandeciente” (16), aunque esta imagen tan colorista es excepcional en el libro. A continuación hay una referencia al ejército que puede sugerir el estado en que se encuentra el país: “Dos soldados de caballería, salpicados de lodo, desembocan por una calle, al paso lento de sus monturas”. En tercer lugar se refiere a uno de los pilares de la cultura española, la religión: “Las campanas sonoras de una iglesia llaman obstinadamente á las devotas que taconeán rápidamente las

aceras y desaparecen por un callejón que debe conducir al templo” (16).

Reflexiona también sobre la imposición de una técnica impresionista por lo azaroso del viaje:

es una vorágine que nos arrebató y nos muerde, sometiéndonos al engranaje de sus mil solicitudes inesperadas, sacudiéndonos á cada instante con estremecimientos nuevos, borrando un panorama con otro, matando una sensación para hacer nacer una idea, y revolviendo en nuestro corazón todo lo que duerme y lo que flota, en esas grandes manotadas de remos que da la distancia al transcurrir dentro de nosotros (14).

Renuncia a tomar el viaje como justificación para expresar las reflexiones sobre sí mismo:

Mi deseo sería dejar correr en estas páginas sinceras todo lo que rebosa mi alma [...]. Pero esas largas disertaciones y monólogos serían quizás un desahogo egoísta que aburriría al lector, cuyo espíritu no puede vibrar al unísono, puesto que no ha sido impresionado por los mismos paisajes (19).

Hay por lo tanto una intención de superar el concepto de libro de viaje del Romanticismo:

El viajero debe fotografiar los sitios y las cosas, callando las apreciaciones que ellas le inspiran. Porque al obrar de otra suerte, parece querer dirigir, imponer sus juicios, implantar la dictadura de su sensibilidad. Seamos pintores y no comentaristas (20).

Sin embargo, la misma selección que realiza de aquello que describe y el tono con que lo hace revela un espíritu melancólico que trasciende la mera descripción de las gentes y del paisaje. Por eso su estilo es muy literario, con comparaciones y metáforas que expresan implícitamente la subjetividad del escritor: “El polvo blanco que se alza del camino al paso de las monturas, pone ante los ojos una cortina tenue, que da á los horizontes la vaguedad de un imposible” (21).

El escritor argentino hace una reflexión sobre el concepto del viaje que proyecta la diferencia entre lo latino y anglosajón. Para Ugarte aquel no entiende la inquietud de quienes se aventuran a viajar cuando lo mejor de la vida lo tienen su en propia tierra, y por eso atribuye al viajero, que normalmente es un inglés (palabra casi equivalente a “extranjero”) ciertas malas intenciones que el escritor argentino recrea: “la malignidad propia de las gentes que tienen poco en que pensar, no se da punto de reposo”, y continúa: “Quién imagina una fuga después

de un proceso desgraciado, quién una enfermedad mental, que empuja a las extravagancias”. La reflexión concluye con una curiosa charla con unos carabineros que relacionan al que viaja por una zona fronteriza con el contrabando, en la que el autor recurre al humor provocado por el equívoco:

-¿De dónde dice usted que viene?

-De Irún.

-¿Es usted de allá?

-No.

-Entonces no viene usted de Irún.

-Sí; he estado en Irún algunos días.

-Y cuando llegó usted á Irún, ¿de dónde venía usted?

-De Buenos Aires.

-¿Y viene usted de Buenos Aires por Bayona?

-No señor; ahora vengo de París.

El carabinero nos mira con severidad.

-Abra usted la más gorda... ¿qué libros son estos?

-Son libros míos.

-¿Los lleva usted para venderlos?

-No señor.

-Entonces, ¿por qué lleva usted una docena de ejemplares de la misma obra?

-Porque soy el autor de ella y espero tener el gusto de obsequiar á algunos amigos de España.

-¿Dice usted que es el autor?... Veamos... Veamos... *Crónicas del Bulevar*... doce ejemplares nuevos... pase usted á la taquilla, que ya le dirán cuánto es... (30-31).

Celoso de su intimidad, podría expresar una situación de riesgo trasladada desde su país, donde la desconfianza imponga límites a los datos personales que se deban revelar: “¿Hace usted el favor de su nombre? —nos dice la dueña, presentándonos esta eterna hoja policiaca con que se molesta inútilmente al viajero en todos los países del mundo, excepto en Inglaterra” (57).

Aquel que no entiende la razón del viaje a veces deja al descubierto las causas tan peregrinas que pueden arrastrar al viajero. Es lo que ocurre cuando Ugarte tiene que explicar el motivo de su visita a Zumárraga, un pueblo de paso con escaso o nulo atractivo:

cuando oyó que habíamos bajado en Zumárraga para visitar la población donde nació el conquistador de Filipinas, el huésped se encogió de hombros, como un padre condescendiente ante la veleidad de un niño caprichoso (31-32).

De esta manera se da un repaso a casi todos los tópicos que han supuesto en la literatura la recurrencia al viaje: inquietud cercana a la locura, huida, delincuencia [...]. Además aparece un lugar común en la literatura de viajes al establecer una metáfora entre éste y la muerte: “Y en el mareo del crepúsculo, en el desvanecimiento del atardecer, se diría que los árboles tienen miedo, y que el transeúnte es un explorador que se aventura en el país de la muerte [...]” (7). En ciertos casos el viaje supone para Ugarte una especie de arcadía:

Como pastores de égloga, los campesinos suben tranquilamente por los senderos, conduciendo pequeños grupos de corderillos que un perro ciñe y encierra, ladrando y saltando. Y parece que todo ríe en torno nuestro, como si la vida fuera una canción y el mundo un jardín (10).

Hay veces en que el viaje es concebido por el escritor argentino como un *locus amoenus* un tanto particular, porque ciertamente el viaje no lleva a un lugar paradisíaco, pero al menos permite huir de la gran ciudad y de sus inconvenientes:

Se experimenta una sensación de soledad, un escalofrío de aislamiento, una certidumbre dolorosa de inevitables destinos [...], (destinos que olvidamos en el bullicio de las grandes ciudades, pero que reaparecen con el silencio y se agranda con la distancia, cuando corremos arrebatados por el vértigo del vapor, á través de las tierras, de una ciudad á otra, en la pesadilla de los viajes (6).

La única virtud que encuentra en una ciudad como Salamanca es la de constituirse en lugar apartado que se adecua mejor a un estado de reflexión, aunque puede tener el inconveniente de estrechar la mente del pensador.

Hay una clara influencia del viaje romántico en este libro que se manifiesta, por ejemplo, en la estructura descriptiva que se emplea. Primero describe el paisaje: “comarca montañosa y solemne, llena de altibajos musgosos, de árboles graves, y de caseríos pequeños y hospitalarios [...]”. Luego el vestido: “Con la boina y la faja azul, con el pantalón claro, y las alpargatas recién compradas, pasea el vizcaíno por las calles de Bilbao ó de Vitoria, como un niño por un jardín”. A continuación habla del carácter: “Es trabajador y es sobrio. Ni le asusta la labor, ni le desalienta el fracaso”, etc. Y por último presenta un retrato de la mujer: “La mujer es hacendosa, robusta y fiel. De moza, contiene en la plaza el atrevimiento de los bailarines; de mujer, se

dedica á cuidar á sus niños" (25-26). El paisaje que describe camino de la Cartuja de Miraflores es absolutamente romántico.

Cabe preguntarse si la perspectiva tan lúgubre de lo que describe en Burgos está en sintonía con su espíritu, si en el fondo esa perspectiva le resulta grata al autor; pero a pesar de que esas sensaciones puedan identificarse con el espíritu de Ugarte, él mismo manifiesta que lo que le provoca es sufrimiento: "se muere uno de tristeza en esta ciudad"; incluso hasta llegar al patetismo más romántico:

En la ciudad sólo se oía el toque marcial de las cornetas que parecían interrogarse de un cuartel á otro, y, eterna, invariable, como una obsesión de angustia y de muerte, la lamentación interminable de las campanas que gemían sobre la población como sobre un cementerio abandonado ... Lloré al partir (46).

Toda esta inquietud existencial vuelve a manifestarse en la lúgubre descripción nocturna de Zumárraga, que para colmo culmina con el amanecer del 1º de noviembre:

día de todos los Santos, según las tradiciones de la religión dominante en la comarca Entonces recordé que, según el calendario de la Revolución francesa, ese era el día de LA VIDA. Y deseoso de respirar á plenos pulmones, salí afuera, hasta perder de vista la población (35).

Tampoco faltan las referencias literarias característica de los libros de viaje del Romanticismo: "Y nuestras imaginaciones, obsesionadas por Visen, sueñan grandes dramas panteístas e impersonales, donde gesticulan los elementos y las cosas" (6). Pese a manifestaciones como estas, Ugarte se propondrá una descripción de los paisajes y de las gentes lo más imparcial y neutra posible, sin que las lecturas e impresiones del viajero mediaten al lector. No obstante, tal propósito dejará de cumplirse a lo largo del libro.

Otro de los elementos característicos de los libros de viaje románticos que se encuentra en esta obra es la referencia a la superstición y a la leyenda de carácter fantasmal: "Presta oído a lo que murmura el viento y sabrás la misteriosa angustia de los que siguen teniendo vida sin tener forma para manifestarla" (8).

Pero ante todo Ugarte es un escritor modernista, y esto se manifiesta ya al principio del libro al referirse, por ejemplo, a la moda oriental que tanta fortuna hizo por entonces. En el primer párrafo del libro compara el paisaje español, por lo menos en un principio, con un paisaje oriental. También es propio del Modernismo esa desazón exis-

tencial heredada de los románticos que se expresa a través de símbolos, y que, como se verá, es recurrente a lo largo de esta obra:

Los pinos, ensimismados y lúgubres, cortan la línea del horizonte con una raya negra que pone luto en el cielo. El carácter solemne de la comarca, la inevitable melancolía de la estación y nuestra propia tristeza, dan á todo cuanto alcanza la vista alcanza una apariencia agonizante, como si la naturaleza fuese una mujer tísica condenada por el destino (6-7).

En cuanto al género del libro de viajes, la impronta modernista se refleja en la búsqueda de la esencia del ser humano en la historia. “Los años en la historia huyen unidos entre sí, como los mástiles del telégrafo en el vértigo del viaje, y sólo dejan en la memoria de las grandes generaciones la triste monotonía de sus delirios” (7). Pero a pesar de estas y otras referencias a la historia el propósito declarado de Ugarte es el de hablar de las personas.

La historia no es en realidad uno de sus propósitos principales, y esto se manifiesta en la manera en que hace referencia a las notas sobre Salamanca:

Leemos, saltando los párrafos,

25.000 habitantes... Alfonso VI... Conde de Borgoña... Infanta Urraca... obispado... Alfonso IX de León... Universidad... 7.000 estudiantes... expulsión de los moros... Tiebant... 1812 Arapiles... Wellington... etc, etc...” (58).

Y nos lanzamos de nuevo á la calle que en el crepúsculo empieza á ensombrecer.

A veces, las referencias a la historia conjuga elementos románticos y modernistas. De Fuenterrabía se hace una recreación característica del Romanticismo:

Desde las ruinas del torreón donde el rey de Navarra se sentó á contemplar tantas veces las fronteras. El Bidasoa parece un río que repasa dos vidas. La catedral gótica, con la sombría vetustez de sus molduras y sus torres: el palacio de Juana la Loca; el conde de Torrealta [...]. Desde las torres maltrechas se asiste al desfile somnolento [sic] de los siglos. Mil reminiscencias de historia brotan del campo donde evolucionaron tantas vidas. Y nada es más hermoso que soñar arcaísmos en este dintel de España (58).

La recreación de la historia es aún mayor y de claro carácter romántico cuando dice: “La silueta de un monje inquisidor le llama tierra

adentro, hacia imposibles hogueras encendidas. La sombra de un caballero armado le solita y le reta desde el sendero” (59).

Pero el siguiente pensamiento se identifica con una visión de la historia propiamente modernista, que busca la esencia del hombre:

parece que el tiempo retrocede y huye bajo nuestros pies, llevándonos cada vez hacia pasados más ignotos, hacia siglos más olvidados, historia adentro, hacia los primitivos orígenes del hombre, hacia el primer manto (21).

En otro momento dice:

Nos creemos transportados á aquellos siglos en que las multitudes se arrodillaban en las plazas y las inmensas catedrales surgían de la tierra y se improvisaban casi, por el esfuerzo común de una ciudad en delirio (21).

Al final se vuelve a la dialéctica que parece imponerse el propio autor, entre la inercia de lo sugerente que provoca sus reflexiones personales e íntimas y la descripción “objetiva” de lo que ve: “Pero todas estas imágenes de pesadilla nos vienen en gran parte de las lecturas. Y las lecturas son á menudo espejismos de otras almas. Olvidemos los libros y volvamos a la vida” (21-22).

Pero el pasado, sobre todo cuando se relaciona con lo religioso, tiene para Ugarte unas connotaciones muy negativas, y así dice de la catedral de Burgos: “El hombre moderno se ahoga en ese mundo vencido, donde parece que todo es aniquilamiento, tristeza, muerte infinita [...]. Volvamos á las calles, volvamos á codearnos con lo que vive [...]” (41). Sin embargo fuera también está presente ese sentimiento que se comunica a toda la ciudad: “Parece que todos los habitantes han muerto” (41).

De esta manera, está presente en la obra un ideario de izquierdas propio del autor que rechaza los conceptos más tradicionales.

La primera impresión sobre España cuando llega desde Francia es muy positiva, “se abre [...] un panorama nuevo y multicolor, lleno de pinceladas vivas, como un paisaje oriental” (6); sin embargo, esta primera impresión estará muy lejos de la que va a presentar del país durante el resto del viaje, donde va a predominar una actitud triste y un colorido ceniciento, probablemente en consonancia con su espíritu.

Al principio del libro hay una descripción muy lúgubre de las tierras francesas, que junto con sus habitantes se reflejan con una actitud muy negativa: “Y nada es más solemne que esta región inculta y des-

habitada, que este erial francés trágico y maldito, de donde han huido las gentes” (7). Una perspectiva que no deja de ser singular en un argentino, aún teniendo en cuenta que su admiración por Francia tenía que ver más con París.

La reflexión sobre el motivo del viaje le conduce al estado en que se encuentra España, proyectado en una sirvienta que no anhela salir de su pueblo, y que a lo único que aspira es a que su vida transcurra sin alteraciones:

Y en esa resignación, en esa pasividad conmovedora, me pareció ver el símbolo del pueblo español de hoy, que expoliado, herido, molestado por todos, no atina más que á cerrar los ojos y á dormir, como si un maleficio imposible le hubiera arrancado la tendencia a la vida (33).

El estado de los hoteles es una de las pocas cosas que manifiesta cierto progreso: “que desmiente en parte la clásica afirmación de los viajeros sobre los hoteles de España” (37). Por lo demás, critica la casi nula evolución que han tenido en siglos ciudades como Salamanca y su resistencia a cambiar lo que ha impuesto el pasado:

Con respecto de que un callejón ruinoso es muy característico y de que tales casas fueron edificadas hace quinientos años, nadie levanta en la ciudad una nueva construcción, ni modifica lo existente. La población no ha cambiado desde hace un siglo. Las costumbres, las ideas, todo sigue siendo lo mismo” (60).

No es extraña esta reflexión en quien se va a constituir en uno de los principales representantes de ideologías progresistas en Hispanoamérica.

Una explicación de las posibles causas del retraso en que se encuentra el país puede encontrarse en la siguiente anécdota: un niño le sirve de guía en un pequeño pueblo donde para el tren, y cuando habla del error que tuvieron los fundadores al colocarlo en ese sitio el viajero pregunta la causa y el niño contesta: “Como se saben esas cosas [...], viendo lo que pasa. ¿No ha reparado usted en lo mal que anda todo esto?” (51). Entonces parece que la responsabilidad del retraso del país se atribuye a motivaciones que se pierden en el tiempo. Este retraso se manifiesta también en el ámbito rural. Por ejemplo, se refleja en la ignorancia de una muchacha que habla con Ugarte sobre la arqueología.

Cataloga a San Sebastián como una de las pocas ciudades españolas que van con el siglo (las otras son Barcelona, Valencia y Bilbao),

por lo moderno y racional de su desarrollo. Se deduce por tanto la simpatía del autor hacia aquello que signifique progreso. Pero también hay una actitud crítica sobre todo el pragmatismo que conlleva, cuando habla de “estas buenas gentes que, en medio del utilitarismo del siglo, practican la solidaridad y se creen resarcidas de un trabajo con el placer que procuran” (28).

Ugarte sigue la línea de muchos viajeros hispanoamericanos por España al expresar una doble perspectiva. Por un lado la simpatía de quien comparte una misma cultura, pero por otro la conciencia del retraso del país:

Quien después de un día de viaje llegue cerrada la noche á la frontera de España, sentirá la natural alegría de la libertad, el lógico desahogo de sacudir la anquilosis á que condena el ferrocarril, pero también experimentará un extraño malestar, una inquietud rara al encontrarse transportado de un siglo á otro, como si por un inconcebible sortilegio se hubiera arremolinado las edades y volviéramos a vivir tiempos pasados (13).

Esa dualidad también se manifiesta en cuanto ve en los españoles casi por igual una misma cantidad de defectos y de virtudes, y de ello hace una síntesis en las primeras páginas del libro; valga como ilustración este fragmento: “tiene una gran debilidad: su veneración por el pasado; una gran energía: su fidelidad al terruño; y un gran defecto: su prevención contra lo francés” (15). Estas ideas en realidad proyectan las ideas revolucionarias del autor y su respeto y admiración por la cultura francesa que contribuye a hacer frente al expansionismo anglosajón en Hispanoamérica.

Se lamenta de que dos turistas francesas contemplen España como un país pleno de exotismo, dentro del cliché más tópico: “Yo escuchaba en silencio, devorando la tristeza de oír hablar de España como un país oriental por donde se viaja buscando las sensaciones de una civilización casi prehistórica” (42). Y se manifiesta a favor de que se supere el tópico romántico:

Junto a esa visión clásica, junto a ese cliché pintoresco que tanto ha rodado en escritos y conversaciones, aparece una España grave y solemne, una España de castillos vetustos; de almenas seculares, de campos desolados, una España de dolor y de cansancio, una España de leyenda que tiene el prestigio de cien siglos, las glorias del pasado, el peso de una historia, pero que parece agrietarse y caer vencida como un torreón medieval que desbarataron los tiempos (10-11).

No obstante, en otros momentos Ugarte considerará como un lastre para el país el peso de esta tradición.

Para el escritor argentino, muchos españoles tienen un concepto del mundo similar al de una aldea, y esto se ejemplifica cuando cuenta su conversación con la dueña de una fonda en Salamanca:

-¿Es usted un periodista?

-Sí señora.

-Entonces debe conocer á un chico paisano mío que es tipógrafo y que está en Madrid en la imprenta de *El Universo*.

-No señora, no le conozco.

La dueña me mira con sorpresa. Adivino su pensamiento. Este se las echa de periodista, se dice para su colete, pero ¡qué ha de serlo! si no conoce a Paquín, mi paisano (57-58).

Selecciona en un periódico los aspectos que describen esencialmente a la sociedad española, de manera que sin hacer ningún juicio está expresando su carácter triste y lúgubre: primero lee una necrológica, después un desfile militar y por último la reseña de una corrida de toros cómica. Al final prefiere quedarse con el espacio con el cual se identifica: "Optamos por contemplar el paisaje sombrío que se prolonga indefinidamente" (50).

En una anécdota sobre un mozo que se encarga de llevar las maletas y que intenta constantemente quiere saber de dónde procede el viajero, Ugarte transmite cierta curiosidad malsana de aquel por identificar al forastero. El mozo no consigue su objetivo debido a las lacónicas respuestas del argentino, pero está tranquilo, porque "ya encontrará él la manera de saber de dónde es el forastero que bajó del tren de las cinco y que, no siendo militar, ni cura, ni viajante de comercio, ni inglés, no puede venir á nada bueno" (55).

Reprocha a los españoles un exceso de generosidad, sobre todo relacionado con el estómago:

En Rusia todos los transeúntes nos reclaman el pasaporte, en España todos los compañeros de viaje nos obligan á engullir la mitad de lo que llevan; y si es condenable la costumbre que atenta contra la libertad, no lo es quizás menos la que la comprende contra los estómagos (50).

Hay un rasgo que Ugarte considera que los madrileños comparten con el resto del mundo; la fascinación por el oropel y los fastos que representan la Corona. Otro elemento del carácter de los españoles lo apunta el argentino cuando describe el paseo del rey por las calles de Madrid: "Y la palabra ruidosa y los gestos fáciles que son una de las dis-

tintivas del español, cobran en el enervamiento de la espera, mayor amplitud y más vivacidad” (71).

A través de una anécdota sobre un niño refleja Ugarte la gallardía de los españoles:

Uno de ellos me pide un cigarrillo.

-Pero, ¿tú fumas?

-¡Claro! Si no, no sería hombre.

El rapaz contiene un gesto indignado y se aleja.

-¡Ande usted!... ¡Inglés!...—me lanza desde lejos—, ¿cómo no he de ser yo un hombre?... ¡Si tengo nueve años! (18-19).

Ugarte se constituye en paradigma del carácter español por lo que hay en él de misticismo:

Como casi todos los españoles tienen un alma de teólogo, y como la religión corriente resulta estrecha para sus ideales, contraria á su deseo de razonar y enemiga de mucho de lo que él acepta, ha concebido la idea al mismo tiempo grandiosa y pueril de una vasta reforma que determinaría en España lo que hicieron en el resto de Europa hace más de tres siglos (61-62).

El escritor argentino asume en su libro los planteamientos positivistas que consideran que el paisaje condiciona la personalidad de los individuos: “Los paisajes y la vida pintan a los hombres mejor que la frase, y á lo largo de estas excursiones completaremos los rasgos de lo que creemos ser su fisonomía” (16). Y más adelante dice: “tienen casas usadas y hundidas, que están en consonancia con los callejones y pasadizos sepulcrales y lúgubres de la población” (39). Esta influencia se proyecta también en la intención de realizar reflexiones científicas sobre determinados temas, como ocurre cuando vaticina qué grupo político se hará con las riendas del poder en el futuro de España, deduciéndolo por eliminación.

Muchas veces la descripción del paisaje castellano recuerda la que expresaban los autores del '98, por la insistencia en los aspectos más lúgubres y tristes y en la identificación con su espíritu:

Los campos abandonados y tajados por grietas, las llanuras amarillas interrumpidas por pequeñas lomas y los escasos árboles desgajados, alargan la monotonía de su paisaje descolorido, como una desgracia irreparable bajo la imparcialidad del cielo Con la noche que empieza á verter su sombra doliente, aumenta en nosotros la melancolía (48-49).

La descripción de Salamanca es otro claro ejemplo, donde el calificativo triste o sus derivados son constantes, hasta concluir relacionándolos

lo con la muerte: “Y en la ciudad sonnolenta, que tiene la palidez de un enfermo, parece que todo prolonga la languidez de una agonía” (57).

Sus referencias a la capital del reino pueden extrapolarse al resto del país. Aunque el capítulo que le dedica se llama “Madrid de noche”, no se va a encontrar en él una ciudad sugerente y festiva, todo lo contrario; Ugarte continúa con ese tono triste característico de sus descripciones. Madrid es una ciudad cerrada, y vale como ejemplo el hecho de que los cafés no pongan en las terrazas dos filas de mesas, como en París, sino que la clientela se esconde dentro tras las cortinas de unas ventanas. Además, el afán de los madrileños por acudir a sesiones de teatro en la madrugada para ver obras de poca calidad sólo tiene para Ugarte una explicación: “tener un pretexto para dormir al día siguiente hasta las doce” (68), lo que implícitamente da idea del espíritu “laborioso” del país. Por lo demás insiste en la referencia a la mendicidad y a la prostitución, en sintonía con un paisaje de claras connotaciones:

Un chiquillo andrajoso nos persigue repitiendo con una voz monótona y suplicante: “Una limosna, señorito, que tengo mucha hambre, señorito, que no he comido en todo el día.” Dos mujeres de mirada dolorosa quieren llevarnos hacia una calle extraviada. El cielo obscuro, sin una estrella, gravita sobre la ciudad (68).

La perspectiva de Ugarte sobre la Corona es negativa, como no podía ser de otra manera en un hombre de ideas de izquierda a principios de siglo. El cortejo real es siempre un motivo de distracción para los desocupados: “Aguardar á que el rey pase y formular un comentario sobre su actitud, es un medio de acortar el día” (72); pero este comentario adquiere todo su sentido si se considera que las calles están abarrotadas de público, lo que da idea de la cantidad de gente inactiva en Madrid. Esta parece ser la función primordial de la Corona, entretener al pueblo: “-Quite usted de ahí, —dice una mujer del pueblo, empujando á un vejete emprendedor—, que los pobres no podemos ir al teatro y lo único que nos distrae es el aparato real y las procesiones” (72). Además, la figura del rey se presenta de una manera ridícula por su poca envergadura, de la que el mismo pueblo se mofa:

Lo que parece evidente es que no goza de universal prestigio, que no se impone á la admiración, que no domina a su pueblo.

Porque el pueblo español tiene demasiado apego a las fórmulas tradicionales y á las imágenes convenidas, para estar satisfechos de un monarca que abulta tan poco (73).

El último capítulo sobre España antes de pasar al comentario sobre una serie de nombres de la literatura española lo dedica a la situación política del país. Consta la presencia de cinco grupos: el reaccionario, el canalejista, el republicano, el socialista y el anarquista. Es significativo que Ugarte contemple como un solo grupo político al que forman los dos partidos de la Restauración, el conservador y el liberal, ya que considera que ambos por igual son de naturaleza reaccionaria. El canalejista es un grupo que propugnaría, según Ugarte, la reforma y la transición hacia el republicanismo. Pero para él el futuro de España estaría en el partido republicano, única línea posible a la que tendrían que apoyar socialistas y anarquistas. De aquellos menciona su desigual implantación en el país y justifica su pusilanimidad en los sucesos de Montjuich por el peligro que hubiera supuesto para la consolidación del partido y del sindicato una posible persecución. De los anarquistas señala que su presencia es mayor de la que se supone, sobre todo en Cataluña y Andalucía, y manifiesta la dificultad que entraña para su desarrollo el radicalismo que provoca la persecución. Profetiza, por último, la división del partido republicano entre aquellos que defienden el principio de propiedad y los que asumen el colectivismo. Al final hace referencia a los sucesos de Montjuich y, en línea con su ideología, culpa a la autoridad represora de las injusticias y torturas que impunemente ocurrieron en la montaña, pero no la considera gratuita, sino que aquella represión bárbara reafirmaría la causa anarquista.

Al vaticinar el futuro del país también presenta similitudes con la generación del 98, en cuanto constata la presencia de una juventud vigorosa. Pero según Ugarte esa fuerza es contrarrestada, sobre todo en el ámbito rural, por aquellos egoístas que pretenden que nada cambie por su propio interés. No está de acuerdo con Unamuno sobre la necesidad de que la solución al estado del país pase por que no se renuncie del todo al pasado; él no la considera correcta: "No vemos por qué no está preparado el pueblo español para la verdad, ni á causa de qué circunstancias inexplicables será necesario obrar con él de otro modo que con los otros pueblos" (62-63); esto es algo que manifiesta una perspectiva política mucho más radical en el escritor argentino.

Lo que parecía ya evidente en la descripción de los pueblos y ciudades descritas culmina en un capítulo cuyo nombre lo expresa casi todo: "España triste". Después de justificar su juicio franco propio de su carácter rebelde: "nosotros creemos que en nuestro siglo de combate todos tienen el deber de declarar su opinión sobre todos los asuntos" (77), concluye lo siguiente: "España es el país más triste que hemos visto. Todo respira en él el desaliento y la muerte" (78). No se produce en Ugarte el caso de otros autores donde esa tristeza en sintonía con su espíritu encuentra la alabanza del lugar. A pesar de que el argentino expresa de manera recurrente un estado de melancolía, rechaza la impresión que le provoca el país. Su iconoclasia lo aleja de aquella línea modernista respetuosa con la tradición y opta por la ponderación del progreso y la modernidad y el rechazo de lo viejo:

cuando un hombre empieza á tener costumbres, es que ha llegado al máximo de su crecimiento: ya no se puede esperar de él más que repeticiones. Cuando un pueblo empieza a tener tradiciones, es que ha dado ya todo lo que podía, y entra en el período de descenso. España tiene muchas tradiciones, demasiado plomo en las alas (81).

En definitiva, esta breve muestra de la obra de algunos viajeros hispanoamericanos por España en uno de los momentos críticos de su historia revela el interés que puede tener la mirada del otro; una visión enriquecedora por el distanciamiento que supone observar las cosas con una actitud distinta a la de los que lo viven desde dentro y, a la vez, siempre enriquecedora.

Bibliografía

- Carrizo Rueda, Sofía (1997): *Poética del relato de viajes*. Kassel: Edition Reichenberger.
- Moral Ruiz, Carmen del (1998): *El 98*. Madrid: Acento Editorial.
- Sierra, Justo (1991): *Obras completas, VI, Viajes (En tierra yankee/En la Europa latina)*. Edición, notas e índice de José Luis Martínez. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ugarte, Manuel (1904): *Visiones de España (apuntes de un viajero)*. Valencia: F. Sempere y C.^ª Editores.
- Viñas, David (²1974): *Literatura y realidad política. De Sarmiento a Cortazar*. Buenos Aires: Ediciones Siglo Veinte.
- Zorrilla de San Martín, Juan (1896): *Resonancias del Camino*. Montevideo: Librería Nacional de A. Barreiro y Ramos.

Paul Jordan

**Domingo Faustino Sarmiento's and
Hans Christian Andersen's Visions of
Mid-Nineteenth-Century Spain:
“¿el ojo desnudo de todo prisma de partido?”**

1. Introduction

Writing from Montevideo, on January 25th, 1846, en route for Europe and North America, the future Argentine president, Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), analyses the causes of the conflicts then occurring in the River Plate.¹ He identifies in River Plate culture a tendency to “errar sola por sus soledades, huyendo del trato de los otros pueblos del mundo” (Sarmiento 1993: 35). This cultural trait, which he calls *americanismo*, is defined as “la reproducción de la vieja tradición castellana, la inmovilidad i el orgullo del árabe” (Sarmiento 1993: 35). He concludes: “Tal es la cuestión del Plata mirada con el ojo desnudo de todo prisma de partido” (Sarmiento 1993: 35).

Clearly, the exiled Sarmiento, a great admirer of France and the USA, an enthusiastic exponent of European-inspired modernisation, and an implacable opponent of the dictator Rosas, did not look at the turmoil in his beloved land with an eye, “desnudo de todo prisma de partido”. And, as we shall see, the same of course is true of his observations about Spain, a country which aroused in him deep – and conflicting – thoughts and emotions.

1 This was during the “guerra grande”, when Montevideo, with the help of many Europeans, including French and British naval forces, was resisting the siege by Rosas's and Oribe's troops. A committed moderniser and enemy of the Argentine dictator Rosas, Sarmiento was travelling from Chilean exile to Europe and the USA, to study education systems. En route, Sarmiento visited islands in the Pacific, Montevideo and Rio de Janeiro. In Europe he was in France, Spain, Italy, Germany, Switzerland, Holland, Belgium and England (also North Africa). In America he visited Canada, the USA and Cuba. His accounts of his travels, *Viajes por Europa, Africa y América*, was published in Chile between 1849 and 1851.

Arriving in France in May 1846, Sarmiento stayed in the Paris region until mid-September, when he headed south to Spain. It was a complicated journey: the first stage, by train, was to Tours via Orleans. From there he took the river steamer to Nantes, where he caught the Bordeaux stagecoach. He continued by stagecoach to Bayonne, from where the stagecoaches for Madrid left. Passing through Irun on 3rd October, Sarmiento stopped at Burgos before proceeding to Madrid, where he stayed for two months, also visiting Aranjuez, Toledo and El Escorial. In mid-November Sarmiento continued his journey south by stagecoach to Andalusia, visiting Cordoba and Seville. Then he took the steamer, first to Cadiz, and then on to Valencia via Gibraltar. The next stage, to Barcelona (which Sarmiento considered to be leaving Spain), was again by coach. He crossed to Palma de Mallorca by steamer, finally leaving Spanish territory by sailing boat for Algiers, on 20th December.²

Sarmiento is not a typical travel writer, in the sense of one who – whatever the degree of accuracy or inaccuracy – records in some detail impressions of a journey. Rather, in a series of lengthy, separate narratives, Sarmiento describes a limited range of the people he meets (these are mainly intellectuals, diplomats, military officers and politicians), and a few major cultural phenomena that he seems to offer as paradigmatic. His descriptions are based as much on his reading as on his direct observation.³ Although formally presented as letters, Sarmiento's narratives are really essays. As Emilio Carilla observes of them, they are “cartas enhebradas en una intención novelesca o marcadamente literaria”; and they are “cartas sólo en apariencia; del encabezamiento de los largos capítulos” (Carilla 1964: 58).

Sixteen years later, in 1862, the Danish writer Hans Christian Andersen travelled extensively through Spain, visiting many of the same places as Sarmiento had. Andersen's account of his journey, *A Visit to Spain and North Africa, 1862*, is an enthusiastic, touristic account

2 Details are taken from his *Diario de gastos* (Sarmiento 1993: 471-568).

3 For example, much of his letter from Madrid (where he was for the wedding of Isabel II) consists of a lengthy essay on bullfighting, and its supposed historical and present significance in Spanish culture.

which, unlike Sarmiento's writing, follows a clear travelogue structure.⁴

Andersen entered Spain through Catalonia, on 6th September, travelling by stagecoach and train to Barcelona. From there he went by steamer to Valencia. Valencia to Alicante was by train, after which Andersen went to Cartagena via Murcia by stagecoach. From Cartagena to Malaga was again by steamer, while from Malaga to Gibraltar via Granada he travelled by stagecoach. Andersen's North African episode was in Tangier, where he spent a week as the guest of the British Minister, Sir John Drummond Hay, and whence he returned across the strait to Cadiz, aboard a French warship. His journey from Cadiz to Cordoba via Seville was by train, and its continuation on to Madrid was by stagecoach and train. While he was in Madrid (where he stayed for three weeks), Andersen visited Toledo, by train. The last part of his journey north to France via Castile and the Basque country was nightmarish. As he comments, with great understatement, "The railway line up to France, to Bayonne, is still incomplete in many places" (Andersen 1975: 175). In fact the first section was only complete as far as El Escorial. From here Andersen took a stagecoach to Sanchidrián, where the railway resumed as far as Burgos. From Burgos the line was complete as far as Olazagutía, beyond Vitoria. The final stage of the journey, back to Bayonne via San Sebastián, was by stagecoach. He arrived back in France on 23rd December.

As we have seen, the two writers' journeys were of comparable duration, and undertaken at the same time of year. In terms of the order of the places visited – with the exception of the very different placing of the North African component – the two journeys are not far from being mirror images of each other. Both writers were of course distinguished – and privileged – visitors. Until the last phase of his journey, when he was probably unwell (not to mention having a lucky escape from death, in Burgos), Andersen provides a highly positive and detailed account of people, landscapes, cities – and food: Andersen is an outsider who promotes Spain as a colourful, welcoming touristic destination. He spoke virtually no Spanish, but always made the

4 Interestingly, Andersen's journey, too, had a royal dimension: in 1862 the Queen visited Andalusia. He witnessed the preparations in Malaga for her visit, and was present in Granada at the same time as the royal party.

effort to communicate with people. Sarmiento, by contrast, comes across as a lonely, introverted figure, who talks to nobody – and hates the food.⁵ He is emotionally attached to Spain, but is greatly resentful of the fact: the journey through Spain is in essence really a progressive exploration of Sarmiento's own cultural identity – real or imagined. While these two accounts of journeys represent very different motives, and very different ways of seeing and interpreting nineteenth-century Spain, nevertheless the two writers were, in reality, in the same places and seeing the same things. In this essay I focus on four important elements which are common to both accounts: travel by stagecoach; the rural landscape; the bullfight; cities and culture.

2. Travel by stagecoach

At the beginning of his letter from Madrid, Sarmiento makes this declaration: "Poned, pues, entera fe en la severidad e imparcialidad de mis juicios, que nada tienen de prevenidos" (Sarmiento 1993: 128). With these words Sarmiento claims a detached viewpoint and asks his readers to accept the objectivity of the account that follows.

The first part of Sarmiento's journey clearly represents a transition from what he sees as civilised modernity into another space, which is characterised by exoticism, eccentricity and danger. Initially, rather like a modern-day tourist in a poor country, he is to some extent insulated from his surroundings. The Bayonne to Madrid stagecoaches are, he informs us, the only comfortable ones in Spain: French-built, they are an oasis of normality, of civilisation. He then goes on to contrast typical Spanish transport practice with that of "developed" countries like England, France, Germany and the US, where he states that the stagecoaches are hauled by two to five horses, using a standardised harness, and are driven by soberly-dressed coachmen who from a raised seat guide the horses with a whip (Sarmiento 1993: 129).⁶ In Spain, by contrast, eight, or even ten pairs of mules, adorned with

5 In reality, Sarmiento did not lack for stimulating company: French intellectuals figured prominently (see Benítez 1993).

6 At this stage, of course, the only one of these countries with which he could make direct comparison was France: south of Tours, where the railway terminated, Sarmiento had travelled by stagecoach and steamer. However, in the other countries mentioned, which he would later visit, stagecoaches must have been a rarity, since extensive railway networks already existed by the mid-1840s.

brightly-coloured head plumes and numerous jingling accessories, are urged on by shouting coachmen dressed in Andalusian costume and Arab sheepskin capes (1993: 129-130). Sarmiento reflects that this spectacle overwhelms the foreign traveller, who believes himself to be in an enchanted land – and expects at any moment to meet Don Quijote, or to be attacked by highwaymen. At this point, Sarmiento is an outsider, looking at Spain from a standpoint of amused superiority.⁷

By 1862, the date of Andersen's journey, rail travel was the norm throughout much of Europe, although the network was somewhat slower to develop in Spain and southern France. As Andersen lightheartedly observes, (at Perpignan): "I had to revert to the travel of olden days, again to take my seat in the poetical conveyance of our poetic old times" (Andersen 1975: 15). Once again, the outsider crosses a frontier into an exotic space. Much later in the narrative, however, at El Escorial, when Andersen is in a very different mood, the same change of conveyance is seen as entirely negative: "Instead of the comfortable railway carriage we were packed into a narrow diligence, which we would have to endure until daybreak" (Andersen 1975: 176).

Although, like Sarmiento, Andersen deploys the usual clichés about Don Quijote and highwaymen, he provides far more detail of the reality of stagecoach travel than Sarmiento does. Indeed, so frequently do descriptions of different vehicles appear in Andersen's narrative, that one might suspect a special interest in transport, on his part, and in consequence perhaps give considerable credence to his observations.⁸ Andersen's first journey by stagecoach was from Perpignan to Gerona, at that time the northern terminus of the railway line from Barcelona. The nationality of the conveyance in which he travelled through Catalonia is not given, but perhaps it is French, since later, in Alicante, Andersen expresses the desire "to try a real Spanish diligence" (1975: 51). The vehicle appears to be a hybrid: it was ap-

7 Benítez (1993: 724) believes that the coach and mules were indeed decorated, and the coachman dressed, as Sarmiento says, since this corresponds to a drawing published in 1846 by the artist Karl Girardet, one of Sarmiento's travelling companions (although he notes ten mules, not sixteen or twenty). However, and as Sarmiento must have known, the colourful costume and the decoration were in honour of the forthcoming royal nuptials.

8 Various diligences (stagecoaches) are described, including a coupé and "a kind of omnibus with seats along the sides" (105). *Tartanas*, too, are mentioned.

parently hauled by twelve horses (Andersen 1975: 16), more than double the maximum specified by Sarmiento⁹ – but below the minimum, if the draft animals were in fact mules.¹⁰ The animals, like Sarmiento's Spanish mules, wear jingling bells – although they are driven with a whip, by a coachman whose dress excites no comment. At Figueras, a new driver continues to use a whip; but now, additionally, there is a *zagal*, or mule-boy (who behaves exactly as Sarmiento says, running back and forth, shouting at the animals) and there are “twelve fresh mules” (Andersen 1975: 19).

The next scene involving a stagecoach is when Andersen witnesses the arrival in Valencia of the (horse-drawn) Barcelona service. Andersen, of course, had arrived in Valencia by steamer – and was exceedingly thankful for this.

It was smelly, dusty and only a ghost of the coach we had seen two days ago. [in Barcelona] The horses were dripping with sweat, the vehicle itself was macadamized with dust and the passengers limped out like hospital patients. Some were in slippers because during the long journey their feet had swollen in their boots, others were carrying their coats: their hair was matted with dust, which also lined each wrinkled face. This is how the company looked and the wretched centaur, the outrider who had almost grown fast to his horse, was in a worse plight (Andersen 1975: 42).

Later, travelling by stagecoach from Alicante to Cartagena via Murcia, and from Malaga to Granada, the motive power is always provided by ten or twelve mules (never the sixteen to twenty specified by Sarmiento). Interestingly, although Andersen frequently comments on the appalling state of the roads, and gives graphic accounts of travellers' discomfort, he admires aspects of the Spanish stagecoach system: he praises the Malaga-Granada-Madrid service, where relays of mules are changed every fifteen miles, and the machines “go at a tremendous pace, not like our slow stage coaches” (Andersen 1975: 78).

The picture changes during the north-bound half of Andersen's journey. First, he must ‘endure about twenty-three hours’ in a stage coach, as the Cordoba-Madrid railway is not yet completed. And the last stages of the journey, are positively nightmarish: as they drive

9 “[L]a diligencia ha de ser tirada por dos, cuatro, cinco caballos manejados del pescante” (Sarmiento 1993: 129).

10 “La diligencia es tirada por ocho pares de mulas [...] a veces por diez pares” (Sarmiento 1993: 129).

through the night in a snowstorm from El Escorial towards Burgos, a window pane of the coach falls out, and the swirling snow blows in. Andersen is thoroughly bewildered: "Is this being in Spain, I asked myself, is this what it is like in a warm country? It was like being at home in the far north" (Andersen 1975: 182). Later, crossing the Basque country, once more hauled by horses, not mules, Andersen misses warmth so much, that at one point he longs for the "tepid rain-water with a drop of anisette" (1975: 183) that he had found so unpalatable in the arid Levante.

Finally, with the descent to San Sebastián, the ordeal is over, as the coach stops at a comfortable *fonda*. Andersen enthuses about the town and the surrounding landscape: he almost imagines it is summer, when "the mountains are covered with wild jasmine and the air is full of its scent" (Andersen 1975: 184). The last few miles are nothing short of paradise.

It was a great change and very pleasant surprise to find on the northern side of the Pyrenees a much milder climate than that we had left so recently. Behind us lay the mountains decked with snow; here, on the contrary, the farther north we got, the greener the meadows and the fields became and when we reached Irun, the last Spanish town, there were flowers in all the gardens and oranges between the dark leaves of the orange trees (Andersen 1975: 184).

With stagecoach travel in nineteenth-century Spain, highwaymen were a real risk – and Andersen cites some recent attacks, and their underlying social causes. However, in reality the danger is not great, and Andersen praises the authorities for the steps they have taken to improve policing of the roads. Sarmiento, by contrast, sets his discussion of highwaymen in an isolated Manchegan *venta*, at night, when the travellers compete to tell the most frightening tales. Sarmiento's attitude is curious: on the one hand, he dismisses as fiction a gruesome account of murder (Sarmiento 1993: 161), on the grounds that it is a story he has already heard in Argentina. And yet, on hearing about a pitched battle on the Seville-Granada road, he decides to abandon his projected visit to the Alhambra. As we have seen from Andersen's account, there were at least some safe roads to Granada. So, what does Sarmiento's decision, to forgo a visit to this most beautiful of cities, signify? Is the Alhambra, the symbol of Moorish high culture in Spain, just a curiosity that one might as well visit, as one happened to

be in Spain, but not so important that it could not be sacrificed? Or, is this a proposed visit to an important cultural monument, that regrettably has been prevented by the outrageous barbarism rampant in the Spanish countryside?

3. The rural landscape

Despite travelling extensively through the Spanish countryside, Sarmiento paid little attention to the landscapes. His portrayal of the archetypal Castilian landscape, however, is not unpoetic.

El aspecto físico de La España trae en efecto a la fantasía la idea de África o de las planicies asiáticas. La Castilla vieja es todavía una pradera inmensa en la que pacen numerosos rebaños, de ovejas sobre todo. La aldea miserable que el ojo del viajero encuentra, se muestra a lo lejos tenebrosa i triste; árbol alguno abriga bajo su sombra aquellas murallas medio destruidas, i en torno de las habitaciones, la flor mas indiferente no alza su tallo, para amenizar con sus colores escogidos la vista desapacible que ofrecen llanuras descoloridas, arbustillos espinosos, encinas enanas, i en la lontananza montañas descarnadas i perfiles adustos (Sarmiento 1993: 131).

The landscape, for Sarmiento, is really just mood setting; his description is as much about evoking what is not there, as about identifying what is, as he sees a Spain that is at once wretched, and exotically suggestive of Africa or Asia. But, is he seeing Spain at all? His description fits just as well the vast plains between mountain ranges, of his native Argentina.

Andersen, by contrast, provides detailed descriptions, capturing the contrasts between different areas within a single region, as the following sequence of descriptions of the different landscapes between Valencia and Murcia shows. First is the countryside outside Valencia, seen from the train.

We flew into a land of sunshine, in which tall palm trees held their green fans high in the luminous air and whitewashed, friendly buildings lay among fruit-filled orange trees. Vines grew like a woven net over the earth, with rippling channels of water forming the woof (Andersen 1975: 45).

Beyond Játiva, however, the gentle, fertile landscape changes dramatically.

From the oasis burgeoning with fruit one comes into the stony desert. The sun beat down and it was as if the stony ground had stored up heat

from yesterday's sun and was now releasing it into the already too warm air. Farms lay solitary, endlessly far from each other, their fortress-like walls a protection against wild beasts and wicked men. Not a tree was in sight and the only green touch was in some big cacti whose spongy leaves swelled up like fungi in rock crevices or behind fallen walls (Andersen 1975: 45-46).

After visiting Alicante, Andersen set off by stagecoach for Murcia. Leaving the parched port city, he passes through a landscape which is "bounded by dark, bare hills", on a road like "an endless, dried-up village pond" (Andersen 1975: 52). By contrast, at the first stop, at nearby Elche, he finds what is effectively an oasis.

Enormous palm trees stretched up their layered, scaly trunks, surprisingly thick and yet slender in relation to their height. Dates hung in great heavy bunches from stem after stem beneath the leafy green screens. Pomegranates filled the undergrowth, where the brilliant red fruit shone between the dark leaves; and here and there was a lemon tree, the pale yellow fruit contrasting with the red of the pomegranates (Andersen 1975: 53).

Later, arriving at the outskirts of Orihuela, Andersen sees a landscape that is dry, but nevertheless fertile and reasonably productive.

The bare hills receded further and further into the horizon. Aloes with their tree-high flowering stems stood thick as plantains. The fields were overgrown with enormous cacti, covered with their ripe, red-gold fruit, and on the higher ground Spanish peppers, the bright-red pimiento, lay spread out to dry in the sun (Andersen 1975: 55-56).

Finally, he arrives at the Murcian *huerta*, a land of abundance.

Here, as in Valencia, water is piped from the river into the *campaña* which, by means of this artificial irrigation, is transformed into a fertile garden. Vines, maize, beans and love-apples grow in beds between mulberry bushes and pomegranates. We drove down into the waterless river bed, by the side of tall bamboo rushes (Andersen 1975: 56).

4. The *corrida*

The bullfight is a topic of major significance for Sarmiento, because for him it defines and explains fundamental aspects of the Spanish character – and because he finds that it resonates strongly with his own nature. At the centre of his exploration of the topic is an account of the *corridas reales* that he witnessed, in the Plaza Mayor, Madrid.

From the beginning Sarmiento is more advocate than critic: the *corrida* marks the Spanish people as a species of decadent Romans; it

is simultaneously consolation for national decline, and a mark of nobility. Indeed, the Spaniards' blood lust marks their superiority over (advanced, civilised?) northern races, with their degrading drunkenness.

Sobre la plaza de toros el pueblo español es grande i sublime; es pueblo soberano, pueblo rei tambien. Allí se resarce, con emociones mas vivas que las del juego, de las privaciones a que su pobreza lo condena, i si esta diversion puede ser acusada de barbarie i de crueldad, es preciso convenir, sin embargo, que no envilece al individuo como la borrachera, que es el innoble placer de todos los pueblos del norte (Sarmiento 1993: 140).

He also sees the *corrida* as truly national, in that it is at once genuinely popular, and also carried out under official auspices. In this, he sees it occupying a cultural space similar to that once occupied by the theatre of Lope and Calderón. Indeed, he blames imported conventions, such as the Aristotelian unities (for which the French are presumably responsible), for alienating the theatre from the people, leaving the *corrida* as the only genuine Spanish high art form. There is no mistaking Sarmiento's enthusiasm, approbation of, and excitement at, bullfighting.

Cuando la arena está cubierta de caballos destripados, cuando la sangre hace fango sobre el suelo, entónces el pueblo de todas clases i sexos no puede contener su entusiasmo, se pone de pié para aplaudir a los vencedores, ya sean toros u hombres, para ver hundirse la espada del matador en el corazon del toro furioso, para sorprender el último jemido de la víctima i deleitarse con su agonía. La noche halla a los espectadores ajitándose sobre sus bancos, i pidiendo a voces nuevas carnicerías i nuevos combates. Id, pues, a hablar a estos hombres de caminos de hierro, de industria o de debates constitucionales! (Sarmiento 1993: 141).

Sarmiento, who in Montevideo condemned the public spectacle of throat-cutting as a regrettable product of the Spanish mentality, now revels in blood, and scorns all the aspects and products – artistic, intellectual, technological – of civilisation. Specifically, the comment about railways, of which he would be an enthusiastic promoter, suggests that although overtly he was a committed moderniser, nevertheless, in reality he felt some ambivalence about technological progress.¹¹

11 Ambivalence or reticence about railways is often found in River Plate culture. Enrique Amorim, for example, in 1937 wrote his beautiful, nostalgic story about the ox-carts that, late in the nineteenth century, plied north from Salto into Brazil,

Sarmiento accepts the gladiatorial-aesthetic values of the *corrida*, namely that man and bull are basically equals, and both are required to be skilful and brave – or suffer the derision of the audience. The only aspect that shocks him is “la muerte cierta e innoble” of so many horses (Sarmiento 1993: 141).¹²

As well as describing the pomp and circumstance of the occasion, Sarmiento writes two admiring accounts of *corridas*. First is that of the *matador* Montes, whose performance he likens to a piece of music, in which the passes are like “variaciones de un tema único que es la muerte, i cuyas melodías se componen de coraje, actitudes artísticas, destreza i sangre fría” (Sarmiento 1993: 145). This is followed by the work of a *caballero en plaza* who despatches bulls with consummate ease.

De los cuatro caballeros, uno solo permaneció en la arena; pero tan brillantemente se condujo, que en esta corrida hizo olvidar toda la gloria de que habrían podido cubrirse hasta entónces los picadores de profesion. Cuatro toros cayeron sucesivamente muertos bajo su frágil rejoncillo; uno de ellos, en una primera embestida, habia ensartado en las astas su caballo, i levantando i sacudiendo en el aire caballo i caballero, echólos a rodar por el suelo. Pero el intrépido aficionado haciendo poner de pié su caballo, sin perder un instante la silla, esperó, por segunda vez al toro, i atravesándole el corazon de un rejonazo, lo hizo caer muerto a los piés de

“La plaza de las carretas”. Yet, it is thanks to him that what is believed to be the first steam railway locomotive constructed in South America, *Criollo* (Salto: 1895) survives – albeit as a rusty wreck. W. H. Hudson is an even more contradictory case. Fleeing Argentina in the 1870s, to escape the modernisation that the railways and immigration were bringing, he was resident for the rest of his life in London, but actually spent his time travelling by train all over England, and writing books about an idyllic countryside – in which there were no railways. In contrast, some writers have been highly critical of the railways which, unlike their European counterparts, were implanted from outside, seeing them as serving foreign interests, and as being the source of Argentina’s economic problems. Raúl Scalabrini Ortiz is of course the most famous and polemical of these. Ezequiel Martínez Estrada is another case in point – although one wonders quite how he would have commuted between his two jobs, in Buenos Aires and La Plata, without the railway.

- 12 Sarmiento is clearly an urban man. Interestingly, a rural episode in *The Purple Land*, by Hudson, whose sympathies were basically *Rosista*, reveals a very different valuation of horses: out on the Uruguayan pampa a horse is gored by a cow, causing its entrails to spill out. Its rider dismounts, sews the animal’s side up again and remounts. Asked by his (English) companion whether the horse will live, the *peón* replies, with indifference, that the only thing that matters is that it will live long enough to carry him back to the *estancia*.

su montura, como para que diese condigna reparacion de la pasada ofensa (Sarmiento 1993: 146).

Sarmiento acknowledges the *corrida*'s powerful effect on him: "He visto los toros, i sentido todo su sublime atractivo. Espectáculo bárbaro, terrible, sanguinario, i sin embargo, lleno de seducccion i de estímulo. Imposible apartar un momento los ojos [...]" (Sarmiento 1993: 147). This then leads to a meditation on man's deeper emotions, that the *corrida* (and war) satisfy:

Oh! Las emociones del corazon! La necesidad de emociones que el hombre siente, i que satisfacen los toros, como no satisface el teatro, ni espectáculo alguno civilizado! La exasperacion de las batallas para los veteranos solo puede comparáseles (Sarmiento 1993: 147).

He goes further: "después de haber visto los toros en España, he lamentado que hayan pasado para nosotros los tiempos en que se quemaban hombres vivos" (Sarmiento 1993: 147). He goes on to assert that the burning of heretics and the *corrida* have in Spain always been closely linked. From this he argues that this instinct for barbarous pleasure at the spilling of so much animal blood, also explains the cruelty of the Carlist wars and the throat-cutting practised in the River Plate. Finally, he as it were draws back, and repents of his newly rediscovered and reawakened barbarism, reflecting: "He caido sin quererlo en estas tristes reflexiones morales, quizá por reaccion contra las tentaciones de crueldad que el espectáculo habia revivido en mí" (Sarmiento 1993: 148).

Andersen witnessed two bullfights, and his reactions were very different from Sarmiento's. The first, in Barcelona, was a popular, light-hearted affair. 'It was like a wild carnival. Men pelted each other with bags of flour and sausages, and the ladies did not escape: here flew oranges, there a glove or an old hat, all with cheerful uproar (Andersen 1975: 29). Two clumsy bullfights are described. In the first, the bull (clearly a *novillo*) has no wish to fight, and the matador is unskilful, taking several attempts before he can deliver the *coup de grâce*. The second young bull is equally docile, and is quickly killed. The afternoon ends with two bulls, their horns padded, being let into the ring for the public to enjoy the thrill of being chased. Andersen is unmoved by the spectacle – because he knows that he has not seen the real thing: only two bulls have been killed, and no horses have died. Andersen is aware of what normally happens, however:

Very often, at the first encounter, the bull drives its pointed horn into the horse so that its entrails spill out. They are pushed in again and the gash is stitched so that the wretched beast can bear its rider for a few more minutes (Andersen 1975: 30).

Andersen's initiation into the real *corrida* is in Malaga. This time he gives no eyewitness account, merely summarising the events and giving his reaction.

[H]ere we saw it in all its brutality and horror... a score of horses and five bulls had been killed and there were still seven bulls left to fight, when I decided that I had had enough. I was so nauseated that I left the arena, after which the fight became even more bloody and – as I was told – more interesting [...] It is a brutal, horrible form of popular entertainment! (Andersen 1975: 78-79).

The contrast with Sarmiento's presentation of a similarly gory scene could hardly be greater: attraction versus revulsion. Andersen is shocked and sickened; but he draws no atavistic generalised conclusions about the Spanish character. Quite the contrary: "I heard many Spaniards express the same opinion: they said that it would not go on for much longer and that recently a petition for the discontinuance of these fights had been presented to the *Cortes*" (Andersen 1975: 79). As history has shown, of course, this was wishful thinking, and Spain remains divided on the issue.

5. Cities and architecture

Sarmiento's anti-clockwise, and Andersen's clockwise journeys share many locations. Both stayed in Madrid, writing quite extensively about the city itself, and also describing visits to El Escorial. Burgos, Seville, Cordoba, Valencia and Barcelona are the other cities described at significant length by both writers.¹³

We begin with Burgos, where Sarmiento spent his second, and Andersen his last night in Spain. Sarmiento presents Burgos in two contrasting ways. During the daytime, seen in close-up, it corresponds to the sordid, ruinous present of Spain; it is "un pobre monton de rui-

13 As we saw in the discussion of travel by stagecoach, Sarmiento omitted Granada from his planned itinerary. The other major city to which Andersen devotes an entire chapter is, unsurprisingly, Toledo. Sarmiento, however simply dismisses Toledo as typical of Castilian cities, which are "montones de ruinas") (1993: 166).

nas vivas i habitadas por un pueblo cuyo aspecto es todo lo que se quiera, ménos poético, ni culto" (Sarmiento 1993: 135). However, it can also be an exotic, historic space where the imagination takes flight. Catching sight of the city for the first time, in the distance, from the stagecoach, Sarmiento observes that: "Burgos, con su catedral gótica, se levanta cual sombra de los tiempos heróicos, como el alma en pena de la caballería española" (1993: 133). He follows this with an account of a nocturnal visit to the cathedral, in which the moonlight playing on the turrets, spires and pinnacles creates a fantastic, theatrical effect; the statues of saints, meanwhile, "guardan la entrada como mudos fantasmas" (Sarmiento 1993: 134). The tour continues with a visit to the Cid's house, and to the city battlements, from where Sarmiento looks out across the dark countryside, imagining the presence of an encamped enemy army of Moors. Sarmiento, then, travels back in his imagination to a key historical moment: the beginning of the Christian reconquest of Spain.

It seems highly probable that Andersen, if he had visited Burgos earlier in his journey and in better weather, would have written an imaginative account, perhaps not so dissimilar to Sarmiento's.¹⁴ As it is, we are given little direct sense of the city, beyond the snow-covered streets and the bitter wind. Andersen mentions monuments in passing, and of course invokes the Cid. And, like Sarmiento, he did visit the cathedral: "In sleet and slush we stumbled to the cathedral" (Andersen 1975: 178). But his description is matter-of-fact: he simply notes the many splendid tombs and chapels. By now, Andersen is no longer interested in tourism, his sole preoccupation being with keeping warm. The main focus of his Burgos chapter is the interior of the hotel, and there are numerous references to log fires and braziers – in contrast to the snow outside. Indeed, Burgos nearly gained notoriety as the place of Andersen's death: he relates how he almost died of the fumes from a coke brazier left burning all night in his hotel room.

The contrast between the South American's and the northern European's view of Madrid, too, is considerable. Sarmiento describes few places, but automatically accepts the capital's representative

14 Certainly, his visit to another historic Castilian city, Toledo, combines enthusiastic, historically-informed description of monuments, with a strong sense of poverty and decay.

status: its architecture “*revela el gusto nacional por los espectáculos i el largo i tradicional hábito de paradas, cortejos i procesiones*” (Sarmiento 1993: 137). He describes only two public spaces. First, he finds that *calle* Alcalá is “*una de las mas bellas i espaciosas de la Europa*” (Sarmiento 1993: 137), identifying that area and Puerta del Sol as the nerve centre and heart of the city. Unsurprisingly, the most detailed description is of Plaza Mayor, which he saw when it was decorated for the *corridos reales*. He contrasts this great, cloistered square, with its triumphal arches, palaces, balconies, turrets and pinnacles, with the Paris Hippodrome which, he says, by comparison “*habria parecido un juguete de carton, bueno solo para divertir a los niños*” (Sarmiento 1993: 143). There is one other description of a building: the Teatro Real. The exterior is anonymous, but the decorated interior he finds elegant, and greatly superior to the “*grandes i suntuosas pocilgas de Paris*” (Sarmiento 1993: 149).¹⁵ Once again, as was the case in his presentation of the bullfight, there is a strong tendency for Sarmiento to identify with Spain, and to reject the culture of the north.

Andersen arrived in the Spanish capital in winter, after he had visited most of the country's impressive and ancient monumental cities. Although he liked the inhabitants of Madrid, he had a low opinion of the city itself. His view of Puerta del Sol is in complete contrast to Sarmiento's, with the Dane regarding it as, frankly, nondescript and seedy: “*in the square below, where several of the principal streets of the city meet, it was dark and dirty. [...] there was nothing particularly new or characteristic to be seen*” (Andersen 1975: 158). Later he goes further: Madrid, far from being an archetypal Spanish city, as it was for Sarmiento, “*has none of the character of a Spanish city, let alone that of the capital*” (Andersen 1975: 160). It has two redeeming features, however: the Prado museum and the Italian opera. Andersen limits his descriptions of the city to three plazas: the first, Plaza de Oriente, is the most beautiful in the city, while Plaza de las Cortes, by contrast, is dismissed as “*really only an extension of the road in front of the National Assembly building*” (Andersen 1975: 161). Plaza Mayor, unsurprisingly, receives the most detailed description – although once again the contrast with Sarmiento's enthusiasm and the

15 In fact, in spite of his assertion of the primacy of the *corrida*, Sarmiento takes a detailed interest in the theatre in Spain – as, too, does Andersen.

Dane's negative impressions is striking. First, Andersen finds that the Plaza has the air of a prison yard; then, he describes the "small indifferent shops" (Andersen 1975: 161) and the wretched beggars busking. Most vividly, he evokes, with revulsion, exactly what Sarmiento exults in: "In olden days it was the scene of bloody bullfights and the dreadful *autos-da-fé*" (Andersen 1975: 161). As we have already seen, the "olden times", in respect of the bullfights, at least, were actually quite recent.

However, in the Prado, perhaps because there he finds again the Spain that had so enchanted him in other cities, Andersen enthuses about the paintings. He singles out for praise Velázquez and, especially, Murillo, in whose work he detects "heavenly revelation" (Andersen 1975: 164). For once, the two writers agree on something: Sarmiento, too, is impressed by a museum that is "uno de los mas ricos i desiertos de la Europa" (Sarmiento 1993: 158). However, the Argentine's account follows (and perhaps was influenced by) his gloomy meditations on El Escorial; Sarmiento, ever the cultural theorist, interprets the art in the Prado as reflecting Spain's negative traits. Specifically, he considers that Spanish painting – like the other arts in the country – is no longer alive and developing: for Sarmiento the great works of art represent the petrified Spain that Philip II's El Escorial epitomises. Importantly, Sarmiento sees art in Spain as an isolated, self-sufficient phenomenon: although great in itself, it neither builds on the achievements of antiquity, nor bequeaths anything to the future. Such art is the direct representation of the Spanish character – and Sarmiento thinks that he sees in the streets of nineteenth-century Spain exactly the same figures that Velázquez and Murillo saw. Most damning is his reflection on a picture that, from its description, must be by Goya.

Lo único que hai digno i noble es la figura de simpática de los oficiales franceses que distribuyen viveres; todo lo demas es vil de formas, innoble de sentimiento, asqueroso de aspecto i de decoracion. ¿Cómo no han sentido los españoles el oprobio que este cuadro hace a su pais? (Sarmiento 1993: 159).

Sarmiento's introduction of El Escorial as the Spanish Versailles¹⁶ is initially puzzling, until he explains that he means that it – like the

16 La Granja de San Ildefonso, near Segovia, is a more plausible candidate.

Parthenon, the Colisseum, Versailles and St Peter's Rome – is a funerary monument to its civilisation. However, he finds that the latter two edifices, unlike El Escorial, celebrate the arts and sciences of their civilisations – and in this sense are living entities which have an enduring appeal. (He notes that there are two railways to Versailles, to cope with the enormous tourist traffic.) In contrast to these “artísticas i esplendorosas ruinas” (Sarmiento 1993: 156), El Escorial, which is served by “una diligencia sucia i estrecha” (Sarmiento 1993: 155), receives fewer than twenty visitors a week, and “es un cadáver [...] que hiede e inspira disgusto” (Sarmiento 1993: 156). Sarmiento sets the negative mood from the start, describing the ruinous, barbarous outskirts of the city, and concluding: “Esta escena de desolacion, aquella pampa salvaje intermediaria entre una capital i un monumento, preparan el espíritu, deprimiéndolo i entristeciéndolo, para acercarse al panteon de Felipe II.” (Sarmiento 1993: 155).¹⁷ The journey continues through a treeless, waterless valley to a wasteland in which stands a bare rock where Philip II had many of his workers executed. The gridiron plan of the building is “sombrió i bárbaro” (Sarmiento 1993: 156). Culturally, El Escorial is a monument to the assassination of free thought, and the foundation of a religious establishment called a “monstruoso vampiro” (Sarmiento 1993: 157). El Escorial represents all that is wrong with Spain: “Oh Escorial! aquí, bajo tus bóvedas sombrías está toda la historia de esta pobre enferma, cuyo hondo mal médico alguno ha estudiado todavia” (Sarmiento 1993: 157).

However, the crucial point, as far as Sarmiento's spiritual and cultural journey of discovery is concerned, is that although El Escorial may be the tomb of a dead Spanish culture, it also has living, pre-Hispanic occupants, as prisoners within its walls.

Están cautivos allí los manuscritos árabes; i todavia despues de tres siglos de comunicacion, aquellos ilustres presos no han sido interrogados; [...] La antigua lejislacion contra herejes e infieles está vijente para ellos, la prision perpetua, la incomunicacion i la denegacion de audiencia. Pero, en fin, no han sido quemados vivos los manuscritos árabes, i aun esperan que se les haga justicia (Sarmiento 1993: 158).

17 Sarmiento's use of that archetypal River Plate term, *pampa* (which is of Quechua origin) seems to underline his sense of connectedness to Spain and Spanishness, in spite of his explicit negativity.

The manuscripts, representing the Arab inheritance, potentially can speak, can be the source of cultural renewal.

Andersen's brief account of El Escorial, like Sarmiento's, is negative: "The silence of death broods over those vaults, over the town and country around" (Sarmiento 1975: 175). Indeed, according to the Dane, it is only death, in the form of a royal burial, that occasionally brings the town to life. Andersen continues with the story of the martyrdom of St Lawrence and the cruelty of Philip II. He uses images of the wind, to emphasise how bleak and sinister the place is.

Beneath it rests the Royal Lord, over it whistles the wind in violent gusts from the bare, wild *Guadarrama* mountains, with a sound of moaning and groaning; It was a dark, gloomy, unpleasant evening when we left the *Escorial*, with a howling wind (Andersen 1975: 176).

Having used descriptions of nature to suggest that the place in itself eerie and sinister, Andersen switches the focus. Like Sarmiento, it is a human barbarism that he sees in El Escorial: "But there are no mourning spirits in the storm, [...] – it is through the pages of history that the spirits weep, telling of the dark, cruel deeds of Philip II." (Andersen 1975: 176).

The reactions of the two writers to Cordoba, the birthplace of Seneca and the once-great capital of the Caliphate, are quite similar. For Sarmiento, the city "fué reina i la vemos mendiga i cubierta de harapos i de lepra" (Sarmiento 1993: 162); and the remaining Roman and Arabic buildings, as well as the beautiful surrounding countryside, anthropomorphised, bemoan its fate. Sarmiento recounts how hundreds of Roman columns were used in the construction of the great mosque, whose "capilla del Zancarron" he praises as a unique jewel of Moorish architecture. (Rather tellingly, there is no hint that the mosque is now the cathedral.)

As is customary, Andersen gives far more detail, both from direct observation, and from his reading. His contrast of the city's past and present illustrates this well.

Under Moorish rule, Córdoba was the capital, with a million inhabitants, six hundred mosques and a hundred public baths. Art and science flourished here, and now – how different! One finds poor, narrow, empty streets; Córdoba has sunk down and is now just an insignificant provincial town (Andersen 1975: 149).

Similarly, while Sarmiento merely invokes “la belleza del paisaje” (Sarmiento 1993: 162), Andersen provides detail of a specific view.

From the Alameda there is a view over the broad, rushing river to the countryside, a fertile landscape with hills, olive groves and, here and there, a tall palm tree and the ruins of a great tower silhouetted on the horizon. Behind the town to the north are the mountains of the *Sierra Morena*, dark-blue and forbidding. The air was heavy with clouds (Andersen 1975: 149).

Unsurprisingly, the mosque-cathedral is the centrepiece of Andersen’s account. His visit starts unpromisingly: “the exterior is unremarkable, neither picturesque nor impressive” (Andersen 1975: 150). Once inside the building, however, Andersen journeys through the “forest half-light” of the avenues of columns, until he reaches the centre point, “a lofty, white-plastered, richly gilded Christian church, into which full daylight falls on a great, shining altar” (Andersen 1975: 150). He then moves to the “lace-like carving” above a door facing the river, reflecting that “it is still the most interesting spot in the whole building and has retained its original beauty” (Andersen 1975: 150). Leaving what he calls a “thought-provoking, awe-inspiring sanctuary” (he means this ecumenically) Andersen comes to the Roman bridge, and to the ruins of the Moorish *alcázar*. While the mosque-cathedral seems to symbolise a chaotic – but positive – mingling of the religions, Andersen’s presentation of the history of the *alcázar* is harrowing: there is no doubt where he assigns the Sarmentine attributes of civilisation and barbarism.

Here was the beautiful *Alcázar* of the Moorish kings, with its carved marble arches, its rose gardens and fountains. Here echoed music and song, here resounded the drums and trumpets in days and nights of festivity. But all this splendour vanished like clouds away, and darkness and anguish followed. The Spanish Inquisition moved into these halls, walled up the light, airy casements and set up instruments of torture where once soft cushions were spread; the anguished screams of victims being tortured to death were heard where once the lute was played and gentle voices echoed. (1975: 151)

Andalusia’s capital, Seville, produces fundamental disagreement in interpretation between Sarmiento and Andersen. Initially, Sarmiento is dismissive, before becoming frankly accusatory.

Aquí no hai nada [...] excepto el archivo de Simancas i el de Sevilla reunidos, que contienen los documentos de la colonizacion de la América; pero es preciso pedir a la reina en Madrid, por un memorial, permiso para

visitar sus estantes i nada he podido verificar de ciertos hechos que me interesan (Sarmiento 1993: 162).

This is pure pique, and the allegory is easily deciphered. Seville represents Spain's power over America; and the locked archive symbolises Spain's continued possession of, and withholding from him, of Sarmiento's own history.

Andersen's account, meanwhile (unlike Sarmiento, he did visit the archive) is so comprehensive and ecstatic, as to constitute blatant promotional literature. A few examples of his hyperbole will suffice. First, he praises "the unforgettable cathedral, which in its majesty makes an even deeper impression than St Peter's, Rome" (Andersen 1975: 146). Then, he waxes lyrical about the city as a whole. "If Seville lay where Cadiz lies [...] it would be a Spanish Venice and, what is more, a living Venice, a wonder of the first order [...] excelling other cities of the world" (Andersen 1975: 143). It is also superior to Paris, where "one tires oneself out looking at shops [...] one goes as in a treadmill [...], it is quite otherwise in Seville" (Andersen 1975: 143-4). He praises cultural events and traditions too, such as the *zarzuela* and the legend of Don Juan Tenorio. He also compares Parisian and Sevillian dancing: the former is "so free, so wanton", while the latter "allows the beauty of the human form to be seen in natural movement [...] the blood may quicken but the dance is always beautiful" (Andersen 1975: 145).¹⁸

Valencia is not actually described by Sarmiento, although the city nevertheless occupies an important place in his scheme of things. First, he notes that it is where "por la primera vez he comido bien i sin asco, en fondas, ventas i posadas en España" (Sarmiento 1993: 163). (Andersen, too, praises the food there - but he always finds Spanish food delicious, the single exception being a meal in Burgos.) The most significant aspect is how Sarmiento sees Valencia as reflecting his own cultural identity. In this land, at the boundary of the territory once occupied by the Moors, he notes the Arab roots of its technical progress, artistic achievement and democratic institutions: "en Valencia, la Huerta irrigada por canales i con una lejislaçion sumaria, a la luz

18 It is in Seville - in November - that Andersen begins to complain of the cold. He seems to have misunderstood the climate there, since he recommends visiting the city in summer, "when one can see how the southerner lives" (144): this would probably not be the advice that experienced travellers would give.

del sol, que recuerda todavía el estrado, el divan, la puerta de calle en que los árabes administraban justicia” (Sarmiento 1993: 163). Furthermore, he notes the similarity of the inhabitants’ dress to that of Argentines: in Mendoza, Cordoba and, finally, Cuyo, his own province. This same positive affirmation of the Arab inheritance within his own Hispanic nature is also made in the section, “El hogar paterno”, in *Recuerdos de provincia* (first published 1850):

la habitación única de la casa, dividida en dos departamentos: uno sirviendo de dormitorio a nuestros padres, y el mayor, de sala de recibo con su estrado alto y cojines, resto de las tradiciones del diván árabe que han conservado los pueblos españoles (Sarmiento 1966: 108).

Andersen for once finds little of note architecturally, the main interest being in a combination of slightly seedy but exotic details of street life, which show Valencia as truly Spanish, in contrast to “Frenchified Barcelona” (Andersen 1975: 39) from where he had arrived by steamer. Andersen of course comments on the Moorish irrigation system, and he too finds a similarity with his own country. Unlike Sarmiento, however, he makes no personal cultural identification, but simply draws a visual comparison.

We drove through flat, fertile countryside which reminded me of Denmark: there were ditches on either side of the road, from which rose gnarled olive trees, rather like our willows among beds of reeds – but here the reeds were bamboos. The whitewashed cottages by the wayside had reed or straw thatches, as at home with us, and only the long, coloured curtains hung in the open doorways showed that we were in a southern land (Andersen 1975: 39).

The last city to consider is Barcelona – which both writers identify as being different from the rest of Spain. While Andersen notes that the city is the capital of Catalonia, Sarmiento goes so far as to state, categorically but inaccurately, “Estoi, por fin, fuera de la España” (1993: 166). He describes Barcelona as “enteramente europeo”, likening the Rambla to a boulevard, and noting the quantity of manufacturing industry. He admires the Liceo theatre, then under construction, and also praises the art school. As is so frequently the case with Sarmiento, however, he is not much interested in the city or its people: most of his letter is about his excitement at meeting the English economist, Richard Cobden.

Andersen stayed in Barcelona for ten days, in a hotel on the Rambla. He finds that French fashion in clothing is fairly common, and praises the cafés of the Catalan capital, judging them superior to those of Paris. He sees Barcelona as equivalent to Turin, both cities being the Paris of their respective countries. While he finds the cathedral oppressive, he shares Sarmiento's enthusiasm for the Liceo, which by now is fully operational. The most interesting element is his eyewitness account of the devastating flood, that struck the city in mid-September, 1862.

In the light of both writers' insistence of the separate identity of Barcelona and Catalonia, it is rather surprising to find no mention of them hearing any language spoken, other than Castilian.

6. Conclusion

It is clear that, in spite of their very different national backgrounds, and the radically different cultural projects represented by their respective journeys, Sarmiento and Andersen share a similar ambivalence about the virtues and defects of an exotic, somewhat backward Spain, in comparison to a more developed northern Europe which is epitomised, for both writers, by Paris.

Andersen, who did not speak Spanish, clearly is culturally more detached than Sarmiento: he is a tourist. And yet, in some ways he is far more directly engaged than Sarmiento: he talked to people, studied landscapes, relished the different cuisines. It has to be said that, as a distinguished guest, he was given extremely privileged treatment; under these conditions, with the exception of the Malaga *corrida*, he sees almost all aspects of the Spain he experienced, including some very uncomfortable stagecoach journeys, as positive. The single factor that changes his perception is the weather (which may have affected his health): his account of winter in Castile is wholly negative.

Sarmiento gives the impression of being miserable and isolated: in light of his almost entirely negative attitude to Spanish high culture, infrastructure and cuisine, as well as his views on modernising the language, it would not be surprising if he found relations with Spaniards difficult at times. However, in reality, Sarmiento tended to be in distinguished, generally foreign, company, and certainly was not alone.

Much has already been written about Sarmiento's understanding of progress and underdevelopment, of civilisation and barbarism, and of his complex intellectual and emotional relationship with Spain, with Spanishness, and with what he sees as the Arabic inheritance of both Spain and her erstwhile colonies, such as Argentina. In this essay we have seen how on one level he scorns what he sees as a Hispanic/Arabic backwardness relative to France: this is his explicit view as he enters Spain; it recurs as he leaves what he considers to be Spain proper, and enters Catalonia; later, in Algeria, it will find perhaps its strongest manifestation.¹⁹ However, on another level, in spite of many reservations about Spain, he undoubtedly feels the country to be in some senses more truly alive than France, and the north. The third element, though, is the most interesting: much of his progress through Spain, certainly from Burgos to Valencia, is an imaginary journey backwards through history, towards real or imagined Arabic cultural roots: in El Escorial he finds the ancient written texts, frozen in time, unheeded – but alive; then, in Cordoba he feels that the mosque is still a mosque, not a Christian church; finally, in Valencia, he finds a living culture, which he identifies specifically both with the Arab past and with the culture of his home province in Argentina.

Perhaps such largely imaginary – or spiritual – cross-cultural journeys are a necessary counterbalance to the physical and intellectual ones that accompany dramatic technological and social change. Pablo Neruda, for example, flew from Colombia to Peru in 1943, where he famously invoked the lost, ancient indigenous builders, whose lives he saw as encoded in the Inca citadel of Machu Picchu. And Sarmiento's compatriot, William Hudson, having fled the modernisation of the *pampa* that was the direct result of Sarmiento's policies (but then, incongruously, settling in London) frequently travelled by train down to the south coast, where he tried to enter into spiritual communion with the long-dead occupants of the prehistoric burial mounds, imagining that they were his "Iberian" ancestors.

19 It is, however, noteworthy that it is specifically the nomadic (not urban) customs of Algeria, that Sarmiento uses as the paradigm; and that the comparison is not with Argentina (or Spain) in general, but rather more specific: "las tiendas [...] no están mas avanzadas que los toldos de nuestros salvajes de las pampas" (Sarmiento 1993: 190).

Bibliography

- Andersen, Hans Christian (1975): *A Visit to Spain and North Africa, 1862*. Tr. Grace Thornton. London: Peter Owen. (First published, as *I Spanien*, Copenhagen, 1863.)
- Benítez, Rubén (1993): "El viaje a España". In: Sarmiento, Domingo Faustino: *Viajes por Europa, Africa i América 1845-1847*. Madrid: Archivos/UNESCO, pp. 717-757.
- Carilla, Emilio (1964): *Lengua y estilo en Sarmiento*. La Plata: Universidad Nacional de la Plata.
- Sarmiento, Domingo Faustino (1966): *Recuerdos de provincia*. Buenos Aires: Sopena. (First published in Santiago de Chile, 1850.)
- (1993): *Viajes por Europa, Africa i América 1845-1847*. Ed. Javier Fernández. Madrid: Archivos/UNESCO. (First published in Santiago de Chile, 1849-1851.)

Nieves Paradela Alonso

**El País Real y El País Invisible:
la España descrita en los libros de viaje árabes
(siglos XVIII y XIX)**

1. Presentación

En una primera aproximación general y algo apresurada al tema que nos ocupa, pudiera parecer que el estudio del viaje árabe moderno y contemporáneo a Europa carecería de la importancia que tienen otros viajes y sus escrituras.

El primer factor que podría argüirse para mantener tal opinión es de orden interno y partiría de la constatación del declive de la civilización árabo-islámica tras su indudable dominio y esplendor medievales. Si entonces la obra de viaje fue uno de los géneros mayores de la alta cultura árabe clásica (con nombres tan destacados como Ibn Yubayr, Al-Idrisi o Ibn Battuta), ¿no sería lógico sospechar la desaparición del género tras la ya total decadencia de la cultura islámica a partir del siglo XV? Porque en una cultura falta de vigor y privada de influencia política efectiva, ¿para qué seguir viajando?, ¿quién patrocinaría tal viaje?, ¿con qué objetivos? Y sobre todo, ¿para qué narrarlo?

Sin embargo, el inconveniente mayor para otorgar hipotéticamente interés al nuevo viaje árabe (digamos el que emerge a partir del siglo XVIII, con algún antecedente en el siglo anterior) es la idea ampliamente extendida de que aquella decadencia, iniciada en época tardo-medieval, ha continuado hasta nuestros días y que, en consecuencia, no será fácil hallar obras dotadas de valor literario e intelectual que despierten la atención de lectores o académicos dedicados al estudio de la literatura de viajes.

El segundo factor que contribuye a asentar la idea de la supuesta irrelevancia del viaje árabe moderno, surge de la misma constatación anterior, pero añade nuevos actores. El mundo árabe, nunca despertado del todo de su secular declive, fue dominado a partir del siglo XIX

por las potencias europeas que no sólo conquistaron militar o políticamente el territorio sino que lo sometieron a otro dominio que se revelaría a la postre como más mucho más peligroso y duradero. Este dominio intelectual –conocido como “orientalismo”– a la par que subyugaba culturalmente a los árabes, los privaba –de cara a los otros– de toda iniciativa intelectual efectiva. La exotización (que fue el mecanismo de dominación y control del que se valió el orientalismo entendido a la manera saidiana)¹ estetizaba el territorio y a sus habitantes, pero en paralelo los convertía en meros objetos pasivos, entes privados de razón y de visión propia. Al mundo árabe se viajaba (y mucho, sin duda), pero pareciera que ellos, los árabes, no viajaban, no escribían, no pensaban a los otros. Por supuesto que este procedimiento de cosificación no se ha producido sólo con los árabes o dentro de contextos coloniales,² pero, sin duda, el que nos ocupa es uno de los ejemplos más destacados y característicos. Así pues, una primera aproximación al viaje árabe a España impone el cuestionamiento de tal premisa.

Acostumbrados a que la dirección de la mirada cultural predominante sea la norte-sur: alemanes, franceses, británicos o norteamericanos viajando a Portugal, España o Italia, y luego españoles, portugueses, italianos y, mucho más frecuentemente, franceses y británicos, todos ellos, viajando al sur (al Magreb o al Oriente árabe), ¿será posible que también los árabes –los sujetos pasivos en toda aquella historia de exotismos y génesis de tópicos culturales– hayan viajado a su vez al norte y hayan sometido a esos países y a esas culturas a una observación tan precisa o tan superficial como la que se daba en senti-

1 Me refiero evidentemente a Edward Said y a su importante y controvertida obra titulada *Orientalismo*. Un buen planteamiento crítico con sus tesis en Salvador Peña (2008).

2 Nosotros, los españoles, hemos sido una de las sociedades que hemos sufrido con más intensidad tal proceso de exotización por parte de los viajeros y novelistas europeos y norteamericanos. Hace pocos días, el conocido novelista español Antonio Muñoz Molina, se quejaba de aquella manera tópica y ¿antigua? de vernos: “Los pasodobles, las monteras, los trajes de luces, la grosera simbología de la sangre, la arena, la cornamenta, la espada. Era la España negra: la de los lugares comunes baratos del turismo, la de la intelectualidad extranjera que fingía apreciar nuestro exotismo y al mismo tiempo nos miraba de arriba abajo, brutos domados por un dictador y tan prisioneros de sus pasiones y sus rituales que no podían entrar seriamente en el mundo moderno” (*El País*: Suplemento cultural Babelia).

do contrario? ¿Habrán en lengua árabe un conjunto de textos en los que la generación de los viajeros y las sucesivas hayan aprendido a percibirnos y pensarnos?

Es evidente que sí, que en la cultura árabe moderna y contemporánea hay una literatura occidentalista y que dentro de ella destaca el libro de viaje dedicado a España, un destino y una visión que por razones fáciles de sospechar van a ser diferentes en raíz de los viajes y visiones árabes aplicados a otros países europeos.³ La marginalidad de España, también esto, fue incontestable.

Veremos que España, que para los europeos representaba una cierta anomalía histórica en comparación con los demás países de su entorno (debida en una parte muy destacada a su pasado árabe e islámico, y que en eso se cifraba su mayor atracción para el viajero), también para los árabes —y por las mismas o muy parecidas razones— resultaba un país muy especial, un país anómalo con respecto a Francia, Gran Bretaña, Alemania u otros. Pero hay que mencionar de inmediato que tal anomalía, cara a los árabes modernos no implicaba una actitud favorable o positiva hacia el país y sus habitantes, como una apresurada primera impresión podría hacer sospechar.

El viaje árabe a España, tanto el del XVIII como el del XIX, va a permitirnos plantear tres cuestiones fundamentales:

- a) La primera cuestión, ya aludida, es la del estatus de la visión, digámoslo así, subalterna con respecto a las dominantes, y su capacidad de alterar o transgredir las opiniones generadas por éstas. Un interrogante teórico que, en el caso que nos ocupa, podría dar lugar a la siguiente pregunta: ¿Analizaron los árabes de otra manera las causas de la decadencia española —de la que sabían por libros y luego vieron con sus propios ojos—, y en concreto aquella que culpabilizaba al dominio musulmán de la Península Ibérica de haber cercenado el pretendido desarrollo histórico natural de la nación? ¿Cuál es el peso que la civilización andalusí dejó en la historia española? ¿Fue España, precisamente por su poso árabe e islámico una nación querida y admirada por los viajeros árabes?

3 Para obtener una buena visión de conjunto sobre las características del viaje árabe a Europa, sus protagonistas, sus destinos e intereses, es útil la consulta a la obra de Saba Yared (1996)

- b) La segunda cuestión, tiene que ver, en su aspecto teórico, con el grado de aprovechamiento textual de unos viajes con respecto a otros anteriores. La cuestión afecta a todo tipo de viajes, desde los medievales a los actuales, y puede referirse tanto a cuestiones de documentación como a cuestiones de lecturas previas, selección de textos e informantes. En un grado superior, tal cuestión nos enfrentaría al asunto de las similitudes y disimilitudes entre viajes y escrituras. Conocer qué leyeron los viajeros de una nacionalidad concreta y en un momento histórico preciso es asunto de gran importancia como sabemos todos. En tal sentido, llegar a saber qué leyeron los visitantes árabes, tanto de obras de su propia tradición cultural, como de otras, es otro de los interrogantes a los que debemos dar respuesta.

En el caso de los viajeros del XVIII (embajadores marroquíes enviados por la corte del sultán a resolver cuestiones políticas con la monarquía española) es evidente que todos ellos son tributarios de los grandes geógrafos y viajeros musulmanes clásicos y que ello se deja notar tanto en la forma compositiva del texto como en su visión de lo que fue al-Andalus. Para escribir sobre la España coetánea a su tiempo, no podían, por el contrario, allegar tradición propia. Ahí la ayuda sólo podía venir de la variada documentación que obrase en la corte marroquí y de su propia y directa observación.

Sin embargo los viajeros del XIX (y los siguientes), si bien alguno más erudito no dejó de citar a los cronistas, geógrafos y viajeros musulmanes clásicos, prefirieron con mucho leer a historiadores y viajeros europeos que, antes que ellos, se interesaron por el país español. Y no sólo, como podría pensarse, para inspirarse o documentarse sobre la España actual a su tiempo, sino también para convertirlos en fuente autoritativa en lo referido a al-Andalus. Se trató de otro signo más del occidentalismo —o del europeísmo o del afrancesamiento para ser del todo precisos— que caracterizó a las élites culturales y políticas árabes a partir del siglo XIX. Aunque, y para demostrar que tal aculturación no fue acrítica, los viajeros no dejaron de discutir o decidieron directamente eliminar cualquier opinión que fuera inasumible por ellos. Por ejemplo: una cosa era que compartieran la admiración de un Gautier por la Alhambra y sus constructores y otra que aceptasen fácilmente el tópico, tan

habitualmente mencionado, de que los rasgos de individualismo, falta de espíritu colectivo, pereza o fatalismo (que muchos de los viajeros europeos o americanos atribuían sin dudarle a la herencia islámica) se debieran a un pretendido influjo de sus antepasados árabo-musulmanes.

- c) El punto anterior nos conduce a una última cuestión, que sería la de analizar la función precisa que tiene esta reapropiación de textos o ideas ajenas dentro de visiones culturales nuevas. El viajero árabe moderno (el del XIX en adelante) había leído mucho a los franceses (tanto a historiadores, como a geógrafos, viajeros y orientistas) y conocía bien su pensamiento. Pero no siempre, dos ideas o incluso dos tópicos iguales quieren decir lo mismo en dos obras distintas. Y más si ambas pertenecen a tradiciones culturales diferentes. Y ejemplifico: la fascinación que la Alhambra supuso para todos los viajeros occidentales del XIX en adelante, se da también en los árabes. No neguemos en esto tampoco un claro influjo del romanticismo con su devoción por las ruinas y los momentos finales y sublimes que los árabes recogieron de sus coetáneos europeos. Pero es más que evidente que esa Alhambra y ese fin de la civilización andalusí tenían para los árabes un añadido, un elemento especial del que carecía la mirada europea, y era el referido al modelo que el edificio y en general toda la historia andalusí significaban para el mundo árabe actual: un mundo —dijeron ellos— que debía mirar a esa parte de su pasado para hallar en él modelo de futuro y para evitar caer en los males que causaron su pérdida. Esta intensa proyección de la Alhambra sobre el presente, tan característica del viaje árabe a España, está ausente lógicamente del viajero europeo. Incluso de aquél que, impactado al constatar el fortísimo contraste entre la magnificencia del palacio árabe y la pobreza y miseria del entorno (es decir, del país real), llegase a añorar aquel tiempo de maravilla y a desear incluso su retorno. Así se expresaba Théophile Gautier tras recorrer la Alhambra:

Por mi parte, siempre he lamentado profundamente que los moros no hayan continuado siendo los dueños de España, la cual, ciertamente, no ha hecho más que perder con su expulsión (Gautier 1971: 307).

Un párrafo semejante podría haber sido escrito por cualquiera de los viajeros árabes del siglo XIX o de las primeras décadas del siglo XX,

en cuyas obras nos encontramos, de hecho, con frases casi idénticas a la que citamos. Una profunda similitud que, sin embargo, contiene a la par destacadas diferencias. Gautier era no sólo un romántico, sino sobre todo un exotista: sinceramente fascinado, como tantos, por la civilización árabe andalusí, su idea de que España hubiera debido guardar la esencia “mora” para ser un país desarrollado no carece, sin embargo, de un punto de frivolidad. Tan distintos a los europeos –léase franceses– le parecían aquellos españoles, tan presente aún estaba en ellos –según él– el espíritu oriental, que tan sólo en aquel Oriente de esplendor y barbarie podrían encontrar su ser auténtico. Y no se recató de decirlo con meridiana claridad y con ese estilo tan displicente con los que tantos viajeros y escritores extranjeros nos describieron hasta hace bien poco, según recordaba Muñoz Molina. Esto dijo Gautier:

El recuerdo de los moros sigue vivo en Granada. Dijérase que acaban de abandonar la ciudad y a juzgar por lo que de ellos queda es una lástima que así haya ocurrido. La España meridional necesita de la civilización africana y no de la europea, que no está en relación con el ardor del clima ni con las pasiones que inspira. El mecanismo constitucional no conviene más que a las zonas templadas; con más de 30° de temperatura, las constituciones se funden o estallan (Gautier 1971: 242).

Los viajeros árabes del XIX, con su ideología nacionalista alimentada de una singular admiración por la pasada gloria de al-Andalus, percibieron y destacaron en sus obras la decadencia española que también atribuyeron en alta medida al fin de la civilización andalusí. Idea compartida con los viajeros europeos, pero a la que los árabes confirieron un tono más directo y vindicativo. A partir de aquí, y dicho en términos muy generales, la visión de unos y de otros divergirá en grado sumo. Para los viajeros árabes, España era un país netamente europeo (atrasado y pobre, sí, pero europeo), y el ansiado y salvífico retorno de al-Andalus para restituir el esplendor pasado sólo lo enunciaron ellos para su propio mundo árabe, nunca para España.

Más adelante desarrollaremos y perfilaremos más esta idea.

2. El viaje árabe a España en el siglo XVIII

Dos viajeros resumen este período del viaje árabe a España. Se trata de dos embajadores de la corte del sultán marroquí Muhammad ibn Abdallah que fueron enviados a negociar con el monarca Carlos III sendos tratados de paz entre los dos estados, enfrentados esporádicamente por entonces a causa de los ataques a los enclaves de Ceuta y Melilla y por la captura de prisioneros. La firma de los tratos políticos iba acompañada de la liberación de cautivos musulmanes presos en España y por la entrega de algunos libros y manuscritos árabes.⁴

El primer viajero se llamaba Ahmad ibn Mahdi al-Gazzal y su viaje se efectuó en 1766. El escrito resultante del mismo fue titulado *Kitab natiyat al-ichtiyad fi-l-muhadana wa-l-yihad* (Consecuencia del esfuerzo en la paz y en la guerra).

El segundo viajero fue Muhammad ibn Utman al-Miknasi, estuvo en España nueve meses entre 1779 y 1780 y su obra es la rotulada como *Al-Iksir fi-fikak al-asir* (El elixir para la liberación de los cautivos).

Ambos textos se conservaron en manuscrito hasta su edición que aconteció en 1941 y 1965 respectivamente.

Se trató en ambos casos de viajes, diríamos hoy oficiales, pero que a pesar de serlo, resultan sumamente interesantes, porque aquellos dos embajadores-viajeros supieron trascender su estricta misión política y gracias a ello y a su indudable curiosidad y buena disposición a conocer el país, compusieron unos textos que sin duda están entre los más destacados de todos los que componen la nómina de los viajes árabes a España.

Fueron viajes minuciosamente realizados y minuciosamente anotados, en los que los viajeros describen una a una (a veces con rapidez, a veces con sumo detalle, en función de su importancia o en función de las atenciones que recibieron en ellas) las numerosas localidades que recorrieron: nada más y nada menos que 62 localidades entre ciudades y pueblos aparecen descritos en la obra de al-Gazzal y 81 en la de al-Miknasi.

Son escritos con un tono aún muy medievalizante (en ese gusto por agotar el detalle, por destacar el número de puertas o ventanas o

4 En Paradela Alonso (2005), se detallan las circunstancias de estos viajes y los siguientes.

columnas de un edificio, o el número de árboles y el tipo de especies que crecen en un patio de mezquita, en la profusión de fórmulas religiosas de condena al infiel cristiano cuando su susceptibilidad de musulmanes se veía atacada de una u otra forma), pero que más allá de la apariencia formal podríamos calificar con justeza de ilustrados. Ilustrados sí, sin que el término implique en este caso influencia directa de la Ilustración europea que tanto animó otros viajes a España.

Quiero decir que los viajes árabes del XVIII (es decir, los viajes marroquíes, pues no hubo otros), en su muy destacada importancia concedida a conocer la situación económica española, las industrias del país, su moneda, el estado de la sociedad en sus diversos estamentos, incluida la Iglesia, tienen muchos más puntos en común con el resto de viajes europeos a España en el mismo siglo que con los siguientes viajeros árabes que llegarán a España un siglo después. Viajes estos del XIX que, de forma general, desdeñarán saber e informarse del país real en su mucho más destacado interés por el pasado árabe del territorio.

Habrà que decir a favor de los embajadores marroquíes que ellos sí supieron en sus escritos mantener un loable (y seguramente difícil) equilibrio entre lo español y lo andalusí que luego desaparecería del todo en los viajeros posteriores, en los del XIX y XX, mucho más preocupados por rememorar las glorias y las derrotas del Ándalus pretérito que en conocer a fondo, y apreciar incluso en la justa medida, el país real, la nación y a la sociedad que a fin de cuentas es la que tenían delante.

El Ándalus de los embajadores del XVIII, dicho de manera esquemática, fue un al-Andalus más arqueológico que otra cosa: a través de las ruinas (algunas espléndidas) árabes conservadas en España, que desde luego recorrían entre emocionados y enojados al constatar que ahora se encontraban en manos cristianas, recordaron sí una civilización que un día fue la suya, aunque sin centrar en ese pasaje de la historia el objetivo único o predominante de su viaje español. Luego, lo vamos a ver de inmediato, todo cambiaría.

3. El viaje a España en el siglo XIX

Entre el último viaje marroquí de 1780 (y árabe en general, pues no hubo otras nacionalidades implicadas) y el siguiente transcurrió algo

más de un siglo. Es decir, que durante exactamente 105 años, España no fue visitada por los árabes o, al menos, no fue descrita de nuevo para las nuevas generaciones árabes. Se trata de una sorprendente circunstancia, para cuya explicación no faltan razones que habrán de hallarse tanto en la sustitución de España por Francia en el campo de la política exterior marroquí, como en la formación y aparición en el Oriente árabe de élites intelectuales y políticas interesadas en la elaboración teórica del pensamiento nacionalista árabe, verdadero impulsor del nuevo viaje a España.

Sean cualesquiera las razones, lo más llamativo es, sin embargo, que el nuevo viaje representa un giro copernicano con respecto al anterior, es decir al de los marroquíes. Salvo la continuidad en la lengua de escritura (el árabe), todo lo demás será distinto. Y en tal distinción, lo menos decisivo fue el cambio sufrido por el país de destino, (es decir, España), y lo más, las radicales transformaciones acontecidas en el propio mundo árabe, que recordemos hacia finales del XIX vivía los estertores del muy enfermo Imperio Otomano, habría sufrido ya la conquista militar francesa o británica de algunos países árabes —y temía que el resto pasase también a manos europeas como de hecho sucedió en pocos años—, y finalmente generaba un potente pensamiento nacionalista que inspiró las variadas modalidades de resistencia al invasor, lucha por la independencia y construcción de una nación libre y desarrollada.

En el siglo XIX, el viaje árabe a España está representado por una tríada de hombres y de obras, que, en puridad, podríamos reducir a dos, puesto que el primero (un viaje efectuado en 1885 por una delegación marroquí y luego redactado por el secretario de la comitiva)⁵ resulta más bien una pobre continuación del viaje marroquí anterior que un texto nuevo y moderno. Así pues, los ahora sí nuevos viajeros fueron un tunecino, Ali al-Wardani, que en 1887 llegó a España enviado por el sultán otomano Abdulhamit para confeccionar un listado de manuscritos árabes, y en segundo lugar un conocido intelectual y erudito egipcio, Ahmad Zaki, que entre 1892 y 1893, fue a España tras regresar de un Congreso de Orientalistas en Londres, para hacer algo parecido a lo que hizo al-Wardani: interesarse por el fondo de manus-

5 En Paradela Alonso (2005: 96-99) puede hallarse una completa referencia a este viaje.

critos árabes conservado en El Escorial y otras bibliotecas y presentárselo al gobierno egipcio

Este interés compartido por ambos por el legado intelectual andalusí nos da una pista sobre lo que será el rasgo más característico del nuevo viaje: su interés primero, predominante y total por al-Andalus, algo que queda explícitamente puesto de manifiesto en el título que al-Wardani eligió para su libro, *El viaje andalusí*, mención expresa a al-Andalus que luego imitarían muchos más viajeros posteriores en títulos como *Viaje al país de la gloria perdida*, *El pasado y el presente de al-Andalus*, *Guía de al-Andalus*, etc.

La implicación de lo dicho es obvia: los árabes modernos viajaron a España atraídos por una sola cosa, o al menos por una sola cosa en primera instancia: lo que les importaba, lo que les interesaba sobre todo era conocer en persona la región española que conservaba más monumentos árabes para, desde allí, reconstruir toda la historia andalusí y otorgar a tal historia un valor concreto en el presente. Un viaje nostálgico, si se quiere, pero no a la manera europea —porque los viajeros europeos andaban también, ya lo hemos mencionado, a su manera fascinados por todo aquello—, una reconstrucción del pasado —del suyo no lo olvidemos—, aunque pensando sobre todo en el presente. Ese al-Andalus fue para ellos tanto un modelo al que imitar (ese ideal que al final lleva consigo todo nacionalismo) como un modelo al que evitar en sus aspectos más negativos. El legítimo orgullo que los viajeros sentían por el esplendor de aquella parte de su historia no ocultaba, no sólo el dolor por su pérdida, sino sobre todo la preocupación de constatar que muchas de las circunstancias que entonces contribuyeron a acelerar la victoria cristiana (falta de unión entre los árabes, relajación del vínculo religioso, firma de pactos unilaterales con los enemigos) estaban reproduciéndose en el tiempo presente. Un tiempo, no olvidemos, de dominio colonial europeo sobre los países árabes (Túnez había caído en manos francesas en 1882 y ese mismo año Egipto pasó a ser regido por Gran Bretaña), de lucha por la independencia política y de esfuerzo por la creación de un pensamiento y una cultura modernos y desarrollados.

De España, y animados por este afán, se visita sobre todo el sur, Andalucía, y de esa región las tres ciudades emblemáticas de Córdoba, Sevilla y Granada. Un triángulo que en sí mismo representa el conjunto de la historia andalusí: Córdoba, el poder, el esplendor califal; Sevi-

lla, el poder más menguado, aunque brillante, de las Taifas, y sobre todo, el amor al arte y a la poesía; y Granada, el momento final del Islam peninsular y su derrota. Pero la más querida de todas es, sin duda alguna, Granada y, ya en ella, por supuesto la Alhambra: el recinto más visitado, más reproducido fotográficamente y mejor descrito en los libros de viaje de todos los monumentos o restos del arte árabe en España.

Ya antes me he referido a las posibles similitudes e incluso relaciones entre la visión europea de la Alhambra y la árabe. Son obvias y no voy a insistir en ellas: si existe un espíritu de época, un *Volksgeist*, y éste determina sus afectos, no hay duda de que la Alhambra es el monumento por antonomasia de la España del XIX (también de la del XX y tal vez de la del XXI).⁶

Pero también es posible identificar algún rasgo propio en la mirada alhambresca de los árabes, que la independiza hasta cierto punto de la de los viajeros europeos. En primer lugar, su carácter de monumento civil, no religioso, conectaba bien con la concepción que ellos tenían de al-Andalus, de su cultura, y desde luego de su propia ideología. El nacionalismo árabe fue un pensamiento que, aun sin desdeñar el componente religioso como un lazo entre los individuos, no confirió a la religión un papel descollante en la configuración nacional. Se era árabe, antes de musulmán o cristiano. La preferencia de la Alhambra sobre la mezquita de Córdoba (que sí fue, por el contrario el monumento preferido de los embajadores marroquíes) simboliza bien ese carácter civilizacional antes que religioso de al-Andalus y del futuro que ellos deseaban darse a sí mismos.

En segundo lugar, la Alhambra simbolizaba a la perfección tanto el esplendor andalusí como su final. Un momento de fulgor antes de la derrota total. Desde ese altozano, a la vez geográfico y metafórico, los viajeros contemplan todo el decurso de la historia andalusí que tanto se parece a la de los árabes en conjunto, desde el comienzo hasta el presente. Los viajeros reflexionan sobre su historia desde la Alhambra porque ellos mismos están contemplando su crisis (decadencia cultural y económica, pérdida de independencia, dominio extranjero sobre sus

6 En la España actual, la Alhambra es el monumento más visitado por nacionales y extranjeros. Durante 2006 el número de visitantes al recinto de la Alhambra fue de 2,1 millones de personas. No conozco ningún trabajo que haya estudiado las razones de esta preferencia y las implicaciones culturales de la misma.

países) desde un momento final, lamentando el mal estado de su nación y temiendo tener que llorar como Boabdil su pérdida definitiva. Así pues, es claro que más allá de concomitancias y similitudes aparentes, la querencia por la Alhambra de los viajeros árabes tuvo componentes que la diferenciaban en raíz de la de los europeos.

Mencionemos, sin embargo, que hay un ejemplo de cruce entre ambas querencias, muy curioso y que va a permitirnos añadir un rasgo a la visión árabe del monumento. Al-Wardani no pudo dejar de observar la afluencia de turistas extranjeros al monumento árabe. Lo señala en varias ocasiones:

Los turistas que llegan cada día a visitar la Alhambra son más de cien, la mayoría ingleses. Y ningún extranjero –sea cual fuere su grado de saber y su nivel de ahorro– perdería el tiempo o gastaría su dinero en visitar algo que no le reportase ningún beneficio, bien material, bien espiritual. Así pues, ese volcarse en tromba para visitar la Alhambra habla al perspicaz de su importancia para el mundo civilizado y de su valor para la sociedad industrial (Al-Wardani 1984: 55).

Y es confirmación de lo que digo el que yo viera a un grupo de fotógrafos situados en un lugar especial cerca de una de las puertas, sin más oficio que el de sacar fotografías del palacio. Cada pieza valía de 400, 500 ó 600 francos, y hasta es posible que alguna alcanzase los 1.000 francos. Todos estos fotógrafos son extremadamente ricos gracias a su trabajo. Reflexionemos sobre el saber y la industria y sobre cómo un pueblo que no había tenido hasta entonces en gran consideración este palacio, vive ahora de sólo fotografiarlo (Al-Wardani 1984: 57)

Es evidente que el viajero en estas citas no se limita a constatar el hecho de la existencia de turistas en la Alhambra, sino que está resaltando el que haya un más que notable interés europeo (británico en particular) por ella, un interés de tipo cultural y también material. Lo que al-Wardani dice a sus lectores es que la Alhambra es progreso, no mera nostalgia literaria, algo que ratifica la presencia europea en ella. Lo que hace al-Wardani, al final, es otorgar a Europa el papel de argumento autoritativo a su tesis sobre la importancia de al-Andalus, no sólo la que tuvo en el pasado, sino que tiene en el presente y para el futuro. Nuestra historia es admirable –viene a decir– no sólo porque lo digamos nosotros, sino porque ellos (los europeos, los occidentales) también lo dicen y reconocen. El nuevo tiempo en el que vivían los árabes, implicaba también que el pensamiento europeo (el de historiadores, literatos u orientalistas) apareciera con profusión en sus obras, siempre para dar prestigio a sus propias opiniones.

Este cruce entre una percepción propia de su historia (muy bien simbolizada en el monumento de la Alhambra) y el claro influjo que en el pensamiento de estos viajeros árabes de finales del siglo XIX tuvo parte del europeo, nos permite atisbar el aspecto central de este nuevo viaje árabe a España, el que comenzado en la penúltima década del siglo XIX se prolongará, sin diferencias en raíz, hasta mediados del siglo XX. Un viaje cuyo motor no fue un mero sentimiento nostálgico, ni mucho menos un afán vindicativo que pretendiese reclamar territorios antaño poseídos por los árabes o los musulmanes. Las únicas tierras que estos políticos o escritores árabes reclamaban eran las suyas actuales (desde Egipto a Iraq), primero gobernadas desde Estambul y luego caídas en las manos de franceses, británicos o, para el caso palestino, israelíes.

Por el contrario, ese viaje español, narrado en árabe y para árabes, no es entendible más que si lo contemplamos dentro del contexto histórico-cultural que lo produjo: el nacionalismo árabe. No fueron viajes políticos en sentido literal (como sí lo fueron, por el contrario, los de los embajadores marroquíes del siglo XVIII, antes vistos), sino viajes ideológicos, en los que el componente cultural (localizar y confeccionar el listado de los manuscritos árabes depositados en bibliotecas españolas) desempeñaba un papel crucial. Se trataba de reconstruir una historia con lo que entonces parecía fundamental a los ojos de aquellos hombres ilustrados: el progreso intelectual, el orgullo del progreso científico y humanístico del Islam clásico.

En la asunción progresiva de la idea nacionalista –que sin ningún género de discusión fue la ideología dominante en el mundo árabe hasta comienzo de los años 70 del pasado siglo– desempeñó un papel importantísimo el nuevo tipo de educación implantado por los gobernantes locales o por las iglesias misioneras –fueran éstas francesas, inglesas, americanas o rusas–. En un conocido libro titulado *Arabic Thought in the Liberal Age* –básico para enmarcar el tema que nos ocupa–, su autor, Albert Hourani, decía lo siguiente, refiriéndose al caso oriental:

Under Abdülhamit the system of public schools had been extended: secondary schools had been set up in the provincial capitals, the professional schools for training officers and officials extended. Muslim Arabs of the great towns of Syria and Iraq began to go to these schools, learn foreign languages, become acquainted with new ideas; and from the schools they began to enter the public service. In the years immediately before 1914

there entered public life and came to political consciousness a group of such young men; pride in the Arab past was reinforced perhaps by the experience of living among those of different origin, and perhaps the unity which a common language confers became clearer in a place where not all shared it; their minds had been formed by the political ideas current in Constantinople as well as those which came to them from Cairo and Beirut (Hourani 1998: 284-285).

El paso de una enseñanza tradicional (centrada en las escuelas coránicas y en las grandes mezquitas-universidades como la Zaytuna en Túnez y el Azhar en El Cairo), que sólo ofrecía formación en los llamados saberes islámicos, a otra moderna (donde asignaturas como la historia, la geografía o las lenguas modernas organizaban el currículo) supuso un giro copernicano en el desarrollo cultural y político árabe, desempeñó un papel fundamental en la modernización del mundo árabe y fue decisivo para la conformación de la idea nacionalista. Significó, dicho de manera sumaria, la sustitución del concepto de *umma* (pertenencia genérica a la comunidad de musulmanes) al de *watan* (patria) —éste dotado de connotaciones más políticas que lo acercarían a la noción actual de estado— o *bilad* (nación). Así lo expresaba un destacado intelectual siro-libanés de mediados del siglo XIX, Butrus al-Bustani, él mismo fundador de un colegio laico y moderno en su Beirut natal: “The empire is our *watan*, but our country (*bilad*) is Syria” (Hourani 1998: 274).

Poco tardó la literatura, como es lógico, en reflejar este nuevo estado de cosas. Y nada extraño resultará entender el extraordinario auge que conoció por entonces (desde finales del siglo XIX) la novela histórica, no sólo pero sobre todo representada en la ingente producción —más de una veintena de novelas de las que dos recrearon parte de la historia andalusí— del libanés, luego asentado en Egipto, Yuri Zaidán (1861-1914) (Ben Lagha 2007: 209-220).

Aunque tampoco debemos olvidar la figura de Salim al-Bustani (1839-1883), el hijo del anteriormente citado Butrus al-Bustani, una de cuyas novelas titulada *Budur* (la obra es de 1872) narra la historia de amor entre el emir andalusí Abd al-Rahman I y la hermosa Budur (Bawardi/Zachs 2007). Las frecuentes menciones a la similitud entre la fértil naturaleza de al-Andalus y la de Siria (lugar de origen, no olvidemos, del emir) ejemplifican bien uno de los presupuestos elementales de todo pensamiento nacionalista, es decir, la continuidad histórica, la existencia ancestral de una nación. Así pues, toda la litera-

tura de tema histórico de este crucial periodo de la historia árabe contemporánea ha de verse dentro de la voluntad de afirmar la esencia de una comunidad histórica, cultural y política cuyos orígenes son antiguos y cuyo decurso histórico ha pasado por fases de tanta grandeza como fueron los muchos siglos de existencia del Islam andalusí.

Los viajeros árabes a España del siglo XIX conocían bien esa parte de su historia pasada y como intelectuales nacionalistas que eran la revivieron en sus obras, acompañándola de la testificación de su visita real al territorio que antaño la acogió, para que sus lectores aprendieran —esa dimensión didáctica está siempre presente en sus escritos— los evidentes logros del esplendor político y cultural andalusí, pero también los peligros que acechan a las naciones que dejan de mantenerse unidas, dejan de creer en sí mismas y conceden ventajas a quienes pretenden arrebatarles su independencia.⁷

No fue, en resumen, la mera nostalgia lo que impulsó a viajar a España a aquellos árabes del siglo XIX ni tampoco un afán exotista. Algo de ello hay, sin duda, en sus libros de viaje, aunque son elementos sólo entendibles dentro del marco ideológico que animó el viaje y su escritura.

Pero es evidente que en este correlato entre el pasado y el presente árabes había un tercer elemento que, en alguna medida, interfería en él. Al-Andalus ya no existía, es evidente, y los viajeros tenían que visitar sus vestigios (de nuevo menciono la Alhambra como monumento emblemático) en un país europeo que era además el causante de la pérdida de aquella extraordinaria civilización árabe pasada. ¿Qué significó, entonces y por ello, España? ¿Qué imagen presentaron a sus lectores de los españoles?

Digamos de inmediato que si para su interés primero, esto es, el de destacar el desarrollo de la civilización andalusí las opiniones de los europeos aparecían como un argumento autoritativo secundario, en lo que respecta a las opiniones que los viajeros dieron sobre los españoles y sobre España, la dependencia de las obras extranjeras (es decir, francesas) es total. Las palabras que leemos en los textos árabes de viajes están escritas en árabe, por supuesto, pero sus ideas son exac-

7 Paradelo Alonso (2006) estudia el proceso de mitificación de al-Andalus en el pensamiento árabe moderno a través de las obras de los escritores de los que tratamos.

tamente las mismas que podríamos leer en libros de viaje, de historia o en ensayos franceses. Y esto, referido sobre todo a las opiniones más negativas y críticas sobre nosotros, es decir, sobre los españoles. Los españoles contemporáneos, en la óptica de los viajeros, eran los herederos directos de aquellos cristianos que habían combatido a los musulmanes andalusíes y que, tras la victoria, habían convertido al país en el reino de la intolerancia religiosa, la ineficacia política y la decadencia económica. El español resulta ser, para ellos, un individuo celoso, perezoso (salvo el catalán, que siempre es excepción), falto de educación, nada amistoso con los extranjeros, trasnochador y amante de la juerga, poco dado al estudio y a la reflexión, resignado... y la nómina podría aumentarse con varios otros adjetivos de similar cariz.

Estas opiniones no son suyas, evidentemente, sino —como ya he dicho— de otros escritores franceses, pero que, al traducirlas y asumirlas, les dieron carta de naturaleza en el pensamiento árabe. Así decía un viajero sirio que visitó España en fecha algo más tardía a la que tratamos:

El carácter del español es colérico y nervioso. Esto quiere decir que lleva en su interior un fuego que le abrasa; es capaz de adormecer sus odios largo tiempo hasta que, cuando se le presenta la ocasión, estalla. Son crueles con los animales domésticos, crueles con los seres humanos, crueles consigo mismos. [...] La gente carece de los más elementales principios de educación que existen en las naciones civilizadas, como Francia, Inglaterra, Alemania y otras. Así, los ves fumando en todos los sitios —públicos o privados—, escupiendo en el tren, en el bar, en pensiones, hoteles e iglesias [...] (Kurd Ali 1923: 160, 178).

La explicación a esta llamativa exportación de un tópico sólo es entendible por dos razones: primero porque esas ideas foráneas les aportaron el conocimiento que ellos mismos no obtuvieron con su contacto real con España o los españoles (mencionemos que las estancias de los viajeros fueron por regla general muy breves, ninguno hablaba español y tampoco procuraron establecer contactos personales y directos con la gente) y segundo porque esa visión tan ensombrecida casaba bien con su voluntad de iluminar exageradamente la antigua civilización andalusí. “Ved en lo que se ha convertido aquel pueblo que expulsó de su territorio a los árabes, a los musulmanes que, entonces, poseían saber, cultura y poder”, vinieron a decir a su manera los viajeros árabes modernos.

De esta manera, algo que fue generado por parte del pensamiento europeo sobre otro pueblo europeo, y que reproducía casi al pie de la letra lo que simultáneamente decía de los árabes, fue incorporado al pensamiento de éstos sin ningún cuestionamiento. El tópico fue el mismo, en efecto, aunque no su génesis ni su función.

Qué lejos quedaban aquellos textos de los embajadores marroquíes en los que, a pesar de sus invectivas contra los curas españoles, a pesar de su nada disimulado disgusto al comprobar que mezquitas y palacios árabes fueran entonces administrados por españoles, la España real interesaba por algo más que por haber sido un día el solar en el que aconteció al-Andalus. Claro que también cabría preguntarse sobre el grado de interés real que un país como aquella decadente España, con tan poco peso político en la esfera internacional y tan menguada presencia colonial en el mundo árabe podría haber despertado en aquellos cultos nacionalistas árabes tan poco aficionados a exotismos, colores locales y para quienes el modelo indiscutible de país desarrollado era, sin duda, Francia.

Bibliografía

Obras árabes de viaje citadas en el artículo

Al-Gazzal, Ahmad ibn Mahdi (1968): *Kitab natiyat al-iytiḥad fi-l-muhadana wa-l-yihad* (Consecuencia del esfuerzo en la paz y en la guerra). Lo presenta, texto árabe, con notas, comentarios e índices el profesor Alfredo Bustani. Larache: Publicaciones del Instituto General Franco para la Investigación Hispano Árabe, 1941. Existe una traducción (parcial) al francés por Gourgos, A.: *Ambassade marocaine en Espagne au 18 siècle*.

Al-Wardani, Ali (1984): *Al-Rihla al-andalusīyya* (El viaje andalusí). Edición de Abd al-Yabbar al-Sharif. Túnez: Maṭbaʿat Fann aṭ-Tibāʿa.

Ibn Uthman al-Miknasi, Muhammad (1965): *Al-Iksir fi-fikak al-asir* (El elixir para la liberación de los cautivos). Edición de Muhammad al-Fasi. Rabat: Centro Universitario para la Investigación Científica, Universidad Muhammad V.

Kurd Ali, Muhammad (1923): *Gabir al-Andalus wa-hadīruha* (El pasado y el presente de al-Andalus). Cairo: Al-Matbaʿa al-Rahmaniyya.

Zaki, Ahmad (²1984): *Al-Safar ilā-l-muʿtamar* (El viaje al Congreso). Cairo: Bulaq.

Bibliografía general

- Bawardi, Basilius/Zachs Fruma (2007): "Between 'Adab al-Rihlat' and 'Geoliterature': The Constructive Narrative Fiction of Salim al-Bustani". En: *Middle Eastern Literatures*, 10, 3, pp. 203-217.
- Ben Lagha, Zaïneb (2007): "Le roman historique". En: Hallaq, Boutros/Toelle, Heidi: *Histoire de la littérature arabe, 1800-1945*. Paris: Sindbad/Actes Sud., pp. 209-220.
- Gautier, Téophile (1971): *Viaje por España*. Mateu.
- Hallaq, Boutros/Toelle, Heidi (eds.) (2007): *Histoire de la littérature arabe, 1800-1945*. Paris: Sindbad/Actes Sud.
- Hourani, Albert (1998): *Arabic Thought in the Liberal Age, 1798-1939*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Muñoz Molina, Antonio (2008): "Arte de matar". En: *Babelia* (Suplemento Literario del periódico *El País*), 864, p. 10.
- Paradela Alonso, Nieves (2005): *El otro laberinto español. Viajeros árabes a España entre el siglo XVII y 1936*. Madrid: Siglo XXI.
- (2006): "El viaje y la historia: el mito de al-Andalus en los modernos viajeros árabes a España". En: *Revista de Filología Románica*, IV, pp. 245-265.
- Peña, Salvador (2008): "La desaparición de Oriente: Edward W. Said y sus detractores". En: *Mirada a Oriente* (vv.aa). Madrid: Orquesta y Coro Nacionales de España, pp. 109-129.
- Saba Yared, Nazik (1996): *Arab Travellers and Western Civilization*. London: Saqi Books.
- Said, Edward (2002): *Orientalismo*. Trad. María Luisa Fuentes. Madrid: Debate.

Autoras y autores

Peter J. Brenner, Carl von Linde-Akademie, Technische Universität München.

Paul Jordan, Department of Hispanic Studies, University of Sheffield.

Hannah Lotte Lund, Kleist-Museum, Frankfurt an der Oder.

Kathleen March, Faculty of Modern Languages and Classics, University of Maine.

Ulrike Mühlischlegel, Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz, Berlin.

Christoph Müller, Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz, Berlin.

Ricarda Musser, Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz, Berlin.

Nicolás Ortega Cantero, Departamento de Geografía, Universidad Autónoma de Madrid.

Nieves Paradela Alonso, Departamento de Estudios Árabes e Islámicos y Estudios Orientales, Universidad Autónoma de Madrid.

Irene Prüfer Leske, Departamento de Traducción e Interpretación, Universidad de Alicante.

Berta Raposo, Departament de Filologia Anglesa i Alemanya, Universitat de València.

Krisztián Szigetvári, Facultad de Historia, Centro Iberoamericano,
Universidad de Pécs.

Ana Vicente, Investigadora, Lisboa.

Friedrich Wolfzettel, Institut für Romanische Sprachen und Literaturen, Goethe-Universität, Frankfurt am Main.

Jesús Manuel Zulueta, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Cádiz.



A lo largo del siglo XVIII, las actividades relacionadas con los viajes se intensificaron considerablemente en Europa. El desarrollo de la infraestructura en el siglo XIX, como la extensión de la red de ferrocarriles y la circulación de buques a vapor, transformó los viajes al extranjero en un fenómeno de masas. El objetivo de la obra es contribuir al conocimiento de las especificidades del viaje en España y Portugal, y analizar, desde el punto de vista de diferentes disciplinas, como la literatura, la historia, la historia del arte y la geografía, la construcción de una imagen de la Península Ibérica en el contexto europeo.

RICARDA MUSSER trabaja en el Instituto Ibero-Americano de Berlín, en cuya biblioteca es responsable de las áreas regionales de Brasil, Portugal y Chile. Su labor investigadora se centra en la literatura de viajes, así como en los procesos de emigración y transmisión de conocimientos entre Europa y América Latina.



**Ibero-Amerikanisches
Institut**
Preußischer Kulturbesitz



9 788484 895176